

Paula Contreras



Cuentos II

CUENTOS II

“Todos estos cuentos están basado en hechos reales”

Paula Contreras

Depósito legal: GR-1032/96

© Textos: Paula Contreras

© Maquetación y preimpresión: Línea-2 comunicación

© Impresión: Cromo Factoría Granadina s.l.

PRÓLOGO

Era uno de tantos veranos que acostumbrábamos a pasar mi hermano Pablo y yo en Puerto Real en compañía de mis abuelos. Tendría yo ocho o nueve años. Mi abuelo tenía el aspecto característico de señor mayor dignísimo, con su inmutable peinado que yo calificaba de “a lo Beethoven”, porque llevaba el pelo hacia atrás y ligeramente ondulado. Señor mayor porque, claro, a uno se le hacía difícil pensar que los padres y los abuelos no siempre habían sido así. Yo sabía que mi abuelo había sido alcalde de su pueblo por un tiempo, lo que no acababa de convencerme, puesto que no veía cómo una persona podía ser farmacéutico y alcalde al mismo tiempo, dando mítines y congregando multitudes desde la botica. La leyenda de mi abuela era, si cabe, más nebulosa, ya que se decía que era profesora ¡Profesora! Como todo alumno que se precie, yo por aquella época odiaba a los profesores, y además se me hacía imposible imaginar dando clase a aquella señora imponente, permanentemente sentada en su sillón, cosiendo, leyendo o contando historias, pero siempre presidiendo la gran sala que era el salón de la casa. Éste albergaba tal cantidad de libros que parecían empequeñecerse las múltiples estanterías que flanqueaban las paredes. Pensaba yo con razón que era lógico que mi abuela fuese tan mayor si había tenido que leer todos aquellos libros.

Un día de aquel verano estaba yo sentado en un sillón, después de comer, cuando mi abuelo anunció su acostumbrada retirada a los

cuarteles de invierno “para echar su soñarrita”. Para aquéllos de ustedes que no lo sepan, la siesta de mi abuelo era un hecho diario tan constante e inmutable como el calor en Cádiz en los días de levante o la puesta de sol al anochecer. Pero aquel día fue distinto a los demás, porque nada más salir mi abuelo del salón, mi abuela abandonó su sillón (¡abandonó su sillón!), cogió la máquina de escribir de la habitación de al lado, y se puso a teclear como una posesa. Yo me llevé una gran sorpresa, no sólo por el extraño comportamiento de mi abuela sino por la inusitada velocidad con que le daba a las teclas. Y fue así como descubrí que mi abuela era escritora.

Posteriormente mi madre me contó cómo ella misma había encontrado, curioseando entre los miles de libros y revistas que abarrotaban el piso de arriba de la casa de mis abuelos, algunos manuscritos de mi abuela, tan antiguos y desordenados que aparecían descoloridos y, en general, dejados de la mano de Dios. Uno de estos manuscritos se llamaba “Historias de un pueblo sin historia”, que se publicó hace pocos años y que fue el primero que tuve oportunidad de leer, al tiempo que corregía las pruebas de imprenta. Claro que el estilo me era familiar, pues me recordaba inconfundiblemente las historias que mi abuela solía contarnos a los nietos de cuando en cuando. Eran historias fantásticas, irreales, pero de algún modo nos enganchaban a todos, sin sospechar ni por un momento que la abuela se las iba inventando conforme nos las contaba. A través de las historias de un pueblo sin historia nos asomamos ahora a una ventana que mira al pasado, al pasado del campo andaluz y de sus personajes, tan lejano y tan cercano al mismo tiempo.

Por todo ello me alegro tener la oportunidad y el honor de escribir estas palabras que sirvan de prólogo a este libro de cuentos. Quien asome al mundo de Paula Contreras descubrirá la belleza del campo, el poder de la Vida con mayúsculas, y a los animales como personajes protagonistas, siempre animados de bondad y de una encantadora ingenuidad. Espero que ustedes lo disfruten tanto como yo.

Por último, un recordatorio obligado a la autora: ¿qué hay de aquel libro algo indiscreto que habría que publicar cierto nieto a su debido tiempo?

Fermín Sánchez de Medina López-Huertas

LAS SABATINAS

*A mi sobrina y ahijada Rosario
que conoció a la podenca Sabatina
y al galgo Tablones.*

Estaba el día entre dos luces, según la expresión popular, y el trajín de las calles, de las casas y de las cocinas disminuía pausadamente.

Carlota...

Carlota era una vecina de las tantas del pueblo, cuya economía le permitía ciertos “trapicheos” que para ella eran insustituibles y vitales. ¿Qué “trapicheos” podría tener Carlota siendo mujer de vida transparente? La palabra trapicheos la empleaba en el lugar de las visitas; las que hacía a personas que estaban sumidas en la pobreza, la enfermedad o el aislamiento. Para eso dejaba el hogar al cuidado de su hija Ana.

Carlota llevaba a todos consuelos y ayudas sin distinción de clases.

-Todos somos iguales y todos necesitamos de todos -decía sentenciosa, y cuando alguna vecina, soterrando rencor o envidia, aludía a sus quehaceres vespertinos, Carlota explicaba: -A veces, un ratito acompañando a una persona impedida, tiene mejor sabor que un buen caldo de gallina.

El quehacer caritativo de Carlota no era diario: los domingos y fiestas de guardar los dedicaba a sus deberes religiosos y los sábados, el rosario y la sabatina, salvo que alguna enfermedad o contratiempo de ella o de la familia se interpusiera en sus "trapicheos".

Llevaba bien su casa, su familia; madre ejemplar y esposa amantísima, además de hermosa y guapa. ¡La suerte que tuvo el Andrés!, su esposo, cuyo vicio además del tabaco (los mejores puros habanos que le reservaba un estanquero de Lucena) era la cacería y los perros.

La casa era grande y cómoda pero con el inconveniente que sólo tenía una puerta de entrada y naturalmente también era utilizada por los animales porque en ella estaban las cuadras y los demás habitáculos precisos.

Esta tarde Carlota no ha hecho la visita pensada a Julia, una niña parálitica a quien le enseñaba canciones, le contaba cuentos y le regalaba chucherías: avellanas, garbanzos tostados, caramelos, etc.

-Hola Carlota, Dios te guarde ¿vas a ver a Julita?

-Sí, Manuela, como tengo un ratito libre me dije: ¡ea, Carlota a estar un ratico con la pobretica niña!

Carlota y Manuela, apodada Sabatina.

¿Y quién y cómo es la llamada Sabatina?

Ella misma lo va a decir.

-Mi Isidro, que en gloria esté, tenía delirios por los galgos y los podencos; él decía, que como sabuesos no los hay mejores; y desde que pos sus achaques y padecimientos dejó de trabajar en el campo que era su oficio, se dedicó de lleno a la crianza de galgos y podencos... Pues ¡velay! que con ese negocillo empezamos a tener una vida mejor y como no nos nacieron hijos, porque a mí se me desgraciaron cinco antes de nacer, ¡cómo que me tuvieron que llevar a Córdoba y allí me dejaron hueca!; por suerte o por desgracia, mi Isidro, que en gloria esté, a cuenta de los perros hemos pasado la vida sin tener que pedir limosna

o de prestado; y yo sigo con lo mismo que me da lo justo para vivir en paz... Mi Isidro, vendía los perros sin reparos; aquí encargaban las crías muchos señorones, de esos que van a caballo, con su buena pelliza de cuello de pieles y gordas cadenas de oro para el reloj de tapa en el bolsillo del chaleco, y buenos sortijones en los dedos de las manos, y buena montura y hasta estribos de plata...; pues mi Isidro, que en gloria esté, les vendía los cachorros sin reparos, y yo, no; yo me miro mucho y no me dejo ir por peseta más o menos, porque les tengo cariño; si es que los veo nacer y hasta a veces tengo que ayudar al parto de la pobretica madre, porque pienso que con el trabajo que le ha costado traerlos al mundo para que se los quiten y ¡sabe Dios! la mala vida que les espera, con lo que se quiere a un hijo... ¿Qué yo qué sé? Pues cuando los tuve en el vientre y los sentía moverse, ya temblaba por si fueran a padecer calenturas, sarampión, diarreas... ¡me daban escalofríos sólo de pensarlo! Y soñaba con ellos y los veía en la imaginación como si los tuviera presentes, rubitos, con los ojazos azules del padre; los veía trepando por los árboles, subiendo a los candelitos de las viñas, jugando con los perros...

Cuando se me estropeó el primero creí morir de pena y dejé de comer... Mi Isidro, me salvó la vida con sus cuidados y me decía: "Vamos por otro, corderilla mía". Y yo no consentía que se me acercara y hasta me fui a dormir a casa de mi mama. Ella me dijo: "Hija, no está bien lo que haces; a un hombre no se le puede dejar solo porque busca en otra parte". Pero es que nada más sentirlo cerca yo temblaba, como dicen que tiembla el azogue... Fue mi papa el que me puso de patitas en la calle; llamó al Isidro y le dijo: "Mira, o te pones bien los calzones y te llevas a esta loca, o la llevo ahora mismo al manicomio".

La cosa fue que a mí me gustó el enfado de mi padre, pero ¡madre mía, qué vergüenza cuando entramos los dos en la casa! mucha más vergüenza y miedo que el primer día... Me quise esconder en la despensa del hueco de la escalera; yo decía: "Que no, que no Isidro, que hasta me parece que no te conozco, que te veo por primera vez" - "¿Ah, sí?" Pues ahora te vas a enterar de quien soy yo..."

¡Aquello fue! ¡Más que una comedia!

Y en tardes como ésta, que ni frío, ni calor, que ni es de día ni de noche porque estamos entre dos luces, me acuerdo de aquella tarde

en que me echaron mis padres de la casa. Siempre me acuerdo como si estuviera pasando en el momento: me cogió por la cintura, me echó su hombro y subió hasta la alcoba, ligero como el viento, igual que subía los costales de trigo para vaciarlos en los trojes de la torre... ¡qué fuerza! ¡era un roble! Y como un árbol firme que me daba amparo y sombra fue siempre para mí!

Me echó encima de la colcha que tapaba la cama... No me reñía, sólo me decía con una voz que me pareció un llanto: "¡Corderilla mía! ¡Corderilla mía! Y yo dejé que me gozara cerrando los ojos porque enfrente teníamos la peinadora con el espejo tan grande... Después me besó en la frente, en el cuello, en los hombros y tenía los labios tan fríos que me parecía que me rozaba una lasca de mármol...

Me fue desnudando poco a poco, me colocó bajo las sábanas arropándome con tal suavidad que las telas me parecía plumas; después bajó a la cocina.

Desde la cama yo veía la ventana y notaba como se iba oscureciendo el olivar y que el cortijo Moreno blanqueaba aunque la luz del sol, que se iba ya, le ponía detrás como un telón de color naranja; me senté en la cama echándome la sábana por los hombros porque estaba completamente desnuda; me toqué el vientre y suspiré "¡Si pudiera ser!", me dije y pasé varias veces mi mano acariciándome...

Me di cuenta de que otro olor que no era el mío ni el que me había dejado él, llenaba la habitación y que un pajarillo que se había posado en los hierros de la ventana, y un ligero vientecillo hizo bailar al limonero y estremecerme a mí, pero era muy agradable; del limonero cayeron flores y algunas entraron en la habitación; los azahares tan blancos formaron una ristra en el poyete de la ventana y me pareció la risa de un hada; el pajarillo alzó el piquito y cantó...; el azahar me olía a felicidad.

También olía bien el tazón de café con leche que me traía el Isidro: "Toma, corderilla mía..., no tengo otra que darte porque desde que te fuiste no he entrado en la cocina..." -Me sostenía en sus manos la taza, me la acercaba a la boca, me ayudaba a beber, porque yo me seguía tapando hasta el cuello y me sujetaba la sábana con las dos manos; terminando de beber me acurruqué en la cama esperando y él me dijo: "Voy a bajar a la cuadra para echarle el pienso a la bestia,

guardaré los perros y cerraré bien todas las puertas... ¡Ah -dijo cuando bajaba de prisa la escalera- y a tomarme un buchito de café con leche que ha sobrado”.

Todas las sombras de la noche se había acomodado en la alcoba. Cuando volvieron a sentirse en la escalera los pasos de él, yo eché la sábana a los pies de la cama y abrí los brazos para recibirlo...

-¡Corderilla mía...!- iba diciendo despojándose de sus ropas.

Como estaba oscuro, el espejo no reflejaba bien, pero por la ventana se veía como iban asomándose una a una las estrellas y yo le dije: -”Mira, Isidro, las estrellas nos están haciendo guiños”.

-¡Corderilla mía!

Se quedó dormido sobre mi hombro con una mano sobre mi vientre. Yo no dormí. Yo volví a soñar.

El segundo desbarate que tuve me volvió a hundir en el pozo de mis desdichas. Andaba por la casa como embrujada pensado sólo en la criatura que no fue capaz de retener en mi vientre. Vino un médico de Aguilar y tranquilizó a Isidro:

-Eso no es nada, hombre, sois jóvenes y lo que hay que hacer es insistir, insistir sin desanimarse, pero otra cosa te digo, Isidro: cuando la preñes otra vez, cuídala mucho y que trabaje poco; y ya volveré dentro de unos meses a conocer a tu hijo...

Tardé mucho en reponerme y poco a poco fui dejando de llorar porque me acerqué más a las cosas de la iglesia; me dio por ir a misa los domingos, pero a la misa de alba; Isidro no quería que yo madrugara, pero cuando todavía relucían las estrellas en el cielo, ya estaba el coro de los campanilleros en la calle alzando los aldabones de las puertas para despertarnos sin dejar de tocar y cantar.

-María, Juan, Alberto, Manuela ¡arriba que ya es hora!

Y yo me echaba de la cama para vestirme y todavía casi con los ojos cerrados, también entonaba con ellos:

En el cielo se alquilan balcones
para un casamiento que se va hacer
pues se casa la Virgen María
con el patriarca señor San José.

A la vuelta, ya el sol caldeando los tejados, me encontraba hecho el café y las rebanadas de pan fritas; gastábamos leche del día anterior y luego él ordeñaba la cabra porque no quería verme en cuclillas "por si acaso".

¡Qué alegría cuando le di la noticia!

-Otra vez, Isidro, que estoy..., que estoy...

¡Y que salto dio! Vino a mí, me pegó a su cuerpo y gritó:

-¡Viva! Estamos... Estamos preñados...

¡Qué risa! Y yo le dije:

-¿Ves? Es que se lo he pedido a la Virgen con todas mis fuerzas y le he hecho la promesa de no faltar nunca a la salve del sábado.

Y había guasa con eso y hasta el cura que es un chufión empezó a llamarme Sabatina.

Y soy Sabatina desde entonces y hasta se me ha olvidado el nombre que me pusieron en la pila al bautizarme; también me llamaban beata y comesantos ¡las cosas de la gente!.

Estábamos ilusionados Isidro y yo porque ya había cumplido dos meses; mi mamá venía todos los días a limpiar la casa y a aviar la comida; a la tarde volvía para encerrar a la cabra, porque de los perros y el mulo se encargaba él; todo marchaba bien y hasta compré telas para empezar a hacer pañales...

-Isidro ¿qué me pasa?

El se había dormido enseguida; aquella noche no habíamos jugado; se sacrificaba muchas veces por miedo a un estropicio ¡cuántos

cuidados para traer un hijo al mundo! A la tercera va la vencida, se suele decir, pero ni entonces.

Isidro salió para avisar a mi mama y a mi tía Frasquita que era la comadrona del lugar; cuando llegaron yo me estaba muriendo en medio de un mar de sangre que caló el colchón de lana. Mi tía Frasquita se portó muy bien pero no pudo retener a la criatura.

-¡Isidro! -dijo mi tía en la creencia de que él abusaba y tenía la culpa de aquello; no pude saber lo que hablaron porque perdí el conocimiento.

Ella insistía: -¡¡Isidro!!

Cuando volví a la vida pude aclarar algo y entonces todos se me echaron encima riñéndome.

-¡Si no me llegué a caer!- repetía yo una vez y otra. Subí la escalera despacito, como siempre y cuando ya estaba en el descansillo, tuve que hacer un esfuerzo para no caer rodando...

-¿Te dio un mareo?

-¡Yo qué sé lo que me dio! ¡Dejarme tranquila, bastante desgracia tengo perdiendo otro hijo...!

Y así, hasta cinco ¡qué pena de mis niños! ¡y qué pena de mi matrimonio que se iba desmoronando poco a poco! Isidro dejó de recogerse temprano; se entregó en cuerpo y alma a la crianza de perros y a cuidar de la viñita que habíamos mercado a plazos. Apenas estábamos juntos, y lo peor fue que pasaba más ratos de la cuenta en la bodeguita que tenemos al fondo de la casa y que salía de ella llamándome "corderilla" y pidiendo guerra; ninguno de los dos disfrutábamos como antes; yo me entregaba obediente porque el confesor me dijo que era mi deber, pero aquello fue un sufrimiento tras otro, porque yo no quería mirar al espejo por parecerme que tenía encima de mi cuerpo a un enfermo de epilepsia y si le miraba la cara me parecían sus ojos los de un guarro ¡que me daba asco!; y él, al llegarle la calma, sin decirme ni una sola palabra, rodaba para el filo de la cama y ¡a roncar!

Y nada, lo que he dicho; que la casa se venía encima. La tía Frasquita. ¡lo que saben algunas personas!, pues ella va y me dice, después de hacerme preguntas a las que yo contestaba como si lo hiciera al cura o al médico:

-... tú no esperes más, que se te hará tarde y lo perderás todo; que estáis los dos en la flor de la vida; que hay que aprovechar los años; que hay que ir a Córdoba y que si no tenemos otro remedio, pues ¡qué te operen y santas pascuas!

Y le hicimos caso. Y fuimos los dos a Córdoba. Y me entregué llena de fe en el médico; que me rebañó por dentro y que ¡aquí paz y después gloria!

Nos quedamos los dos con la pena de saber que nunca tendríamos hijos; por lo demás ¡bendita la tía Frasquita que dio en el clavo!...

Pues los dos a criar perros; yo encariñándome con ellos. Más tarde, cuando murieron mis padres, nos tocó en herencia un olivarito que con la viñita nos podíamos creer que éramos ricos: Ya no me llamaba "corderilla mía" porque en los últimos años se guaseba de mí llamándome "podenquita mía" ¡qué ángel tenía! Eso, porque yo me despepitaba por la podenca y cuidaba de sus paritorios y de la camada como si fueran carne de mi carne.

Y sigo beateando: la salve, el rosario de la aurora; algunas veces me he metido en el coro de los campanilleros y he cantando con ellos:

El hermano Felipe Batato
cincuenta pestiños se quiso comer
y le dijo la Virgen María
hermano Felipe
mójalos en miel.

Los campanilleros me respetaban mucho y cuando alguno decía:

-¡Qué bien entona Sabatina!

-¡Chist...! Sabatina es apodo, ella es Manuela la de Isidro.

Manuela la de Isidro o Sabatina, es igual.

Ya conocemos a Carlota.

Sabatina nos ha contado su propia historia.

Y aquí podíamos terminar el relato pero no era intención hablar de estas mujeres. Queríamos hacerlo de otra Sabatina. De una podenquita que Manuela la de Isidro había regalado a Carlota.

-...que no te la vendo, Carlota, que te la regalo porque en tu casa la vais a criar como de la familia...

Aceptó Carlota y se llevó a la podenca, todavía muy chiquita, en brazos como si porteara un delicado bebé. La entrada en la casa fue de gloria y todos querían acariciarla.

-¿Tiene nombre?

-No.

-Pues la llamaremos Sabatina.

Sabatina era un primor; así lo pensaba también Tablones, el galgo-podenco —producto de un cruce— de color marrón oscuro que la recibió muy zalamero haciéndole un sitio en su rincón dormitorio, cercano a las cuerdas; él fue su preceptor, avisándole de las costumbres de la casa, del rumbo de la casa, del buen trato de la casa...

-... Yo salgo todos los días con los gañanes, cuido del hato y doy carreras por el campo..., pronto iremos los dos -la miró embelesado y dijo para sí: -Vas a ser una real podenca, con ese lunar en la punta de una oreja y el otro en la puntita del rabo... ¡eres preciosa! y además con zapatitos blancos...; tú te llamas Sabatina y yo Tablones...

En la casa de Carlota, que era de las llamadas de labor, había muchos animales; una yegua, mulos, cabras, cerdos, gallinas, gatos, perros y conejos.

¿Conejos y perros?

Pues sí: conejos, galgo y podenca; todos vivían en amistad y compañía; Tablones estaba amaestrado para la caza, para perseguir a las ratas y para mirar con indiferencia a los conejos. Igual tendría que hacer Sabatina.

Esta recibía casi a diario la visita de su primera ama, que llegaba sólo por verla y pasarle la mano por el lomo; la podenca arreciaba el movimiento de su rabo y le lamía las piernas.

En la casa de Carlota, ya lo hemos dicho, convivían amigablemente muchos animales útiles. Parecía que la deseada Felicidad estaba allí también aposentada. La familia, como todas las familias, tenían sus más y sus menos; poca cosa; disgustillos pasajeros y enfermedades livianas; todos se querían y todos se afanaban en el trabajo. Lo decía Matías, el amo, el señorito, el padre:

-Pensad que la casa es, como si dijéramos, algo así como las andas donde llevamos en procesión a la Patrona, la Virgen del Rosario; pues esta casa, esta familia, es igual: unas andas que tenemos que aupar y llevar entre todos nosotros, los hijos mayores y los chicos, cada uno según sus fuerzas...

Tampoco faltaban disgustillos, pero se disolvían pronto porque Carlota era perita en dar a cada uno su sitio y por ella existía el orden. Eran trabajos precisos y diarios: vigilar a las cabras para poder conservar las flores; que los gallineros, las corraletas, el cobertizo, las cuadradas, la perrera, todo limpio y reluciente, cosa difícil pues las gallinas, los pollos y el gallo regaban las plastas blanduzcas y escurridizas en sus esparcimientos por el corral; las cabras, muy dengosas con la limpieza del agua que había de beber, regaban al pasar por la casa sus cagarutas en forma de negros bolindres; más pulcros los cerdos, que sólo en la corraleta daban suelta a sus necesidades de vientre; igual ocurría con las bestias que rara vez estercolaban fuera de su habitual recinto; los conejos, cobijados en la leñera, tenían su sitio muy escondido, porque sabían que si eran sorprendidos husmeando la vecindad podrían no volver jamás a las conejeras y tan escarmentados estaban que no salían ni con el señuelo de hierba fresca junto a la leñera; para subsistir utilizaban unas desconcertantes mañas; enviar a los gazapitos en avanzada; ellos, ignorantes de las tretas de los mayores, se llenaban curiosos

la boca del manjar que rápidamente era rapiñado por los otros, que sólo se atrevían cuando pasaban los peligros.

Los perros no necesitaban más que cariño y estaban siempre, como los gatos, participando en la vida familiar.

Carlota y Matías tenían un hijo al que le dañaban los ojos las letras de los libros y por tanto su asistencia a la escuela fue muy escasa; en cambio, trabajar en el campo y cuidar de los animales era su ideal, además de... Ya se supone: las mocitas; le volvían loco; inventaba fiestas, paseos, meriendas en las viñas y en los melonares; todo lo hacía para rodearse de muchachitas, por esto y por sus "salidas" era célebre.

En él confiaba Manuela la Sabatina al regalar la podenquita, segura que cuando le llegara la hora de un alumbramiento, se encargaría de todo Manuel, pues fue siempre muy comentado lo que pasó, años atrás, con una burra que se puso de parto justamente el veinticuatro de diciembre; aquel día, Manuel no salió de la cuadra; ni el olor a pestiños y a tortas de manteca, le hacían separarse del animal que no cesaba de quejarse y que sólo parecía sentir consuelo con las palabras animosas del muchacho, hasta que llegó la hora de prepararse la familia para asistir a la Misa del Gallo; se negó en rotundo: "Hay que tener muy malas entrañas para irse y abandonar a su suerte a una criatura como la Paloma" (Paloma era el nombre de la burra).

Por fin, consiguió Carlota que comiera algo y que se aseara.

-... porque no puedes entrar en la iglesia oliendo a cuadra.

-Es que yo no quiero ir a la iglesia.

Pero se impuso el deber de obediencia y marchó con sus hermanos y el padre al templo para asistir, como cada año, a la celebración del nacimiento de Jesús.

Quedó sola Carlota preparando el chocolate y las tortillas de manteca, que habían de tomar a la vuelta del acto religioso; mientras los preparativos daba vueltas a la Paloma; en una, al asomarse ¡oh, qué maravilla! un potrillo negro pataleaba salpicando sangre en el estiércol intentando levantarse.

En aquel momento, en el corral, lanzaba su rey un quiquiriquí potente y agudo a la par que las dos campanitas de la iglesia parecían locas de alegría.

-Las doce. Dijo en voz alta, Carlota.

Cuando salió de la cuadra le pareció que el patio estaba regado con plata o con espuma de jabonadura, porque en el cielo la luna enviaba su luz y las estrellas aplaudían.

Carlota miraba arrobada al cielo, el patio, a la cuadra y sólo dijo: -¡¡Señor!!

Cuando se hubo terminado el oficio religioso, emprendió Manuel una carrera a su casa por si había que "hacer algo con la pobretica Paloma".

-¡Manuel! ¡Manuel!- le gritaba Carlota para darle la noticia.

Pero ya el muchacho se gozaba mirando al negro potrito, que mamaba goloso de la ubre pletórica, como una campanita que colgase con otra de la panza gris de Paloma.

La luna había entrado en la cuadra por la puerta abierta de par en par y por las cuatro ventanas enrejadas que ventilaban el recinto; sobre los pesebres se proyectaban las rejas; sobre ellas, como sombras chinescas, se movían las puntiagudas orejas de las bestias. Manuel estaba serio; parecía mediar ajeno al maravilloso espectáculo lunar, y, hasta el que ofrecía Paloma espatarrada, adivinándose su mirada mansa, dulce y maternal, con su potrito negro que aún luchaban sus patas por salvar la estabilidad.

-¿En qué piensas, Manuel?

Y ante el silencio prolongado y su actitud de preocupación, insistió Carlota:

-¿En qué piensas, Manuel?

-En que el potro y el Niño Jesús son de la misma quinta.

La podenca Sabatina no pudo caer en mejor paraíso. Pronto fue la amiga predilecta de Manuel que la acostumbró a mirar indiferente a los conejos; y amiga también de los tres gatos, sobre todo de Chatungo, un gato atigrado, viejo y casi ciego; ella se colocaba de forma que Chatungo se montara en su lomo y lo paseaba por la casa y el patio de las flores.

Manuel decía:

-¿Veis? No hay enemigos si nos queremos unos a otros y nos hacemos favores.

Y Carlota:

-¿Veis? No hace falta ser sabios si sabemos ayudar a los demás.

El caso fue, que, el galgo Tablones no tuvo que emplear tiempo en enseñar a la podenca; de eso se encargó el gato Chatungo, que por herencia de sus antepasados, por intuición y porque los años dan experiencia y sabiduría le hablaba a su amiga, entre paseo y paseo, de las cosas de la vida.

Y fue pasando el tiempo y en la casa continuaba la armonía, sólo rota para la podenca, cuando recibía la visita de Sabatina la de Isidro, que ya había dejado el negocio de la crianza de perros.

Sabatina crecía en cuerpo y en belleza; todos los días salía con Manuel y los jornaleros al campo a cumplir la obligación: cuidar del hato, mientras los hombres trabajaban. Los dos, Sabatina y Tablones eran felices y a pesar de que ella era más joven sabía más cosas que él.

-¿Cómo sabes eso?

-Me lo contó Chatungo.

-¡Ah! ¿Y por qué ahora duermes con él?

-Porque está muy viejecito; no le brillan los ojos y no ve...; yo lo llevo a donde él quiera ir porque al andar le duelen las patas. Ayer me dijo: "Mira si es verdad que apenas puedo andar, que si viera un

ratón dejaría que se escapase". Y la Rubia que lo estaba oyendo dijo: ¡Ay, Chatungo, quien te ha visto y quien te ve!". Chatungo se puso muy triste, por eso le lamí las orejas y los bigotes.

-Es que tú eres muy buena.

Sabatina no pudo contestar porque notó que junto al árbol, algo empezaba a moverse; saltó y no encontró nada, sólo un montoncito de tierra desmoronándose.

-¡Un bichejo!- apuntó Tablones y añadió confianzudo: -¡Qué buen salto has dado! ¡Cómo te he visto la barriguita estirada!

Sabatina quedó sorprendida ¿Por qué la miraba Tablones de esa manera? ¿Por qué se le acercaba tanto moviendo el hocico como si estuviese hablando con el aire? ¿Por qué le lamía las patas traseras?

Manuela Sabatina que había estado una temporada en Badolatosa cuidando a una prima que tenía calenturas, cuando volvió allí, fue a visitar a Carlota para ver a la podenca que ya sería "una real hembra". En la casa sólo encontró a Manuel que, a cuenta de haber tomado un purgante de aceite de ricino, no consintió la madre que saliera al campo, aunque él protestaba diciendo que la tierra perdería un buen abono.

Manuela preguntó por la podenquita.

-¿La podenquita? Pues ya está "preñá".

A la mujer le dio como un vahído.

-¿Y de quién...?

-De Tablones, siempre están juntos.

-Pero Tablones no es puro, es de un cruce...; la Sabatina se merece uno con clase...

-¡Ay, Manuela! Ella con el primero que llegó.

Manuela Sabatina, la viuda de Isidro, que en gloria esté, se tomó un disgusto enorme cuando supo el estado de la podenca: que si era muy joven, que si ahora necesitaba más cuidados, que si...

Carlota intentaba no hacerle caso y soportaba su visita diaria con gran paciencia hasta que llegaban los hombres del campo con las bestias y los perros.

A medida que pasaban los días se le iba ampliando la barriga a la Sabatina y la amistad con Tablones se iba estrechando; cuando llegaban a la casa, estiraba ella su bonito cuerpo bajo la enorme mesa donde comía toda la familia; la buscaba Chatungo, pausado, lento, arriándose a la pared para evitar tropezones y al alzar su cabeza parecía tener dos obleas por ojos; maullaba suavemente y Sabatina tamborileaba con el rabo el suelo, diciendo: "Estoy cansada y no puedo ir por ti, ven tú..." Cuando Chatungo atravesaba el espacio y llegaba bajo la mesa, se acomodaba entre las patas delanteras de la futura madre y tal vez la aleccionara sobre el divino misterio.

El espectáculo era edificante, pero Manuela Sabatina salía de la casa arrepentida de haberse desprendido con tanta generosidad de la podenca. "No puedo verla debajo de la mesa como a una perra cualquiera...; ella se merece un buen rincón, una buena colchoneta y al lado un cacharro con agua y otro con comida...; y la llevan al trabajo y le hacen andar y correr sin darse cuenta de que esos perritos puede que no nazcan!".

Sin duda a Manuela Sabatina se le había olvidado el plan de crianza que Isidro y ella tuvieron con estos animales para su "avío personal". O tal vez, y esto es más seguro, que Manuela Sabatina se identificase con Sabatina podenca y que era ella y no el animal la que estaba gestando; no sería raro porque cosas más extrañas ocurren, y Manuela, en lo mejor de su vida, viuda y tan sola, puede que no coordinara bien... Así pensaba Carlota "porque ¡vamos! toda su vida criando perras y ahora me viene con esos dengues... ¡si fuese una vieja caduca, pero con treinta y tantos años venir con esa música...!"

Sabatina podenca era feliz; su panza henchida; sus ojos más cariciosos que nunca; su rabo parlanchín y risueño; sus andares seguros pero no veloces; paseando a Chatungo cada día; buscando un sitio para

que el gato aupase y ella no tuviera que aplastar su panza contra el suelo... -"porque tú sabes que ya están mis niños con ganas de salir"- Y Chatungo se encaramaba en el escalón del patio de las flores y...- "Súbete en mi lomo pronto que mis niños se me revuelven porque quieren que me eche al suelo para ellos estar más cómodos..."

Chatungo aquella tarde no estaba esperando en el escalón. Entre las macetas rebosantes de plantas y de flores, estaba quieto, estirado, lacios los bigotes y las orejas, entreabierta la boca y en el lugar de los ojos dos tendalitos, como dos pétalos de una pequeña rosa blanca. La podenca lo supo y husmeó entre los tiestos.

-¿Qué busca Sabatina entre las flores? ¿Habría una rata?- Lo notó Manuel; apartó macetas y dijo: -¡El Chatungo! ¡Es el Chatungo...!

Acudió Carlota: -¡Pobretico! Estaba muy viejecito y además ciego...; hoy no se ha bebido la leche que le puse esta mañana.

Manuel, muy serio, agregó: -Fue un buen trabajador.

-¡Manuel!- reprendió Carlota- aunque sea la muerte de un animal hay que guardar cierto respeto.

-Que yo no me burlo, mama, que yo quería mucho al Chatungo porque cuando yo nací ya estaba él en esta casa...

Carlota se acercó a Sabatina para acariciarla; el animal parecía conmovido mirando fijamente a su ama; su rabo permanecía quieto y luego, como cada día, pero sin la compañía del gato, estiró su hermoso cuerpo debajo de la mesa; Tablones se tendió a su lado; se escuchó algo así como un gemido, un suspiro, un llantito.

Tablones: -Yo estaré a tu lado siempre.

Sabatina: -Chatungo me necesitaba y yo también a él...

-¡Tenía tantas ganas de conocer a mis niños...!

Pasados unos días Manuela llegó a la casa de Carlota antes de que ésta saliera a sus casi diarios trapicheos...

-Escucha, Carlota, anoche no podía coger el sueño porque me di en pensar en la podenquita ya que le faltan días para parir..

-Sí, Manuela, y que vamos a tener dos paritorios a la vez, porque también la guarra está para reventar; está más gorda que nunca, como que parece que no cabe en la corraleta.

-¡Pues mira qué bien! Así reunirás una buena piara.

-Falta que hace en esta casa con tantas bocas que tapar... ¿Y por qué te espabilaste? ¿Estás maluquilla? ¿Tienes algún disgusto?

-Lo tengo, Carlota, y en ti está el que yo me tranquilice.

Carlota le indicó una silla: -Dime ¿qué te pasa?

-¿Pasarme? De momento, nada, poca cosa... Lo que yo quiero es que me digas qué piensas hacer con la "camá" de la perra.

-¡Ah!, ¿es eso? Pues mira, cuando nazcan, tú serás la primera en escoger el que más te guste y después ya veremos, porque hay muchísimos que están pidiendo...

-Pero ¿es que le quitarás los hijos?

-¿Y qué vamos a hacer con una jauría? ¿Venderlos? Los vamos a regalar, pero a ti la primera...

Manuela se llevó un pañuelo a los ojos y comenzó a hipar.

...? ¿Por qué?- Le preguntaba angustiada Carlota.

-No puedo remediarlo, ¡quitarle los hijos a una madre..!

-Pero, Manuela ¿qué es lo que habéis hecho tú y el Isidro toda la vida?

-No me daba cuenta, además los perros era nuestra despensa... ¡ay, Carlota, algo malo me pasa a mí, pero no lo cuentes a nadie ¡por Dios!, es que... que sueño con la Sabatina; que desde que me enteré que

estaba preñada, tengo pesadillas...; unas pesadillas horribles porque la preñada soy yo; ¡sí, sí Carlota!, te juro que paso unas noches ¡qué noches!, mira, se me aparece el Isidro y me pide cuentas, y yo grito, "¡Isidro de mi alma que soy como una virgen!". Le temo a la hora de acostarme más que si me fuera a encontrar un toro en el cuarto, y lo peor ¡ay, Carlota de mi alma!, lo peor es cuando me nacen mis niños, uno a uno hasta cinco y el Isidro los va tirando por la escalera conforme van naciendo; entonces me despierto empapada de un sudor que me corre por el cuerpo a chorros, como si me volcaran encima un cubo de agua...

Carlota la escuchaba con asombro sin encontrar palabras para calmarla ya que seguía hablando a gritos, gesticulando excitadísima; asomó al cuarto la hija mayor y se entendieron por gestos madre e hija; volvió esta al instante con una taza de tisana que hizo beber a Manuela; ésta entre sorbo y sorbo no dejaba de hablar.

-... ¿no crees que la podenquita tiene parte en mis pesadillas? ¿no crees que mis sueños son anuncios de que Sabatina va a tener una mal parto? ¿no piensas que pueda morir al parir? ¿no te parece que la debías llevar a Lucena y que la viera un veterinario?...

Y Carlota, paciente y cariñosa, decidió olvidar aquella tarde sus "trapicheos" porque ¡menudo trapicheo era Manuela que estaba para encerrarla!. le prometió visitarla cada tarde y rezar por ella.

-Estoy muy solita, Carlota, y menos mal que mi perro Cuco no se separa de mí... ¡Cinco hijos que podría tener...!

Manuela Sabatina salió muy confortada con las palabras de consuelo y la promesa de visitarla.

-Ea, Manuela!, ahora a la iglesia que ya está la campanita llamando para el rosario y luego a tu casa a cenar.

-No se me apetece ni gloria; allí tengo unos torreznitos fritos y fríos que no pude tragar en el almuerzo...

-Pues te los comes luego que seguro te sentarán bien con un vasito de vino de tu bodeguita y al acostarte un tazón de leche templadita

y vas a dormir mejor que tu Cuco; y a propósito ¿entra el perro en la iglesia contigo?

-Se queda esperándome en el cancel.

Manuela no hizo caso del consejo; le estaba molestando el sonido de la campana que parecía llamarla, y sin voluntad, sin saber qué se estaba tramando en su cerebro, dentro de él, en lo más hondo de su pensar, le había saltado el soniquete de una cancioncilla que siempre le causó relajo; era ésta:

¡Qué viva María, que viva el rosario!
¡Viva Santo Domingo que lo ha fundado!

Y antes de terminar ordenó a su cerebro, con un maloliente taco que cambiara el rumbo:

-“Ni rosario, ni salve del sábado. ¿De qué me han servido? Sólo para tener un mote, que ya no soy Manuela Pérez, ni la viuda del Isidro, que en gloria esté... -volvió sus pasos en dirección a su casa, indicó al podenco el cambio y obedeció este moviendo el rabo por la certeza del rancho que le esperaba; de pronto se le vino otra idea y se recreó en ella:

-“¡Vete a saber si el Isidro gozará de la gloria! El tuvo la culpa de mis desbarates, porque no consintió jamás que un médico averiguara que él no tenía cochura y cuando a mí me hicieron la arrebañadura en el vientre por haber tenido cinco descabros, no encontraron nada malo porque estaba sana, fuerte y capaz de preñarme y parir... ¡¡Qué en gloria esté!! ¿De qué me sirvió el madrugar para la misa del alba? De qué el rosario y los “abrieros” de boca, porque sólo empezar a rezar y caérseme los párpados es todo uno, ¡ojalá me pasara eso cuando me acuesto!”.

Entraba ya en la casa; Canuto acudió a devorar su pitanza mientras ella repasaba en el corral el ponedero de las gallinas; la Pinta había puesto un hermoso y blanco huevo; Manuela tomó una horquilla de endeble acero de su moldeado moño y con ella agujereó cada extremo del huevo, lo sorbió y pasó a su estómago; luego volvió a clavar la horquilla en lo que Isidro llamaba “el más hermoso acerico” que lucía

tan cerca del cogote, con algunos caracolillos desprendidos...-”...y es que al Isidro se le ocurrían unas cosas... ¡si viviera! porque eso de estar sola, sola, sola las veinticuatro horas del día... ¡sin la sombra de un hombre! ... ¡qué no soy una vieja! ¡qué todavía estoy fresca...!”

¿Qué locura pasó por la mente de Manuela la de Isidro, que en gloria esté, que se golpeó la frente asustada?

Manuel volvió de la besana antes de lo acostumbrado porque la podenca tenía señales de “paritorio”; la llevó al sitio que le tenían reservado en lo más oculto de la cuadra, con paja limpia y un cacharro con agua a su alcance.

Sabatina quedó sola con su quehacer y a nadie dejaban que presenciaran el acto, “porque en estos casos los animales obran por instinto”; una sabiduría innata avisa del milagro: del botón que se convierte en rama, en capullo, en flor; Sabatina sólo contaba con su amor para recibir y amparar a los nuevos seres; sus esfuerzos musculares acariciaban al hijo que se deslizaba con firmeza hasta ser sorprendido en las pajas al sentir el hocico materno, hábil y sabio, cortando el cordón que los unía, para unirse aún más con la saliva de sus besos; otro esfuerzo, otro hijo hasta juntar cuatro; los primeros, con natural torpeza holicaban ya por la barriga buscando las ubres henchidas y prometedoras.

Sabatina había coronado su vida con sus hijos, pero irrumpía en ella el miedo que se adivinaba por el movimiento alerta de sus orejas; el menor ruido le hacía levantar con inquietud la cabeza; ella conocía el paso de los muleros, el cocear de las bestias, todos los ruidos le eran familiares y cuando llegó Tablones a dormir, como cada noche, ella le dijo: -Vigila que puede venir alguna rata... -Duerme tranquila que yo quedo al cuidado- contestó él.

Visitar al día siguiente a Sabatina fue como una procesión; los tres perritos y una perrita formaban con la madre un cuadro de increíble belleza: la luz que se colaba por la ventana iluminaba el rincón donde se había realizado, a primeras horas de la noche, el milagro de nacer, y los tonos amarillos, blancos y marrones de los críos hermanaban con el color de la paja que les servía de lecho.

Empezaba el primer día de vida con el planteamiento del reparto de los animalitos:

-Aquél, el que da los chupetones tan fuertes será para Eusebio que lo quería de color oscuro.

-El rubio con el lunar blanco en la frente es para Frasquito...

Iban adjudicando cada uno, pero Sabatina entendía de aquellas palabras sólo las de alabanza y se sentía muy feliz.

Seguía con el temor de las ratas; de vivir Chatungo podría dejar a los perritos para ir a comer y hacer sus necesidades; quedaría junto a ellos hasta que a la tarde volviera Tablones y vigilara entretanto que ella salía de la cuadra.

Ana, la hija mayor de Carlota, era la encargada del cuidado de la podenca y sus cachorros.

Cada día en aquella casa llena de paz se sucedían los acontecimientos; vulgares y sencillos ellos, pero como cangilones de noria que daban vigor y energía; transcurrían las hora en laboriosos afanes y cuidados; la pauta la daban los padres: el trabajo dignifica, el trabajo es salud del alma y del cuerpo, pero ha de ser hecho con amor, con voluntad y entre todos; quien más y quien menos, según su edad y fuerzas. Esto lo repetían una y otra vez a los hijos: -Y tenéis que ayudar a los que no puedan y no a quien no quiera, entenderlo bien, hijos.

Y lo entendían bien; y compartían trabajos y ocios; a veces Carlota sacaba a colación ejemplos de hermandad que daban los animales y relataba casos de preciosa solidaridad con la sencillez innata de su bondad.

Pasaron algunos días.

Manuela Sabatina seguía visitando la casa y se traslucía en su comportamiento que deseaba charlar o con Carlota o con Ana, pero no encontraba, al parecer, ocasión. Dejó de ir a la iglesia y se encerraba en su casa, se acostaba tarde y apenas dormía: su pensamiento vagaba por

el pasado: su infancia, su mocedad, sus relaciones con Isidro cuando ambos eran solteros, su boda “qué reguapísimo iba el Isidro! ¡cuántas envidias entre las mocitas! ¡y qué macho era!; entonces no le notaba que le faltara cochura, sí, eso: cochura; la culpa de que no cuajaran los hijos tuvo que ser de él...; de él...; de él...”

Si se hubiera casado con otro... ¿con otro? ¿había alguien mejor que su Isidro?

Divagaba. Divagaba.

La temporada pasada en Badolatosa cuidando a su prima enferma la había cambiado completamente.

-¿Por qué no te quedas con nosotros -le habían dicho- y así no estarás sola...

Rechazó la propuesta, porque aceptarla era perder su libertad; pero es que no tenía fuerzas para soportar el silencio y el vacío de su casa...

Y el vacío de su cama. Necesitaba cobijo y calor de hombre. Esas eran sus dolorosas pesadillas.

Cuando de nuevo habló de ellas a Carlota, recibió un consejo: -Manuela, yo en tu lugar vería a un buen médico y le cuantas todo lo que me dices a mí, y si no quieres ir a uno de Aguilar, o de Córdoba, o de Lucena, habla con don Fidel.

-¿Hablar con el cura de estas cosas?

-¿Y con quién mejor?, si lo que le digas no lo va a saber nadie, te dará un buen consejo y no te va a costar ni un centimito.

Tardó varios días en decidirse, pero al fin se arrodilló ante el confesionario y “vació el saco”. Al terminar la confesión, que tenía escandalizadas a las beatucas porque duró los tres cuartos de hora y retrasó la celebración de la misa, el sacerdote le dijo tras del perdón: -Mañana mismo te vas a Badolatosa y no espantes a ese hombre con tus dengues y remilgos, porque ya lo dijo San Agustín: “Vale más casarse que abrasarse”.

Los cachorrillos, según expresión de Manuel “estaban de dulce”; la madre salía ya a sus trabajos con los gañanes y con Tablones y volvía como loca y sin detenerse en la casa se colaba en la cuadra, se tendía en las pajas, abarcaba su cuerpo de forma que todos pudieran mamarle a la vez y sin estorbarse; suspiraba de placer porque el dolor de sus tetitas presionadas por la cantidad de leche acumulada durante el día, iba desapareciendo a la par que los cachorros trasegaban.

Aquella tarde —la observó Ana desde los pesebres más cercanos a la puerta— la podenca estaba inquieta porque, sin saber contar, supo que le faltaba un hijo, y no dejaba de moverse y de llevar la cabeza de un lado a otro, hasta que su paciencia se agotó y abandonó a los cachorrillos en pleno festín con la boca abierta goteando la leche que no pudieron tragar a tiempo.

Sabatina escudriñó varias veces la cuadra, el suelo, los pesebres y las camas de los muleros; jadeaba angustiosamente como si volviera de una carrera de competición.

Ana también estaba angustiada; realmente había sido una crueldad despojarla de un hijito tan pequeñito aún; se agachó cuando Sabatina desesperada pasó otra vez por su lado, la detuvo, le acarició la cabeza mientras le decía:

-Tu niño va a estar muy bien cuidado...

Escuchó la podenca con atención casi humana, creyó comprender, movió el rabo en señal de agradecimiento y de esperanza, salió de la cuadra y volvió al cabo con el rabo entre las patas después de haber recorrido casa y corrales de punta a punta y de arriba a abajo.

Ana la había esperado junto a los pequeños y volvió a consolarla con palabras y caricias; la mirada mansa y triste del animal le causaba una gran pena.

A la Sabatina, desde entonces, le costaba mucho esfuerzo obedecer porque su miedo se hizo mayor; su miedo a las ratas desapareció, porque con solo su presencia o la de Tablones el peligro se borraba, pero el miedo a sus amos... y sin embargo, con su corazoncito arrugado por el sufrimiento, obedecía a la llamada:

-¡Sabatina! ¡uf! ¡al campo!

Y salía con su bonita cabeza gacha, con su rabo en quietud de llanto, con sus patas ligeras y acompasadas con las de Tablones, pero en el tajo se negaba a vigilar y a corretear con el compañero, ¿pensaría en sus crías? ¿deseaba volver pronto? ¡Claro que sí!, y si Tablones pudiera hablar diría:

-A Sabatina las horas se le hacen siglos.

¡Pobre Sabatina! Al cabo de los días sólo encontró esperándole un cachorro.

Manuela Sabatina llegó un anochecer con la idea de hablar con Carlota; esperaría el tiempo que hiciera falta, así que, se sentó en el hermoso sillón de asiento de rubia anea y madera de olivo, mientras charlaba con Ana que seguía su trabajo de remendar una sábana. Hablaron de los perritos y Ana se llegó a la cuadra para volver con el último cachorro reservado para Manuela "si era gustosa en llevárselo": Lo agradeció mucho y lo acunó en sus brazos como a un bebé.

Volvían ya los animales a recogerse en las casas levantando gran polvareda en la calle, que aún no estaba pavimentada, ruidosos e inarmónicos los sonidos de sus gargantas. Ni Manuela ni Ana se movieron ni cerraron la puerta de la sala baja, ni los animales al pasar miraron; las cabras intentaron, como siempre, atacar a las plantas del patio y la cerda sin dejar de gruñir pasó presurosa sabiendo que en su hermosa corraleta le aguardaba el bebedero rebosante de agua limpia.

-Oye, Ana, la guarra parirá pronto ¿no?

-Sí, de un día a otro.

Con los trabajadores y las bestias llegaron los perros; Tablones pasó de largo; Sabatina entró amenazante, desafiando a Manuela, quien rápidamente puso en el suelo al cachorrillo y Sabatina lo sacó de allí corriendo, llevándolo asido por su boca, y como si estuviera haciendo una carrera, sorteando impedimentos, atravesando entre las patas de las

bestias, hasta que lo dejó caer suavemente en el lecho y ella se acomodó en él ofreciendo sus ubres hinchidas.

-Mañana, cuando se vayan al campo te lo llevaré a tu casa.

Ana cumplió el ofrecimiento doliéndole su propia acción. Como cada día, la Sabatina se resistía salir al campo. Intentó llevárselo con ella y salía de la cuadra con la cría asida por el cuello con su boca húmeda. La obligaron a dejarla en el suelo y obedeció como siempre; después se unió a Tablones y ambos siguieron el mismo camino de la cuadrilla, ¿cuántas veces volvió la cabeza para mirar a su amo que en el patio intentaba una carrerita? ¿qué pudo sentir cuando ya estaba pisando la calle y le llegó el extraño ruido del primer ladrido?

Ana cumplió el ofrecimiento y esa mañana, cuando ya el sol era dueño del lugar, tomó a la cachorrilla en sus brazos y se la llevó; Manuela la recibió agradecida aunque le daba pena por la madre “¡con lo que se quiere a un hijo!”

Un buen rato duró la visita porque Ana le ayudó a cambiar de sitio el espejo grande del tocador de su cuarto para colocarlo en la antesala donde en dos arcas guardaba las mantas de la cama y los mantones y tocas de lana. Hablaba entretanto:

-Mira Ana, en el arca chica que heredamos de la abuela Pepa, guardábamos el traje negro que Isidro llevó el día de la boda y que ya no está porque le sirvió de mortaja; la tengo vacía y la voy a regalar ¿la quieres tú? es de una madera muy buena que no se pica.

-Se lo diré a mi madre porque a mí gusta ¿y por qué cambias un espejo tan hermoso para llevarlo a un sitio donde apenas hay luz?

Manuela hizo un gesto raro y cerrando los ojos, musitó:

-¡Sí yo contara...!

Un silencio entre las dos.

Abajo en el patio, un zumbido de abejas, cuatro o cinco, como eco lejano de un trueno, recordaba el trabajo y el placer de la ofrenda

de cada flor; del corral, un cacareo monótono y el ¡claf! del picotazo dado en falso; el aroma cálido que subía del corral se mezclaba con el dulzón del patio y con la caricia húmeda del pozo; ganaba el limonero que, con solo mecer sus hojas entraba en la alcoba insinuante y prometedora.

-Entre el espejo y el "tufillo" del árbol me tienen en pecado-decía para sí Manuela recordando su vida de esposa satisfecha.

Por eso retiraba el espejo; en su lugar pondría el cuadro grande de la virgen del Carmen salvando almas del Purgatorio, herencia de la abuela Pepa, como el arca; aunque pensándolo mejor el cuadro seguiría abajo en la sala, porque... ¡caramba! que en el cuadro hay un alma bendita de espaldas que le recuerda al difunto Isidro... No lo pensaría más: colgaría en el lugar del espejo el cuadro de la virgen de Araceli aunque fuera de menor tamaño.

Habló Ana: -Desde mi alcoba también se ve el olivar de La Hoja y el cañaveral y nada más amanecer entra el sol.

Sentáronse ambas al borde de la cama; iba a hablar Manuela de lo mismo que habló a su madre y a don Fidel.

-... la verdad es que yo sin marido y sin hijos y sin padres, no tengo ganas de vivir; ni como, ni duermo, ni siento consuelo con rezar; la verdad es que a veces me enfado conmigo misma, por ser como soy, porque no gusto de visiteos, de paseos, ni de viajes, ni de fiestas... y yo soy todavía joven y de buen ver aunque esté mal el decirlo...; no se me olvida mi Isidro, unas veces me irrito porque pienso que quizá él tuviera la culpa de mis desbarates y otras veces me recreo en lo bien que lo hemos pasado después que me operaron...; mira, Ana, parecíamos novios; éramos como recién casados en plena luna de miel... Y de pronto... Ya van para tres años que vivo sola y amargada...

-Es muy triste lo que te pasa, Manuela- compadeció la joven.

-... y ya tú sabes: pesadillas y deseos de los que no se pueden decir a los cuatro vientos...; tu madre y el cura dicen que me debo casar.

Ana no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

-... y ya tú sabes que yo no he pasado más de un mes en Badolatosa en casa de tu prima ciudadando de ella y de la familia; bueno, pues resulta que un tal Juan Luis, con los riñones muy bien forrados —un cortijo, tres olivares, cuatro yuntas, una casa— se quedó viudo casi a la par que yo viuda, pero, si malo es quedarse sola como la una, casi peor es quedarse sin mujer y con una niña pequeña... Pero es que la cosa tiene más perendengues que parece a simple vista, porque como Juan Luis es un portento de hombre ¡ay, Ana que hechuras tiene!; mira, cuando lo vi la primera vez, quedé como cuajada; cuando lo oí hablar —nada, decir buenos días— ¡qué voz! ¡hija, Ana, como si me bañara por fuera de miel y por dentro me atizaran candela!... Y lo que yo quise decirte antes es que mocitas y casadas y viudas se lo rifan... La verdad es que yo, por lo mismo, apenas le dirigía la palabra y cuando entraba en la casa, que era diario, yo me escabullía con achaques de mis haciendas, y así pasó el tiempo y pocos días antes de venirme me dijo el marido de mi prima: “El Juan Luis parece que viene mucho a esta casa”, y como me miraba guiñándome con picardía, yo dije: “¡Hombre, un buen vecino que se interesa por la enfermedad de tu mujer...” -”¿Por mi mujer?” Se rió con todas sus ganas y mi prima también; yo me arrebaté y me puse como una amapola...; me salí al patio para que no lo notaran; mi prima alzó la voz y dijo: “Pues hacen muy buena pareja”. Y al otro día me vine de allí... ¿Pensar yo en un casorio! ¿Faltarle yo a mi Isidro de mi alma? Pero, hija ¿por qué tuve yo que oír que el Juan Luis y yo hacemos buena pareja? ... y desde entonces no descanso dándole vueltas a la noria y sin sacar agua, como quien dice... Sueño con el Isidro y con el otro...; el cura me ha dicho que más vale casarse que arder; tu madre piensa igual y yo no sé si encerrarme en esta casa de por vida o irme a Badolatosa a por el Juan Luis, o trabajar allí el esparto y con eso me distraigo y lo veré de vez en cuando aunque sea de lejos... La cosa es que hay una niña de por medio ¡qué bien, toda mi ansia de madre la volcaría en ella!

-Pues no debes darle más vueltas y vete cuanto antes.

-Pues ahí está la cosa ¿con qué achaque voy a casa de mi prima que no se dé cuenta del asunto?

-Pues mira; a dar una vuelta a la familia y a regalarle a la niña de Juan Luis la podenquita que yo te he traído...

(Verdaderamente la astucia femenina es muy valiosa. ¿Nos detenemos ahora para saber en qué quedó el asunto de Manuela Sabatina? Pues vámonos a Badolatos y ya volveremos).

La vuelta a casa de la prima con su inseparable podenco y la podenquita fue muy celebrada por oportuna, porque aunque ya no había enfermedad, siempre sería una gran ayuda en la limpieza de la casa que necesitaba un buen encalijo y con las "carrancas" de Manuela quedaría mejor que nunca.

En lo alto de la escalera estaba ella dándole cal al techo cuando de improviso entró en la habitación el Juan Luis:

-A la paz de Dios, Manuela.

A punto estuvo ella de caerse al suelo por la sorpresa y sin saber además cómo se las arreglaba para no lucir sus piernas más arriba de las pantorrillas.

-Que Él te guarde, Juan Luis- contestó sin intentar bajarse de la escalera, aunque le temblaban las piernas en rebeldía por lo forzado y difícil sostenimiento del cuerpo -Ya he visto que tu niña está hecha una prenda...

-Sí, es preciosa...; y por eso he venido: a darte las gracias por el regalo de la podenquita y a saludarte.

-Gracias.

¿Por qué callaron los dos?

Es que resultaba dificultoso un diálogo a solas; la casa parecía deshabitada y que un duende travieso andaba suelto por ella, más aún: que estaba allí, justamente subiendo y bajando la escalera. Por fin, él se acercó y tras carraspear algunos segundos, pudo decir:

-¿Te vas a quedar ahí en lo alto? Yo quería decirte que me alegro que hayas vuelto porque yo pensaba ir a Moriles...

-¿A Moriles?- no, no podría bajarse de la escalera porque él podría sentir los golpetazos que le daba el corazón queriéndole salir por

la boca -¿A Moriles...?- y un poquito más repuesta disimuló: -No sabía yo que tuvieras familia o intereses en mi pueblo...

-¿Intereses? muchos, y familia quiero tener.

Fue así y él mismo estaba sorprendido de lo bien que le estaba saliendo el asunto. Desde que dio en pensar en Manuela..., porque no debía engañarse, le gustó Manuela como mujer, más que como madre de su hijita; le ilusionaba poder empezar una vida al lado de una mujer, una hembra para él con la seguridad de que su hija no tendría hermanos con los que tendría que compartir cariño y hacienda. Lo difícil era acometer la empresa, y aunque los primos de Manuela lo animaban dándole esperanzas, no estaba muy seguro del éxito. El primo consorte le había dicho:

-Lo tienes sencillo, Juan Luis, tú vas y le dices, que eres un hombre honrado, que estás solo y necesitas que tu niña tenga una madre...

-¡Calla, calla! ¡Por favor, Pedro!- terció la prima -Eso tiene que venir a lo último, ¿vas a decirle que la quiere para cuidar de la casa y sea la sirvienta de la niña y del padre? Está visto, Pedro, que no hueles ni el corcho quemado. Mira, Juan Luis, lo primero es enamorarla con delicadeza y sin prisas...

¡Qué difícil lo veía Juan Luis! Y eso que soñaba con ella, porque la Manuela era de postín ¡una real hembra, que sólo pensar en ella se encabritaba!

¡Y qué sencillo fue!

Bajó la escalera, ayudada por él - a los dos les ardían las manos; a los dos les llameaban los ojos como candelorios; a los dos les temblaban los labios en obligada cobardía; los dos se olvidaron de lo pasado; él ahora surgió triunfal.

-Me interesas tú, Manuela, desde que te vi por primera vez, por eso venía a esta casa todos los días varias veces; no puedo vivir sin verte; los dos somos libres y en plenitud de vida; yo seré para tí, esposo, padre, amigo y hasta hijo; todo, entero tuyo; no me desprecies Manuela...

¿Por qué lloraba Manuela? Porque se acordaba de Carlota y de don Fidel ¡bendita la hora que habló con ellos!

Juan Luis no le preguntó por sus lágrimas; Juan Luis, roto ya el hielo gracias a su elocuencia y a la sabiduría de la prima, le secó las lágrimas que le corrían ya por las comisuras de su bien dibujada boca, restregando con delicadeza sus rudos dedos por toda la piel de su cara y remató el trabajo juntando los cuerpos y besándola largamente.

Manuela no hablaba. Manuela desfallecía de placer.

(Ya podemos volver al otro pueblo; a la casa de Carlota)

La Sabatina sufrió más que nunca cuando volvió del campo y encontró vacía la morada; sólo las pajas, el olor de su cría y las dolorosas punzadas en sus tetitas que parecían estallarle de tan llenas.

Ni Carlota, ni sus hijos querían darse cuenta del dolor intenso del animal. Manuel no quiso comer.

-¡Y qué tenga que pasar todo esto!- protestaba.

-¡Hijo!- habló el padre; -las cosas son así aunque nos duelan.

-¡Quitarle todos los críos...! teníamos que haberle dejado uno por lo menos.

-En esta casa sólo podemos tener dos perros... A mí también me duele, pero la Sabatina se consolará pronto...

No. No tan pronto. La Sabatina aulló aquella noche. La Sabatina recorría todas las estancias de la casa husmeando y quejándose. La Sabatina salía al campo y volvía con el rabo caído y el andar lento. La Sabatina no encontraba postura en el suelo que no aplastara en su vientre aquellos cálices invertidos, rubios y sedosos.

El trajín de la casa no dejaba tiempo para detenerse en la angustia del animal porque además había surgido al amanecer de aquel día un nuevo problema: la guarra había parido.

Bueno, se esperaba el acontecimiento que nunca fue problema ya que el animal no necesitaba ayuda de ninguna clase para realizar el hermoso acto de dar vida a nuevos seres.

La guarra había llegado por la tarde impaciente por entrar en la casa y a la pocilga; lo notaron porque se había adelantado a la piara y corría por el patio y el corral; la siguieron hasta la corraleta y vieron como se había estirado en el suelo jadeando.

-Le faltan horas para parir.

Le procuraron comida y agua y la casa continuó su ritmo. Se recogieron animales y aperos y una paz reinó en todas las dependencias, sólo algún pajarillo rezagado, algún conejo que al asomarse debajo de la leñera desprendiera algún palo y cambiaron de sitio varios leños poniendo música al concierto del corral; una música extraña, suave, con intervalos cortos: el largo y monótono "beee" de las cabras, los chillidos escapados de la leñera, las coces de las bestias en la cercana cuadra, el súbito aspaviento de alguna gallina, el clarín del gallo anunciando la proximidad de la noche, unos gruñidos casi continuos que salían de la corraleta y que representaban el tremendo esfuerzo y que era el heraldo del sencillo milagro que allí dentro se estaba haciendo.

El sol había desaparecido muy lentamente. La campana de la iglesia tocaba la oración vespertina y era costumbre en muchos labriegos descubrirse respetuosos al sentirla. El olor de la tierra cambiaba de aromas, los sembrados respiraban un aire fresco y los animales de la noche se preparaban para festejarla y vivirla.

Que el mocerío disfrutaba los próximos encuentros, paseos y charlas.

Que la infancia seguía jugando y cantando.

Que los ya sesudos con obligaciones y desvelos, se reunían para comentar y planear.

Que los muy maduros se distraían renovando recuerdos y soñando con hazañas que nunca realizaron.

Era el bulle-bulle de cada día; el regocijo y la pena; la esperanza y el desaliento; la ilusión y el desencanto; el trabajo y el ocio; el llanto y la risa; el nacimiento y la muerte.

La vida.

De vida se había llenado la morada de la guarra. A la amanecida cesaron sus gruñidos y por su vientre agarrados a los sonrosados pezones reptaban los guarrillos moviendo sin cesar el tirabuzoncito que les colgaba de sus redonditos traseros. La madre, sin embargo, no era feliz: se había cargado de hijos y no tenía comida para todos; eran doce lechones y sólo diez tetitas para alimentarlos, porque con la que hacía la número once no se podía contar por casi no existir de tan atrofiada en la especie; por eso, dos lechoncillos, como dos monstruosos gusanos buscaban entre el montón de hermanos, entre la maraña de rabitos y orejitas, alguna cosita que llevarse a la boca. La madre lo sabía -¿qué no saben las madres?- y por eso no era feliz.

-Hijos- les decía procurando con los nerviosos movimientos de su cuerpo, que algún mamón se desprendiera del chorro y otro ocupase su lugar -Hijos, todos sois hermanos, a todos os quiero dar por igual; no seáis egoístas; tenéis que compartir; el que esté satisfecho que no siga chupando por glotonería y que deje sitio a otro; que unos mucho y otros nada, sólo ocurre en el mundo de los hombres...

La Sabatina y Tablones, miraban absortos desde la puerta de la zahurda.

-Pues los dos guarrillos que han nacido los últimos, morirán de hambre antes de tres días.

Carlota intentó despegar de la madre a un mamón para colocar en su lugar al "pobre de solemnidad"; la guarra, desconfianza y amenazante, se levantó y los mamones sin soltar los manjares siquiera, ajenos a la trifulca presentada; los rabillos encaracolados, barrieron la broza del lecho y los dos "pobres de solemnidad" como vagabundos de profesión, se habían acurrucado juntos, sin dejar de olisquear en vano.

-Cuando esté calmada la madre arrimaré uno a la "once teta" y algo sacará.

Pudo hacerlo, pero el lechoncito no pudo succionar.

Muchas veces acudían Carlota o Ana queriendo conseguir que los guarritos abandonaran su gula y egoísmo; aquella panza era una vena de inagotable alimento, como pozo sin fondo, como tahona rebotante de pan, como un inmenso panal. Había para los doce si hubieran sido más solidarios, más fraternales, más amorosos.

Y al anochecer, como siempre, hombres y animales regresaban a la casa.

Ana tuvo una idea: le darían biberones a los cerditos y los hubiera hecho de no haber visto entrar a la Sabatina:

-¡Parecía venir llorando!- comentaba la joven después -y sin levantar la cabeza se fue al comedor y se estiró en el suelo sobre el lomo y vi como le saltaba leche a borbotones; me acerqué y le toqué las tetitas, duras como el mármol, entonces, corrí, llegué a la corraleta y antes de que madre me diera el alto, cogí al pequeñín, que apenas respiraba, lo traje, lo arrimé a la Sabatina, que se quedó quietecita, quietecita..., le abrí la boca al guarrillo y conseguí a fuerza de paciencia y voluntad que aprisionara el pezón y que empezara a tragar..., luego fui por el otro y tuve que repetir la faena, pero ¡velay!

¡Qué bien!

Ya la Sabatina movía el rabo con alegría; se le acabó el apaciguamiento que había tenido y en la besana acompañaba en sus carreras al galgo y lamía amorosa las piernas de Ana cuando ella le echaba mendruguitos de pan; tampoco había que traerle a los mamones y era ella la que iba a la corraleta a tenderse paralela a la guarra y ellos se acercaban a saciar su apetito y después de jugar con las tetitas cuando iban quedando flácidas.

Seguía durmiendo en la casa con los gatos y el galgo, pero al amanecer, cuando avisaba el gallo, estiraba las patas y saltaba al corral para entrar en la morada de sus adoptados; cumplida esta misión de amor se incorporaba a sus obligaciones, y a la vuelta de la besana corría otra vez en busca de los lechoncitos que ya se iban hermoseedo; salía con las patas sucias y apestando pero no le importaba que

Ana le regara todos los días; a pesar del agua el olor a cochambre persistía tenaz.

Hubo un gran revuelo en el pueblo con el notición del casamiento de Manuela Sabatina, la viuda de Isidro que en paz descansa, con un ricachón de Badolatosa, también viudo que aportaba una niña de tres años, y por consiguiente hubo comentarios para todos los gustos.

-El viudo va buscando apaño.

-El viudo buscará la viña, la bodega, el olivar, la casa y lo que haya juntado cuando el negocio de los perros que lo tendrá en un calcetín o debajo de un ladrillo...

-Es que Manuela la Sabatina tiene muy buen ver, y parece una mozucla.

-Está bien que se case, que la ampare la sombra de un hombre.

-¡Menuda cencerrada les vamos a echar!

Cuando fue a ver a Carlota para darle la noticia, le dijo al terminar:

-Ya ves, Carlota, la podenca y yo con el mismo papel en esta comedia, criando los hijos de otras madres.

-Eres muy feliz ¿verdad?

-Sí, Carlota, y lo voy a ser más cuando estemos casados Juan Luis y yo... -confidencial bajó la voz: -Nunca creí que iba a querer a otro hombre y que la memoria de mi Isidro me diera tranquilidad en vez de tormento y si pudiese hablar con él, le diría: -"Fuiste mi sol y mi lluvia y yo una tierra desagradecida; nos quisimos muchísimo; y por fin voy a ser madre". Es lo que más me ilusiona, Carlota.

-¿Sólo eso?... Juan Luis es un buen mozo y como tú está en la flor de la vida- insinuaba con la complicitad de una sonrisa.

Manuela recibió la indirecta sonriendo también.

-Te juro Carlota, que entre nosotros ni una chispita así...- dijo clavando la dura uña del dedo gordo sobre la parte tierna del índice.

-Te creo y podría asegurar que ni un solo beso.

Manuela Sabatina enrojeció al revivir aquel maravilloso beso que ambos se dieron el primer día en su compromiso en Badolatosa, el que cambió todo para ella y se le abrió otro mundo lleno de felicidad, con una hija, que ella no concibió, le llegaba de la mano de Juan Luis; por solo la niña se hubiera casado con él; pero había que cuando lo conoció quedó enganchada para siempre, prendida de sus movimientos, de su voz, de su mirada. Él..., él era el roble que deseaba cada día con su noche junto a ella que se estremecía al desearlo, como asomada a un abismo; fueron días de gozos y sufrimientos los pasados en Badolatosa mientras la enfermedad de su prima. Las dudas. Los anhelos. Las reclamaciones de su cuerpo. Su carne mortificada.

Como la podenca Sabatina: a criar el fruto de otra madre y a darle compañía a Tablones.

Iguales. Dos Sabatinas formando los mismos rieles con materiales distintos.

El amor de la podenca, fino, limpio, no pide recompensa: se da.

El amor de Manuela va encubierto con tendales de maternidad; y al aire, sin reservas, sin velos, va el propósito de ahuyentar la soledad y de recibir correspondencia para su cuerpo.

El hombre, jugaba con transparencia "Mi niña no necesita hermanos; si me caso con una mocita, lo sufriría ella, mi niña pero si me caso con Manuela tendrá una madre y yo... ¡jozú yo! ¡una real hembra que ni hecha de encargo para mí!... ¡Cuántas envidias vamos a levantar!"

Por fin llegó el día.

Fue todo en la intimidad: la familia más cercana y Carlota y el marido.

Irían directamente al cortijo y pasarían en él tres días; entretanto, la niña quedaba con los abuelos y para estar más a gusto en la finca, a los caseros les dio Juan Luis permiso para que esos días los pasaran en Lucena con la familia.

La casera limpió el cortijo y preparó el dormitorio convenientemente, como para usarlo los señores, ya que el lado de la casa destinado a dependencias de los dueños, estaba necesitado de una gran reparación, porque desde la muerte de la primera esposa no se utilizaba para nada.

Ni el uno ni la otra querían revivir recuerdos y ahuyentaban imágenes charlando sin descanso: él, del laboreo, de lo que producía la finca, del trabajo y quebraderos de cabeza que daba. Ella, de la cercanía del río, de la arboleda, de lo cómoda que era la casa.

Pero ninguno escuchaba al otro; ambos tenían el pensamiento lejano; o no tan lejano ya que puerta del dormitorio estaba abierta y podía notarse la riqueza de la colcha de ganchillo sobre la amplia cama, cuyo cabecero de primorosa forja se destacaba en la blancura de la pared; y de hurtadillas miraban ambos sin dejar de charlar.

Ya se escondía el sol y se agrandaba el rumor del río.

Ninguno se atrevía a ser el primero en entrar en la habitación, aunque a medida que el tiempo se iba deslizando, los instintos de ambos se insolentaban bravos.

Y tuvo que ser un inocente gorrioncillo el que iniciase la avanzadilla, entrando intrépido por el alto ventanuco que daba luz y aire a la llamada antesala; comenzó a dar vueltas alrededor de la pareja y en su atolondramiento no sabía como remontarse para salir, ya que, como raterillo descubierto, dudaba entre recoger el botín o salir nuevamente a mecerse en el aire.

Manuela, gratamente sorprendida, dijo señalando al rincón donde un viejo almud rebosaba de trigo:

-A los caseros se les olvidó guardar la comida de las gallinas.

Y él:

-Supondrán que tú o yo cuidaremos del corral...

Se reían infantiles.

-¡Cómo!- exclamó Manuela -echa de aquí al pájaro, Juan Luis, no consientas que se quede dentro de la alcoba, y a lo mejor tiene el nido ahí dentro.

Juan Luis intentaba en vano que el gorrión saliera del cuarto y que se estaba escudando en una viga del techo. Tras muchos aspavientos, tras enarbolar un bieldo que el casero conservaba en la antesala, tras espantarlo con el pañuelo de seda de la novia como si tremolaran una bandera, consiguieron que traspasase la puerta, y Juan Luis dijo:

-Cierra la puerta Manuela, que no entre otra vez.

Juan Luis sujetando el bieldo con su brazo.

Manuela, con su lujoso pañuelo en la mano.

Nadie los vio, pero si los hubieran visto estrechamente abrazados, sin soltar las armas que les sirvió para ahuyentar al testigo inoportuno, hubieran sentido una inquieta ternura, porque después, ya apartada la rica colcha, ya pasada la erupción erótica, ya en orden los sentidos, Manuela dijo con voz preñada de lágrimas señalando a un lado de la habitación:

-Mira, Juan Luis, la cunita del pequeño de los caseros.

Miró el hombre; era una cuna de madera oscura y ropitas blancas; sobre ellas, un carrito sin ruedas, de cartón que antes fue cajita para guardar cositas. Revivió su infancia y todos los carros de cartón o de madera que él mismo se construyera, desfilaron por su mente en triunfo de imaginación; comentó con una sonrisa feliz:

-Cuando yo veía en mi casa una caja la convertía en carro, le ataba una guita y así jugaba; nunca pude hacerlos de lata, porque mi madre las guardaba todas para llenarlas en su tiempo de carne de membrillo y de gachas de mosto...

Manuela escuchaba mirándolo con arrobo:

-¡Lo más grande del mundo es tener un hijo! ¡Y yo pude tener cinco...!- murmuró y suspiró llorosa.

-¿Qué te pasa, mujer? ¿Lloras...? ¿Por qué lloras?

Gimiendo pudo decir:

-Te juro, Juan Luis, que voy a ser una verdadera madre de Socorrito, tu hija...

El secaba sus lágrimas y le besaba los ojos suavemente, y suavemente también le apretaba sobre su pecho y le dijo con trémolo ronco:

-¡Corderita mía...!

Horrorizada se desprendió Manuela de la cálida caricia y se echó de la cama dando un grito de espanto:

-¡¡No, Isidro, no...!!

Nunca volvieron a hablar de lo sucedido aquel día memorable, el primero de su matrimonio.

Y al cabo del tiempo recuperó la sonrisa espontánea y franca la faz de Manuela.

Era feliz.

-Yo, Juan Luis, contigo, con Socorrito y mis perros no deseo más, soy completamente dichosa- y añadía a veces: -¡Ay, la podenca Sabatina si la pudiera tener conmigo siempre...! Porque abusan de ella

que es una santa, lo que se dice una santa..., ¡mira que quitarle las crías y dejar que amamantara a dos guarritos...! ¡Si eso debía venir en los papeles y que lo cantaran los ciegos por las esquinas, como los romances...!

El ansia de maternidad de Manuela Sabatina la de Isidro que en gloria esté y después la de Juan Luis el de Badolatosá, se volcaba sobre Socorrito.

La de la podenca Sabatina, dedicándose a la crianza de los gorrinillos. Ella y el galgo Tablones eran felices volviendo a sus faenas del campo y volviendo después los dos a la zahurda, siempre limpia por el celo de Carlota.

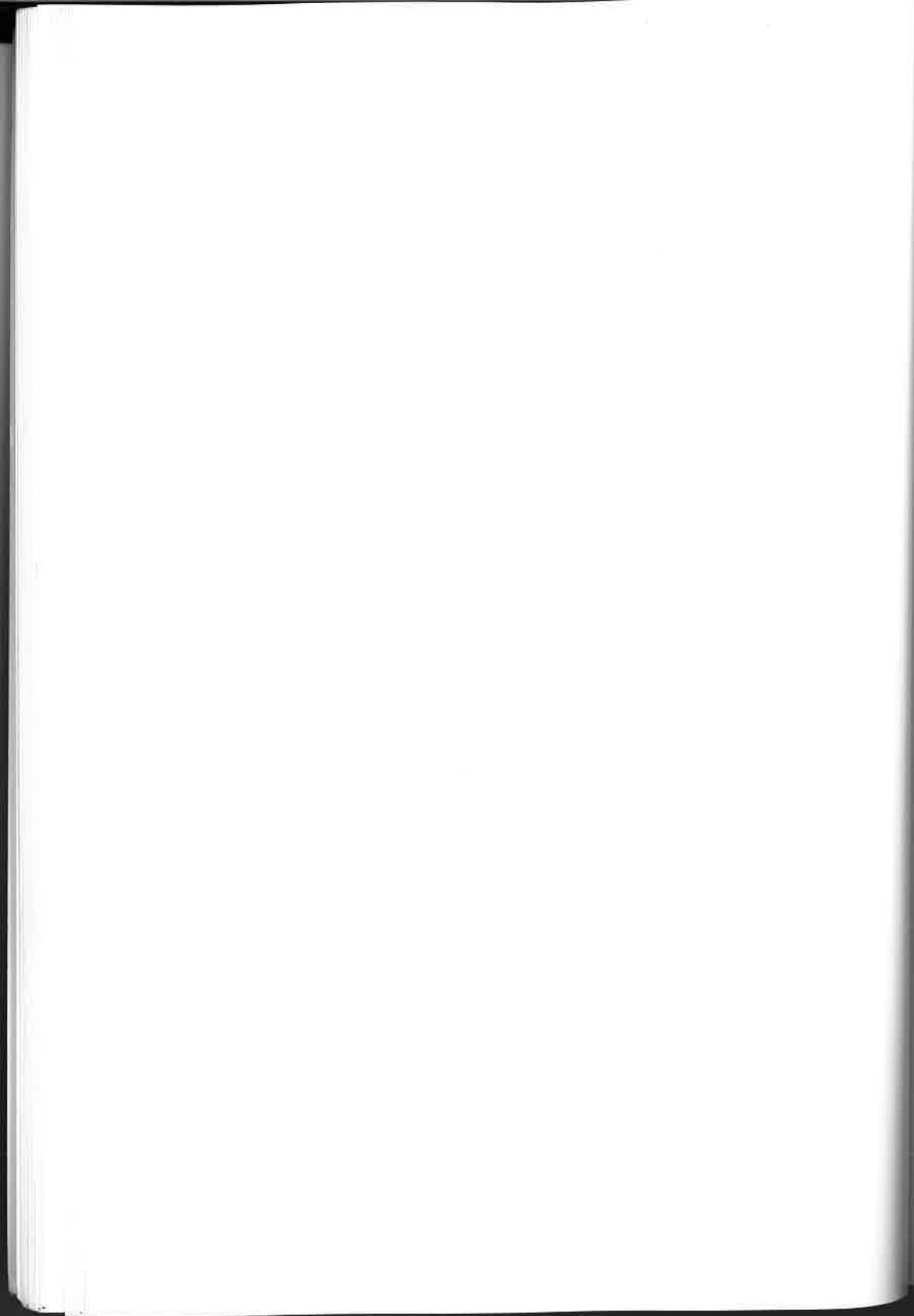
Sabatina se tumbaba al hilo de la cerda madre, tan cercana que el tirabuzón que formaba el rabo de ella, al moverlo placentera, le hurgaba las orejas; entretanto, Tablones, miraba embelesado el revoltijo que se formaba en las panzas maternas. También Tablones observaba el baile descompasado de las gallinas preparando la recogida; y la altivez del gallo mirando con insolente desprecio a las cabras de poderosos cuernos que sólo atendían a entrar en su cobertizo para seguir ramoneando. Tablones esperaba pacíficamente a que los mamones soltaran ahítos las ubres vaciadas y Sabatina se levantara, estirara las esbeltísimas patas, levantara la cabeza de signo tácito, lamiera dos o tres veces a sus validos y saliera para unidos ambos acompañar a la familia en la casa, mejor aún, en el comedor.

Todo igual. Una casa llena de amor. Dar sin esperar recibir. Sin condiciones.

Las dos Sabatinas: Manuela, querer en cuerpo y alma; la podenca, servir al necesitado. AMOR.

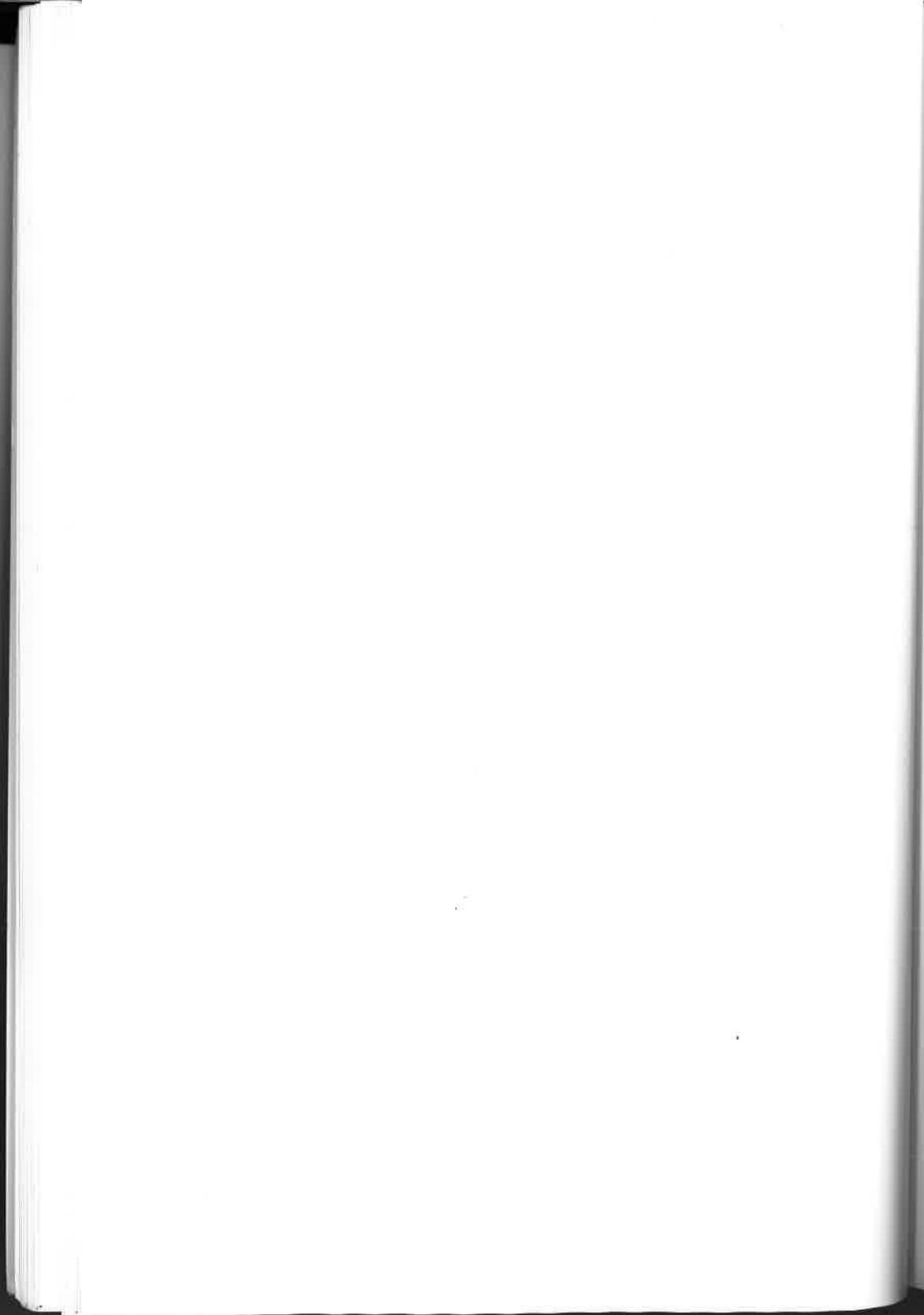
Paula Contreras

Puerto Real, mayo de 1994.



LOS CERDITOS

*A mi sobrina Araceli con cariño,
en recuerdo de aquellos campos
que tan dentro de nosotros están.*



Al llegar al cortijo suspiraron y Teresa dijo mirando al cielo:

-Gracias a Dios que tenemos un buen cobijo.

Luego todos se dispusieron a colocar el pobre ajuar que traían: un par de colchones, almohadas y mantas y los enseres necesarios para cocinar. En la aldea quedaron camas, mesas, sillas, cuadros y un arca grande de madera blanca; al cerrar la casucha, Teresa dijo:

-El Señor querrá que algún día podamos volver para recoger lo que dejamos en la casa; luego colgó de su brazo el canasto que contenía la única gallina que le quedó en el corral, y santiguándose devotamente ordenó:

-En marcha y que San Rafael nos acompañe.

Eusebio guardó la llave de la casa en las alforjas que colgaban de su hombro y arreó a las bestias: una hermosa mula y un viejo asno.

En la aldea, la partida de la familia, causó angustia porque quién sabe cuando les tocaría a otra familia salir del hogar para buscar el pan en otras tierras, y no todos iban a tener la suerte de Eusebio, que logró

trabajo para sus hijas, techo para todos y esperanzas de un trabajo honrado y fijo.

Teresa y Eusebio en plenitud de vida; las hijas adolescentes llenas de ilusiones, valientes y decididas:

-Nosotras encontramos colocación en alguna casa de señores para servir; han avisado de dos o tres familias...

La puerta de entrada al cortijo estaba abierta: El Peral, que así era llamado, tenía apariencia de palacio a pesar de su estado ruinoso, por el abandono de muchos años atrás, desde que "el amo se arruinó por esos mundos" y no se ocupó de la finca, que iba desmoronándose...

Vamos a dejar la finca con su historia de esplendores y miserias.

Volvamos a Eusebio, Teresa y sus dos mocitas: Teresita y Pilar. No hurguemos en aquellos dolorosos días primeros; vamos a saltarnos varias semanas y sabremos de la colocación de las niñas como sirvientas en "casa de señores" en Puente Genil; los padres quedaron en El Peral como caseros de "puerta abierta" es decir: techo, pero no trabajo ni sueldo.

-Nos apañaremos, Eusebio...

-Saldremos adelante, Teresa...

Se apañaron pero adelantaban poco en la economía porque pocas veces se le presentaba a Eusebio la ocasión de trabajar.

Teresa era hábil y Eusebio paciente. Pensaban que algún día encontrarían un buen cortijo; o tal vez las niñas les encontrarán un buen trabajo en el pueblo. Con esa esperanza vivían sin dejar de labrar la parcelita de tierra -que a eso tenían derecho por deseo del señorito, recolectando patatas, tomates, rábanos, lechugas, que, cambiaban por pan y aceite en otros cortijos cercanos y podían hacerse también de paja para el burrito que aunque viejo todavía les rendía y era gran ayuda para portear las mercancías; el animal también necesitaba comer; y estaba tan viejo y reumático que no pudieron hacer con él lo que hicieron con la mula: venderlo.

Teresa sentía compasión por el animal al que llamaba cariñosamente Currillo. Cuando el día era frío y el sol calentaba, ella llamaba:

-Eusebio, ven y ayúdame a llevar a Currillo a que tome el sol en aquella recachita...

Protestaba él, porque tomar al burrito en peso era un esfuerzo excesivo, pero ella preparó con trozos de sacos y costales un lienzo sobre el que, ayudando al animal a echarse, tiraban entre los dos de la improvisada alfombra y lo trasladaban de la cuadra hasta la pared del enorme patio donde daba el sol; después, con el mismo procedimiento lo volvían a la destartada cuadra que le servía de aposento.

-El pobretico —le decía ella al marido protestón— mientras pudo nos sirvió y ahora nosotros estamos obligados a...

-Mujer, Teresa ¿obligación?; como obligación no creo yo que tengamos con el animal; él cumplía trabajando y yo cumplía llenándole el pesebre...

Teresa terminaba tras la discusión:

-Mira, Eusebio, que quien no es agradecido no es bien nacido; que tú sabes que no todas las veces le hemos podido llenar el pesebre y él te ha llevado todo el día por esas lindes con frío, con calor, con agua...; que lo has cargado de leña y con un serón que casi le llegaba al suelo, que no sé yo como podía con tanto peso... ¡y que ya no sirve para nada, si no que es un gasto más y un trabajo más...! que el último viaje que hicimos a Puente Genil para ver a las niñas y de camino mercar algunas cosillas, apenas podía andar; que yo no quise montarlo aunque al andar veía las estrellas por el dolor en las rodillas, porque me daba lástima; que cuando nos acercamos al río bebió y no acababa de hartarse... ¿te acuerdas? luego levantó la cabeza mirando al cielo y me pareció que daba gracias al Altísimo... ¿y desde cuándo no rebuzna? si ve una burra y es como si viera una piedra... El día que fuimos a Puente Genil sólo comió unas yerbas por el camino y cuando volvimos ni siquiera se interesó por el pesebre y se tendió en el suelo...; por la mañana todavía estaba cual cayó; me acerqué y como quiso levantarse y noté que no podía, le dije: "Quieto, Currillo, quie-

to..." y me entendió, porque dejó caer la cabeza y movió un poquito las orejas, y yo cogí el escobón y quité de alrededor de su cuerpo y de su cola algún que otro cagajoncillo empapados en orines... ¡está muy malito el Currillo! ¡Si el Señor dispusiera su muerte!

Un suspiro muy hondo fue el que Teresa dio una mañana cuando entró en la cuadra para darle una vuelta a Currillo.

Se acercó a él y como cada día le dijo:

-Quieto, Currillo, quieto, no te muevas...

Pero Currillo no se movió; tenía las patas rígidas, la boca entreabierta y los ojos taponados por un enjambre de moscas, que Teresa ahuyentó y después tomando del poyo la estropajosa alfombra que servía de vehículo para las tomas de sol en la recachita del patio cabe a la otra cuadra, la echó sobre el cuerpo inerte cuidadosamente y emocionada a punto de llorar; con el Currillo muerto desaparecía un lazo que les unió a la época en que no conocían inquietudes: habían nacido las niñas y no les faltaba trabajo; su casita humilde muy limpia; el Eusebio entonces era retozón y a veces tan impaciente por calmar sus apetitos que ella se veía obligada a apaciguarlo:

-¿No te das cuenta de las niñas?.

Las niñas montaban al Currillo y los cuatro iban a la feria de Badolatosa y a la de Rute; aquellos tiempos fueron felices hasta que soplaron malos vientos y tuvieron que salir de la aldea.

Teresa ayudó en la tarea de enterrar a Currillo, y lo hicieron a la espalda del cortijo, al pie de un añoso olivo.

-¿Cuánto tiempo tendrá este olivo, Eusebio?- preguntó Teresa sin ánimo de saber, sólo para distraerlo.

-Siglos tal vez...

Dejaron acabada la triste faena y cada uno se fue a su propio quehacer; a la pesadez de la monotonía. No reparaban en la belleza del

paraje; no percibían los rumores de la arboleda y los del cercano río; ni el canto del cuco; cada uno inmerso en sus cavilaciones.

Eusebio sentía humillada su hombría al no poder proporcionar a su familia un pasar digno; iba perdiendo aquella fe que le inculcaron sus mayores y que aún persistía íntegra y fuerte en Teresa; maquinalmente él respondía a las oraciones del rosario, cada vez más flojo, más inseguro, más incrédulo porque... “yo no le he hecho mal a Dios ni a nadie para estar como estoy; que siempre aguanté resignado los golpes que manda, pero ya es mucho este riesgo de miserias...; tengo brazos para trabajar en lo que sea y no puedo emplearlos”.

Teresa en cambio seguía rezando en voz alta confiada en la ayuda divina... “algún día lucirá el sol para nosotros; tenemos salud que es lo principal y vamos saliendo poco a poco de esta oscuridad”.

Teresa contaba sus “riquezas”: una camada de pollitos que la casera de Casanzur le regaló cuando le ayudó al encalijo del cortijo. ¡Un hermoso y cuidado cortijo el Casanzur! y los caseros buenísimos vecinos, ¡lástima que para ir allí tuviera que pasar por dos ríos: el Genil y el Anzur! uno con un vado fácil, pero el otro con un puente de tablas resultaba peligroso; la casera, Aurora, era joven, bien parecida, trabajadora y muy amistosa.

Contaba Teresa sus “riquezas”, considerando que el palomar aumentaba y que era soportable el ruido que hacían porque de vez en cuando algún palomo caía en la olla; entonces se acordaban de las niñas que no podían disfrutar de una comida tan rica, aunque comerían bien porque disfrutaban de buen color, lucían hermosas caderas y unas delanteras muy bien colocadas; en eso salían a ella, que cuando moceaba no había en la aldea ninguna que le aventajara en tamaño y colocación; bien que el Eusebio disfrutaba mirándola de soltero y luego de casado ¡se le ocurrían unas cosas!; crió a las niñas hermosas y rollizas, que llamaban la atención y levantaban envidias; de aquella delantera apenas quedaban restos, porque su cuerpo está como el cortijo El Peral, hecho una ruina.

¡Pobre Currillo! Había dejado vacío un hueco muy grande, que no lo llenaban ni los palomos, ni los pollos ni el gato que tenían prestado de los caseros de Casanzur hasta que pudieran tener uno o dos

propios de la nueva camada de la Mona, una vieja gata a la que de recién nacida le cortaron parte de las orejas.

-Fue mi Perico —aclaraba Aurora— mi niño Perico que me cogió las tijeras y le hizo al pobretico animal esa barbaridad; repartimos las crías y nos quedamos con el macho y de lástima con la Mona y qué aprovechada ha salido que pare más que una coneja...

Pero en El Peral no podían esperar al parto de la gata porque los palomos eran unos redomados ladrones y los topos cercaban el edificio. ¿Cómo mantener a un gato si en aquella casa no sobraba nunca ni migajas? Pues se mantenía gracias a que el Perico, el que hizo la fechoría de cortar las orejas a la gata, era ya un zagalón al que le gustaba atravesar los dos ríos y aportaba condumio para varios días. Lo agradecía Teresa y no se atrevía a decir que también necesitaba un perro que la acompañara cuando Eusebio salía muy de mañana en “busca de la vida”.

Ella era confiada y soñaba así cada noche al acostarse, cuando apagaban el candil, al tomar sus dedos el rosario.

-¿Por qué no lo vendemos? —propuso una vez Eusebio— yo lo llevo a Puente Genil y me dan por él lo que pida porque tiene que valer mucho; entre cuenta y cuenta lleva enganches de plata ¿no?, ¿y esas cuentas negras de qué son?

-Son de azabache y el Cristo de oro.

-¿De oro, Teresa, y estamos pasando tantos apuros que hasta nos desnudamos a oscuras porque no tenemos aceite para el candil? ¿De oro y todavía no nos hemos podido quejar, ni tú ni yo, de tener un cólico porque en nuestras tripas hay más telarañas que en una bodega? ¿De plata, de azabache, de oro? ¡de oro! y ya no nos acordamos de aquellos regüeldos ¿te acuerdas, Teresa? después del potaje con la morcilla y el racimo de uvas, cuando nos salía el flato por la boca y sonaba como si moviéramos piedras?. ¡De oro y lo dices tan tranquila...!

Teresa callaba y dejó que él le quitara el rosario de las manos.

-Voy a tener que encender la luz para ver bien este tesoro.

-Déjalo, mañana con el alba puedes verlo; dámelo ahora y vamos a rezarlo por última vez porque mañana pasaré las aves marías con los dedos.

Rezaba Teresa y contestaba Eusebio de mala gana. Ambos pensaban:

Ella: El Señor nos tiene que oír, el Señor nos tiene que oír, el Señor nos tiene que oír...

Él: La miseria hace que uno piense cosas malas...; hasta ahora tengo limpias las manos, pero... —aquí le volteaba la cabeza porque se negaba a admitir la insidia de su nuevo pensamiento— pero...

Teresa le tocó suavemente un hombro:

-Ya he terminado el rosario y tú estás todavía con Santa María Madre de Dios... -y como él no cesara en su rezo y no parecía darse cuenta de que le hablaba, dijo para sí: -Se quedó dormido y parece que sueña ¡qué hombre más bueno! ¡Como un niño, como un ángel...! ella continuó sus oraciones mentalmente hasta que el sueño la venció.

Eusebio no dormía. Eusebio contenía su furia y desesperanza como si se taponara una espita que amenazara catástrofe; Eusebio pronunciaba las oraciones sin que su mente interviniera, como si sus labios y su garganta pertenecieran a otro cuerpo; el suyo estaba junto al de su mujer, tenso, casi rígido, con las manos amenazantes de puños apretados y su cerebro repasando detalladamente el entorno de miseria que los ahogaba: que perdió su puesto en la aldea, que carece de hogar propio, que está perdiendo a sus hijas... "Sí, sí, perdiéndolas y la madre no se da cuenta; no aparecen por El Peral y cuando ellos van a verlas, apenas unos ratitos pueden hablar... ¡y qué hermosas están, si da gloria verlas! Y se me abren las carnes solo al pensar que cualquier señoritngo me las estropee! ¿Cómo voy a quedarme tranquilo rebinando estas cosas? ¿De qué me sirve ser un buen trabajador si no encuentro a mi familia? Hasta ahora tengo las manos limpias pero..., pero..., robar no es malo cuando uno tiene hambre., y robar es fácil, muy fácil..."

Al final se le aflojó el cuerpo; después su boca se dilataba con el amago de una risa, ¡acaso soñaba que burlaba a la Guardia Civil,

que tenía su asiento o cuartel en Castillo Anzur, tan cerca de El Peral?

Los temores de Eusebio con respecto a las niñas podrían tener una base: ellas prestaban sus servicios en sendas casas cuyos dueños vivían en la abundancia; las hermanas se veían poco y tenían amistades nuevas y distintas; que ambas ponían impedimentos para visitar a los padres; que las dos creían que sus padres no lo pasaban mal, porque les oían decir:

-Vamos tirando..; pronto se arreglará todo...

Eran jóvenes y veían un mundo de color rosado. Que cuando, compungida les dijo la madre: -Se murió Currillo...

La mayor dijo: -¡Pobre animal!

La menor dijo: -¡Para lo que servía ya...!

Se contagiaron las niñas del virus del pueblo grande: ¿de la indiferencia? ¿del falso resplandor? ¿del lujo? ¿de la diversión?

—O—

Si Eusebio soñaba que imitaba al Tempranillo, no quedaba atrás Teresa en los suyos de bienestar y también sonreía de felicidad.

Pasó la noche, una más, en un silencio en que se percibía el rumor del Genil, el de los viejos olivos, el de un terco grillo que no encontraba respuesta a sus llamadas amorosas y el suavísimo del aire jugueteando con las cañas de la ribera. Llegó el día con la premura de siempre, destapando celajes y ahuyentando sombras.

Teresa salió de la cama antes de que la luz del alba entrara en la habitación por las rendijas, y como siempre apañó ligera con trozos de leña seca una candela, sobre ella una trébedes sosteniendo el viejo y negruzco puchero de barro con agua para que cuando arrancara a hervir volcar sobre ella la cebada tostada y machacada, a modo de café.

Estaban los dos saboreándolo acompañándolos de sendos men-
drugos de pan duro, cuando dieron unos golpes muy fuertes en la puerta
del cortijo a la par que con voz fuerte preguntaba: -¿Quién vive aquí?

Contestó Eusebio saliendo al encuentro:

-Gente de paz... -y al conocer al visitante, añadió: -¿En qué puedo
servirte, Cristóbal?

Y Teresa también salió: -Ven con Dios, Cristóbal ¿quieres un
poquito de café? —y corrigió avergonzada: —no es café, es cebada,
pero la voluntad...

-Se agradece, Teresa, pero ya tengo la despensa —se palmoteaba
el estómago— llena... Pues estoy aquí, Eusebio, por si pudieras venir
con dos o tres más a unas laborcillas que hay que hacer en el olivar de
Las Lomas...

-¡El milagro! -dijo para sí, Teresa.

También para sí dijo Eusebio: -¿Serán verdad todas las cosas que
dice Teresa? ¿Tendré que creer?

—O—

El día entero fue un amanecer de esperanzas.

A Teresa todo le pareció nuevo cuando quedó en el cerrillo que
se alzaba humildemente a un lado de la explanada; era una pequeña y
redonda elevación que solamente ocultaba algunos olivos y siempre fue
crianza anárquica de corregüelas, malvas, amapolas, jaramagos y yer-
bas; a Teresa le hubiera gustado que el cerrillo estuviese siempre limpio
de malezas para sembrar en él aunque fuera verdolagas, pero siempre
se opuso Eusebio alegando que no debían abusar, que bastante tenían
con el trocito de huerto.

Si el cerrillo parecía un montón de escombros, en cambio tenía
una hermosa cualidad: dominaba el valle por el que discurrían los dos
ríos. Desde él, pudo Teresa despedir con la vista a Eusebio, que lle-
vaba la azada al hombro, caminando marcialmente, formando parte de

una cuadrilla que se dirigía al olivar de Las Lomas; su hombre era más bien bajito, pero ella lo destacaba como gigante; allí estuvo hasta verlo desaparecer y allí se hubiera quedado hasta su vuelta, pero las haciendas de la casa no podía dejar de hacerlas; bajó lentamente evitando ortigas y zarzas y suspiró llena de paz; el valle, los olivos, los ríos, los cañizales, los blancos cortijos, las montañas azules y el castillo adusto; sus palomos, su gato prestado, sus pollos que pronto serían gallinitas, su huertecito... —¿Cabe mayor felicidad, Señor?— musitó religiosamente.

Todo lo tuvo dispuesto cuando al atardecer llegó Eusebio y le entregó ceremonioso el jornal: -Toma los diez reales ganados...

Teresa tomó las monedas en el hueco de su mano, las miró emocionada y las metió en la faltriquera que le colgaba de la cintura.

Y añadió él, con júbilo infantil: -Mañana iremos otra vez...; tenemos faena para más de una semana...

-¡Bendito sea Dios!; ¡Bendito sea Dios!

Y planes para el día siguiente: se llevaría en la capacha la mitad de un pan, otro trozo de queso y el cachito de carne de membrillo que guardaba en su caja.

-¿Y tú qué vas a comer, mujer?

-Yo asaré un par de papas..., luego iré al ventorrillo del valle y me traeré lo que haga falta, y ahora a comer, Eusebio, que aunque el potaje tiene poco aceite, echa un olor que trasmina...

—O—

También aquella noche fue como un amanecer de esperanzas.

Eusebio se tendió en la cama antes que Teresa, y al notar que ella iba a soplar el candil para apagarlo, le suplicó:

-No lo apagues...

-Tenemos que escatimar el aceite.

-No lo apagues que hace mucho tiempo que no veo como te desnudas.

-¡Ay, Eusebio..! ¡Si tienes que estar rendido!

-Ven aquí, a mi lado -y tanteando el cuerpo de ella con una dulcísima suavidad, le hablaba trémulo, nervioso: -Perdiste tus bonitas carnes pero me sigues gustando como cuando éramos novios y yo te besaba en la fuente del Molino donde todos los días te estaba esperando... ¿te acuerdas cuando te resbaló el cántaro del cuadril y nos pusimos chorreando los dos?

Sí, los dos recordaban y reían infantiles. Luego él, más sosegado, sentenció:

-Podremos comer mejor y tú volverás a lucir tus hermosas caderas y tu apetitosa delantera...

-¡Calla, calla...!

Pero Eusebio tenía ganas de hablar y prosiguió:

-Me gustaría ahora fumarme un cigarrito.

Exclamó asustada Teresa:

-¡Pero si tú nunca has fumado...!

-Pues, ¡velay! ahora tengo ganas; mira, cuando llegó el ratico del cigarro, tú sabes que cuando el sol va llegando a la mitad, en los tajos se echa una descansáita, soltamos las herramientas y los que fuman sacan sus cigarros; bueno, pues todos sacaron las petacas y ¡hala!... ¿Tú no traes tabaco?, me preguntaron. Contesté que no y me entretuve con la navaja afilando un palito; pero entonces me di cuenta de lo que decían: que fumar servía para despejar la cabeza, para tranquilizar, para hacer amigos; qué sé yo lo de cosas que dijeron. El caso es que allí sentados bajo un olivo, en un desnivel del terreno, me llegaba el humo a la nariz y me pareció como si tú me palparas y me entró por el cuerpo un gustito...

-No, Eusebio, no era eso... Es que tú, sabiendo que en unos días no te va a faltar trabajo, tuviste como una visión, pero no del humo si no de que algo bueno nos esperaba.

-Tal vez...

En el candil había poco aceite y fue consumido en aquella noche que estuvo llena de resplandores como un amanecer.

—O—

Teresa se afanaba cada vez más en los cuidados de la casa y seguía soñando con tener consigo a sus hijas y además tener un perro. Todo llegará a su tiempo y tal vez algún día llegaran a ser caseros de derecho y entonces todo sería distinto y si llegara a tener ratos de descanso los emplearía en trabajar el esparto para poder regalar una buena estera a su comadre Concha; sembraría flores alrededor de la casa, limpiaría de yerbajos el cerrillo y plantaría perales; un buen gallinero, una buena conejera, una limpia cabreriza, (¿desde cuándo no probaban la leche?) y una gran cochinerita...

Sueños, sueños. La realidad es mísera y cruel: pocos jornales, poquísimos horizontes y las hijas separadas.

¡Las hijas! Teresa siente una gran opresión en el pecho cuando piensa en ellas, que ya no parecen las mismas, que casi no se alegran cuando van a verlas. Han cambiado. Y menos mal que Eusebio no se da cuenta, porque si hubiera visto el último día a la Teresita con colorete en los cachetes ¡Virgen Santísima, si parecía una Pepona! - "Mira, Teresita, que me recuerdas a esas que llaman rameritas..."; la chiquilla se encendió hasta la frente y con el pañuelo moquero se restregó la cara hasta dejarla limpia. "Que no, mamá, que eso no es malo y en el pueblo todas van así..." -"Pero el colorete cuesta dinero..." -"Que no, mamá, que no, que yo no gasto dinero, que me lo regalaron".

Peor fue cuando pude ver a la Pilar. "¡Madre mía, si parecía un payaso!" Y lo peor es que se reía en su cara, y lo todavía peor es lo que le dijo: "Que a su novio le gustaba así".

¡Novio! ¡Novio! Sin permiso de los padres... “Ahora mismo dejas la casa y te llevo al cortijo”. Pilarita se echó a llorar; escandalizó un poquito hasta el punto de tener que bajar la señora; ésta tranquilizó a las dos y prometió vigilar y controlar las relaciones amorosas, porque había que protegerlas dado que el novio era un buen trabajador y de familia muy honrada.

Teresa no se quedó conforme pero simuló tranquilidad:

-Señora, dejo en sus manos esta prenda de mi corazón que sólo tiene el tesoro de su honradez.

La señora le dio buenas razones: que el nido no es una cárcel y los hijos han de volar con sus propias alas.

A Eusebio no le participó sus inquietudes.

-¿Cómo encontraste a las niñas?

-Muy bien, muy bien..., como siempre.

-¿Y Teresita sigue tan hermosota?

-Más todavía.

-¿Y Pilarita? ¿Siguen los señores contentos con ella?

-¡Claro! ¿Cómo no van estarlo?

-¡Mecachis, Teresa, que trabajito cuesta esta separación!

-Pero es la ley..., los hijos tiene que volar lejos de los padres..., lo hemos hecho tú y yo...

-No es lo mismo, Teresa, no es lo mismo.

-Eso dirían nuestros padres de nosotros.

—O—

Teresa daba vueltas y más vueltas a su magín buscando el modo de salir de aquella situación tan angustiada hasta que una noche, apagado ya el candil y la respiración de Eusebio anunciando que estaba durmiendo, ella introdujo suavemente una mano por entre las ropas de él y acarició insidiosamente el velludo pecho.

-¡Teresa...!! -exclamó gratamente sorprendido.

Ella cortó la acaricia y se encogió en el lecho.

-¡Teresa...! -la voz era victoriosa y tan alta que en el palomar cercano hubo un alboroto.

-Escucha, Eusebio, quiero decirte una cosa... -casi susurraba.

-¡Después...!

El palomar seguía alterado, pues nunca a aquellas horas se escuchaban voces humanas, sino el aleteo de la lechuza o los pasos sigilosos del raposo.

-Escúchame, Eusebio...

Los palomos no supieron, ni adivinaron, pero la adivinanza fue fácil y Teresa pudo hablar confiada y persuasiva.

-Escucha, Eusebio: A Cansazur llevaron en su tiempo al verraco del Ventorrillo para que cubriera a la cochina de los caseros y de resultas de aquello la guarra está preñada...

-...

-¡Pues claro que tenemos que ver! Mira, la casera me ha dicho que siempre venden algún guarrillo para ayudarse un poquito en los gastos...

-...

¿No comprendes todavía, Eusebio?

-...

-Que nosotros podíamos quedarnos con una pareja de guarros.

...

-¡Claro que podemos pagarlo, dándoles de vez en cuando lo que podamos!...

...

-No desconfíes de la Providencia, Eusebio...; los criaremos, se harán grandes; a su tiempo matamos al macho o lo vendemos; después le buscamos a ella el novio del Ventorrillo... ¡que sí, hombre, que sí! Y cuando nazcan y cumplan un mes también lo vendemos o juntamos una piara... Mañana mismo vas a Casanzur y cierras el trato y os ponéis de acuerdo para traerlos...

"Cierta mañana, una lechera salió de su granja para ir a vender una cántara de leche al mercado.

-Hoy será mi día de suerte -se dijo.

-Sí, pues con el dinero que me den por la leche, compraré una docena de huevos, que se convertirán después en polluelos. Los polluelos los cambiaré por un cerdo, el cerdo por un ternero. Y con lo que me den por el ternero me compraré una vaca. Entonces podré vender dos cántaras de leche en lugar de una, y así tendré el doble de polluelos. Los polluelos los cambiaré por dos cerdos, los cerdos por dos terneros y los dos terneros por cuatro vacas, que venderé luego en el mercado para comprarme una casa nueva. La lechera siguió su camino, pero al salir del bosque tropezó con una piedra y la cántara de leche se vino al suelo, rompiéndose en cien pedazos y derramando su contenido.

-¡Oh! -exclamó muy apenada la lechera-. Me he quedado sin nada.

-Esto te ha ocurrido -le dijo un pajarito-, por ilusionarte sin motivo".

—O—

En un rincón de la ruिनosa cuadra apañó Eusebio con unos palos y cañas una cómoda pocilga que serviría de albergue a los próximos huéspedes; Teresa se había ocupado de limpiar un desportillado lebrillo para bebedero.

Ya habían cumplido un mes de vida los diez descendientes de la guarra de Cansazur y del verraco del Ventorrillo, y daba gloria verlos goloseando en la espléndida panza materna, agitando los tirabuzones de sus rabos aplaudiendo proezas y premios; casi todos eran rubios, como la madre, y les brillaban los lomos como si los hubieran asperjado de purpurina dorada; se incorporó la guarra, molesta tal vez por los mirones, presintiendo amarguras infinitas, o simplemente para aplacar su sed; se derramaron los lechoncillos al perder el equilibrio y eran como una torrentera despeñándose arrojando a los pequeños seres al suelo, que ya era un abismo; unos gruñidos produciendo una tierna música, patitas en alto, rabitos escondidos y ojos extraviados; sólo uno quedó colgado, apresando con ahínco la golosina materna; quedó la madre quietecita esperando en vano que se descolgase; al beber, el glotón cayó en el bebedero dándose el primer baño que le supo a gloria cuando inició sus primeros braceos; orgullosa estaba mamá guarra pero a pesar de la alegría reinante entre los pequeñuelos y los visitantes, levantó el hocico amenazante y lanzó un gruñido pavoroso.

Se remató el trato: una pareja, macho y hembra, para Teresa.

-Podéis llevarselos ya...

-Mañana mismo viene Eusebio por ellos.

Y así fue: al otro día, muy tempranito, caminó Eusebio hasta Cansazur, con un saco vacío al hombro y lleno su corazón de las mismas ilusiones que el de su mujer; dejó el saco en el cortijo para a la vuelta del trabajo recogerlo con los lechoncitos.

Y por la tarde recogió el saco con ellos dentro; cruzó el frágil puente de tablas sobre el Genil, que corría caudaloso y titubeante. Miraba con placer el campo, los inmensos olivares, las tierras llanas, los roales de esparto y albardín pensando con júbilo que ya sus manos no serían empleadas para hacer sogas, ni seras, ni estras, ni canastos, porque trabajaría con la azada, el hocino, la hoz, a lo que estaba acostumbrado

desde niño. Llegó a El Peral, cuando la tarde, a fuerza de pardear, empezaba a ser noche y la luna aventuraba su recorrido para mirarse en el Genil y en el Anzur.

Colocaron a los “individuos” en su aposento, donde encontraron además de agua, un revuelto de moyuelo del reservado a los pollos; repasaron las puertas que, entre las que faltaban y las que no encajaban dejaban libertad a todos los aires.

Eusebio y Teresa, tras engullir el “empedraílo” -un guiso de judías blancas y arroz- y media naranja cada uno, y rezar el rosario con mucha devoción, porque según opinión de Eusebio “algunas veces habrá que creer” y según Teresa “hay que agradecer a Dios los bienes recibidos”.

Apagado rápidamente el candil.

-¿Sabes que no tengo sueño, Teresa? Me obsequió Aurora con un tazón de café con mucha azúcar ¡qué cosa más buena!; era café de verdad; café, café; por eso aunque estoy más cansado que otras veces no tengo sueño...

-Pues yo sí tengo.

A pesar del sueño ella permaneció escuchando al marido que parecía un niño.

-¿Sabes, Teresa?, hoy me encontré una colilla en el tajo y la cogí sin que ninguno se diera cuenta...

Súbitamente se espabiló ella.

-¡Eusebio...!

-No, mujer, no; fue una mala tentación, luego la tiré —y añadió pensativo:— el caso es que me parece que yo no he disfrutado como otros del tabaco ni del vino...

-¡Gracias a Dios, así nos hemos evitado unos gastos! -y añadió con tristeza en la voz: -Me parece, Eusebio, que era mejor ser siempre pobres, porque cuando tengamos corral, conejera, corraleta y cabreriza...

-¿Es que piensas en tener cabras?

-Sí, cabras y perro, pero entonces tu querrás petaca y bodega...
¡Dios mío, no consientas que Eusebio se envice!...

Se sentó él en la cama y zarandéo a la mujer.

-¿Quieres dormirte, Teresa, que siendo unos pobretones caseros de "puerta abierta" nos hemos querido y respetado y que ahora sólo en pensar que podremos tener alguna cosilla, nos hemos alzado la voz, por primera vez, y esto ¿por qué? ¿me lo puedes decir tú que tienes más luces que yo? Di, ¿me lo puedes decir?

Teresa suspiró y dijo:

-El demonio que está metiendo la cizaña entre nosotros...; el corral, la cabreriza, la conejera, el palomar, la pocilga y el perro, nos han traído la discordia; bien dicen los que dicen que la riqueza no trae la felicidad...

Soltó Eusebio una carcajada, que sin duda alteraría la paz del palomar, se estiró nuevamente en la cama y voluptuoso buscó el cuerpo de Teresa.

¿Fue aquella noche la más larga? A Teresa se lo pareció porque ardía en deseos de que amaneciera para bajar y contemplar a los lechones. Sigilosamente vistió sus ropillas y fue a la cocina, donde el fuego de los ojos del gato podría darle pavor si no llevara en ella el desceco imperioso de ver como estaban los animalitos, ¿habían comido? ¿tuvieron bastante agua?

Desatrancó la puerta y salió al patio de los vacíos trojes; no tan vacíos pues en ellos se acumularon toda clase de desechos; ella siempre los miraba con cierta lástima: ¡"Y encalados o rebozando aceitunas de moler"

Los palomos ya habían empezado sus endechas y arrumacos; los pollos piaban en el corralillo cercano mientras él rebusca en la blanda tierra algún que otro apetitoso gusanillo; y el sol, padre cariñoso, levantaba los tules que habían cubierto la tierra y descubría la maravilla diaria: el color, la música y el despertar de la fauna.

Teresa, como cada día, alzó los ojos y rezó simplemente: "¡Gracias, Señor!", y enseguida entró en la cuadra débilmente iluminada porque todavía los rayos del sol andaban tímidos; avanzó ligera hacia el rincón donde descansaban los huéspedes tan queridos y...

Teresa abrió aún más sus ojos y volvió a mirar el interior de la pocilga e intentó entrar en ella para lo cual no tuvo dificultad porque la endeble puerta no ofreció resistencia y un vaivén de la misma le facilitó el paso. Vuelta a mirar; se agachó y tanteó las pajas buscando los cuerpos. Ni el más leve gruñido.

Teresa remiró toda la estancia.

Como unas hebras de fuego entraba ya el sol por las rendijas.

¡Ni rastro! Los lechones no estaban y la comida y el agua seguían intactas. Fue a buscar a Eusebio pero este que ya bajaba la escalera, al verla le preguntó:

-¿Cómo están los señoritos?

-¡Los han robado!- contestó desolada.

-¿Qué los han robado?

Buscaron por todas las dependencias del cortijo y creyeron firmemente en el robo y les pareció increíble que no oyeran en toda la noche o en la madrugada, ruidos de personas o gruñidos de los cerditos.

-Nos dormimos muy tarde y estábamos rendidos.

Habían pasado una noche deliciosa haciendo planes, gozando de su mutuo amor y esperando que aquella felicidad fuera el principio de otra mayor: el bienestar que da el trabajo y la seguridad de la unión familiar.

Teresa hacía cábalas:

-Esta tarde pasó por aquí con sus perros el zagalón de los caseros de Santa Engracia y como esto no es camino de paso, le

pregunté: “¿Vienes a algo?” -”No... Es que estoy amaestrando a los perros”. Luego me preguntó por las niñas, “En Puente Genil están trabajando en casa de unos señores”, le contesté, porque yo sé que el muchacho mira con muy buenos ojos a nuestra Pilar, y luego, antes de irse me dijo: “El otro día vi a Pilar en el pueblo, pero no pude hablar con ella”, y yo pienso (y Dios me perdone si pienso mal) que ese estaría enterado de la compra de los guarros y vino por la tarde con el achaque de los perros a...

-¿Vas a pensar una cosa así, Teresa? ¡Si en Santa Engracia parió la guarra y tienen dos o tres corraletas con más de veinte cochinos; si tienen una piara que da gloria verla! ¡y el casero en aparcería con el señorito! ¡van a robar dos “renacuajos” como quien dice?

-A nadie le amarga un dulce, Eusebio...; entre ellos tienen negocio con las crías, lo mismo que los de Casanzur...

Ella, seguía creyendo en el robo.

El, no sabía si creer o no.

-¡¡Y tenemos que pagarlos!!

Aquella mañana, con el disgusto, no se preparó el desayuno; sentados ambos en los poyetes adosados a la fachada principal de la casa, calculaban cómo se pudo hacer el robo y dieron en creer que fue fácil puesto que al interior de la misma se podía entrar por cualquier parte dado que no cerraba bien puerta alguna y que los muros de los corrales estaban derribados casi a ras del suelo.

De pronto Teresa se levantó, fue a la cocina y volvió portando el saco donde vinieron los lechones y dijo entregándoselo al esposo:

-Eusebio, toma el saco y ve ahora mismo a Casanzur para que Aurora nos venda otros dos guarros, antes de que los compren otras personas...

-¡¡Mujer!! ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo vamos a pagar dos más? Y que yo a donde tengo que ir es al tajo.

-Al tajo te vas desde Casanzur y esta tarde vuelves con otros dos guarros, ¿pagarlos? ¿vas a desconfiar de la divina Providencia? En marcha, Eusebio, que en un soplo, te preparo la capacha con comida... Y los guarros dormirán en nuestra alcoba aunque nos ahogue el hedor y cuando tengamos un buen perro, cada mochuelo a su olivo.

—O—

Claro que Eusebio obedeció, aunque todo el camino fue hablando en voz alta dirigiéndose a un inexistente acompañante, moviendo airadamente ora la capacha con el almuerzo, ora el saco vacío.

-... si ya lo dice el refrán: si tu mujer te pide que te echas por un tajo, pídele a Dios que sea bajo, y yo me tiro sin pensar que puedo matarme, porque soy lo que se dice un Juan Lanás...; hago lo que ella quiere; siempre he hecho su santísima voluntad: Eusebio, a rezar el rosario, y Eusebio reza; Eusebio, que nos vamos de la aldea a buscar nos la vida y Eusebio sale de la aldea, deja a la parentela y deja a los amigos; Eusebio, vende la mula por lo que te den que necesitamos dinero, y vendí la mula que era mis pies y desde entonces, y muerto de viejo el Currillo, yo a ir de un lado a otro destripando terrones...; y ahora el saco para comprar otros dos guarros y tener que pagar cuatro...; pero a esa le vendo yo el rosario de plata y azabache con Cristo de oro y va a tener que rezar con los dedos y sola...; aguanto mucho y eso se acabó... Yo no voy a aguantar más...

Había cruzado los dos ríos y estaba cerca de la casa; en la chimenea jugueteaba el humo con el airecillo madrugador. Suspiró Eusebio y sintió una punzadita en su estómago vacío, punzadita que se agrandaba a medida que él se acercaba al cortijo, porque desde la explanada, donde ya estaba, aspiraba un delicioso olor a pan frito.

Dentro se había formado, como todos los días a aquella hora, un rumor de colmena; palabras sueltas, cantiñas de jolgorio, risadas, rebuznos y relinchos, el altanero gallo poniendo orden, la casera remangada hasta los codos atenta a la sartén, al puchero del café y a la olla de la leche.

-Dios os guarde. -Saludó Eusebio aguantando las insinuaciones de su vacío estómago y las muy ladinas de su nariz aspirando con deleite tan apetitosos efluvios.

-Ven con Él... -correspondió Aurora pues que en aquel momento el casero trajinaba en las cuadras -Te esperábamos hoy por aquí pero no tan temprano.

El casero apareció: -Dios te guarde, Eusebio, te esperaba en la besana, pero vienes a recoger los guarrillos...; pues mira, haces como ayer, que te los llevas por la tarde, después del trabajo.

Eusebio no entendía.

-Te vendrás con nosotros desde aquí y toma las herramientas que se está haciendo tarde.

Fue entonces cuando se dio cuenta de haber dejado la azada en El Peral debido a su aturdimiento y a las prisas de su mujer.

Mientras se regodeaba paladeando a sorbos el café con leche que Aurora había puesto en sus manos, y masticando con fruición glotona la gigantesca rebanada de pan frito, le iban entrando lentamente las palabras de la casera.

-.. que los animales nos dan lecciones a las personas y que las personas no queremos aprender; todo el mundo sabe que el más insignificante pajarillo se desvive por mantener el nido y siempre está al acecho para que otro animal no estropee su cría... ¿y qué me dices de las perras cuando le quitamos los hijos, que se vuelven locas buscándolos? ¿y qué de las gatas?... pero todavía no había visto yo que unos guarritos vuelvan buscando a la madre...

-¡Mujer, Aurora, no es igual! —apuntó el casero que escuchó las palabras de su mujer— porque los perritos aunque echen de menos a la madre, se encariñan enseguida con las personas, ¿vas a comparar un cochinito con un perrito?

Eusebio sintió como si un relámpago se le metiese por el cuerpo sacudiéndolo ¿de qué hablan los caseros? Y apaciguando su

gula prestó más atención a las palabras que allí se estaban diciendo.

-... el olfato de los animales es muchísimo mayor que el de las personas; mira, Aurora, una abeja sabe donde hay una flor por muy lejos que esté de ella; ¿y las hormigas? ¿y las moscas? ¿y los perros?, pues todavía tienen los guarros el olfato más fino, y si no, ya tú sabes lo que hacen ellos cuando huelen las trufas, que levantan la tierra con el hocico ¿no los has visto en los encinares, cuando se llevan a cebarlos con bellotas? en oliendo una trufa empiezan a hocicar...

-Pero si eso lo sé yo de toda la vida; es que esto que ha pasado ahora no se puede ni contar, parece que lo hemos inventado nosotros porque ¡vamos! que dos lechones con un mes de vida, sin haber salido jamás de la corraleta, metidos en un saco sin ver el camino, hayan vuelto solos en busca de la madre, teniendo que atravesar dos ríos...

Eusebio estaba atontado ¿qué era mejor, dejar de tragar para escuchar a los caseros, o poner atención aunque se le enfriara el café y la rebanada se le cayera de las manos, o...

El pan se fue al suelo y el tazón se volcó sobre sus propios pantalones; con un esfuerzo enorme de su garganta pudo articular:

-¿Los guarrillos?

Y no sabía para donde mirar ni a quién escuchar; Perico resumió:

-Los guarritos estaban aquí antes del amanecer, acurrucados en el rebate de la puerta; temblaron de susto cuando me vieron y querían escapar, pero les abrí la puerta del corral y se metieron en la corraleta y allí están mamando ¿quiere usted verlos? Venga conmigo -e inició unos pasos.

-¿Qué te pasa, Eusebio? -le preguntó alarmada Aurora cuando notó que podría caer al suelo.

-Nada, un mareillo -y por fin pudo decir: ¡Y nosotros que pensamos que nos habían robado!

-Por estos contornos no hay ladrones...

Eusebio se calló el pensamiento que comenzó a hurgar en su atolondrada cabeza: -"Y tendré que rezar con el rosario de plata y azabache con Cristo de oro".

Aurora disponía que para no darle otro mal rato a la "pobretica madre", que pasó el día con su noche llorando, porque aquellos gruñidos eran llantos, le dejarían toda la camada hasta pasado el tiempo del destete total; que por el pago no se preocuparan, que ya llegarían a un acuerdo y que para vivir con la conciencia tranquila era preciso que unos ayudaran a otros, que es deseo de Dios, y que ojalá las personas observaran más los comportamientos de los animales que nos dan ejemplo en muchas cosas, y que...

Ya Eusebio dejó de escucharla, y se unió a la cuadrilla de jornaleros; marchando con una marcialidad que él mismo se desconocía; hinchando el pecho, una azada que le proporcionaron allí mismo, y la capacha colgada del otro hombro... "Si me viera Teresa, me diría ¡olé, mi hombre, que vale más que Lagartijo", que le decía cuando se entusiasmaba.

De lejos vio la silueta de El Peral. Un palacio merecía su mujer porque era una reina; la mejor reina del mundo; y el mundo era de los dos; y el mundo era bonito; y el vivir, más bonito que el mundo... ¡y sus niñas!

Habían llegado al tajo y uno de la cuadrilla comentó: -Pica el sol, vamos a sudar...

-Calorcillo, calorcillo -dijeron varios.

Eusebio alzó la cabeza y murmuró: -¡Qué día más hermoso y que calorcito tan bueno!.

Los momentos felices de Eusebio que, como un niño, mientras horadaba la tierra con la azada, dejó de pensar en su mujer y sus niñas y ¡quién lo dijera! la emprendió con la guarra y los guarrillos, inventando una conversación allá en la pocilga: -"¡Madre, madre!" -habrían dicho los lechoncillos clavando sus hocicuitos en las tetitas. -"Hijos

de mis entrañas!", contestaría ella hociéndoles y lamiéndoles los rabitos para que sintieran las cosquillitas que tanto les gustaban. - "Primores de corraletas!, no he cerrado ni un ojo en toda la noche!".

Eusebio sonreía pensando estas cosas y saboreando el encuentro con su mujer. Llegó el ratito del cigarro y él se sentó bajo otro olivo y se recostó soñador en el tronco. Cerró los ojos y pareció dormido, por eso los compañeros hablaban en voz baja.

-Vino con la mujer y dos hijas mocitas de una aldea por la allá de Priego.

-No deben pasarlo bien.

Eusebio no se daba cuenta de que hablaban de él, y aunque se hubiera percatado no habría cambiado la postura, ni siquiera abriría los ojos, porque era tan feliz contemplando en su mente el desfile de sus ilusiones.

... que tal pudieran volver a su aldea con toda la familia y ¿por qué no? podrían aficionarse al tabaco, que algo tendrá cuando todos los fuman; una buena despensa y todo lo que se le ocurriera tener a Teresa porque ella es capaz de todo; cuando los lechones estén a punto habrá que machearlos; cuando la hembra esté preñada vendemos el macho; las pollitas necesitan un gallo y ya se encargará Teresa de buscarlo; y la Pilar harán buenas bodas, y luego... ¡bueno, que por las noches tendremos todos que rezar el rosario!... ¡Pero si a mí no me importa! Lo malo es rezar un día y otro, y otro con la panza llena de telarañas, porque a fin de cuentas, con rezar a nadie se perjudica... Pero además de un par de juntas mercaremos un burro como el Currillo, aunque sólo sirva de adorno en la cuadra...

Eusebio podría seguir gozando con su imaginada prosperidad indefinidamente porque no tenía noción del tiempo empleado en "el cigarro", pero la voz de Perico se elevó en un canto:

Como la tortolita
te estoy buscando,
de olivo tras olivo,
de ramo en ramo.

Se levantó con la agilidad de un zagal y se dirigió al llamado Andrés, un jornalero con aire bonachón y amistoso: -Quiero pedirte un favor, Andrés...

-Cuenta con él, Eusebio.

-Pues verás... -a Eusebio se le escapó toda la osadía que le había impulsado a hablar; titubeó, se ladeó la gorrilla, se raseó la cabeza tras la oreja y por fin: -Tu perra es un mastín ¿no?

-Sí, una mastín y el macho también mastín.

-¿Está preñada tu perra?

-Sí.

-¿Querías darme un perrito de la nueva camada? ¿O me lo vendes?

-Te lo regalo, para eso están los amigos.

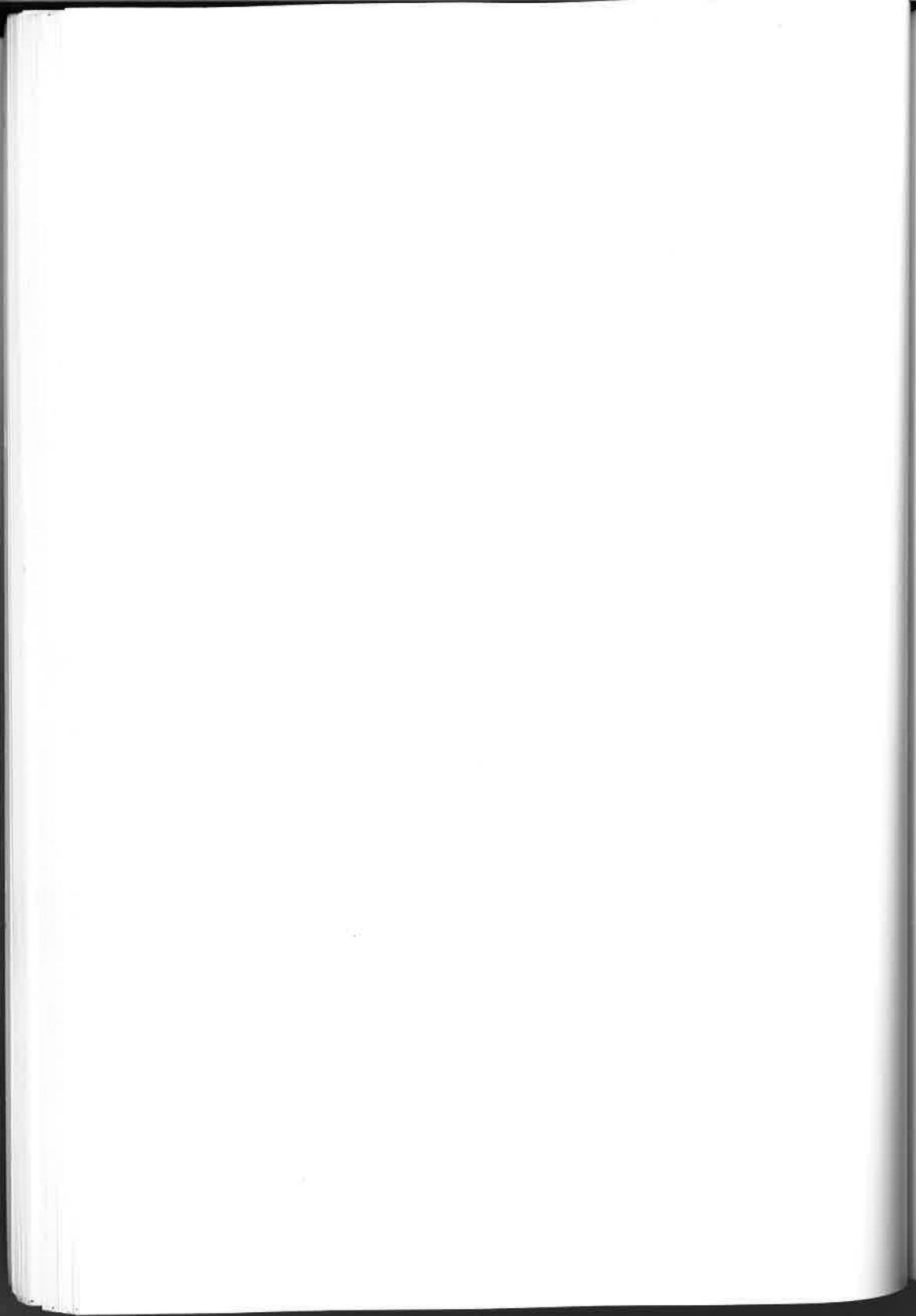
Seguía Perico cantando y la cuadrilla reanudó la labor; también Eusebio reanudó sus gozos:

-¡Cuando le diga a Teresa que ya tenemos un perro!

Puerto Real, a Mayo de 1.994.

ANTAÑO - HOGAÑO

*A mi nieto Gonzalo que
me acompañó muchas veladas.*



Erase una vez...

De esto que voy a contar no hace mucho tiempo que pasó y gracias a Dios seguirá pasando, porque en el mundo animal existe la compasión o la solidaridad, por decirlo con la palabra que en estos tiempos se pronuncia mucho.

Aquello que ocurrió pudo suceder en otros tiempos más antiguos, antes de descubrirse la electricidad, el telégrafo, el teléfono, la televisión, etc..., porque los animales a los que me voy a referir siempre han existido.

Pues esto era...

Es así como se empezaban a contar los cuentos antaño, pero hogaño no los empezamos igual, y yo además no debí hacerlo porque no voy a contar un cuento sino una historia; el cuento es el relato de algo imaginado y la historia es el de una realidad. Y si ya he escrito la palabra antaño que quiere decir en años pasados, y hogaño, que se refiere al actual, es porque estas palabras tan bonitas se usaban muchísimo antes entre las personas dedicadas a las tareas del campo y como lo que voy a contar ocurrió en una casa antañona, nos vamos a situar en ella.

No. No. Tranquilos que no la voy a describir, lo único que diré de ella es que es enorme; antaño cabía dentro el molino de aceite, el lagar, los trojes, graneros, pajares, cuadras, cocheras, corrales; una hermosa casa de labor que al llegar la década de los ochenta sólo tenía restos de su pasada grandeza; cuando llega al tiempo que tratamos sólo quedaban reliquias de la antigua opulencia, entre ellas un pajar, sin paja, al que había que subir por una peligrosa escalera a la intemperie y sin baranda; por este motivo sólo se utilizaba el pajar para guardar trastos y de él se habían adueñado los gatos, los de la casa y algunos de la vecindad y gatos sin dueño, sin disciplina, sin cobijo particular, por eso cuando les apetecían juergas se deslizaban por las barandillas y entraban en el pajar previo el permiso de la colonia formada por unos cinco gatos de colores blanco y negro mezclados con el arte que la Naturaleza tiene para embellecer; eran dueños absolutos del pajar y disponían de él para sus amoríos, y sentían el orgullo de no tener que buscar pareja por tejados ajenos y en cambio recibían galantes a los demás; ellos estaban asalariados, según frase de Araceli, la hija de María, ambas dueñas de la casa que les daban alimentos y albergue por obstaculizar la entrada de ratas y ratones. Eran llamados la familia de los nobles Zapirones y de los cariñosos Micifuz.

Pues una Micifuz trajo por aquellos días al clan gatuno cuatro gatitos, tres mezclados de negro y blanco y otro rubio atigrado, tal vez como el padre, algún galán vecino; como la gata madre no bajaba a la pitanza diaria, suponiendo lo ocurrido, Araceli le dijo a un sobrino:

- Nene, sube al pajar, que la gata de los lunares negros lleva dos días sin comer y como tenía la barriga muy gorda a lo mejor ha parido.

No tuvo Araceli que repetir la orden y desde el peligroso descansillo que enlazaba la escalera con el pajar, gritó alborozado:

- ¡Cuatro gaticos le están mamando!

- Baja, que te voy a dar la leche migada con pan y azúcar para que se alimente la pobretica...

Al momento bajó y subió Pablito con un cacharro rebosante de leche, pero aunque lo intentó no pudo acercarse a la gata porque ella

le enseñó los dientes y con las patas cercó a los pequeños defendiéndolos: «Marramíamarramiao!» -era un sonido tan amenazador que el muchacho soltó el cacharro rápidamente y bajó un poco avergonzado de su miedo y disimulando le dijo a la tía Araceli:

- Me voy, que me espera el de la Patro para ir a la huerta.

Y así fue. La gata con sus cuatro gatitos sin querer salir de su mansión. Todos los del clan se recogieron por la noche sin abandonar la obligación de vigilancia, pero iban a celebrar una de sus asambleas a las que acudían algunos desgraciados insolventes que siempre encontraban sobras apetitosas que engullían antes de celebrar la sesión.

En aquella se iba a tratar si era lícito robar en las cocinas en el caso de no tener un mendrugo de pan que roer, ni un pescado que saborear o ningún esmirriado ratón que llevarse a la boca; el abuelo Zapirón, muy versado en leyes felinas, dio su dictamen:

- Los que tenemos la suerte de ser servidores de una buena familia y disponer de un pajar para vivir y procrear sin tener que pedir favores por los tejados vecinos, no debemos ser ladrones; yo me abochorno cuando veo a uno de los míos mirar tras los cristales esperando un descuido de la señora María o de la señorita Araceli para robar carne o pescado y reniego de los que hacen una cosa así; mi padre Zapirón Bigoteslargos nos decía que eso era propio solamente de los humanos, porque los humanos roban sin tener necesidades; nosotros lo felinos, sabemos trabajar y ganarnos los alimentos y sólo robamos cuando tenemos hambre y carecemos de amos y de trabajo; eso es lo propio de vosotros -se dirigía a los assembleístas- que sois unos infelices vagabundos, unos marginados sin culpa alguna, porque habéis nacido sin hogar y sin saber siquiera quiénes son vuestros padres...

Un gato negro con dos roeles blancos en el lomo se atrevió a interrumpir: -Cuando yo abrí los ojos me encontré rebujado con mis hermanos que ya estaban muertos y no vi, ni sentí por ninguna parte alguien que me sacara de aquello y entonces lloré; vi que llegaban en filas muy apretadas muchas hormigas que se ensañaron con mis difuntos hermanos y que algunas se me paseaban por la cara; sacudí la cabeza y me fui de allí buscando amparo que no encontré hasta pasado mucho

tiempo; cuando ya no podía ni arrastrarme, me encontré un montón de desperdicios; lamí los que tenían algo y luego en un charquito que se formaba con unas gotas de agua desprendidas de un grifo, me rehice; una niña me vio y dijo: -«¡Mamá, en el huerto hay un gato!»- y la mamá le dijo: -«Échalo de aquí, no quiero gatos que son unos ladrones»- y la niña que era muy bonita, dijo con una voz muy fea: «¡Zape, zape...!» Pues aunque yo era tan chico, me di cuenta de que me las tenía que arreglar sólo y la huerta era un buen sitio para vivir, porque tenía que vivir y para vivir tenía que comer y beber y para eso tuve que ser ladrón...

Zapirón rompió el silencio que se hizo tras el relato del gato negro y atusándose con parsimonia sus hermosos bigotes, habló: -Lo que acabas de contarnos, Negrales, es la misma historia que podría contarnos cada uno de los que te escuchamos y viene a darnos la razón a mí, y a mi padre Zapirón Bigoteslargos: que robar para comer es lícito, pero no lo es cuando es el vicio el que inclina al robo; lo mismo él, que yo y que toda la familia que ocupamos este pajar en pago a nuestros servicios de limpieza, no podemos ni siquiera mirar los pescados que se limpian en la cocina, y me avergüenzo cuando la Pinta está detrás de la ventana con ojos de codicia observando a la señora María... ¿que más podemos desear que estar aquí a la «rascapanza» comiendo y bebiendo sin dar golpe?

Una gatita rubia levantó la cabeza, muy coqueta.

- ¿Quieres decir algo, Bolita de Oro?

- Sí. Todos sabéis que soy muy perseguida por los machos y que los inviernos son muy duros para mí y que cuando van quitándose los fríos tengo que buscar sitio para cuando nazcan mis hijitos y eso sí que es un problema, como dicen los humanos, y con las veces que tengo gatitos, todavía no he encontrado un sitio a propósito y fijo...; la última vez fue en un tejado junto a la chimenea de una casa entre la tejas, y estábamos muy seguros y calentitos, pero un día empezó a llover y no me dio tiempo nada más que para salvar a dos que los puse en el poyete de una ventana; primero uno, después otro, y cuando fui por el tercero se había ahogado con los demás; volví a la ventana y les di de mamar; pasamos la noche y al otro día los dejé allí y salí a buscarme la vida y ¡nada! volví como me fui, hambrienta, y sin embargo mis tetitas parecían querer reventar... pero al llegar a la

ventana no estaban allí mis dos hijitos y estuve arañando la puerta y maullando desesperada hasta que por fin, una mujer la abrió diciéndome: -«¡zape, zape!...» y me quiso dar con el palo de una escoba; volví más veces y siempre me amenazaba con un palo y cuando una vez me dijo: -«¡te voy a rociar con agua hirviendo!»- ya no volví más, y me resigné pensando que mis gatitos habían ganado porque tendrían de todo, hasta cojines para dormir, ¡ yo que siempre suspiré por uno!... Y aquí me tenéis, de ladrona redomada y amaestrando a todos los gatitos que voy teniendo; cuando los desteto les digo: -¡ Hala, a buscarse ratones por esos mundos!- y por ahí andarán los que todavía vivan...

- En tu caso, como en otros —sentenció Zapirón— la vida os ha maltratado y por eso podéis robar.

Un hermoso gato gris, con ojos más oblicuos que los de sus compañeros, con voz doliente, quiso explicar porqué se había visto obligado a ser ladrón.

- Ya veis que yo me distingo mucho de vosotros porque soy un gato siamés, es como decir, según los humanos, aristócrata; ellos nos tienen por gatos de lujo, por gatos de adorno y eso he sido por mucho tiempo en una casa donde me trataban muy bien; comía, bebía y tenía un sitio para hacer mis cositas...

- ¿Tus cositas? ¿Qué quieres decir? -preguntó socarrón un asambleísta flacucho lleno de mataduras y calvas.

El siamés cerró los ojos vergonzoso y quiso explicar: -Pues mis cositas, las cacas y las aguas.

El esmirriado sonrió a los presentes y andando con mucha chulería le quiso dar una lección de vocabulario real: -No te la des de señor y dí las cosas por su nombre: cagar y mear...

- Repórtate, Churri —intervino solemne Zapirón— y sigue tú hablando -ordenó al siamés.

Y este continuó: -Que fui feliz mucho tiempo, sin obligaciones ni penurias; muchos cojines, camas, butacas y caricias, pero cuando

quise salir a los tejados no me dejaron mis amos y tuve que aguantar una vez y otras muchas, las ganas de reunirme con alguna gatita, que todas son muy bonitas...

- ¡ Gracias, majo! -agradeció Bolita de Oro, dándose por aludida. Y el siamés volvió a cerrar los ojos un tanto asustado.

- Sigue, que tu caso es muy interesante.

- Pues eso, encuentro bonitas a todas las gatas, y que un día en el cenador del jardín de la casa de mis amos, se había escondido entre la yedra, una gatita blanca que parecía las espumas que mi ama hacía al bañarme, y que me miró de una manera que sin querer se me arqueó el lomo y me entró desde las puntas de las orejas hasta la punta del rabo un fuego que me quemaba por dentro; ella me dijo: - «Me gustas»- y yo no pude dar ni un suspiro de maullido, de los que a mi ama le gustaban y que yo daba cuando ella me pellizcaba la cabeza. «Te esperaré toda la noche, ¿vendrás?» prometí que iría y no pude ir porque cerraron todas las puertas; no pude dormir pensando en ella; a la mañana siguiente todavía estaba entre la hiedra; mientras mi ama salió para la compra, Espumita y yo planeamos la fuga; fue difícil pero al fin en un descuido de la puerta abierta del jardín, cuando estaba anocheciendo salí a encontrarme con Espumita, que así la llamé desde que la conocí; no me dejó hablar ni consintió un ronroneo de mi parte; me lamió con la puntita de la lengua, dio un salto trepando al techo del cenador y me ordenó: «Sígueme». La seguí y fuimos felices en una casa deshabitada con muchos ratones y mucho amor; había también una pila llena de agua donde bebíamos los dos; yo entonces ni me acordaba de mi ama porque Espumita para mí era más que butaca, que cama y que cojín y ¡además ratones!, un manjar que todavía no han descubierto los humanos, y no saben lo que se pierden. Me enseñó ella a cazarlos y a jugar con ellos antes de engullirlos, ¡ qué vidorra!, hasta que un día, mejor dicho, una noche entró por la ventana un gato que parecía un tigre; yo saqué las uñas dispuesto a defender a Espumita, pero ella me contuvo: «Tú quieto que yo voy a salir a dar una vuelta con este por los tejados».

El siamés agachó la cabeza y calló.

El flacucho y esmirriado, baladroneó: -¡te dejó plantado!...

Con humildad seráfica el siamés dijo: -No he vuelto a verla y desde entonces ando solo...; muchas veces he intentado volver a casa de mis amos y no se ir, me pierdo por los tejados y si voy por las calles me persiguen... bueno, me perseguían porque tenía hermosura y el pelo lustroso y suave, pero ahora, ya veis, mi capa está raquítica y mis carnes casi no existen y tengo hambre siempre y he tenido que aprender a robar, soy un aristócrata mendigo con piel andrajosa de indigente.

¿Y no hay otras gatas en tu vida?

- Si, Zapirón, pero por exigencias corporales, no por amor.

- La desgracia que tienes, te perdona que seas ladrón. Ea, tendréis que iros porque se terminó la asamblea por hoy; ya sabéis que Micifuz parió en la madrugada cuatro hijitos y que hoy ha subido a nuestro pajar Pablito con alimento para la parida...

Ya iniciaban la marcha cuando una gatita blanca con manchas negras dijo: -Zapirón, si me dejas hablar, contaré mi caso.

- Habla.

Y todos se apresuraron a ocupar los mismos puestos, pues aquella gata había llegado allí sin saber ninguno cómo, y era desconocida.

- Yo ni siquiera soy de este pueblo; soy de uno que está muy lejos de aquí y que los techos de las casas no tienen tejas y los llaman azoteas. Una vez iba un hombre paseando en bicicleta por la carretera donde mi hermano y yo habíamos sido abandonados en la cuneta; nos había dejado allí una mujer que nos arrancó de las tetitas de nuestra madre y nos llevó diciéndonos: «No puedo mantener más gatos así que, ¡hala! a la cuneta, porque no os quiero matar y si tenéis suerte...» Y la tuvimos porque el ciclista escuchó nuestros lamentos, se bajó de la bicicleta, me cogió a mi primero metiéndome en un bolsillo de su chaqueta, luego a mi hermano en el otro bolsillo y volvió al pueblo. En la casa había cuatro niños preciosos que se alegraron mucho al vernos. -¿Cuál os gusta más?- preguntó señalándonos y los cuatro niños dijeron lo mismo: «La gata es más bonita; el gato tiene la cabeza muy gorda». Yo me quedé en la casa y me pusieron de nombre Micifuza; a mi hermano lo llamaron Zapirón y lo llevaron a casa de un cura; no nos

hemos vuelto a ver. Mi casa era una botica; me dieron enseguida leche, que estaba muy buena pero nunca de rica como la de mi madre que la chupaba de una tetita. Lo pasé muy bien porque todos me querían y enseguida empecé a cazar ratones porque en la botica había muchos. Fui creciendo y cuando una noche de mucho frío oí que en la azotea maullaba un gato sentí deseos de verlo de cerca, porque supe que me estaba cortejando; cuando quedó dormido el niño que me había metido en su cama, me salí de las sábanas, pasé por la almohada con las uñas escondidas y fui a buscarlo; estaba en el descansillo de la escalera de la botica, ¡ qué bien lo pasamos ! ¡ hasta comimos ratones ! A los pocos días, cuando los amos notaron que en la casa había un gato vagabundo lo echaron y no volví a verlo más; claro que yo, con mi buena comida, mis ratones y mis amiguitos no echaba de menos al galán; pasado cierto tiempo supe sin que nadie me lo dijera, que dentro de mi pancita tenía unos gatitos que algún día querrían salir; lo supieron también mis amos y me cuidaban mejor que nunca; me prepararon en una caja de madera unas pajitas muy tiernas y me dieron a entender que ya no podría seguir durmiendo con Carlitos y que en aquél cajón tenía que esperar el nacimiento de mis hijos. Y así fue: cuando llegaron al mundo mis seis gatitos yo estaba más feliz que nunca y me alegraba ver que a los niños, mis amiguitos, Carlos y sus hermanos querían estar siempre al lado nuestro; pasaron dos días, Carlitos no se separaba del cajón dónde estábamos mis hijos y yo; se llevaba horas sentado en una sillita observándonos y yo muy confiada me dormía y... ¡ fue terrible!, de pronto empezaron las pajas a arder y mis niños se quemaban vivos y no podía hacer nada por ellos para salvarlos, porque la joven que se dio cuenta del peligro se le ocurrió echar sobre nosotros cubos de agua...; así, quemados y ahogados terminaron su existencia mis primeros hijos...

- ¿Y fue Carlitos el que...?

- Si; dijo que lo hizo para que saliéramos del cajón a jugar con él... Carlitos era un niño muy bueno y tan chiquito que no sabía lo que podía pasar. Yo me subí de un solo salto a una estantería y desde ella ví que mis hijitos fueron envueltos con las pajas que quedaron en un cubo de basura; me fui de la casa saltando por las azoteas huyendo de los perros y de los niños hasta que llegó la noche; en una azotea estuve durmiendo muchos días entre las macetas que la adornaban, hasta que una mujer se fijó en mí y al rato me llevó comida; allí me hubiera quedado pero tuve miedo de los niños de la señora y me

fui...¿qué voy a decir? que huyendo de las personas salí a los campos; no tenía fuerzas para andar y me acurruqué en una cuneta; un coche paró y salieron de él varias personas que querían contemplar la puesta de sol; decían: «¡qué bonito el mar! ¡ Parece que el sol se ahoga!» No pude remediar un maullido doloroso al recordar cómo se ahogaron mis niños y me oyeron; entonces, compadecidos, me metieron con ellos en el coche; me acariciaban pero yo no dejaba de temblar; por fin llegamos a una casa dónde había muchos perros que se abalanzaron sobre mí y como yo no tenía fuerzas para defenderme y las personas de la casa no estaban en aquellos momentos presentes, escapé corriendo por los campos y llegué hasta una laguna donde bebí agua y desde entonces, ya sabéis, también robo y no robaría si tuviera unos buenos amos...

Terminada la reunión quedaron solos en el pajar los componentes del clan «los Zapirones», menos uno que le tocó la vigilancia del garaje.

—O—

Todos los días visitaban el pajar Pablito y el de la Patro, y como se portaban bien, la Micifuz permitía que se acercaran y hasta le complacía que los niños acariciaran a sus hijitos. María no subió al pajar porque sus piernas se habían puesto torpes, pero en cambio Araceli tuvo curiosidad y fue a conocerlos. Estas visitas la intranquilizaban mucho y por miedo a ellas no los dejaba solos nunca.

Una tarde, el de la Patro, se presentó en la casa con una coneja que le había regalado su tío el de la huerta.

- ¿Qué traes ahí?

- Una coneja, y mi madre dice que la guardéis aquí porque nosotros no tenemos sitio y que cuando la guisemos con arroz que os convidará.

María y Araceli estuvieron dudando si llevarla al garaje o al pajar.

- ¿Con los gatos? La destrozarán entre todos ¡pobretica!

- En el garaje se escapará.

- Está muy hermosa y parece que tiene la barriga hinchada... ¿Y por qué te dio una coneja tan grande?

- Es que yo le dije: «Tito, regálame un conejo para hacer un arroz» y él me dijo: «Nene, entra en el corral a ver si eres capaz de coger uno; todos se escapaban pero como esta apenas corría la cogí y mi madre me dijo que la trajera a esta casa...

Total, que probarían en el pajar y según se portaran los mininos así harían. La coneja no dejaba de mover las orejas y el de la Patro dijo:
- Le tiembla hasta la barriga.

En fin, que se hacía de noche y que había que aposentarla; la acomodaron en un rincón y le hicieron con una cortina vieja y rota un tierno lecho, y con unas puertas y una tela metálica le prepararon un refugio para evitar el asalto gatuno.

- Mañana que se la lleven Pablo y el primo y o que le busquen otro albergue o que la maten y nos inviten al banquete.

Lo que ocurriera aquella noche se puede imaginar.

Como tantas otras, Micifuz se asomó a la puerta pero no salió porque sus niños podrían despertar; luego iría al rincón donde reposaba la nueva inquilina que no parecía encontrarse a gusto. Tal vez todos los gatos estuvieran también curioseando.

Y luego se realizó el milagro del nacimiento de los dos gazapitos; ¿a qué hora fue? Sería muy de mañana pues Pablito y el de la Patro subieron al pajar, los gazapitos hurgaban inquietos y torpes en la panza de la madre inerte, por eso, en vano apesaban las tetitas maternas.

- ¡La coneja está muerta!...- dijo uno.

- Yo no sabía que iba a parir y pensé que estaba gorda de mucho comer...

- ¿Y tu madre no se dio cuenta?

- Apenas la miró, dijo: «¡qué hermosa!»

- Araceli tampoco, como ya era oscuro...

- Y los conejitos quieren mamar...

Los dos miraron a la Micifuz que parecía atenta a lo que hablaban los niños, y los dos, sin ponerse de acuerdo, instintivamente, tomaron cada uno un gazapito y los llevaron a beber en las fuentes de vida que eran los rosados pezoncitos de Micifuz; y chuparon seguidamente; la nodriza dio un maullido de suspiro y acogió a los huérfanos echándoles las manos en un abrazo maternal.

¡Quién sabe si durante el alumbramiento de la coneja, le dio ánimos la gata, y quién sabe si notando el paso de la Muerte prometió a la moribunda que los criaría a sus pechos como a sus hijos propios!

Y así fue; a la par los alimentaba, y les pasaba la lengua a cada uno en limpieza diaria y en caricias constantes.

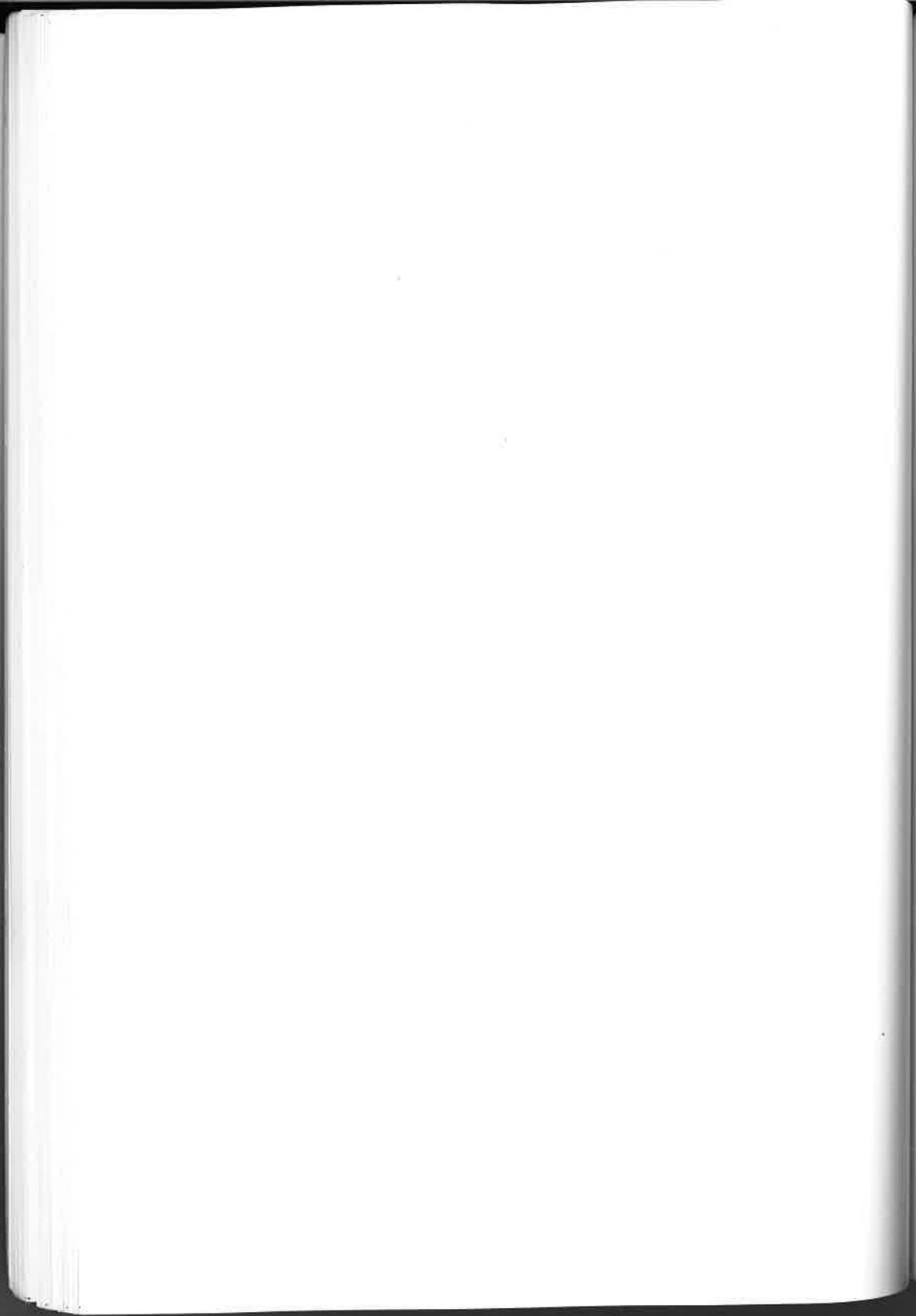
¿Qué pensaron Pablo y el de la Patro? ¿Sabrían ellos que la acción de Micifuz era de solidaridad? ¿Pensarían que desde antaño nos han dado siempre los animales ejemplo de ayuda mutua? ¿Desearán que hogaño sigan dándonos esas lecciones de amor? ¿Sentirán deseos de ser buenos con todos los seres?

¿Más hermanos con los hermanos?

—O—

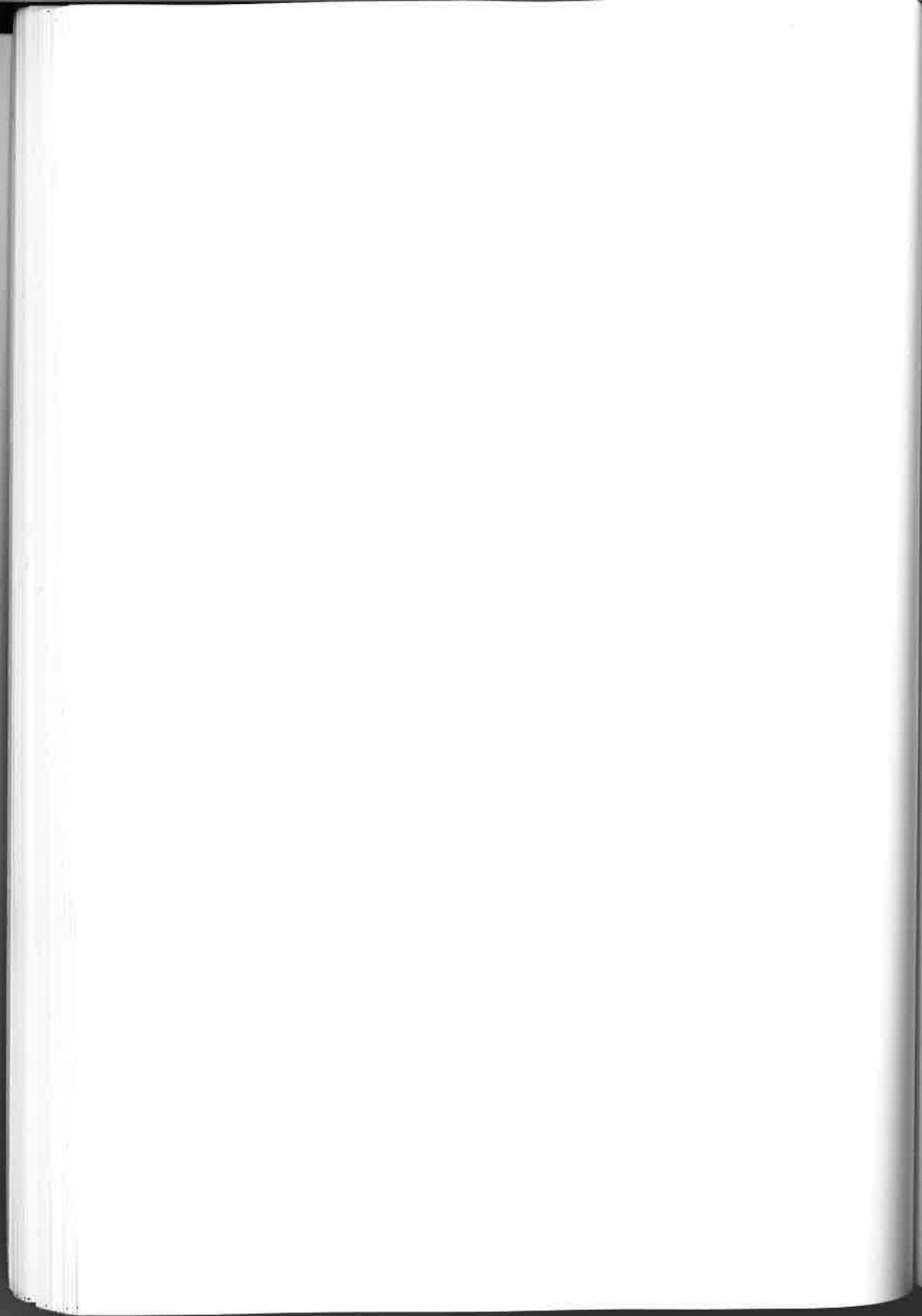
Recordé este sucedido cuando un lujoso coche en el que viajaba una familia se detuvo, abrieron una portezuela y dejaron caer en la calle un precioso gato; el coche arrancó pero el ruido de su motor no pudo silenciar el llanto del minino maullando desconsolado.

Puerto Real 12 - 7 - 94



LOS PÁJAROS

*A los nietos de
D. Francisco López-Huertas.*



Sus amigos le llamaban Paco. Era, lo que decimos un hombre corriente, trabajador, honrado, soñador, optimista, buen conversador, fiel a sus ideas y amante de la música. Mejor dicho: apasionado por la Música, tal vez su deseo mayor y no logrado, fuese el de ser director de orquesta, porque entre sus objetos personales guardaba celosamente una batuta.

En la vida de toda persona existe más de un proyecto fracasado. La guerra civil ahogó sus ilusiones en pleno entusiasmo y varió el rumbo de su vida.

No le fue mal. Formó una familia ejemplar, como él mismo, y pudo ejercitarse en cultivar el amor inmenso que nacía en su corazón ante el desvalido o el marginado al que se entregó en cuerpo y alma. Vamos a hablar de Paco, como músico no logrado que se rodeó de la Música más pura de la Naturaleza, de la Música que le unía directamente a Dios.

En la oficina donde trabajaba, había ocupado una sala para uso exclusivo de sus amigos, los cuales hacían allí una vida de verdadero placer, pues placer y de los más grandes es tener libertad, despensa repleta y techo seguro.

Muchos eran los amigos pero la habitación tenía amplitud de salón y hermosas ventanas; curiosamente de pared a pared existía a una prudente altura, un columpio que a sus amigos les servía de regocijo, travesura y hasta de escauceos amorosos, y además, colgados de las paredes y guardando una exacta simetría en el espacio, estaban los dormitorios, como llamaba Paco a las jaulas.

(Perdón, recordando a Paco, que fue mi amigo, me emociono y no escribo con la precisión debida).

Las jaulas ocupaban las paredes desde lo alto hasta el suelo, eran iguales de forma, color y tamaño y todas tenían siempre abiertas las puertas.

¿Cuántas jaulas eran? Muchísimas y cuando llegaba un nuevo amigo, enseguida le proporcionaba dormitorio; le daba este nombre a las jaulas porque aquellos felices pájaros sólo la usaban para el descanso nocturno, para empollar y cuidar a los polluelos, y para el alimento diario; libres de ataduras paseaban por el aire, recorrían bosques, arroyuelos, fuentes y charcos, husmeaban por las torres y jugueteaban en los hierros de ventanales.

Paco nombraba a cada pájaro por el nombre que él mismo le escogía y así no era raro escucharle al llegar a su casa, comunicar a la familia su preocupación o tristeza:

-El Pirulín está malo.

Como una mala noticia eran acogidas aquellas palabras por la familia que ya se inquietaban y seguían con interés la enfermedad de Pirulín.

Pirulín era hijo de Pirulo, un canario viejo, que había dejado de salir a volar porque los años podían más que su deseo innato de dar zambullidas en el aire; cada vez sus vuelos fueron más cortos en las distancias y en el tiempo, y hasta poco utilizaba el columpio para sus acrobacias, al final, comía y bebía tranquilo y silencioso, esperando que una mañana Paco dijera:

-Ni agua, ni comida le ha faltado, ni mis seis o siete visitas diarias para decirle siempre, ¡hola Pirulo! ¿no sales hoy tampoco? Te

estás haciendo viejo y, hay cada canaria por esos aires esperándote. Nada le ha faltado.

Y sí. Una mañana, Paco entró para abrir las ventanas y esperó unos minutos a que salieran y disfrutar de sus saludos y despedidas, ¡qué maravillosa orquesta y qué músicos más inspirados!. Paco les aguantaba todo por amor, porque más de una vez, le habían dejado señales de su cuerpo en su propia cabeza:

-¡Bah, -decía- esto se limpia pronto!.

Pero aquella mañana, los pájaros no salieron rápidos, como otros días tras los saludos, aquella mañana daban vueltas por la habitación sin decidirse a salir, esperando algo y cuando Paco fue a saludar a Pirulo, ellos se posaron en las ventanas y sólo asaetearon el aire, cuando Paco dijo en voz alta:

-Ni agua, ni comida le ha faltado...

Luego tomó en sus manos al viejo canario y lo acercó a su pecho paternalmente, el pajarillo, con las patas rígidas y blandas las plumas, fue envuelto, como si envolviera una valiosa joya en un suave papel, de los llamados de seda, un bonito sudario blanco que a Paco le resultaba oscuro y áspero.

El salón-pajarera de la oficina era todo él un nido de amor y un ejemplo de convivencia.

Cada pareja y cada pájaro solitario conocía su jaula, aunque todas eran iguales en tamaño, forma y color; cuando algún despistado, que también los había, sobre todo en las épocas de celo, se metía en la primera que encontrara, al llegar el propietario lo desahuciaba, ¡y que supiera de una vez para siempre cuál es el sentido de la territorialidad y qué la necesidad de tener espacio propio!.

En aquella auténtica comuna, las hembras Soledad, Petra, Conchi, etc... se ayudaban mutuamente a incubar, y así para que Soledad o Purita, saliera a dar una vuelta, porque hay que dar un respiro al cuerpo, la Conchi o cualquiera que estuviera libre de cuidados, se encargaba de cubrir los huevos de la vecina, aunque la jaula estuviese muy separada

de la suya, porque todas eran amigas y convivían en "paz y cantando" como el dicho popular enseña.

Un día se planteó un serio problema, no por la orquesta, sino por la señora encargada de la limpieza de la oficina.

-Estoy hasta el moño de los pájaros de don Francisco..., ayer estuve en la peluquería que me costó un dineral y hoy mismo han estercolado encima de mi cabeza ¿cómo voy a quitar esta porquería de mi pelo?

La señora de la limpieza se desahogó escupiendo palabrotas creyendo que nadie la escuchaba y llegó a tal grado su irritación, que dejó abandonados allí mismo los útiles y se despidió.

-Si, don Francisco, vengo a despedirme para siempre, porque los pájaros son muy bonitos y cantan muy bien y, según dicen las gentes da gloria oírlos, pero a mí me dan grima y me ponen los nervios que me parece que me clavan alfileres por todo el cuerpo...

Pero aquél salón seguía limpiándose con más o menos trabajo, y los amigotes de Paco continuaban su vida de placer.

Al llegar el invierno se imponía una disciplina más rígida: por las lluvias y el frío había que cerrar las ventanas. Así, Paco, cada mañana acudía lo más temprano que podía y las abría volviéndolas a cerrar, y por las tardes antes de marcharse las abría para que pudiesen entrar y las dejaba cerradas de nuevo. Ellos sabían cuándo tenían que volver y hasta esperaban un rato en los antepechos hasta llegada la hora ¡y que bueno está lo bueno! ¡que ya hacía bastante el amigo Paco, abriendo y cerrando a horas determinadas hasta en día de fiesta y de descanso!.

Más de una vez, al llegar a su casa, Paco tenía que decir:

-Esta tarde ni Guillermo, ni Perico, ni Soledad han llegado a tiempo y se han quedado en la calle. He visto a los tres en las rejas de la Catedral...

Y también, otras veces:

-La Conchi y Federico están en el antepecho de una ventana del Palacio de Justicia ¡con el frío que hace!..., son unos gamberros y ya algún día aprenderán a ser puntuales...

Era una fiesta cuando llegaba uno nuevo y un duelo cuando faltaba inevitablemente, como ocurrió cuando tras su enfermedad murió Pirulín, el huérfano del viejo Pirulo.

-Se acabó como si fuera un cabito de vela - comentaba Paco- y murió solito en la jaula porque nunca conoció pareja...

¡Cuánta huella dejó el mínimo Pirulín en la familia!

El amor al desvalido, al marginado, al niño enfermo o al minusválido quemaba a Paco en una llama viva. Apartaba de él la fealdad y la injusticia, todo lo bello es bueno, todo lo bueno es bello, era la regla que le hacía sentir y obrar. Aquellos pájaros sabían mucho de Paco, por eso lo querían tanto, lo respetaban y aprendían a comportarse con belleza, aunque algunos como Guillermo y sus compinches se permitieran faltar a las reglas confiando en la bondad de Paco.

Un día... Paco enfermó, dejó de ir a la oficina y la familia se encargó de ellos, de la limpieza, de la alimentación y de abrir y cerrar las ventanas a las horas acostumbradas.

Tardaba Paco en volver. En vano un día y otro sus amigos esperándolos retardaban sus vuelos y volvían todos a recogerse antes de la hora.

No cantaban; en la oficina pajarera se sentían tímidos susurros, era una parla, no un canto, allí sólo se oía la música del viento que entraba por las rendijas de las puertas. Sólo existía un casi inaudible sonido: el suave movimiento dentro de las jaulas. El columpio parecía inexistente.

La enfermedad de Paco era larga y terminal. Del pesar de la ausencia participaban familiares y amigos. Los niños que Paco amparó, abrigados en su corazón como pajarillos desvalidos, arrimándoles como a ellos cobijo y amor que les hiciera más soportables sus carencias, aquellos niños no pudieron darse cuenta de que Paco tardaba en apare-

cer, porque estaban sumergidos en un mundo oscuro y estrecho..., pero los pájaros sí advirtieron el sufrimiento de la familia, presentían un fin inmediato y por eso, a pesar del cuidado y cariño que no les faltó nunca de los demás, ellos ni cantaban, ni comían, ni bebían, ni querían salir a volar, se morían también poquito a poco, o escapaban ¡quién sabe si a buscar una ventana del hospital para cantarle y alegrarle sus últimos días!

Seguro que al verlos, de ser aquello posible, les habría hablado agradecido:

-Guillermo, Perico, Lupi, decirles a los otros que pronto volveré...

Las enfermeras, el médico y algunos más comentarían:

-Don Francisco está delirando porque unos pajarillos se han posado en el antepecho de la ventana y les habla como a personas...

Intentarían muchas veces encontrar al amigo sin conseguirlo. De la hermosa orquesta sólo quedaron dos o tres músicos que seguían silenciosos, con la puerta de la jaula abierta y esperanzados en ser recogidos por la familia.

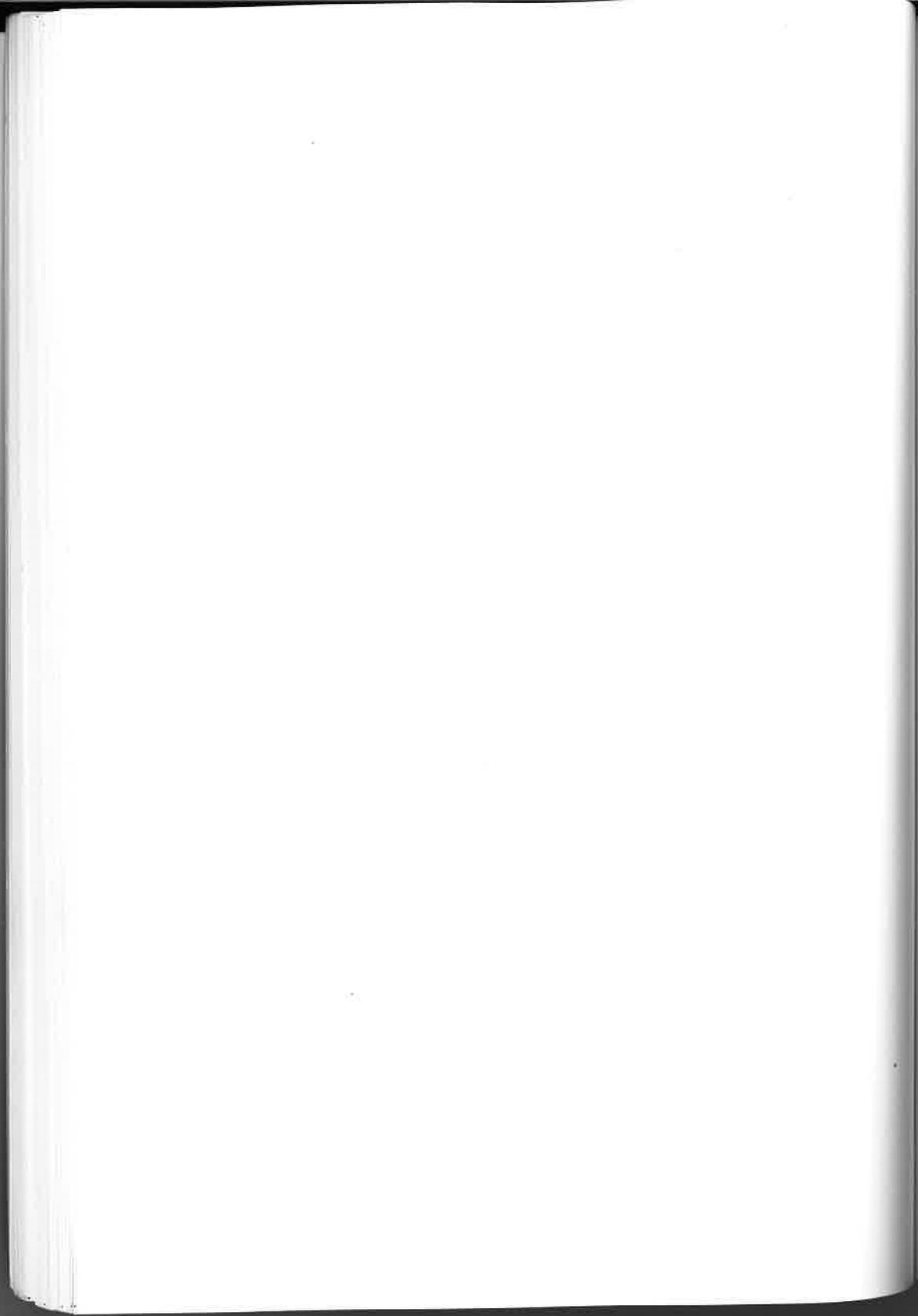
Es que la vida con libertad y sin amor es triste.

La de Paco fue alegre porque la bondad engendra alegrías, por eso, pensar en él es sentir el corazón empapado de ternura, como si fuera un pajarillo tembloroso.

Puerto Real, a Junio de 1.994.

LAS VACACIONES DE AGOSTO

*Recordando con cariño
a Josefa Villa Flores.*



Todavía se recuerda, y con cariño, a la principal protagonista de "aquello".

"Aquello" fue el capricho de un niño que sentía mucho amor por los animales.

Y "aquello" se desarrolló en una normalísima familia, residente en Granada, que pasaba las vacaciones en un pueblo, justo al lado de Cádiz, en Puerto Real, en un cómodo chalé frente al mar.

Los "granaínos" en total eran cinco: los padres, dos niños y Pepa, la principal protagonista, que llegaron una mañana fresca cuando la brisa sopla suavemente, sin apenas esfuerzo, solo el suficiente para oponerse a los rigores del sol.

Un día en que Pepa había ido a la plaza de abasto, llevó de la mano a Pablo, un niño precioso y cándido que ejercía sobre Pepa un poder enorme. En la plaza, además de los puestos de verduras, carnes, pescados, etc., solían ponerse a la entrada vendedoras de las cosas más insospechadas, desde vendedores de cupones de la ONCE, hasta jaulas con pajaritos vivos, cubos de agua y peces y cestas de camarones que en su agonía saltaban y al herirlos el sol, más parecían chispas de fragua que seres defendiéndose de la Muerte.

A Pepa no le gustaba mirarlos y pasaba de largo, también iba a pasar sin detenerse ante el hombre que vendía pollitos, pero el niño se resistió y estuvieron un ratito embelesados contemplando el revoltijo de amarillos bullones que no dejaban de moverse en el fondo de la canasta.

-¿Están llorando, Pepa?- preguntó Pablo con ansiedad.

Pepa calmó la angustia del niño diciéndole:

-Están pidiendo de comer... ¿no te acuerdas que mamá te dice cuando te impacientas por comer y pides la "papa" ¡Cállate, Pablito, que pareces un pollo pión!

El niño sonrió al recordar a la mamá, luego tirando suavemente del brazo de Pepa, le suplicó:

-¡Cómprame uno y yo le daré de comer de lo que tú me des!

Pepa se enterneció pero tuvo que explicar al niño que no le podía comprar porque le faltaría dinero para los encargos que le había hecho su mamá.

Y desde aquel momento de la negativa de Pablito no quiso seguir en la plaza y pidió con insistencia volver al chalé. Allí Pepa contó que lo habían pasado muy bien y no habló de los pollitos.

Al día siguiente toda la familia andaba preocupada porque el niño apenas comía, que no jugaba y que sus ojos, dos luceros melados y enormes, estaban muy apagados, como todo él, que ni siquiera dio muestras de alegría a la diaria llegada de los primos y de los perros. Parecía otro niño, ¿estaba enfermo?, el termómetro no acusaba alteración alguna, habría que seguir observándolo y pensar en el médico.

—O—

Pepa era una mujer ya entrada en años, cariñosa y diligente, que había puesto su corazón al servicio de la infancia, no tenía hijos, pero hacía de madre con especial dedicación a sus sobrinos. Por circunstancias muy corrientes en todas las épocas, Pepa ayudaba en los trabajos

caseros de la familia y aprovechó la ocasión de huir del calor de Granada, marchando con ellos a Puerto Real, con lo cual, Pablito seguiría disfrutando del amor de Pepa y ejerciendo sobre ella una dulce tiranía.

Y Pepa, una mañana, entreteniéndole para conseguir que desayunara, paseando por el recinto que llamaban pomposamente la rosaleda, y haciéndole notar la humildad de las violetas que crecían y se multiplicaban junto a la era de los claveles, se agachó para escuchar lo que el niño le decía secretamente:

-Pepa, yo quiero un pollito.

Y ella, que barruntaba el mal del pequeño, le contestó sin dudarle:

-Mañana mismo te traigo uno. ¿Quieres tomarte la leche? ¿Sí? Pues vamos a comer enseguida...

Fue un cambio instantáneo y todos quedaron asombrados reconociendo al Pablito de siempre, bullanguero, reidor, juguetón, casi gamberrillo.

Y Pepa, no segura de la aprobación de la madre se calló "porque si dice que no quiere que se compre pollito, el niño se volverá triste otra vez..." Buena estrategia: silenció el plan y obró solapadamente.

Al día siguiente, simulando apuro, dijo que para la comida faltaban cosas que habría que traer de la plaza. A la madre le sorprendió porque pensaba que en la cocina no faltaba lo más imprescindible, por lo tanto no era necesario, pero el ir de compras podría ser para algo particular de Pepa y no tuvo ningún inconveniente en que fuera al pueblo.

Y fue.

Y volvió.

En la cancela estaba esperando Pablo, entretenido mirando las evoluciones de una legión de hormigas que salían y entraban en un agujero, al pie del álamo, amurallado de tierra blanda y harinosa. Parecía importarle sólo eso, ni miraba al mar, tan tranquilo, tan espejeante, tan azul, ni a las gaviotas blancas y en bandadas, ni a las cigüeñas, ni

a los coches que pasaban ligeros y ruidosos, ni a su hermano que lo llamaba desde lo alto del tobogán, sólo el hormiguero tenía interés para él, y sin embargo cuando sonó el poquito ruido que hacía la cancelita de la carretera, se irguió como un resorte y esperó impaciente y saltarín a que Pepa entrara.

-¿Lo traes?.

-Aquí está- y le puso en las manos delicadamente el pollito que parecía un ovillito de lana amarilla.

En la palma de su mano sintió con placer que las patitas del animal se le clavaban, pío, pío, voceaba éste asustado, mientras Pablito con el brazo extendido lo enseñaba triunfalmente.

Acudió el hermano.

La madre al verlo exclamó entre pesarosa y agradecida:

-¡Qué cosas tiene Pepa!- comprendiendo en el momento el proceso de la enfermedad del niño y la artimaña y silencio de Pepa.

—O—

El nuevo inquilino del chalet gozaba entera libertad y pasaba de una habitación a otra sin reparar en peligros, Pablo iba tras él ,y él tras de Pepa, por lo que ésta tenía que caminar con sumo cuidado para que al volver sus pasos no aplastara al diminuto animal.

Bueno, el diminuto animal iba dejando de ser diminuto pues crecía por días gracias a los cuidados de Pepa que gastaba en él parte de las horas de su trabajo y más parte aún de las de su descanso. Y si Pablito era feliz ¿no valía la pena aquel atarearse tanto para alimentarlo y limpiar lo que indecorosamente iba desprendiendo de su cuerpo?

Porque Pablito ya no encontraba placer en contemplar hormigueros, ni toperas, ni arañas, ni murciélagos, ni siquiera al búho que pasó dos días desorientado en el ramaje del hermoso álamo negro, el centinela de la casa, ni siquiera parecía interesarle la Luba, la cariñosa perra que le aguantaba pacientemente su carácter; Pablo sólo atendía al pollo, ayudó

a Pepa en los primeros días sosteniéndolo mientras ella le abría el pico a modo de embudo para deslizarle suavemente las miguitas, el niño apremiaba a Pepa para que aumentara la ración y que el crecimiento fuera rápido, quería ver pronto las plumas de la cola, quería verle una crestita fuerte, quería una cosa que jamás consiguió de Pepa, que el pollo durmiera con él en su misma camita, ella le dijo terminantemente:

-Los animales no duermen con las personas.

Y él respondió acusador:

-El tío Carlos dormía con un gato y la Luba duerme con la abuela.

Pepa se hizo la sorda y comenzó de nuevo a trajinar llevando detrás al pollo que no cesaba de piar.

La Luba era la perra de los abuelos, una pastor alemán dócil y cariñosa que el primer día que vio al pollo se acercó a olerlo y después se alejó con marcada indiferencia; llegaba todas las tardes y sólo una vez se vieron juntos por un rato a los dos animales. Luba sobre la panza, miraba al cielo cada vez que sentía el tableteo de alguna cigüeña, el pollo muy quietecito a su lado movía de vez en cuando la cabeza y alzaba el pico, parecían entenderse y tal vez fuera así; Pablito afirmaba que los dos estaban hablando.

-¿Y qué dicen?- preguntó Pepa.

-El pollito dice que me quiere mucho y que tú eres muy buena.

-¡Ilusión de niño! ¿Y si fuera verdad? ¿Y si hubiera escuchado un mágico diálogo?

(... yo quiero mucho a todos, porque me cogen con cuidado y dicen: -"¡Oh, qué grande estás!, ya mismo se le llenará el cuerpo de plumitas! ¡Y me llaman bonito, y que me parezco al sol...! Luba, ¿tú crees que me parezco al sol?

-No te pareces y no creas todo lo que dicen las personas porque son ignorantes.

-¿Tus amos también?

-También, pero como cuidan de mí y me da buena vida, yo estoy contenta.

-Las personas hacen cosas raras... ¡ponen la boca en la cara de otra y suenan los labios...!

-A eso llaman besos... Mi ama me besa las orejas y yo le paso la lengua por sus piernas.

-¡Ay!- pareció suspirar el pollito.

-¿Qué te pasa?

-Que yo no puedo besar porque no tengo boca...

-En su lugar tienes un pico muy bonito y fuerte y siempre estás picoteando lo que te gusta...)

¿Fue una lección de amor? ¿Aprendió el pollito?

Pues parece que sí, que aprendió, porque desde entonces le dio por picotear los tobillos de Pepa y no la dejaba tranquila.

-Pero, ¿es que me quieres comer?- le decía ella falsamente enfadada.

Pablito se reía y los que observaban el acoso del animal, también. Ella pensó alarmada que, como los picotazos eran cada vez más fuertes a medida que el pico se iba endureciendo, tendría que ponerse medias ¡y con el calor! ¡¡Uf!!

Los tobillos de Pepa subían de color hasta parecer rojos, sin embargo ella aguantaba porque a Pablito le hacía gracia y aplaudía la tenacidad del animal.

-Pícame también a mí- le decía poniendo sus piernas al alcance del pico.

Pepa lo apartaba:

-No, ángel mío, que tus carnecitas son muy tiernas.

No fue aprendida la lección de amor. Las carnecitas, como decía Pepa, del niño por tiernas eran más apetitosas. La Luba, gran observadora, nos aclararía la afición por los duros tobillos de Pepa.

Diría:

(Te estás pareciendo a los humanos, adulator como ellos. A ese sentimiento lo llaman "arrimarse al árbol que dé más sombra...", "tú besas a ella y no al niño porque ella es la que te da de comer. El niño lo haría también pero es pequeño y no puede, y el otro niño ni siquiera la mira, y los padres protestan porque siempre estás estorbando y ensuciando donde pisas, la mamá dice: "Desde que está aquí este bicho nunca tenemos limpio el suelo y tengo que andar con mucho cuidado para no pisarlo y para no resbalar.." El padre también protesta: "No podemos escuchar música, siempre el pollo piando". -Te aguantan porque quieren mucho a Pablito).

Así hablaría Luba, la hermosa perra que siempre miraba acariando.

Es casi seguro que no le diría nada al pollo ¿para qué, si era un egoísta, inquieto, sucio, tragón y ruidoso? A la perra le entusiasmaba Pablo y todos los niños aunque no fueran de su familia, ella consideraba su familia a los abuelos, tíos y primos del niño, a ella le gustaba querer "porque sí", disfrutaba queriendo y su mayor ilusión era sentir que le pasaban una mano por el lomo y que le hablaran como si ella fuera una persona, como le hablaba siempre su ama: "Escucha, Luba, vamos al campito y jugarás con el Yodo..." (El Yodo era un hermoso pastor alemán de los primos). Ella movía el rabo jubilosa y sin más palabras se iba a esperar en la puerta. El pollo nunca sabría lo que es un amor grande y desinteresado. El pollo sólo sabía beber, comer, piar y ensuciar, sin embargo parecía el rey de la casa, porque desde que llegó a ella cambió algo la rutina diaria y muchísimo el comportamiento de Pepa y Pablo. Ella todo el día cuidando del animal, el bebedero lo puso fuera de la casa porque al beber se metía dentro del cacharro

y derramaba el agua, si lo colocaba en el porche podían resbalar; si en la carreterita; se embarraba, si en el césped, se estropeaba porque además su culito parecía un grifo goteando ¡cuánto tenía Pepa que trabajar, y ya siempre con intranquilidad: ...“que no andes por ahí, niño, que te resbalas.... cuidado niños, que vais a pisar al pollo...”, sin descanso desde que él llegó y para colmo sus tobillos picoteados.

¿Y Pablo? A Pablo ya no le interesaba el cambio de color de los camaleones, parecía olvidado de las hormigas, de los topos, de los murciélagos, de las salamanquesas, de las avispas, de todo lo que antes le causaba curiosidad o simpatía. Y ni la Luba ni el Yodo. Ni el tobogán ni los columpios. Pero, allá, muy adentro de él, iba naciendo una pregunta, que no hacía por temor, cada vez que escuchaba decir a los mayores:

-El mes de Agosto se va acabando.

-Se nos terminan las vacaciones.

-Tenemos que volver a Granada.

Y siempre que surgían estas observaciones, la madre pensaba en voz alta:

-Volver al piso..., cambiar el césped por el parquet y la moqueta, la piscina por la bañera, el fresquito por el calor, el descanso por el trabajo -y siempre terminaba diciendo y mirando al pollito- el césped por el parquet y la moqueta.

Pepa bajaba la cabeza.

Pablo no entendía pero un desconocido temor hacía aletear su corazón.

El pollo llevaba muchos días sin dormir dentro de su caja de cartón acomodada para cuna, al principio no salía de ella, pero al crecer la desechó y quería dormir en el cuarto de Pepa, que se resistía, pero como los demás no podían descansar a causa del piar monótono e interminable del tozudo “individuo”, optó por meterlo dentro de su dormitorio y así podía reinar el silencio, salvo los ronquidos que salían de otros cuartos compitiendo con el de Pepa.

Si la noche era buena, el amanecer resultaba horrible. Tenía la habitación una hermosa ventana en el muro que daba a la huerta -el preferido de las salamanquesas-, a Pepa le horrorizaban y cuando escuchaba decir a Pablo: "Tienen la panza blanca..." le recorría por la espalda un escalofrío que le erizaba el vello de los brazos. -"Cállate, Pablito, cállate que se me pone carne de gallina", el niño miraba muy interesado los brazos y no atinaba que relación podían tener los brazos de Pepa con los filetes de pechuga de gallina que ella le preparaba, una carne blanda, lisa y blanca, con sus brazos morenos rojizos, con pecas que hacían de lunaritos anaranjados y unos vellos de oro que le parecían pelusillas de mazorca.

¡Qué calor sin poder levantar la persiana por miedo a las salamanquesas y a los murciélagos; Y el sueño llegaba pronto llamado por el cansancio del bregar del día.

El amanecer era terrible aunque lo deseaba porque su cuerpo tenía necesidades y se despertaba en la madrugada oscura aguantando el deseo de visitar el lavabo; la causa de su malestar era el "individuo", que no usaba para los desahogos de su vientre un sitio fijo, los esparcía por el suelo y su cuidadora tenía no sólo el asco de pisar viscosidades sino el miedo a resbalar y caerse. Cuando la luna estuvo en cuarto creciente, se filtraba por las rendijas de la persiana con más bríos que el viento, pero su luz lechosa no destacaba las suciedades del suelo.

Y llegaba el sol pujante, poderoso, atrevido, insolente y autoritario llenando de oro la habitación. Entonces, Pepa, se levantaba sin hacer ruido por temor a que el pollo tocara a diana con su pío, pío, luego, un suspiro pasada la tensión a la que tuvo su cuerpo la mitad de la noche, comenzaba sus faenas diarias después de saludar al mar que lo tenía enfrente, al chopo gigante que le recordaba su Granada, al macizo de clavelinas que le enviaba su perfume en oleadas, la piscina, el campo de tenis, los arriates rebosantes de plantas, con el rocío brillantes.

Pepa era feliz y si sentía con pena que las vacaciones tocaban a un próximo fin, a la vez se alegraba por volver con su familia. Pepa, ya lo hemos captado, Pepa poseía un corazón muy grande y Pepa quería con todo su corazón a Pablito.

“Y al asunto del pollo hay que darle solución”, se decía ella misma, un día y otro, porque no podía olvidar que al volver a Granada se cambiaba “el césped por el parquet y la moqueta”. Hay que buscar una solución.

Casi diariamente Pablito hacía proyectos con el pollo para cuando estuvieran en el piso: -“Dormiré conmigo y lo cuidaré y limpiaré el suelo”. -Nadie le contestaba, ni él esperaba respuesta y planeaba sacarlo de paseo en una jaula.

-¿Y cuándo se ponga grande?- le preguntaba Pepa.

-Mi mamá me comprará una jaula mayor.

Pero a veces, notando que su madre parecía no querer hablar de aquello, sentía inquietud y no estaba muy seguro de que sus deseos se cumplieran, porque uno de los primos le había insinuado que el pollo quedaría en el chalé, y fue entonces cuando lloroso se dirigió a Pepa:

-Ha dicho mi primo que el pollo se queda aquí.

Ella, queriendo dulcificar algo el dolor del pequeño le dijo mientras le acariciaba: -El pollo sufriría mucho en el piso, se lastimaría las patitas porque está acostumbrado a la blandura del césped y de la tierra, y al mucho aire del campo, y a los perros que vienen cada tarde, al ruido de las cigüeñas cuando pasan por aquí, y al canto de los pajarillos en los árboles... -ella seguía hablándole con voz suave queriendo ser persuasiva, hasta que él, se plantó delante y con apostura de Cid, declaró:

-Yo me quedo aquí con él. Yo tampoco voy a Granada- y agachándose tras su arenga, tomó en sus manos al animalito, que asustado por lo insólito del acto, comenzó a piar desafortadamente.

Y Pepa, gran estratega, cogiéndole el pollo de las manos y soltándolo en el suelo para callarlo, abrazó maternalmente al niño y le susurró al oído:

-El pollo se viene con nosotros a Granada.

—O—

Y llegó el día tan temido por todos. Los abuelos y los primos no disimulaban la tristeza, acudieron de mañana al chalé para despedir a los "granaños" y no pudieron evitar unas lagrimitas. Y tampoco dejaron de observar que Pepa se había internado en la casa, que tardó un rato en salir, y traía puesto un jersey muy grande.

-Pepa- preguntaron -¿Se ha resfriado?

-¡Un poquito!- contestó sonriendo agradecida.

Y ya ¡por fin! todos acomodados, arrancó el coche.

Pepa iba detrás con los niños y éstos barruntando un sueño producido por la ingestión de un "antimareo", apenas se hablaba en el coche para no molestar a los dormilones, pero cuando llegaron a Estepa, el padre dijo:

-Vamos a echar un descansito y tomaremos algo.

Bajaron y entraron en el bar, a Pepa le costó trabajo salir del coche, llevaba los brazos cruzados en el pecho como aguantando un dolor y cuando le preguntaron, dijo repetidas veces:

-Nada, nada, no me pasa nada.

La madre admiró la fuerza de ánimo de Pepa, que seguramente estaría acatarrada y hasta quizá con fiebre.

En fin, que se terminó el descansito como se habían terminado las vacaciones y vuelta otra vez al coche. Y ya se divisaba la blancura de la nieve en la sierra cuando un ruido extraño sonó dentro del coche, ¿un pinchazo? ¿una rueda? La mamá miró a los niños, el mayor parecía sorprendido, el pequeño sonreía bobalicón y feliz, Pepa muy aturdida seguía apretándose el pecho.

¿Qué fue aquel ruido tan inesperado y raro? El coche tiraba con normalidad y detrás todo iba bien.

Cada vez más cerca de Granada, Pepa miraba con cariño los árboles que saludaban en grupos abanicando el aire, regalando frescura y alegría.

Y de nuevo, y más fuerte, el ruido extraño volvió a sonar.

Pero no era extraño, no, era el pío, pío del pollo.

Pablo hacía palmas y levantaba los brazos y las piernas borracho de gozo.

Pararon el coche.

-¡¡Pepa!!- exclamó atónita la madre, Pilar.

Y Pepa, como niña cogida infraganti en una diablura abriendo el jersey y el escote de su traje, donde como un broche exótico, asomaba el piquito envuelto en la sedosa amarilla de su cuerpo, y dijo, bajando la vista:

-Lo traigo escondido en mi pecho..., le prometí a Pablito que se lo traería...

Bien. Así ocurrió. Y hubo un arreglo. Pepa se llevaría el pollo a casa de su familia que tenían un buen patio, para que pudiera estar a gusto ya que en el piso no era posible tenerlo. El niño iría todos los días a verlo dándose un paseo con Pepa.

Fue una buena solución.

—O—

Y un día, Pilar, dijo:

-Pepa, todavía no sabemos como pudo traer el pollo, casi cinco horas de viaje, sin que nos diéramos cuenta.

-Muy sencillo, señora, lo dormí antes de salir del chalé, le puse medio supositorio de Biodramina infantil.

Puerto Real, a mayo de 1.994.

EL SILENCIO DE LOS PÁJAROS

A mi nieta Olga con ilusión.



Se conocieron en plena juventud y pronto formaron un hogar carente de lujos y lleno de amor.

Llegaron los hijos, las noches largas y los haberes cortos. Ni Ana ni Juan se rindieron ante los embates de la dura vida; los dos trabajaban más: él aprovechando encargos extra, ella ignorando descansos. Y eran felices, muy felices porque se querían intensamente; los dos cuidaban de los niños y de la casa; los niños, sanos, robustos, preciosos y limpi-sísimos; la casa como un chorro de oro.

Llegaba él de su trabajo y siempre encontraba a su mujer arreglada y complaciente.

-¿Estás cansada, reina mía?

-Un poquito... -diligente salía de la cocina con sendas tazas de aromático café recién hecho.

-Siéntate conmigo mientras lo tomamos.

-Un poquitín nada más -decía sentándose casi al filo de la silla.

Un poquitín nada más porque un mocozuelo andaba en el pasillo y otro pequeño a punto de llegar para merendar a la par que la hermana que salía de sus clases a la misma hora, y todavía la ropa que había lavado la tenía en el cubo para tenderla.

-El tiempo de preparar este café y la papilla para el pequeño...; tengo la ropa limpia por guardar y la que he lavado, para tender...; no me da tiempo para distraerme -y después, Ana, poniendo cariñosamente una mano en el hombro de Juan, musitó: -Otro...

Juan soltó la taza que iba llevando a sus labios, se levantó para abrazar a su mujer, con el mismo entusiasmo que recibiera la noticia más suspirada. -¿Otro..?. A su casa viene y lo recibiremos bien, como a los demás -pero, añadió preocupado: -¿Estás segura, Ana?

-Segurísima.

-¡Bendita seas! ¡Ea, a prepararle un buen recibimiento!

Ella seguía sentada casi al filo de la silla y dejaba que le pasara las manos por el vientre y que simulara con los nudillos una llamada a la vez que preguntaba: -¿Ya estás ahí, charrán? -y luego a Ana: -¿Cuándo saldrá a reunirse con sus hermanos?

Ella se levantó para recoger el servicio; al tomar la taza de Juan se la puso en las manos: -Acaba de tomarte el café que se te enfría...

-¡Es que la noticia que me das..!

-Como si fuera la primera vez que te doy una noticia de estas.

Sorbió el café y entró en la cocina con Ana.

-Te estaba esperando para...

Él no la dejó acabar: -Para darme la noticia.

-También para eso, pero es que tienes que arreglar el grifo del fregadero que gotea mucho y el recibo del agua puede subir todavía más.

-Bien, bien, le pondré una zapatilla después que arregle a los pájaros...

Toda la afabilidad de Ana se trocó en una voz áspera y quejumbrosa: -¡Los pájaros! ¡Los pájaros! Ellos antes que yo... ¡Eres el colmo, Juan!

Y Juan la miró, repentinamente entristecido: -Está bien, mujer, arreglaré primero el grifo.

-Y después ayudarás a la niña a la tarea del colegio y después...

-Sí, sí, Ana, y después más cosas, por eso me gusta empezar por los pájaros.

En la casa sentíase un delicioso trinar de pájaros desde que él llegó.

Una beatífica sonrisa dilataba la boca de Juan mientras escuchaba embelesado, en alto la llave inglesa con la que arreglaría el grifo, tal como si fuese la batuta de un director de orquesta.

Y como contraste la voz de Ana:

-¡Lo que faltaba!

Que Ana no era amiga de los pájaros; que le irritaba verlos y oírlos; sólo el sentirlos picotear la comida le ponía nerviosa; procuraba estar siempre lejos de las jaulas.

Juan, para evitar disgustos, cuidaba de todo lo que se relacionase con ellos: la limpieza de las jaulas, de las bañeras, de los huevos artificiales, del local donde estaban colgadas, de los materiales necesarios para hacer los nidos; recogía, donde las viera, pajitas, trozos de cáñamo o de hebras de lana y los guardaba cuidadoso esperando necesitarlos porque se había hecho previsor desde el día de la gran pelotera que tuvieron a cuenta del "desavío", según ella, que le ocasionó la pérdida de unas hebras enredadas de lana con las que jugaba el pequeño; los cabos de lana eran de un delicado color de rosa y eran además de una suavidad de plumón; Juan, a su vista, pensó dos cosas; que en manos del niño aumentaría el enredo; otra, que a la canaria le vendría de perlas

para su próximo nido; entonces Juan, desenredó de las manitas del niño las hebras y las ovilló para meterlas en la jaula; lo malo fue que el pequeño, al sentirse desposeído de su "tesoro", comenzó a llorar a gritos; bajó Ana de la azotea muy alarmada, lo tomó en sus brazos y besuqueándolo le preguntaba:

-¿Por qué llora mi niño? ¿qué le pasa a mi cielo? Juan ¿por qué llora Luisito?

Y Juan, muy nervioso por el llanto del niño y por el mal rato que estaba pasando su mujer, le dijo, pensando que así zanjaba el asunto:

-Cosas de críos, Ana.; de verdad que no le pasa nada, es que jugaba con una maraña de esa lana con la que tú haces las chaquetitas de punto y yo se la he quitado...

-Pero ¿por qué lo has hecho si estaba el alma mía distraído?

-Porque... porque... -y aquí Juan se puso rojo hasta la raíz del cabello, consciente de que se estaba inventando una mentira- porque podría llevársela a la boca y..., acuérdate lo que pasamos cuando le dio por chupar y tragar aquellos flecos del mantón de lana de tu madre...

-¡Quita! ¡Quita! Entonces era muy chico.; pero vamos a ver ¿dónde está lo que le has quitado?

-El gesto que hizo Juan descubrió el escondite y ella se creció:

-¿A que te lo has llevado a alguna jaula..? Juan, que te conozco... ¡parece mentira que le hagas llorar a un hijo tuyo por ayudar a un pájaro! ¿A que estoy en lo cierto?, y si no es así, preséntame la lanita rosa para que siga el chiquillo jugando con ella... -y diciendo esto se dirigía a la habitación de los trastos donde Juan tenía sus quince jaulas.

El iba detrás. Los pajarillos seguían alborotando pero al entrar Ana hicieron un silencio absoluto; el canario viejo al que Juan llamaba Pirrín, saltó desde el palito donde se estaba columpiando y se acomodó en un rincón; el jilguero cortó su canto y un temblorcillo de su garganta le batía las plumas.

Ana lo desafió con la mirada; en una de las jaulas destinadas para anidar, se distinguía entre los barrotes la marañita de lana rosa, como una flor.

Y Ana no habló; ni entonces, ni en todo el día con su noche; y Juan pensaba:

-Algún día arreglaremos estas diferencias.

Y Luisito al día siguiente, cuando Juan volvió del trabajo arregló la situación;

Juan, además del cansancio traía una inquietud que ya le era familiar; el recibimiento que le hiciera Ana; ésta, como siempre salvo raras excepciones, le tenía preparado el café calentito y los dos estaban atentos al pequeño que jugaba en el corredor. Luisito era un niño que apenas daba trabajo, sólo el natural que proporciona la edad; se distraía con un papel, con unas sonajas, o con un muñeco. Ese día, mientras los padres merendaban, el pequeño se movía mucho dentro del cochecito y Ana se alarmó:

-¿Qué te pasa, gloria mía? -le dijo, dejando la taza en la mesa y acercándose al él; pero ¡oh! Luisito con la mano apartaba y con la misma mano indicaba que se acercara el padre.

Y allí estaba el padre con las alas en los pies:

-¿Qué quieres?

El niño agitó el sonajero y con una claridad en su gesto le indicó que lo llevara a ver los pájaros.

¿Cómo no se desmayó de gusto, el padre?

¿Cómo no palideció la madre de sofoco?

Juan llevó el cochecito al sitio de las jaulas y los pájaros se volvieron locos de alegría, saltaban, cantaban y se bañaban; Luisito agitaba el sonajero; a Juan le brillaban los ojos con una luz nueva de felicidad y Ana, semeando su cara una amapola, se hacía y deshacía nudos en el delantal.

El espectáculo, por nuevo en el hogar, fue apoteósico. Y Juan —¡lo que quería a su mujer!— se volvió disculpándose para decirle:

-Perdona esta algarabía, Ana, que yo sé cuanto sufres de cabeza...

-Mucho, Juan, parece que me dan martillazos en ella -y después de unos segundos, añadió: -Por eso me molesta tantísimo que canten porque no los resisto; yo quisiera darte gusto en esto y cuidar de ellos, y limpiar las jaulas y el suelo que lo ponen perdido porque salpican la comida y el agua...

-Si yo sé lo que te pasa, Ana, pero a mí los pájaros me dan vida; disfruto viéndolos y más escuchándolos...; tú sabes que cuando salimos al campo parece que me hipnotizan los que vuelan entre los árboles; y si voy por la calle, lo mismo que tú te paras para ver un escaparate, yo me embobo si veo una jaula en un balcón, o en una ventana, o en el puesto de verduras de ahí al lado...; tú sabes que la mejor música para mí es la de ellos y hoy más porque Luisito los acompaña con las sonajas...

¡Qué tarde tan bonita y cómo disfrutó Juan enseñándole al hijo a limpiar las jaulas, hasta que se atrevió a meter un dedito para tocar al viejo canario Pirrín, que pareció entender la lección de amor!

Pero no todos los días fueron iguales de buenos, porque a partir de entonces las cosas empeoraron para Ana, pues si antes las avecillas sólo cantaban cuando Juan permanecía en la casa, ahora lo hacían al sentir sonar el sonajero de Luisito, que además imponía su deseo de estar con los pájaros.

A Ana le podía estallar la cabeza y pensó muchas veces cosas disparatadas para alejar los pájaros de la casa, porque estaba harta de tener que encerrarse en la alcoba, abandonando los quehaceres domésticos cada vez que el jilguero se entusiasmaba.

-Es por el embarazo, mujer, por lo que estás peor, cuando nazca el niño te volverá la calma, ¿o le escondemos a Luisito el sonajero?

Ana no se calmaba. Los hijos mayores no comprendían que los padres que antas muestras daban de quererse fuesen tan intransigentes.

-Mamá podría ponerse tapones en los oídos, al fin y al cabo a ella los pájaros no le dan trabajo, papá lo hace todo...

-Sí, pero papá, sabiendo que a mamá le ponen mala, podría suprimirlos, que sólo son un capricho.

Ni Ana se ponía tapones ni Juan abandonaba su "capricho", pero consiguió que callaran cuando él decía: -"¡Silencio!", claro que el silencio duraba poco; al ratito comenzaban de nuevo; los niños, hasta Luisito, acostumbrados, ya no se daban cuenta, sólo cuando Ana, exasperada, llevándose las manos a la cabeza, decía con verdadero rencor:

-Como no se los lleve de aquí los mataré...

Y a pesar de las amenazas, aquel mundo de alegres prisioneros seguía viviendo y multiplicándose.

-Como nosotros, Ana, igual que nosotros, el otro día Gorito la emprendió con su pareja, la persiguió alrededor de la jaula y no la dejaba tranquila; pensé que tal vez tuviera que separarlos, pero me dije: Igual que nosotros, yo te martirizo a ti teniéndolos a ellos y tú me crucificas a mí porque no los quieres, y por eso, ¿tendríamos que separarnos para estar en paz?

-Tendríamos, Juan, tendríamos que estar cada uno por su lado.

-¿Lo crees de verdad, Ana? Yo no podría vivir sin ti...

Sonrió ella y no habló.

-¿De verdad lo crees? ¿Podrías tú vivir sin mí?...

Ana se acercó, lo abarcó por la cintura, apoyó la cabeza en su pecho... y tampoco habló.

La escena se desarrolló en la cocina y hasta allí llegaron, como estallido triunfal, los trinos de los canarios, del verdón y del jilguero; la orquesta guardaba silencio mientras los esposos dialogaron y cuando Ana se refugió en los brazos de Juan, los pájaros supieron que eran felices y entonaron una acción de gracias.

Ana apretaba la cabeza sobre el corazón de Juan.

—O—

Los niños crecían; los pájaros se multiplicaban; las diferencias en el matrimonio se agrandaban y por fin nació el cuarto hijo: una niña preciosa, recibida con todo cariño; y curiosamente cada hermano la obsequió con un regalo: Juanito con una flor:

-Toma, tan bonita como tú.

Anita le regaló unos patines confeccionados por ella misma en secreto para sorprender a la madre:

-Para que no pases frío.

Faltaba Luisito.

-¡Buscar al niño no sea que esté haciendo una diablura!

Pero Luisito, que ya andaba solo sin tambalearse, había visto el acto de la ofrenda fraternal desde la puerta de la alcoba y deseaba recibir también los elogios que le dieron a sus hermanos; por eso se retiró y buscó ayuda en el padre buscándolo en el trastero; al llegar él, salía precipitadamente Juan para atender la llamada del teléfono.

-Luisito —le dijo al verlo— espérame aquí que me vas a ayudar a darles de comer.

Luisito entró y los pájaros arreciaron sus trinos.

Sobre la mesa había quedado el verdón en su jaula preparada para ser colgada de nuevo; Luisito, entusiasmado, se empinó hasta conseguir alcanzarla y tirar de ella; el pájaro aleteó convulso y los demás callaron y también aletearon asustados; el que no sentía miedo era el niño, aunque al tirar de la jaula se volcó el bebedero sobre su pecho y una rociada de alpiste se esparció por el suelo; el chiquillo no se arredró y atravesó las habitaciones que llevaban al dormitorio grande, llevando la jaula arrastrando, en posturas difíciles y delicadas para el animalito que no encontraba seguridad.

Y entró en el cuarto decidido a entregar su ofrenda y recibir los plácemes de todos: la tomó del suelo y la lanzó con increíble fuerza contra la hermanita acunada en los brazos maternos con la flor y los patines. Ana lanzó un grito y escudó a la niña con una almohada.

Acudió Juan.

El momento fue difícil para todos, considerando que la jaula como proyectil habría podido herir al bebé, que en la colcha, además de agua y alpiste, aparecían plumas amarillas, verdosas y grises desprendidas del verdón, que Luisito reía aplaudiéndose por su hazaña, que Ana se quejaba diciendo:

-¡Los dichosos pájaros!

Que Anita fue a buscar azahar, que Juanito cogió la jaula y la llevó al trastero, que la abuela también se quejaba:

-¡Estos pájaros nos van a dar un disgusto!...

Que Juan, naturalmente, a pesar de su paciencia se exaltó con las palabras de su suegra y también se quejó:

-Los pájaros no hacen nada malo..., la jaula no se vino sola..., aquí la cosa está en no haber tenido cuidado con Luisito.

-¡Jesús que hombre, hija mía, ya tienes mérito aguantándolo, que eres una mártir de sus caprichos!

Anita tomó partido:

-Peor serían otros caprichos, porque mi padre ni fuma, ni bebe y siempre está pendiente de nosotros.

Le dio a beber azahar a la madre, quitó las plumas de encima de la cama y se llevó a Luisito que aún palmoteaba sin comprender qué estaba ocurriendo; después guardó las plumitas en su neceser y limpió el suelo sucio de agua y alpiste.

Su padre estaba en el trastero; le oía hablar al pájaro:

-¿Te asustaste?, pero Luisito es un niño bueno y os quiere a todos mucho.

El verdón contestaba con un amargo trino.

Ana entró; los pájaros estaban quietos y callados; terminaba Juan de arreglar el hogar y se dirigió a los otros: -¿Qué os pasa? ¡Ea, ya estáis juntos, como siempre!

Antes de que Juan terminara de hablar, todas aquellas mágicas gargantas estallaron en un himno de agradecimiento.

-Esto ya está arreglado —dijo Juan, a su hija— ahora toca el otro arreglo con la agravante de que interviene la abuela.

Y los dos rieron en complicidad, mientras cerraban la puerta para amortiguar el canto clamoroso de las avecillas que seguían celebrando la vuelta del verdón.

—O—

Seguía la vida.

No se marchitaba el mutuo amor de Ana y Juan, a pesar de los apuros económicos que nunca faltaron, aún con la carga de unos hijos que siempre fueron deseados y por encima de contratiempos, luchas y sinsabores, el amor se apretaba cada vez más.

Y llegaron las primeras canas y las primeras arrugas. Que Juan iba perdiendo poco a poco aquel garbo al andar que tanto cautivara a Ana; y que ella perdía lozanía y entereza, lo que nunca perdió fue la intolerancia y antipatía que le producían los cantos de los pájaros, y los hijos seguían sin comprender que queriéndose tanto discutieran siempre por el mismo motivo.

Una tarde entró en la casa Anita muy contenta y preguntó que donde estaba su padre.

-Con los canarios está ¿dónde quieres que esté? -y había un tonillo despreciativo en su voz.

Anita fue al trastero.

-Papá te traigo unos versos que he copiado de un libro del poeta Antonio Murciano; habla de canarios, escucha: -y Anita leyó:

Limón de Dios
que me embriagas
con el zumo de oro
de tu garganta.

-¿Te gusta? No me dio tiempo a copiarlo entero pero mañana lo tendrás.

-Limón de Dios, -repetía Juan varias veces en la jaula del viejo Pirrín...

Anita y Juan sabían paladear el "zumo de oro" de aquellas gargantas.

—O—

A Juan le gustaba hablar de sus pájaros con los amigos:

-... saben cuando me despierto por las mañanas y desde el trastero me dan los buenos días, y eso que tengo la costumbre de vestirme sin hacer ruido, pero en abriendo los ojos, sin haber salido todavía de la cama, empiezan a cantarme y mientras esté en la casa no cierran el pico; sólo callan cuando estoy fuera en el trabajo o de paseo con mis hijos o mis amigos; hablo con ellos y me entienden; los mando callar y callan unos minutos hasta que sienten, o huelen, o adivinan que entra en la casa uno de mis hijos y vuelve la algarabía sobre todo si el que entra es Anita o Luis que son los preferidos.

-¿Y cuándo es tu mujer?

-Cuando ella sale —sale poco— pero cuando sale, parece la casa en fiesta; a la vuelta, sólo con poner el pie en el primer peldaño de la escalera, se quedan tan callados que parece que hay un duelo en la casa.

-¿Cómo lo saben?

-¡Un misterio! Ya digo, o huelen, o adivinan...

—O—

A Ana las cosas le iban a peor, porque Juan compró una televisión "para distraer a mi reina" y la colocaron en la sala de estar, aquella que sirvió de comedor, cerca de la cocina y del pasillo, donde en tiempos Ana esperaba la llegada de Juan con un café calentito y recién hecho.

-Siéntate, mujer, y lo tomamos juntos.

-Tengo mucha ropa que planchar -y se sentaba al filito del asiento, siempre estaba agobiada de trabajo y tras encargar a Juan algunas "chapuzas", continuaba sus quehaceres.

Siempre limpia y complaciente.

-¡Mi reina! —se entusiasmaba él— ¡Qué suerte la de mis hijos haber nacido de tu vientre!

Aquellos tiempos habían pasado y les gustaban recordarlos con alegría; y es que la alegría no les faltó nunca en el hogar; ni aún cuando escaseaba el turrón de las Navidades y los Magos se olvidaban de los zapatos que esperaron en vano en los balcones; todos fueron sanos, todos avispados y todos se querían; lo demás, turrón, juguetes y galas vendrían en otra ocasión.

La ocasión estaba llegando. Ana trabajaba menos porque en la casa cada uno era responsable del orden establecido. Los pájaros seguían sus leyes de amor: celebrar la permanencia de Juan y los hijos con trinos y aleteos y callar cuando Ana quedaba sola.

-¡Reina mía! —entró jubiloso Juan acompañado con el portador del aparato de televisión— ¡Por fin, la tenemos!.

Ella indicó el sitio y varió la posición del sofá y las butacas; desde entonces fueron todos más felices, o creían serlo, porque al abrir el aparato se creían en un mundo de ilusión.

Pero..., al abrir el aparato, sólo con eso, sin voz ni música, ya entonaban las avecillas sus cantares y los dolores de Ana crecieron con fuerza.

Se quejaba.

Decía Juan.

-Es la antipatía que les tienes; piensa, Ana, que son criaturas de Dios y que sus cantos son alabanzas al Creador... Pero, Ana, si desde aquí no se oyen estando abierto el televisor...; pero vamos a ver, reina mía, ¿tú cortarías las risas de un niño?, pues sus trinos son risas y palabras y tú tienes dolores de cabeza aunque los pájaros estén callados.

-Pero están ahí, yo sé que están ahí...

-¿Ves?, les tienes antipatía; lo tuyo es nervioso.

-Es que tú estás pendiente de ellos.

-Y de ti y de los niños...

-¿De mí? Un poquito menos.

-No me vengas a estas alturas con celos de los pájaros.

-¿Celos yo? ¿Vas a compararme con los pájaros?

-De ninguna manera, reina mía, porque nadie ni nada puede compararse contigo.

La oportuna caricia la calmaba un poco; parecidos diálogos se sucedían con frecuencia sin que amenguara la paciencia de Juan que cada día estaba más encariñado con "los hermanos pájaros" y con su familia.

-Hermano pájaro decía San Francisco de Asís; muchas veces hemos hablado del santo ¿recuerdas?

Ella era terca y él tozudo.

-La han visto médicos de todas clases —hablaba consigo mismo buscándose un achaque— y no le encuentran nada, sólo esa manía que nos amarga a los dos, y ¡podíamos ser enteramente felices, los más felices del mundo!

—O—

Una noche, en las primeras horas, estaba toda la familia distraída viendo la televisión.

Juan, junto a Ana, con las manos cogidas como acostumbraban cuando estaban cerca uno del otro; los pájaros en el trastero parecían disfrutar del deleite familiar cantando con más fuerza, con un brío nuevo, queriendo sobresalir sobre la música del aparato, como una dulce desesperación. Juan le apretaba la mano y le hizo un gesto queriendo disculpar el alboroto de los cantores; ella, bajó la cabeza y con otro gesto de conformismo pareció decir: -“¿Qué remedio me queda?”.

Pero en aquel momento la mano de Juan se aflojó inerte y un débil ronquido abatió su cabeza.

-¡¡Juan...!! Se oyó el desgarrado grito de Ana.

Y se oyó también el silencio de los pájaros.

—O—

Un silencio enorme; una quietud en las jaulas cual si estuvieran vacías.

Anita los cuidaba con el mismo amor que lo hiciera su padre, les hablaba igualmente y ellos no hacían entretanto movimiento alguno.

-No has probado la comida, Pirrín...

Luisito, recordando cómo se alegraban, cuando él, de pequeño les batía el sonajero, lo encontró un día y como entonces, lo hizo sonar; ahora se quedan quietos, como si fueran sordos y tienen los ojos inmóviles como dos alfileres de cabeza negra y redonda.

-Tampoco has comido hoy...

En la jaula de la canaria, a la que llamaban Lola, continuaban abandonados dos huevos; ella estaba quieta mirando a la contigua, a la del compañero Pirrín.

-¿Tampoco comes tú, Lola? Desde que se fue él estáis como nosotros, ahogados en tristeza...

Se comentaba la actitud de los pájaros y todos coincidían en que no querer ni comer, ni cantar era síntoma de dolor.

-Son como de la familia.

Habían pasado varios días desde la muerte de Juan; Anita demostraba una gran entereza y procuraba evitar a su madre trabajos y preocupaciones.

La tarde que acompañada de Luisito fue al trastero para arreglar las jaulas, encontró a Lola junto al bebedor con las patitas estiradas y la cabecita doblada; desde su jaula Pirrín la contemplaba. Anita no pudo reprimir unas lágrimas.

-Mamá, los pájaros se están muriendo de pena; hoy, la Lola, dentro de poco será Pirrín y el jilguero que también ha dejado de comer. Mamá, los pájaros ya no cantan a ninguna hora...; mamá, me da pena que estén en el trastero; papá deseó siempre tenerlos en el corredor, para estar con nosotros; mamá, que no es disparate pensar que forman parte de la familia...

Pirrín, Lola y el jilguero no pudieron gozar en el corredor de la compañía de la familia; sus pequeños cuerpos fueron mezclados con las raíces de los geranios que en una maceta adornaban el balcón.

Ana soportaba el traslado y hasta miraba agradecida a los animalitos. Pasaban ya muchos meses desde la muerte de Juan y si Ana le dolía la cabeza no se quejaba.

Ni un solo día dejó de preparar el café "calentito y recién hecho", a la misma hora que acostumbraba Juan tomarlo a la salida de su trabajo, y que ella lo esperaba con ilusiones de novia, "Mi reina —le solía decir

mientras la abrazaba; los abrazos de Juan, tiernos y apretados, que le hacían sentir su corazón, como si fuera el suyo propio sorprendido en una carrera— no debes subir la escalera corriendo”. -“¿Y cómo no voy a correr si me espera mi reina”- contestaba zalamero. Nunca debió quejarse de los pájaros y él hubiera sido más dichoso teniéndolos cerquita en el corredor, en familia. Pero fue superior a sus fuerzas, cuando los trinos de todos a la vez le punzaban el cerebro; por ellos sabía cuando llegaba Juan, no siempre a la misma hora exacta, porque alguien los entretenía por el camino o salía unos minutos más tarde del trabajo. “Hoy está tardando un poquito”, se decía intranquila por temor a que se enfriara el café; de pronto, llegaban los cantos de los pájaros desde el trastero, cuando Juan aún no había llegado a la puerta; enseguida podían sentirse las zancadas subiendo de dos en dos los peldaños de la escalera y por último el llavín y sus pasos por el corredor.

¿Cómo hubiera disfrutado teniéndolos donde ahora estaban, donde siempre quiso él que estuvieran! Allí, colocados en familia, y sin embargo no cantaban, aunque desde entonces comenzaron a beber y comer. A Ana no le importaría que cantasen, aguantaría sin quejarse el dolor de cabeza por tal de parecerle sentir la presencia de Juan.

-¿Te molestan? ¿Te duele mucho, reina? -le preguntaría preocupado.

-Un poquito nada más.

Le parecía escucharle:

-Pirrín, Cuca ¿cómo van esos amores? ¡Lola, Lola que eres muy traviesa...

Algunas veces, cuando ella se quejaba y le decía que eso de hablarle a los pájaros como si fueran personas...

-¿Es que tienes celos de los pájaros?

-¿Celos yo?

Pues sí, algo había de eso, lo reconoce ahora que todo ha pasado, ahora que las prodigiosas gargantas callan porque están de luto, ahora

que no sabe comunicarse con ellos porque nunca los quiso. Ahora... ¡qué tarde!

Comentaban los que frecuentaban la casa, ¿de verdad que no han cantado todavía desde aquella noche?; parece increíble que unos animalitos sientan tanto cariño por una persona...

-Ya murió otro canario...; se mueren de tristeza...

"Se mueren de tristeza", también lo pensaba ella y sin embargo estaba viva... ¿vas a comparar? vivimos con su recuerdo y está presente aquí... ¿lo querían los pájaros más que yo? ¿voy a comparar? ¡Si se pudiera volver atrás para hacerlos todo mejor!

Los pájaros iban recobrando ánimos y se movían en manifestaciones de agradecimiento, las plumas se volvían lustrosas y las pechugitas abultadas, debido al ambiente familiar.

Y no cantaban.

Todos pensaban que el silencio podría ser por tener enferma la garganta: -Se mueven pero no están alegres.

Y fueron pasando los meses; ya quedaban pocos para el aniversario de Juan y todo al parecer continuaba igual: el trabajo de los hijos, el cuidado de la madre, la salud de la misma que no le habían vuelto los dolores de cabeza y el silencio de los pájaros.

Ana hubiera querido sentirlos cantar.

Anita los incitaba con palabras amables.

Juanito y los demás esperaban impacientes los trinos tan deliciosos.

-No me encuentro bien, Anita, estoy mareada...

Anita llamó a su hermano y ambos decidieron trasladar a la madre al hospital.

Lo de Ana fue muy rápido.

Los hijos la acompañaron hasta que todo terminó: Ana y Juan ya estaban juntos.

Cuando Anita y sus hermanos volvieron a la casa, ya subiendo la escalera les sorprendió la música de una divina orquesta: todos los pájaros cantaban jubilosos.

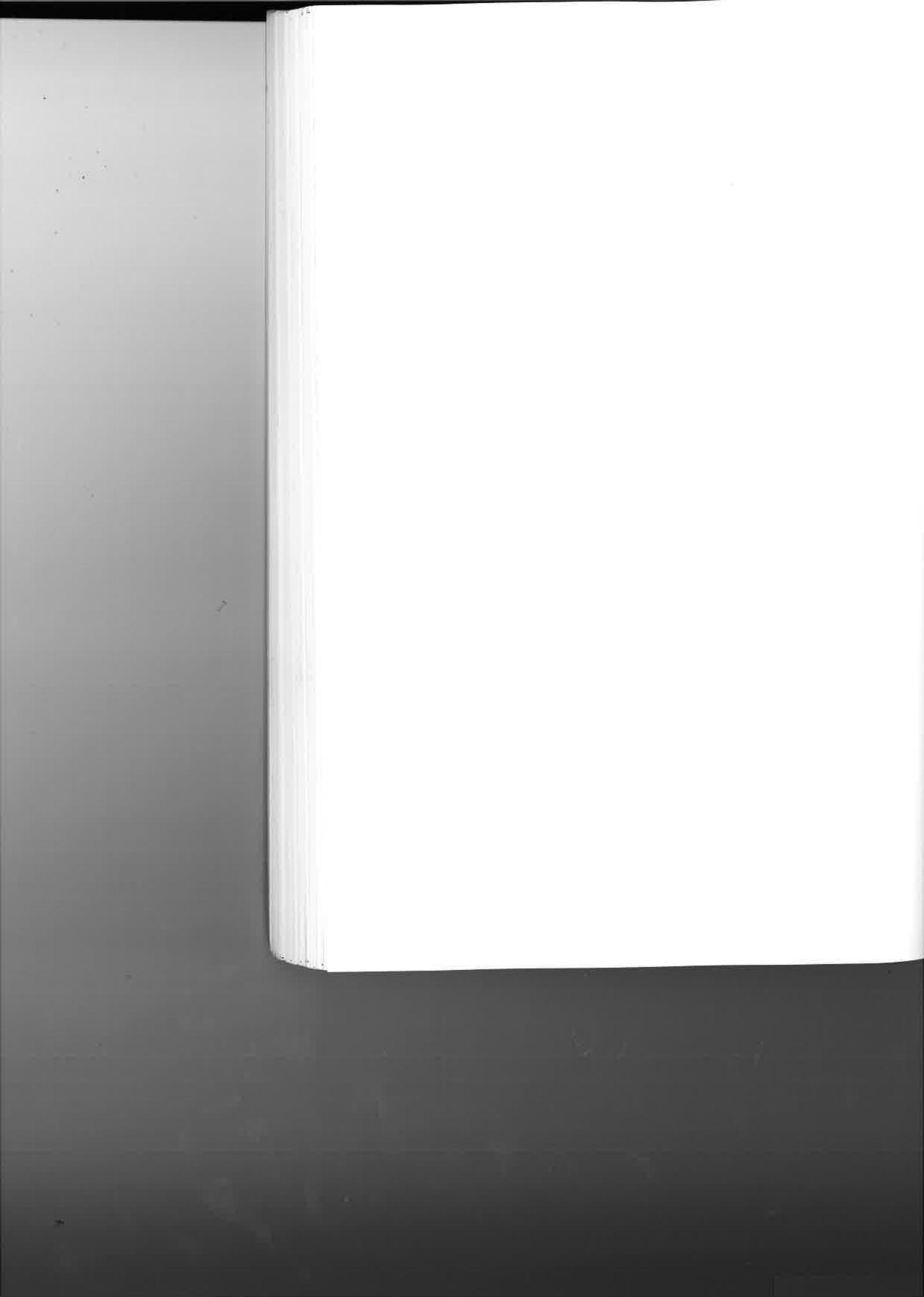
-Es que saben que papá y mamá están juntos otra vez y por ellos cantan.

¿Cómo sabían los pájaros que Juan y Ana eran felices de nuevo?

Paula Contreras
Puerto Real, a Junio de 1.994.

LA VIUDA DEL CURRO

A mi amiga Agustina Valle.



Todos la llamaban la viuda del Curro, pero su nombre de pila era Rosario.

Se casó cuando aún no había cumplido los diez y seis años y eso dio lugar a chismes y habladurías, porque ¿qué necesidad tenía aquella niña de casarse tan pronto, o acaso fuese una verdadera necesidad? El Curro y Rosario sí sabían por qué: que no podían pasar el uno sin la otra, ni la otra sin el uno; que esperar a tener edad conveniente para casarse era un martirio que no estaban dispuestos a padecer; por eso, como Rosario era huérfana desde su cercana infancia y vivía acogida por unos parientes escasos de dinero y abundantes en hijos - 14 - que le trataron como hija, con los que compartió el hambre y el trabajo, cuando el Curro le dijo «¡que bonitos ojos tienes!» los abrió más, ilusionada por aquel jastialón que le prometía un enlace rápido ya que él, también huérfano y sin hermano, contaba con unas tierrecitas que le proporcionaban un buen pasar.

A Rosario no le imponía su oscuro porvenir porque contaba, según su expresión «que con la ayuda de Dios nunca me va a faltar».

Rosario no pensó en el bienestar económico, porque solo vio en el Curro su apostura y su mirada; ni siquiera se había dado cuenta, en

un principio, del color de sus ojos que eran de un azul intenso, contrastando, según ella también, con el negrísimo de sus ensortijados cabellos « a los ojos azules corresponde un pelo color de paja».

Pues el Curro además del «buen pasar» y de su apostura, tenía labia, gracia, simpatía y un «no se que», que a ella le hacía temblar todo el cuerpo cuando lo tenía cerca.

- Cuando él está trabajando en el campo yo no tengo tino y solo estoy pendiente por donde va el sol para contar las horas que faltan para vernos...

- Esas cosas no debes decirlas en voz alta porque una mocita tiene que mirar mucho por su reputación - le aconsejaba su tía.

Pero Rosario no sabía ni quería ocultar sus sentimientos.

- Esta noche, prima Salud, no puedo dormir - le habló.

Las dos compartían catre y confianzas y estaban siempre tan rendidas por el rudo trabajo que se dormían enseguida.

- Yo caigo en la cama como un tronco - decía Salud

- Y yo..., pero... - le apretó una mano y siguió hablando muy bajito para que no se enteraran las niñas que dormían en el mismo cuarto: - Hoy me ha dado Curro un beso muy largo, muy largo...

Salud se incorporó: - ¡Cómo! ¡Cuéntame, cuéntame...!

Y Rosario contaba con detalle y sin poder explicarle a su prima por qué seguía sintiendo el contacto de sus labios como si estuviera recorriendo, en aquel momento, todo su cuerpo.

Salud fue su confidente hasta el día en que se trató en familia el casamiento de Rosario y Curro. Aquello fue un bombazo para todos.

- ... que por los menos cumpla los diez y siete años proponían los tíos.

- ¿Y por qué esperar tanto? Curro no tiene a nadie y yo...

- ¡Nos tienes a nosotros!—exclamó, ofendida su tía— No tendrás queja del trato que te hemos dado...; yo no he hecho distinciones entre tú y los hijos de mis entrañas...

- No es eso, tita, compréndeme, he querido decir que yo estoy libre...

- De hacer lo que quieras -la tía, más enfadada, continuó:

- Tú eres libre, nosotros no te sujetamos, así que —y al llegar aquí, cambió el tono dolorido de su voz por otro mordaz— si tienes necesidad de casarte, ahora mismo preparamos los papeles...

Rosario no hizo por deshacer las sospechas de su tía porque ella seguía mocita y pura como una recién nacida.

- ... lo que pasa, prima Salud, tú lo sabes; que no puedo ni dormir ni estar despierta porque solo pienso en él; que la comida, sin él al lado no me alimenta; ni el agua me quita la sed, si él no me lo da...

Rosario, casi una niña y Curro, un real mozo, se unieron felices sin importarles las habladurías de las envidiosas.

A los dos años de mutua felicidad, tuvieron el anuncio de un nuevo ser que vendría a aumentar el fuego amoroso de aquel nido.

Poco tiempo vivió Currito. Apenas unos meses de existencia voló al cielo, enturbiando la dicha, hasta entonces limpia, de los padres que por esta causa se unieron aun más.

En vano esperaron otros hijos; y esta espera, siempre renovada, apretaban aun más los lazos anudándolos con mayor fuerza.

El Curro entregado a sus labores y Rosario dedicada al hogar y a su hombre; la limpieza y el orden eran sagrados; las golosinas de cocina, eran sagradas; las manifestaciones de cariño, eran sagradas; que Curro llegaba al atardecer del campo, sudoroso o embarrado, Rosario se le acercaba para aspirar su olor: tabaco, tierra, estiércol,

sudor; olía a su hombre y lo besaba con el mismo deleite de siempre, porque por el amor no pasaban los años borrando afectos, sino acrecentándolos.

Cuando Rosario quedó sola creyó morir también.

La viuda del Curro empezaron a llamarla. No quiso compañía de los parientes que se ofrecieron generosos. No quiso, como otras viudas, frecuentar visitas, ni consolarse con la religión; la viuda del Curro seguía en su casa, que era su templo, su iglesia, cuidando de ella como si de un momento a otro pudiera aparecer su Curro; las amistades desaparecieron y los familiares apenas la visitaban. Ella continuaba en su voluntario abandono hasta que un día, unas de las primas entró en la casa dispuesta a conseguir que Rosario volviera a sentir gusto por la vida.

- ... porque así no puedes seguir, prima Rosario...; al Curro no lo vas a resucitar por mucho que llores...; bien es verdad y en esto estoy contigo, que un cariño como el vuestro no lo corta ni la Muerte; pero tú sigues viva y me parece a mí que tienes muchas obligaciones que cumplir con el difunto...

- ¿Qué estás diciendo? - pareció picada por un mal bicho.

- Digo, que con dejar de comer y no cuidar de tu persona, ni siquiera del gato...

- Gata, -corrigió con voz apagada.

- Gato o gata, da igual...; lo que te digo, Rosario, es que si el Curro apareciera por esa puerta, su volvería a morir nada más verte, porque, Rosario de mi alma, que hasta parece que estás comida de piojos... ¿desde cuando no te peinas? ¿desde cuando no coges la escoba y das un barridito a la casa que a este paso parecerá una cuadra...? ¡Y no me vengas con más llantos que no eres la primera mujer a la que se le muere el marido...; ven aquí... - casi la arrastró hasta ponerla delante del espejo - ¡Mírate...!

Rosario se tapó la cara con el delantal y se derrumbó en el cercano sillón.

- Mira, prima, tu deber está en honrar su memoria; en guardarle su buen nombre; en pedirle a Dios por su alma y en vivir como si él siguiera a tu lado...

La dejó sentada y entró en la cocina, ¡qué desastre de cocina! ¡cuánta cochambre! En unos minutos preparo -con un huevo, azúcar y vino- un «consuelito» y la obligó a tomárselo.

- ¿Desde cuando no comes como Dios manda? Milagrosamente encontré ese huevo...; en la repisa tienes tres tabletas de chocolate y una caja con café molido...; y ten por seguro que vendré todos los días y sin interés ninguno, porque gracias a Dios, a mis hijos no les falta el pan y ni su padre ni yo queremos nada de nadie...; que si me meto en tu vida es porque te tengo ley por lo bien que te has portado con mi primo Curro...

La prima era enérgica y tenaz. Gracias a ella, Rosario fue volviendo a la normalidad dentro de unas limitaciones: ni visiteos, ni beaterías; de esto, lo justo: misas de precepto y cumplimientos pascuales.

¿Qué ocupaciones le quedaban? Según la prima Mercedes, pensar en el Curro; ¡ah, y cuidar de la gata que fue un capricho de él!

Día memorable el de la llegada del animal a la casa.

Hacia poco tiempo que el galgo que le acompañaba en las cacerías, había muerto de viejo; en sus últimos días fue «un calvario» cuidar del galgo ¡venga cagaderas y vomitonas!; se hartó Rosario del galgo Pino y Curro le prometió que no volvería a entrar ninguno más en la casa.

- ... además, a mí se me va pasando el gusto por la cacería... - había dicho él.

Ella lo había notado; ¿cómo se le podía escapar la mínima cosa, el leve gesto, el lento paso de su Curro?; cuando volvían, el perro y él, parecían calcados uno del otro; al Pino le faltaba tiempo para tenderse en el suelo sin ni siquiera arrimarse al sitio de su comida; el Curro disimulaba un poco, pero enseguida se regodeaba en su buen sillón de brazos, cubierto de blanca zalea en invierno y de finos pañitos de primorosos encajes de ganchillo, en los tiempos cálidos.

Se apresuraba a preguntarle:

- ¿Estás cansado?

- Yo no me canso nunca; lo que pasa que este sillón es muy comprometedor...

- ¿Te traigo el «consuelito»? - y antes de que él respondiera, ella desaparecía y al minuto estaba de vuelta con el vaso del apetitoso refrigerio.

Las cacerías se iban espaciando.

- Es que el Pino se cansa porque ya está viejo...; de hoy a un mes cumplirá catorce años.

- Nos estamos volviendo viejos los tres, Curro...

- ¿Quién dice que somos viejos? Yo tengo diez años más que tú y estoy en lo mejor de la vida y tú..., tú estás igual que cuando yo corté tu flor...

En verdad que continuaban enamorados y con las mismas ilusiones juveniles porque el tiempo para ellos no pasaba, eso solo le ocurría al galgo Pino que apenas podía moverse y que los miraba como pidiéndoles perdón por ocasionar tanto trastornos. El día que murió el animal, fue de duelo para el matrimonio; entre los dos envolvieron su cuerpo en unos viejos lienzos y lo enterraron en el rincón terrizo, que en tiempos sirvió de muladar, allá en los corrales.

- Rosario ¿le plantarás geráneos?

- Y rosales también.

Aquella noche, al rezar ella en voz alta, dijo;

- ¿Será pecado rezar por los animales difuntos?

El contestó con otra pregunta:

- ¿Rezar es malo alguna vez?

- ¡Nunca! - contestó muy convencida.

- ¡Pues entonces recemos para que Dios le tenga al Pino un buen sitio en la gloria de los galgos, porque él fue un gran cazador...!

Aquella noche no hablaron más y como siempre quedaron dormidos abrazados.

Y aunque el Curro con los años se había vuelto comodón y por tal de no tener que cuidar unos mulos, suprimió su cuadra y alquilaba animales y enseres para el laboreo de sus tierras, no se encontraba muy satisfecho de «señorito», como él decía, y viviendo en «casa de señores», pero disfrutaba sacrificando sus gustos por su Rosario que era más amiga de los primores de cocina y de aguja, que de los animales de corral y por eso también le dijo «adiós» a las cabras, a los cerdos y a las gallinas.

- Como que mi casa, con tantas flores y tantos pañitos, parece por dentro un chalé.

A la falta de Pino le ofrecieron los amigos en varias ocasiones, cachorros de raza, pero ni él ni ella querían encariñarse con los animales porque dan mucha pena cuando desaparecen.

¿Cómo llegó la gata Mimosa a formar parte de la familia?

Fue cuando ya el Curro salía poco de casa por mor de la asfixia que le entraba al cansarse; había acudido al médico y este le recomendó, además de unas gotas que le darían en la Farmacia, quietud, que no pasara malos ratos y que distanciasen los buenos. Por lo pronto ya no dormían abrazados pero sí con una mano cogida que Rosario le apretaba y que hasta dormida le decía: - ¿Quién te quiere a tí?

Al Curro no le molestaban estas interrupciones en sus descansos y sonreía siempre dando un suspiro de satisfacción.

- Cuando suspiras - había dicho una vez ella - pareces un gato ronroneando...

Al aparecer la gata Mimosa a formar parte de la familia, llevaba ya tres días en lo alto de la barda del patinillo maullando de vez en

cuando. Rosario no lo advertía, pero él, que la acompañaba siempre en sus desplazamientos por la casa, se interesó al oír al animal: - ¡Miau...! ¡miau...! ¡miau...!

- ¿Que le pasa a ese gato?

- ¡Qué sé yo...! - contestó ella con marcada indiferencia - Con hoy ya son tres los días que lleva ahí arriba...

- ¡Animalito...! Tendrá hambre.

- Tendrá, - y siempre con la misma indiferencia: - ¡Qué se vaya a su casa y que le echen de comer...!

- ¿Y si no tiene casa? Lo habrán echado a la calle a que se busque la vida.

- Que se la busque...

- ¡Miau! ¡Miau, miau, miau...!

- A mí se me aprieta el corazón escuchándolo que parece que llora...

Rosario soltó en el suelo parte de la tierra con la que iba a llenar un tiesto, y, alarmada se acercó a su Curro.

- ¿Qué dices que te pasa en el corazón, Currillo mío?

- Nada mujer; que me da pena.

- Pues ahora mismo le traigo de comer el pescado que sobró del almuerzo...

Rapidísima fue a la cocina y volvió con pescadito frito dentro de un plato; se lo enseñó al animal que no hizo ningún movimiento para conseguirlo y además maullaba con más fuerza.

- Ese gato no puede bajar la barda porque algo le pasa en las patas - y al decir esto, se levantó de la mecedora con intención de

auxiliar al animal y fue decidido a coger la escalera que Rosario usaba cuando encalaba las paredes.

Ella se le adelantó.

- Yo lo haré, yo lo haré, Curro.

Y lo hizo. Llevó la escalera al filo del muro y subió unos peldaños con el plato.

- ¡Mími, mími, mími...! - lo llamó cariñosa;

El gato no se movió pero la miró fijamente; soltó el plato y subió más peldaños hasta colocarse a su alcance; el gato se dejó coger y cesó de maullar; al pie de la escalera estaba Curro; entre los dos sostenían al gato y al plato de la comida que rápidamente fue consumida; se relamió los bigotes y miró de nuevo a Rosario que le acariciaba una pata.

- La tiene rota...

- Tráeme la cajita de madera de los fósforo, unos trapitos y cinta estrecha, que lo voy a curar.

Como hábil cirujano entablilló y vendó la pata; el gato se dejaba hacer sumiso; Curro continuó con él en brazos y se emocionó cuando sintió sobre su pecho los restregones de la cabeza del animal.

- Es una gata —advirtió al reconocerlo— Nos quedaremos con ella si tú quieres.

- Yo siempre quiero lo que tú desees - contestó mientras lo besaba.

- ¡Ay, Rosarillo, que siempre me saben tus besos a nuevos, como si fueran los primeros...!

La gata ronroneó dando cabezaditas.

- ¿Qué nombre le ponemos?

- La llamaremos Mimosa, como tú eres...

La tarde se iba oscureciendo y todavía estaban en el patinillo cada uno con una labor: la de ella acariciar las plantas y la tierra; la de él pasarle suavemente la mano por el lomo a la gata; y los dos, recordando al galgo Pino enterrado en el rincón donde habían nacido a porfía los más espléndidos y variados rosales y geráneos. El olor del patinillo embriagaba; el aire traía murmullos; la campana de la iglesia llamaba a la oración.

Rosario dijo, terminada su tarea, que lo mejor sería recogerse en la casa porque se podría levantar vientecillo y a él no le haría bien un resfriado; y que «todas las precauciones son pocas».

- Pues escucha Rosario lo que te voy a decir; que me gusta estar delicado porque así no me separo de tí en ningún momento.

- Siempre hemos estado juntos, Curro.

- Pero no tanto como ahora; antes yo me iba al campo a trabajar y tú te quedabas en la casa...

- No siempre, Curro, no siempre; recuerda que algunas veces íbamos los dos de cacería.

Le hizo él un guiño picaresco y dijo;

- Ni una liebre traíamos...

Rieron los dos y fue ella la que comenzó a guiñar con infantil picardía al recordar cada situación.

- ¿Y aquellas temporadas guardando la viña en la choza...? Y las veces que nos hemos quedado solos en la era bajo el sombrero? ¿Y los chapuzones en la laguna Grande sin testigos de vista...? Siempre juntos, siempre...

- ¡Velay, qué desgraciadas son las personas que viven juntas sin quererse!

La primera noche que Mimosa pasó en la casa, durmió en la cocina, ovillada en un rincón sobre unos trapos que hacían las veces

de cojín; pero al siguiente día, Rosario confeccionó uno muy grande.

- Para que se estire bien - había dicho.

De bebedero adaptó una vieja cacerola y le proporcionó un discreto excusado con la tapadera de una caja en la que esparció arena.

Pronto estuvo Mimosa andando con firmeza y agilidad, por lo que Curro le quitó el vendaje y la tablilla; el animal agradeció la acción restregando su lomo por las piernas de su bienhechor, con lo que se ganó aún más el afecto de sus nuevos amos.

- ¿Y quienes fueron los primeros?

- No lo vamos a averiguar porque tendríamos que devolverla... - dijo Curro.

- Pero quedarnos con ella es como un robo.

- Es una obra de caridad ...; nosotros la cuidamos bien y si ella quiere irse...

- ¿Vamos a hacer la prueba?

Y la hicieron con buen resultado. Rosario acercó la escalera a la pared; subió con la gata en los brazos para colocarla encima de la barda, se bajó rápidamente y retiró la escalera...

Y Mimosa decretó: - «¡Allá voy...!» tirándose desde lo alto y corriendo hasta pararse a los pies de Curro, que se agachó a recogerla del suelo y con mucha ternura inspeccionaba la patita, que felizmente no se había resentido del zarpazo.

- La Mimosa se queda para siempre en la casa - y hablándole al animal con voz añorada, que provocó la risa de Rosario, le dijo: - ¡Ay, chiquirritita mía, desde hoy pondremos tu cojinito en nuestra alcoba y dormirás con tus amitos...!

Así fue desde aquel día, pero no hubo que cambiar el cojín de sitio porque Rosario preparó en el acto otro y así Mimosa disponía de

uno para el día en la cocina y otro para la noche en la alcoba de sus amos.

Estos habían encontrado en la gata un entretenimiento y un tema de conversación. Para ellos, en toda la vecindad no existía gata ni gato comparables con Mimosa ¡ella tan lustrosa, tan gordita, tan limpia...!

- Sí, pero mira como te tiene las patas de los sillones de afilarse las uñas...

- ¿Y donde se las va a afilar, Curro?

Curro se reía recordando lo que ella había comentado más de una vez: «Yo no comprendo como tu prima Mercedes cuida de que el gato no le estropee las patas de la mesa y de las sillas de su cocina...»

Estaban acostados y ya tenían las manos enlazadas y a punto de cerrar los ojos cuando Mimosa pareció suspirar y Curro comenzó a reír convulsivamente.

- ¿Qué te pasa, Currito de mi alma? - se alarmó ella sentándose en la cama.

- Que me río... - contestó él.

- ¿Y de qué...?

- Que me acuerdo... - y otro golpe de risa.

- ¿Que te acuerdas de qué? Dímelo que yo también me ría.

- No te vas a reír...; que me acuerdo de los muebles de cocina de la prima Mercedes.

- ¡Vamos! que lo que se critica cae encima, ¿no es eso? Pero no compares tú los gatos de la prima con Mimosa.

- ¡Donde va a parar...!

A cuenta del suspiro de la gata y del recuerdo de las cocinas, se les escapó el sueño y dieron en renovar caricias.

- ¡Curro de mi alma!

- Rosario m'fa, que siempre me parece que estreno mocita...

No fue aquella noche, no. Esa noche la durmieron hasta la madrugada felices y descansados. Los rayos del sol traspasaban las rajitas de la madera de la ventana; un gallo avisaba desde un corral cercano; unos pajarillos se regocijaban en la fronda del naranjo.

Curro y Rosario se besaron nuevamente y ella, fuera ya del lecho, se vistió y después ayudaba a Curro mientras rezaba en voz alta:

¡Bendita la luz del día
Y el señor que nos la envía!
¡Bendito su gran poder
que nos ha dejado amanecer!

- Me tratas como si yo no me pudiera valer... ¡déjame que por lo menos me abroche la camisa mujer! Esto de vestirme tú, es manía, porque te consta que yo todavía sirvo para algo ¿no?

Ella contestó con una sonrisa y un beso; luego le dijo maternalmente:

- No debemos abusar...

Pasaban los días con placidez.

La prima Mercedes los visitaba casi todos las tardes y el primo Isidro entraba un ratito cuando salía del bar.

- ¿Cuándo vas a volver a echar la partidita de dominó?

- No me atrevo porque me irrita mucho cuando pierdo y el médico me dice...

Curro ya, ante la insistencia de Isidro, no hizo caso al médico y al día siguiente fue al bar y aunque no bebió ni siquiera agua, lo pasó entusiasmado con sus compañeros de juego y además ganó la partida o lo dejaron ganar, así que, cuando regresaba a su casa iba hinchado de

satisfacción, porque además, toda persona que encontraba por la calle lo paraba para felicitarlo por tan buena mejoría.

- Entre tus cuidados, los mimos de la gata y lo que la gente me quiere da gusto vivir ¿verdad, Rosarillo? Mira cómo ando, con qué fuerza piso el suelo que parezco un rucho...

- Que eres un rucho, Curro, que parece mentira que te portes como un erío...

- Pero si lo mío son aprensiones...; si lo que yo tengo es una mijita de nada...; ¡y gané la partida de dominó!

- O te dejaron ganar.

- ¡Mujer...! - la expresión de Curro era tan abatida que ella rectificó:

- Quiero decir que lo podían haber hecho para animarte y que fueras más veces a distraerte con ellos.

- Si yo donde estoy a gusto es donde tú estés...

El optimismo de Curro iba aumentando conforme avanzaba la tarde por eso propuso salir un poquito a casa de la prima Mercedes.

- ... eso no me va a dañar...; el médico dijo que convenía distraerme...

Distraídos y contentos estaban todos porque la salud de Curro los había tenido preocupados y ya podían desechar temores.

Al volver encontraron a Mimosa esperándolos detrás de la puerta, que al verlos, comenzó a maullar y a dar vueltas alrededor de Curro.

- Mimosa no te pongas delante que me puedo caer...

La gata no obedecía y Rosario la amenazó; el animal dio una carrera y entró en la alcoba.

Al filo de la cama estaba por el lado que acostumbraba a usar Curro y cuando este se tendió, subió ella maullando de forma extraña.

Entro Rosario en la alcoba con una alegría nueva; su Curro estaba curado; aquello fue una alarma del médico; volverían a vivir de nuevo como dos chiquillos locos y felices.

Si, como dos chiquillos y ya en reposo los sentidos, intentó ella dormir abrazada a su cuerpo.

- Me molesta un poquito tu brazo porque pesa; mejor dame tu mano...

No contaban con Mimosa que se había empeñado en compartir el lecho.

- La gata está molestando mucho, échala a la cocina...

Rosario la tomó en brazos, la arrojó con cuidado al pasillo y cerró la puerta. De vez en cuando se escuchaba un maullido triste, como un gemido.

- Nos va a dar la noche - se quejó ella.

- Nos dormiremos enseguida..., yo tengo mucho sueño..., dame la mano...

Como siempre. Las manos enlazadas ¡que bien!; dormidos ambos; quietos y tranquilos; y sordos, no podían oír los lamentos suavísimos de Mimosa, que en vano arañaba la puerta.

Al amanecer entró el sol en triunfo para iluminar aquel infinito gozo. Rosario despertó; sentía frío; parecía de hielo la mano de su Curro...

La viuda del Curro empezaron a llamarla desde entonces. Su conducta, pasadas las primeras semana de abandono y desconsuelo, que todos en el pueblo encontraron natural porque era notorio el cariño que siempre se habían profesado, fue después cruelmente criticada, al no comprender tal obstinación en permanecer encerrada en su casa pensando en su Curro, su Curro y su Curro; pero ¿acaso es pecado, ni se

ofende la memoria del difunto por pasear, visitar, hacer novenas y tríduos y si encarta estar en una reunión?; estaba sin duda maniática; ¿y cuando pasados los dos años, el secretario del Ayuntamiento, de buen ver, con su paguita, viudo y sin hijo y sabiendo de leyes más que un abogado, quiso casarse con ella? Hubo entonces tema de conversación para todos los gustos, porque se contaba que ella devolvió la carta sin abrir, en la que él se ofrecía «como compañero y protector», con el mismo mandadero. ¿Cómo sabía entonces lo de «compañero y protector»? - ¡misterios!. Ella devolvió la carta según había dicho a la prima Mercedes, porque por palabras oídas al azar barruntaba lo que decía. Ya Mercedes calculó que en aquello figuraba el primo Isidro.

Rosario no alteró en nada su cortesía habitual, correspondiendo con naturalidad a los saludos que el secretario le dirigía al entrar en la iglesia. A la gente le hubiera gustado un nuevo casamiento que por ser entre dos viudos daba ocasión a celebrar una gran cencerrada.

- Primo Isidro, tú encárgate solamente de los arriendos de mis tierras y déjate de componendas que yo estoy muy bien con mis rarezas y manías...; pero explícame qué tiene de raro que yo cuide de unos gatos... otras personas cuidan perros, gallinas, pavos, conejos y toda clase de bichos...

- Si, pero esos bichos, como los llamas, dan dinero.

- Y trabajo también...; yo no necesito trabajar para comer porque mí Curro, y tú sabes mejor que nadie, me dejó bien arropada y si lo que me entretiene es cuidar de unos gatos que me dan compañía y no me ensucian la casa, no le importa a nadie, conque...

- Prima Rosario, que yo no te critico, pero me da pena saber que estás siempre tan sola.

Siempre tan sola, pero no sentía la soledad teniendo, como tenía siempre el espíritu de Curro junto a ella, y si la apuraban mucho podría decir que hasta era dichosa, porque aquel cuidar a los gatos venía de su deseo de agradarle más allá de la Muerte.

A raíz de la desgracia, ella se consideraba como una casa deruida y sin techo, como una choza quemada y esparcida la ceniza.

como una llamada sin contestación, como una sombra espesa sin luz. La prima Mercedes sacudió su soledad: «tienes que vivir como si él siguiera a tu lado...» «no cuidar de tu persona, ni de la casa, ni siquiera del gato...»

- Gata - había rectificado y la buscó con la mirada.

Cuando se marchó prima Mercedes, cerró la puerta y empezó a llamar a Mimosa. No aparecía. Tal vez se escapó. Al Curro le disgustaría que el animal se hubiera ido por no haberlo cuidado. ¡El pobre, sin comida y sin mimos!

La buscó por todos los rincones; miró con ternura los canalillos producidos por sus uñas en las patas de las sillas; sacudió el cojín de la cocina; entró en la alcoba.

Verdaderamente toda la casa estaba sucia. El cojín de Mimosa, vacío; la cama deshecha con el colchón ahuecado por el centro, donde ambos habían dormido; las mismas sábanas sin mudar... No pudo contenerse y se arrojó en el lecho con desesperación renovada.

Alzó la cabeza, ¿qué había sentido? ¿era un maullido?

Mimosa salía de debajo de la cama, arrastrándose sin fuerzas, por el suelo.

- ¡Mimosa, por favor, no te mueras tú también ...!

La acurrucó en sus brazos; besó sus orejitas; le palpó la patita que tuvo rota y lloró dulcemente. La Mimosa estaba a punto de morir de inanición; ella había anunciado aquella noche la muerte de su Curro con sus maullidos. La Mimosa prefería morir a vivir sin su amo..., ¿cuánto tiempo pasó escondida bajo la cama?

Sin soltar a la gata, Rosario preparó una tacita con agua y azúcar; mojó la punta de un pañuelo en el líquido y se lo pasó por el reseco hocico; después le abrió la boca y fue echándole a cucharaditas poquito a poco todo el contenido de la taza y esperó anhelante. La gata no se movía pero pudo advertir en su pancita que el corazón le estaba latiendo acompasado.

La gata fijó sus ojos en ella como aquel primer día, cuando quiso decir que le dolía la patita, ¿qué le decía ahora?

Mimosa vivió gracias a los cuidados de Rosario.

- La quiero como si fuera mi hija.

Desde aquel día todo cambió en la casa.

«... como si el Curro viviera junto a las dos...»

Salió Rosario a la calle a comprar lo necesario en la tienda; se preocupó de que todos los días le trajeran de la cabreriza un litro de leche recién ordeñado y medio quilo de pan de la tahona; los extraordinarios los compraba ella misma acaparándolos una vez por semana.

A Mimosa le gustaba la leche azucarada y el pescadito crudo previamente limpiado de espinas porque todo cuidado era poco para conservar a Mimosa tan bonita; con la piel tan brillante y tan juguetona siempre.

Arreglando el arca un día, cayó al suelo el chaleco de punto de media al que le quedó una manga por tejer; lo miró desolada y lo volvió a meter en el arca; ya cerrada esta, notó que Mimosa daba unos saltitos a su alrededor jugando con el ovillo de lana que se había desprendido de la labor.

- ¡Ah, no, Mimosa, con ese ovillito no juegas tú porque es sagrado! - le dijo conmovida.

Y aquel día se llegó a la tienda de Juanita que vendía, entre otras cosas, las más bonitas y suaves lanas para las labores; y las más caras también, pero por Mimosa no iba a mirarse en pesetilla más o menos; compró tres ovillos de llamativos y distintos colores.

Los ovillos fueron divididos en otros más pequeños, los cuales guardó en el cajón de la cómoda, dejando uno fuera como pelotita para regocijo de la gata.

En este tiempo fue cuando el secretario del Ayuntamiento le ofreció su protección, no solo por saberla poseedora de un buen pasar sino

porque las poquísimas veces que la veía en la calle, despertaba ciertos apetitos y anhelos.

Es de suponer que Mimosa ocupaba un buen sitio en la alcoba; es de suponer también, que descansaba de sus juegos en la falda de su ama; y que en el otoño frío el encendido de la chimenea se imponía.

Las veladas las pasaban escuchando la radio, cosa muy entretenida y una de las pasiones de su Curro; por la radio se enteraba de lo que ocurría en el mundo y lo que podía ocurrir con el tiempo, si frío, calor o lluvia, aunque para eso le bastaba con observar a Mimosa que si al lavarse pasaba una pata por una oreja, habría lluvia o tormenta; a veces fallaba, igual que el parte de la radio.

Cuando iba finalizando el invierno, la Mimosa estaba más bella que nunca; también estaba más rara que nunca, más inquieta, más cariñosa, se frotaba contra las piernas de Rosario, daba cabezaditas y ronroneaba haciendo mucho ruido.

Un día no apareció en la casa; la buscó y la llamó sin resultado; pensó que la infiel se había cansado de la vida cómoda.

- No más gatas, que dan mal pago...; ¡queriéndola yo tanto!

Y pensaba en todo lo que hizo por ella, ¡tratada como una hija!

- ¡Tratada como a una hija, es mala comparación, mujer...! - le reprochó prima Mercedes.

- ¡No le faltaba de nada! Leche, pescado, carne, ovillitos de colores para jugar, camitas limpias... y ¡hala! ¡ahí te dejo abandonada! ¡que mal pago!

- Dices unas cosas que menos mal que solo te oigo yo...; a los animales hay que tratarlos bien pero no como a personas; sí tuvieras hijos...

- No me los ha dado Dios.

- Pero te ha dado un corazón muy grande para querer a todas las personas...

- Solo he querido y sigo queriendo a tu primo Curro, y si estoy tan disgustada por lo de la gata es porque él la quiso mucho y ella hizo lo que yo no hice: dejarme morir de pena y en cambio ella se escondió bajo la cama... ¿cómo no la voy a querer y a sentir este desengaño? ¿Me he portado malamente para que se aparte de mí?

No tenía consuelo, ni admitía razonamientos, hasta que el primo Isidro que había ido a comunicarle sobre asuntos del campo, la notó tan desmejorada que le preguntó y después le dijo:

- ... que sí, prima Rosario, que sí, que la gata se ha ido de bureo buscando macho y ya volverá...

El primo Isidro con respecto al campo y a los animales, era sabio.

¿Cómo volvió Mimosa a la casa? Saltando las bardas de los corrales vecinos y hecha un pingajo, escuálida, sucia y empapada de lluvia.

La viuda del Curro, sentada junto a la chimenea esperando que los leños se consumieran para dejar las cenizas recogidas antes de acostarse, oía sin atención la radio porque el gotear de las canales en el patio le sonaba a música deliciosa.

Y un leve maullido y un fuerte rascar la puerta, hizo poner toda su atención en comprobar que en efecto los había oído y que no era ni ilusiones, ni sueños; bien despierta estaba y para más seguridad apagó la radio.

- ¡Miau, miau, miau...!

Mimosa se repuso pronto y ahora a esperar acontecimientos; más cariñosa y tranquila, no jugaba con los ovillitos pero los tenía recogidos en un rincón de la cocina junto a la tinaja de agua. Su alimentación exquisita y el cepillado de su manto a diario destacaban las manchas blancas en el fondo gris de su pelaje.

Nacieron seis gatitos. Solo dos lucían como la madre tonos grises y blancos; los otros cuatro eran distintos entre sí; atigrado, negro, marrón, amarillento y otro completamente pardo.

El primo Isidro, sentenció:

- Cada uno de un padre, por lo menos de cinco ¡lista salió la Mimosa!

El primo Isidro, de tocante al campo y a los animales era sabio.

La prima Mercedes quiso quedarse con un par de gatitos cuando fueran destetados, pues en su casa, debido al granero, hacían falta para ahuyentar los ratones.

La viuda del Curro no quiso desprenderse de ninguno, pero como la Mimosa se escapaba dos o tres veces al año y siempre volvía preñada, el aposamiento de las crías llegó a ser un problema, por lo que accedió a regalar. La multiplicación fue exagerada pues las hembras iban siguiendo los pasos de Mimosa que llegó a traspasar con creces la categoría de tatarabuela.

Al cabo de los años murió Mimosa y fue enterrada junto al galgo Pino. Aquel rincón del patinillo se había agrandado porque en él se depositaban los gatos que iban muriendo.

Al cabo de los años también, la viuda del Curro se resentía de sus dolamas y permitió que Merceditas, hija de la prima Mercedes, «echara ratos en la casa» y hasta que la acompañara por la noche por si pudiera ocurrirle algo.

Tardó en llegar «algo»; Merceditas se había casado y esperaba su primer hijo; Rosario seguía con el vivo recuerdo de su Curro y el amor inmenso a sus gatos; algunos habían envejecido y esperaban pacientes el fin.

Merceditas, quizá por su estado, hacía verdaderos esfuerzos para aguantar los olores de la casa y aunque aquellos inquilinos eran muy limpios, esparcían miasmas desagradables; ella limpiaba la casa y cambiaba diariamente las sábanas y las ropas de su tía y ni aun así se evaporaban los malos aromas. Los gatos no salían de la habitación y solo bajaban del lecho para hacer pulcramente sus necesidades.

Aquella noche, Merceditas y el marido velaban el cuerpo agonizante de Rosario; los gatos, en silencio le lamían los brazos y la cara; fue imposible separarlos de ella.

A la madrugada dijo Merceditas soltando la mano que la tenía cogida: - Se acabó... Dios ha recogido su alma.

Los gatos saltaron sobre ella maullando enloquecidos. Con mucha dificultad pudo el matrimonio espantarlos con amenazas.

Acudieron mucho vecinos y todos ayudaron a alejar a los animales. Mas tarde, cuando el cuerpo de Rosario descansaba en el ataúd, se presentaron de nuevo los animales saltando dentro del ataúd maullando lúgubres...

La viuda del Curro dejó huérfanos de cariño a diez y nueve gatos.

Paula Contreras
Puerto Real 7-95

LOS CANARIOS, EL LONDRO Y EL GORRIÓN

*A Carmen Súnico Zarauza,
de tierna y suave sonrisa
como el plumón de un pascariño.*

*“METÍOS” EN CAÑAVERALES
LOS PÁJAROS SON CLARINES
AL DIVINO SOL QUE SALE.
(POPULAR).*

Erase una vez, un canario y una canaria enamorados en una bonita jaula de metal brillante, colocada en el rústico alféizar de una ventana; mejor dicho: ventanuca por su pequeñez, que solo tenía capacidad para dos jaulitas; en una vivían la pareja de canarios y parecían felices pues su ama así explicaba: -«Siempre tan a gusto, siempre cantando y siempre dándose los piquitos».

Así opinaba muy convencida; les había puesto un nombre, a la canaria Ría y al canario Río; y es que Mari Pepa no tenía gran imaginación, por eso el habitante de la otra jaulita carecía de nombre pero no de cuidados y mimos, por eso él se dejaba coger, y el vecindario que lo sabía se admiraba de su aparente docilidad y piropeaba a Maripepa «por ser como era» y decían -«Porque tú, Maripepa, te pintas sola para criar a esos pájaros tan ariscos».

Y otra añadía: «Yo tuve uno y un día me cansé y le abrí la jaula porque siempre intentaba picotearme y aquella vez lo eché a volar y le dije: Desagradecido que me devuelves mal por bien, sal al aire, búscate la papundia y escóndete de los niños ¡desgraciado!»

Maripepa se esponjaba, y le brillaban los ojos de vanidad y se cterneecía mirando al londro, al macho de la alondra, el famoso aludido

por su aspereza. La jaulita del londro era un poquito más triste que la de los canarios, pues mientras la de ellos era brillante y nueva, la de él era todo lo contrario: vieja y oscura.

Daba gozo contemplar a los canarios cuando el sol entraba por la ventana y el plumaje se les convertía en hebras de luz y ellos en bolas de oro. Saltaban jubilosos y saludaban la mañana con trinos melodiosos.

El londro también se alegraba y como era un guasón comenzaba sus imitaciones; era su trabajo diario. Las bromas de Londro ocasionaron más de un disgusto a la pareja de canarios; él suponía alarmado, que otro cortejaba a su pareja; igual creía ella que otra canaria desde fuera le hacía arrumacos a su macho; hasta que ambos comprobaron que el vecino de la pobre jaula se entretenía en hacerles pasar malos ratos.

Londro cambiaba a diario de imitación para entretener a su ama que se embobaba escuchándolo. Y si el cantaba rrrr-rrrr ella lo jaleaba y le decía ¡Qué tórtola más linda, canta otra vez Londro! y el pájaro repetía o cambiaba la tonada: -ciat-ciat-ciat-ciat- Maripepa fingía enfado: -«No me gusta la urraca que es una ladrona».

-Maripepa ¿tienes también un jilguero?

-Maripepa ¿desde cuando tienes un ruiseñor?

-Pero Maripepa ¿también tienes una perdiz?

Y ella contestaba riendo: -El londro los imita a todos perfectamente, me engaña a mi y a los canarios que hasta se enfadaban al principio y después hacían las paces.

-¿ Hacían las paces? ¡Ay Maripepa, que se te esta poniendo la cabeza a pájaros!

A Maripepa no le importaban las burlas de las vecinas, ella continuaba cuidando esmeradamente a sus pajaritos, a ella le gustaban las labores de adorno, la música y las flores. A la casa le prestaba poca atención porque su madre se cuidaba de todo y porque era una casita que estaba arreglada en unos minutos. La fachada era de largura

normal pero tan bajita que se creía posible tocar desde el suelo las tejas del alero. Lo que llamaba la atención no era la blancura pues en Grazalema es soberana la cal, lo llamativo sin duda para cualquier persona que la viera por primera vez consistía en la simetría de sus huecos que ni guardaban distancias ni tamaños y que la puerta de entrada fuese nueva y formada por materiales modernos en sustitución a la original que fue de madera. Muy cerca de ella y de la ventanuca continúa la argolla pendiente de la pared participando de la cal que no la hace más bonita sino descubre su inutilidad porque ya no hay ninguna bestia como antaño a la que se amarre por el roncal, mientras descargan del serón el contenido, a la anilla de hierro que lució negra y lustrosa.

Un poeta, mirando una barquita abandonada por vieja e inservible, observó que el mar venía a cubrirle las miserias rompiendo en ella su oleaje: La piedad de la espuma, dijo y escribió un libro de poemas. Y otro podría escribirse sobre la anilla de hierro llena de herrumbre: La piedad de la cal.

Pero, fachada, pequeñez, asimetría, todo desaparece mirando las jaulitas, son dos o tres los pajarillos.

Son cuatro, porque en el alero que avanza casi violento rompiendo la claridad de la pared con la sombra que proyecta y con el oscuro de las viejas tejas, se ha posado un gorrión. Es hasta posible adivinar su conversación, porque el gorrión no cesa de mover su garganta ladeando su cabecita, alzando el pico como si estuviera bebiendo aire. Hablan los cuatro. Cuando lo hacen los canarios columpiándose en la barrita que Maripepa les colocó para sus esparcimientos, trinan a la par y dicen:

-Somos felices. Nos queremos, tenemos polluelos.

- ¿Dónde están? - pregunta curioso el del alero.

-Se los llevan a otras jaulas y nos los quitan para regalarlos o venderlos.

-¿Y qué hacéis entonces?

-Lloramos mucho y el ama nos pone más comida, dice que en premio porque cantamos mejor... - la tristeza de Ría se traduce en un trinar más fuerte y entrecortado.

Y Río añade: Yo no quiero llorar y el ama hasta me insulta..., yo no quiero llorar y pienso que nos querremos más y que pronto habrá en el rincón nuevos huevecitos y nuevos polluelos...

Quedaron quietos unos minutos, los canarios juntitos en el rincón y Londro picoteándose su collar negro sobre las plumitas, como la anilla de hierro estuvo años atrás sobre las plaquitas de cal de la fachada. Gorrión miraba la acera de enfrente, compañeros suyos pasaban jubilosos en bandadas y se posaban en las copas de los árboles, en los tendidos eléctricos, en las chimeneas, en los caballetes de los tejados, unos pocos se acercaron:

-¿Te vienes?

-Estoy de visita acompañando a estos desgraciados.

Londro alzó la cabeza desafiante y le devolvió lo que él llamaba insulto: ¿Desgraciados? Aquí solo hay un desgraciado, que eres tú ¡golfo pobretón!, que ni sabes hacer el nido como dios manda... eres ladrón y casquivano con el estúpido orgullo de tu corbata negra que apenas se te nota por la pobreza de tu plumaje...

Mucho tiempo estuvo hablando Londro mientras los canarios permanecían como acurrucaditos justo al lado del bebedero sin atreverse a beber aunque tenían las gargantas enjutas. Gorrión lo dejaba hablar, se había bajado del alero para posarse en medio de las dos jaulas. Londro se enfureció aún más porque los hierros de su jaula impedían picotearle los ojos, el buche, la corbata. Gorrión esquivaba los ataques con la misma gracia que el aire bambolea a los lirios en campo abierto.

Fue Río el que temiendo por su pareja que temblaba hasta el punto de que su cuerpecito parecía un acerico clavado de plumitas de acero, intervino conciliador: "Está bien, Londro y no te muevas más Gorrión, vete a zambullirte en el aire".

Gorrión contesto: "Pío-pá, pío-pá..., creí que podíamos ser amigos porque no he venido a robar vuestra comida ya que toda la del campo es mía y mía también el agua de los riachuelos y de las fuentes que corren para que yo las beba, y no tengo necesidad de hacer mejor nido porque mi gorriona, mis gorrioncillos y yo pesamos muy poco, alguien que se llamó Tejada dijo que somos ¡¡viva ceniza volandera!! No presumimos como mis parientes los jilgueros porque somos felices viviendo en libertad y no envidiamos bonitas plumas, ni mejores gargantas, nos apañamos con nuestro pío-pá, pío-pá... Le cantamos al Creador y somos humildes y sencillos, ni golfos ni ladrones, disfrutamos volando de un lado a otro, solos o en compañía y el señor es nuestro amo y nos cuida. Cada mañana, cuando el sol viene tocando con sus dedos de oro cada nido, abrimos y sacudimos las alas dándole gracias porque nos espera la alegría de volar. Esa alegría no la podéis sentir presos como estáis en estas jaulas. Londro ¿dónde está tu pareja?

Londro emitió un raro sonido que no se parecía a ninguno de los cantos que él imitaba, podía ser de queja, desencanto, desconuelo, su pareja, su alondra ¿dónde estaba?, nunca la tuvo y la esperaba siempre. Sufría cuando los canarios se arrullaban y se juntaban hasta parecer uno solo y la mimosidad de la canaria le inquietaba todas sus plumas. ¿Sería así de cariñosa su alondra? ¿Dónde estaba? ¿Por qué no venía? ¡Tenerla allí aplastadita bajo su poderoso buche! ¿Le diría cosas como la canaria al canario?

La canaria no decía nada. De su jaula le llegaba el zumbidito como cuando el buchito de agua le pasaba por la garganta, pero su alondra ¡tan hermosa!, seguro que cantaría de gusto. Es verdad lo que dice Gorrión, que no todo en la vida es tener comida y casa segura, que hay algo más, no sabe qué, pero es algo que se siente muy adentro, desde el pico hasta la cola y se le empinan las plumas como si quisieran volar solas una a una. ¿Dónde está tu pareja?, ha preguntado ese pardo buscavidas. No tengo pareja. Estaría por esos campos buscándome. Le dice a Gorrión: "Si encuentras a mi alondra, dile que venga, que estoy aquí esperándola, que tengo sitio para ella y los polluelos, que cantaremos y seremos felices..."

Gorrión seguía hablando: "...no podéis ser felices estando presos. Hay que volar y encararse con el aire cuando se enfada, y se enfada muchas veces y nos aplasta las alas al cuerpo y nos cuesta

trabajo cruzar de una rama a otra, después hacemos las paces y vamos de árbol en árbol jugando mientras él nos empuja, la libertad es mejor que la comida y la casa”, hablaba con entusiasmo de líder político.

La calle parecía deshabitada. Los pájaros parecían meditar. Dentro de la casa se escuchó que un reloj daba unas suaves y cantarinas campanadas y casi a la par el reloj de la torre de la Parroquia las hacía sonar con fuerza. Maripepa le hablaba a la madre que andaba por la cocina:

-Mamá ya está planchada toda la ropa y ahora subiré para arreglar a los pájaros que o les falta comida o agua, o qué se yo que les pasa, porque están callados a pesar del día tan hermoso con este sol que da gloria sentirlo en las carnes

Maripepa no cantaba bien pero le gustaba cantar y lo hacía aunque la madre le dijera riendo:

-¡Va a caer una “aguá”!

A Maripepa le gustaba entonar una bulería que le escuchó al poeta Tejada:

Eres blanquita por fuera
y dulcecita por dentro
igual que una bizcotela

-¡Jozú, la que va a caer!, - coreaba la madre.

Una bandada de gorriones enloquecidos escapaban a la sierra. Gorrión rebajó sus arrogancias y se confesó humildemente:

...y no sé que será peor, vivir en la cárcel o estar libres habiendo niños crueles.

Londro quiso saber y Gorrión con amargura fue explicando:

-Vivir es bonito porque es un regalo de Dios y la naturaleza participa de la sabiduría y belleza de Dios. La felicidad completa no sé donde estará. Yo y todos mis hermanos los pájaros

de los bosques viviríamos completamente felices con el aire, el sol, las estrellas, la luna, las flores, los árboles... Volar, volar y volar... ¡Libertad, libertad!. Pero.

-¿Qué, Gorrión, qué..?

-¿Habéis visto como iban huyendo mis hermanos? Porque han salido los niños de la escuela y ya en la calle se divierten hiriéndonos y matándonos porque eso les gusta y cuando los vemos salir corriendo, todos volamos para escondernos en los árboles... Por allí viene un niño —observó con pavor el pajarillo— me voy, me voy..., ya vendré otro día...

Los pájaros de la jaula quedaron solos. Los canarios asomados por los alambres disfrutaban sabiéndose seguros.

Maripepa en la calle hablaba con un niño que llevaba en la mano un tirachinas.

-Desde allí abajo vi que en esa ventana había un gorrión

-Pero salió volando antes de que yo pudiera tirarle esta piedrecilla.

- ¿Y que daño hacen los pajaritos, di, para quererlos matar?

- ¿Daño?, ninguno. Pero me gusta ver como caen cuando les atino. Y fritos están muy ricos. Y mi madre me está haciendo un cojín con las plumas.

Londro se retrepó en su jaula. No quería ver al niño. Pensaba que su alondra, su pareja preciosa, estaría en peligro en la libertad de la sierra ¿y qué sería mejor, vivir encarcelados juntos o libres y en peligro?

Maripepa seguía cantando:

Deja que la gente diga,
en queriéndonos los dos,
pase la gente fatiga.

Y la madre: "El San Cristóbal se va a liar la bufanda como sigas cantando".

Y Maripepa

Dios mío, ¿qué será esto?
sin frío ni calentura,
yo me estoy cayendo muerto.

La madre: "¡Hija, que los pájaros no cantan porque están asustados sólo de oírte!

Londro estaba acostumbrado a los cantos de su ama sin poder imitarla jamás.

Los pajarillos no prestaban atención a la garganta de Maripepa. Los canarios se besaban con entusiasmo considerándose felices por estar juntos y por quererse tanto, iniciaron unos gorjeos: ¿Me quieres, Riíto mío? - y escarbaba en el plumón de su compañero que contestaba con entusiasmo. Como dice Maripepa cantando:

Te quiero más que a mi vida
más que a mi padre y a mi madre
y si no fuera pecado
más que a la Virgen del Carmen.
(PARECE MENTIRA ¿VERDAD?)

Aquel día no cantó Londro y además quiso herir a Maripepa en la mano cuando le alargaba la comida. Se revolvió furiosa:

-¡Londro! No esperaba esto de ti al cabo de tanto tiempo de querernos, hazte la ilusión de que soy una alondra, tu Alondra.

Maripepa ante el acoso del pájaro se asustó:

-¡¡Londro!! ¿Qué te pasa? ¿Estás malo? ¿Qué dices?

Nada. No decía nada. O tal vez, sí. De la garganta prodigiosa del pájaro salían gemidos, como suspiros dolorosos. Deseaba a su pareja,

eso era todo. El gorrión le había abierto una ventana que siempre estuvo cerrada para él, ahora comprendía que los canarios, como las personas, como Maripepa, como aquellas niña rubia que llamaban Carmen Súnico, como todas las personas que pasaban por la calle y como los pájaros que pasaban volando, todos, todos, todos vivían en familia y la familia era como un nido caliente y resguardado.

Allí estaba Río y Ría preparando ya el rinconcito donde ella dejaría caer, como otras veces, unas pequeñas bolitas blancas que después serían polluelos. Estaban estrenando una nueva ilusión.

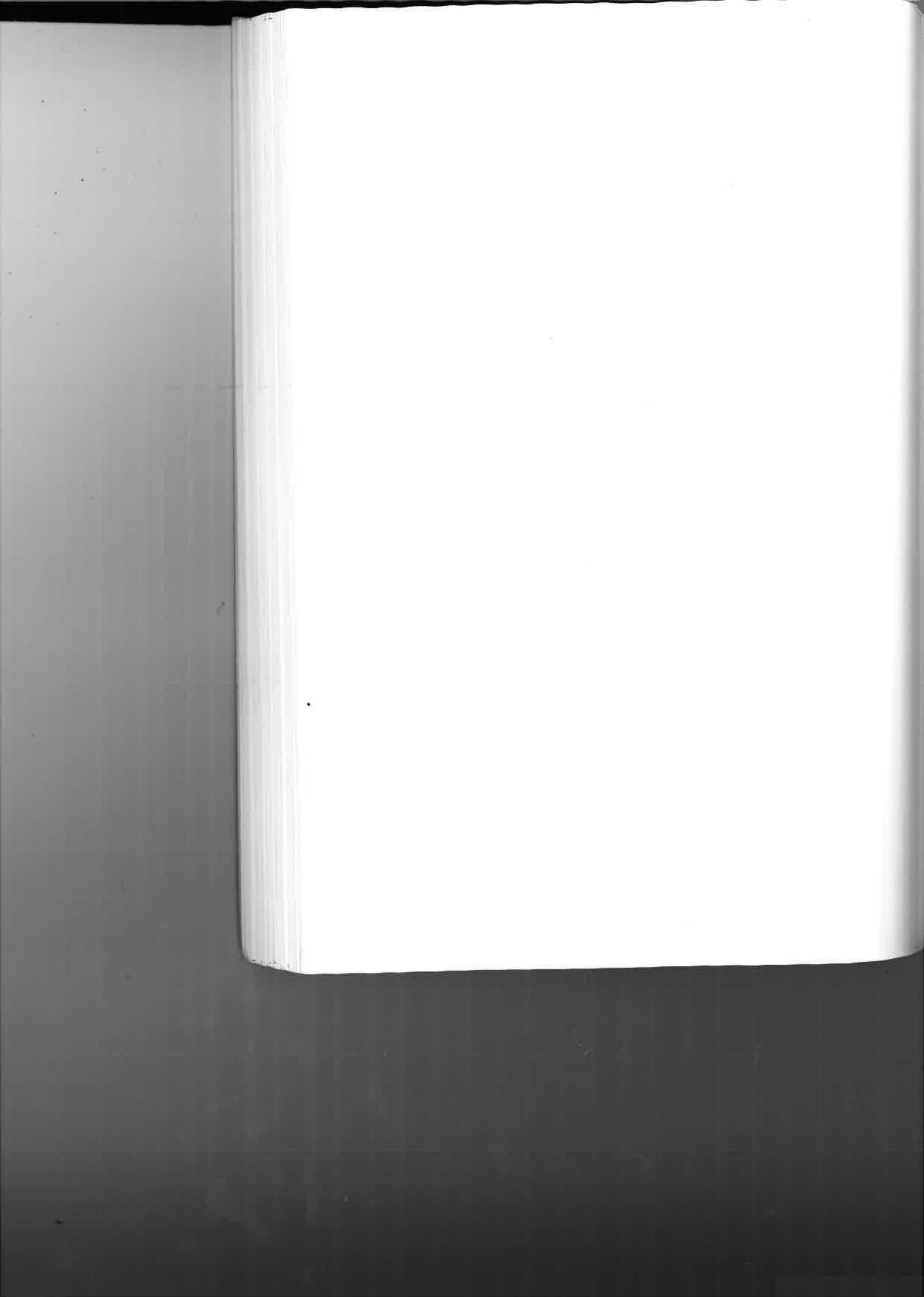
Y Londro desde que Gorrión le preguntó: ¿Dónde está tu pareja?, sentíase como desplumado, parecía que el corazón se negaba a latir. De pronto conoció la soledad.

Prisionero. Prisionero. ¿Para qué su garganta? ¿Para qué las alas? Si al menos tuviese allí a su pareja y prepararan el rinconcito para los polluelos.

¡Ay su Alondra! ¡Ay su amor!
¡No poder decir tu y yo!

Paula Contreras

Puerto Real a 20 de enero de 1994.



LA RAPAZ

*A Carlos, mi nieto, que contempló
la acción de los buenos samaritanos.*



En Granada, lo único imposible es encontrar un feo paisaje.

Desde el acantilado, como balcón sin baranda defensiva, el paisaje a todas horas es como si el Creador se recreara contemplándolo, un paisaje de Dios y para Dios y que gracias a Él podemos gozar de esa gran belleza.

El amanecer allí es...

No se puede ni siquiera tantear su descripción, seamos humildes y digamos como aquel otro torpe y escaso vocabulario: -"Aquello no es para decirlo, aquello es para verlo".

Y bien que lo veían y disfrutaban los dueños del chalet que a respetuosa distancia del acantilado, se lo habían edificado, burlando el peligro al levantar un barandal de piedra y cemento que embellecieron con hiedra, madreselva y geranios; entre él y la casa, estaban la piscina, los árboles, y un porche muy amplio, y para más gozo, a continuación del mentado barandal, una espaciosa terraza dominante; desde el principio del barandal hasta el final de la terraza, la distancia era de veinte metros, con lo que tenemos idea de la hermosura del recinto trasero de la casa, y más idea aún, saber que a ella se entraba por una cancela y

que para penetrar en la vivienda había una veredita o caminito entre rosales y chopos, amen de otro amplio porche.

Los árboles eran frutales unos y de adorno otros.

Entre estos, había preferencia por uno al que llamaban de la bola, estaba al final y justamente en medio entre el barandal y la terraza, era de tronco fuerte, alto y coronado con una copa pobladísima, tan espesa que al viento le era difícil cosquillear sus hojas.

De vez en cuando había que desplazarse al pueblo de Otura o a Granada para satisfacer las necesidades caseras que siempre surgen en temporadas de vacaciones.

Y ocurrió en una tarde calurosa, cuando Pilar detuvo el coche frente a su casa de la ciudad para esperar que su hijo Pablo bajara del piso y volvieran ambos al campo. Pilar observó que en la acera junto al escalón de la puerta por la que tenía que salir el muchacho, había un bulto extraño que ella no adivinaba qué sería, pues igual le parecía un nido que el aire arrastrara hasta allí, que una madeja de lana gris marengo apolotonada (Son sus palabras). El viento varió la posición del bulto que ella pensaba inanimado y supo con sorpresa que aquello era un pájaro cuya cabeza se distinguía rotunda sobre el plumaje de un ala.

¿Qué clase de pájaro? Ni gorrion, ni canario, no era de los que se refugian en la arboleda de la ciudad. Salió Pilar del coche para observar de cerca al animal; por el pico y las garras pensó que era una cría de rapaz alejada de su entorno y desvalida ¿cómo había llegado al cemento asfijante del corazón de la ciudad?

Bajaba Pablo y la madre le avisó del hallazgo: -Ten cuidado, no la pises...

Ambos la examinaron curiosos y compasivos y entendieron el orgullo de aquellos ojos que no solicitaban ayuda. Pablo se agachó para tomarla en sus brazos aunque la rapaz se defendía amenazando con el pico. Pablo la dominó por fin, la acurrucó junto a su pecho y emprendieron la marcha hacia la casa de recogida de animales, donde él tenía un amigo trabajando voluntario en tan hermosa obra.

¡Mala suerte! El amigo no estaba y el encargado de aquel día puso demasiados inconvenientes para asilar y curar al animal herido.

-¡Nos enfadamos!- decía Pilar al relatar el caso: -Nos enfadamos y decidimos quedarnos con él.

Lo llevaron al campo.

La rapaz pareció comprender, se tranquilizó y no se opuso a ser examinada.

Pilar y Pablo hacía conjeturas: -Es inexperta y cayó al suelo lastimándose con piedras picudas, hierros, cristales...

Vieron que la pata izquierda la tenía incrustada en el ala izquierda hiriéndola e impidiéndole el vuelo, y también leves heridas en la derecha, tal vez producidas al intentar liberarse.

Se imponía una operación difícil y cruenta, y se hizo. Mientras Pablo la sujetaba fuerte y amorosamente, hablándole con suavidad, Pilar con unas pinzas de depilar las cejas (naturalmente no tenían erinas) fue limpiando de tierra ensangrentada, arrancando espinas y despojándola de algunas plumas rotas; le faltaban muchas; cuando terminaron la limpieza, quedó la pata libre y comprobaron que no tenía rotura, pero el ala se doblaba por el sitio en que la pata la había lastimado, y en esas condiciones lo más correcto sería entablillarla, ¿y cómo?. La solución estuvo en el papel de celo; entre los dos, la sujetaron de tal modo que fue un maravilloso apósito.

¡Ya estaba libre, aunque no podría volar de momento!

Entonces, sobre la mesa de jugar al ping-pong, le proporcionaron agua y comida de unas sobras de carne y arroz. El animal se refugió sin temor en un rincón de la mesa y al instante inició un vuelo que fue abortado porque su ala herida, a pesar del amoroso entablillado, no tenía fuerza; se acomodó nuevamente en el ángulo de la mesa, bebió y no probó comida.

La tarde iba escurriendo su luz y en el cielo unas pequeñas nubes algodonosas intercambiaban los colores rosa, azul, violeta, mientras en

el chalet los árboles, las plantas, las flores, el césped iniciaban el aroma de sus efluvios nocturnos.

Con una toalla grande de baño, la enrollaron y formaron una rosca que fue como un nido de amor.

-Lo dejaremos tranquilo y solo...- dijo Pilar.

—O—

Pasó la noche entera.

A la mañana siguiente, seguía acomodado en el pseudo nido y todos se alegraron al notar que faltaba comida y eso era indicio de mejoría. Lo acariciaron con muchísima suavidad y él, aparentando indiferencia no se movía, igual que hace un niño al sentirse acariciado que hasta cierra los ojos de gusto, sólo que el pájaro los tenía abiertos y alertas. ¿qué esperaba?

Pablo también se levantó antes de lo acostumbrado porque le preocupaba el resultado de la "operación quirúrgica"; pasándole la mano por el manto le rozaba las plumas del cuello, se le acercó más, luego audazmente extendió un dedo que introdujo en el nido y esperó quieto unos minutos para ver la reacción del animal, reacción que se hizo esperar mucho, primero engarfió el dedo con la pata sana y luego trabajosamente con la otra hizo lo mismo, era patente el agradecimiento del animal.

Juguetearon por el césped. Pablo lo llevó y lo soltó en el suelo, después comenzó a dar saltos en el aire para estimularlo, el pájaro intentó imitarlo varias veces y todas volvió a quedar quieto pareciendo decir: -"Imposible..., no puedo..."

Descansaron un rato pero el amor de Pablo se traducía en impacencias, por eso lo tomó en sus manos y muy cerca del suelo lo soltó obligándolo a volar; comprendió el pájaro y siguió las enseñanzas, cada vez que lo cogía en sus manos lo soltaba desde más alto, por fin, después de muchas lecciones, consiguió en un vuelo llegar hasta el barandal, allí se paró triunfante; Pablo lo seguía animando y en otro vuelo llegó hasta la mesa de ping-pong.

Pablo y toda la familia contemplaban admirados los movimientos que sobre la dura tabla de la mesa hacía con las patas y alas para ejercitarse, era una lección de gimnasia rítmica, una danza donde la seda del plumaje contrastaba armoniosamente con la dureza férrea del arco de su pico y los garfios de sus patas, era una demostración de fuerza de voluntad, era el silencio para oír el dúo que orquestaba el aire con el tímido aleteo y el pisar fuerte de las poderosas garras sobre la madera, era como si hablara con la familia y como si a cada uno al mirarlo le dejara un mensaje amoroso.

Y por fin voló.

Fue una saeta que apuntaba segura a un punto muy lejano. Seguro y recto, por fin voló y todos los siguieron con la vista hasta que traspuso Sierra Nevada.

En todos ellos había lágrimas.

Pablo gritó: -Me gustaría verte otra vez...

-Y a mí...

-Y a mí...

-Y a mí...

-Y a mí...

Carlos, el pequeño de la familia, comentó muy ufano: -Hemos salvado una vida.

—O—

Todas las despedidas son tristes.

Ese día, en aquel campo, fue pardo, aunque el sol brillaba como siempre y las flores embellecían y alegraban el jardín delantero, el agua de la piscina ondeaba ofreciendo su frescura, la comida bajo el porche fue apetitosa y abundante pero apenas se le hizo aprecio.

Y apenas se nombraba a la rapaz.

Y apenas se miraba a Sierra Nevada que, enfrente del acantilado era la blanca sonrisa del paisaje.

¿Dónde moraría el pájaro? ¿Qué le hizo salir de su cobijo? ¿Perseguía o era perseguido? ¿Abandonó el nido en un alarde de fuerza? ¿Creyó que era capaz de lanzarse sobre la posible pieza apetitosa? ¿Luchó con un enemigo? ¿Y por qué desde su salvaje territorio vino al centro de la ciudad? ¿Acosado? ¿Desorientado?

Y no miraban a la Sierra Nevada que parecía de cristal y de una irrealidad de ensueño, a lo más que se atrevían a mirar era al árbol de la bola, centinela fiel, sentenciado a desaparecer porque de seguir creciendo entorpecería los cables del tendido eléctrico. ¿Sentenciado a desaparecer? Ya sabría Pilar la manera de salvarlo procurando que los postes que sostenían el tendido fueran cambiados de sitio. Porque el árbol de la bola existía gracias a que ella le "salvó la vida" con tesón, arte y cariño la enfermedad que le produjo la invasión de minúsculos seres, que roían y arañaban su tronco y hojas, y parecía decir el árbol cuando era admirado desde el salón, la cocina y el porche trasero: - "Vivo para vuestro recreo y mi copa redonda y apretada simboliza la familia que formáis".

Todo el día pardo.

Y al atardecer, el juego de colores malvas y rosas que formaban las tenues nubecillas en el cielo y el jugar el sol al escondite entre la encendida arboleda, y algo así como guiños en el azul de las tempranas estrellas, y... ¡oh, el maravilloso atardecer pleno de color y luz, no fue admirado, ni más tarde aquella enorme joya que relucía allá, en el fondo, chispeando fuego, como si Granada se hubiese convertido en una granada abierta cuajada de zafiros, rubíes y brillantes para el asombro de los hombres.

Tampoco.

Quiero decir que también parecía ignorarse. Fue un día triste, como si faltara alguien de la familia que dejaba un vacío.

—O—

Y pasada la noche volvió un nuevo día agrandando la tristeza. A ninguno le apetecía desayunar en el porche, donde era costumbre hacerlo en la mesa situada entre la mesa de ping-pong y el olivo. Fue un desayuno informal, en la cocina, en el comedor o en el porche de la entrada. Y cuando parecía que la rutina diaria iba a comenzar en cualquier momento, no fue así porque de pronto sintióse un ruido raro en la parte trasera de la casa.

-¿Qué ocurre?- preguntaron todos, a la par que salían corriendo hacia la piscina y al espacio cubierto de césped.

Era un murmullo desconocido, persistente y prodigiosamente suave, miraron al árbol de la bola, cuyas hojas parecían mecidas al soplo de un viento que sólo ellas podían recibir, porque los demás árboles parecían petrificados por la calma y la quietud.

Los cables del tendido habían aumentado de grosor, pero sólo los comprendidos dentro del recinto del chalet porque los pertenecientes a las fincas colindantes permanecían en su estado de siempre.

Habían aumentado de grosor. ¿Cuántos pájaros estaban posados en ellos? ¿Cuántos se veían llegar de distintos puntos del cielo? Y se apretaban para dejar sitio a los que iban llegando nuevos; todo tipo de pájaros, grandes, enormes, pequeños, negros, blancos, oscuros, claros, amarillos, verdes. ¿De dónde venían? ¿Qué querían? ¿Por qué todos parecían escudriñar? Ni cantaban, ni piaban, sólo el murmullo dulce y suave.

Para verlos mejor se acercaron más; destacaban las garras de las rapaces que parecían anclas y se admiraban a comprobar que junto al altivo buitre estaba el mínimo y seráfico gorrión.

-Todo tipo de pájaros- repetía Pilar. -¿A qué vienen? ¡Tan quietos! ¡Tan silenciosos! ¡Tan distintos! ¿Por qué están aquí?

Pablo apuntó gozoso: -Ahí está él...

-Hay muchos iguales- dijeron los demás.

-De todos modos- aclaró Pilar -entre ellos tiene que estar él, nuestro amigo que les ha contado que nosotros lo salvamos de una muerte segura...

-Han venido a dar las gracias- dijo Pablo muy convencido -Todos los que se han enterado están aquí...

Los pájaros solamente ocuparon los cables pertenecientes al área de la finca. Estuvieron en la misma actitud pacífica y sin moverse, sin cantar ni piar, alzando de vez en cuando las cabezas y en el aire las siluetas de sus corvos picos.

Al final, la retirada fue un remolino, como la extensión de un fuego de artificio sin llamas, sólo enormes pavesas oscuras llenando por unos minutos el espacio. Y dejaron un pozo de alegría, un sentimiento de paz, y el pensamiento de que en el mundo de los pájaros, el agradecimiento es bandera de amor.

—O—

¿Qué testimoniaban aquellos seres con su presencia silenciosa ante la familia?

“La gratitud”, pensaron todos y cada uno se imaginaba la angustia de los padres de la rapaz desaparecida en el infierno de la ciudad donde encontraría afrentas y sufrimientos que les harían los hombres: cazadores, comerciantes, carceleros, niños y mozalbetes crueles. La pareja de padres afligidos pensando que nunca volverían a verlo, ¡ilusionados como estaban con su retoño tan audaz, tan firme y decidido!.

-A su edad era yo así- diría el padre.

Y la madre: -A su edad era yo la reina del territorio, y nadie ni nada podía abatir mi vuelo, pero nuestro pequeño ha tenido la mala suerte de caer en las garras de los humanos...

Pasarían la noche temerosos, tristes, desconsolados. Y cuando el primer rayo del sol besara la tierra y apuntara a la oquedad donde ellos tenían el nido, saldrían otra vez, decididos a otear cada uno por un lado.

El padre escudriñó por los sitios más difíciles. Preguntaba: ¿Habéis visto a mi pequeño?

-No, no, no- contestaban águilas, buitres, milanos, cuervos...

Y humildemente rogaba: -Gorrión ¿lo viste pasar? ¿Golondrina, dime, acaso tú...? ¿Alondra, ruiseñor quizá os asustasteis al verlo tan grande?...

Lleno de pesadumbre volvió al nido, donde la pareja había llegado ya, se acurrucaron, formando un solo cuerpo, gimiendo dolorosamente en un duelo inacabable; habían pasado la noche en penosa vigilia, toda la mañana buscándolo inútilmente, salían a las rocas con la ilusión de un encuentro o una noticia traída por algún pájaro ya que toda la colonia se había unido al dolor de los padres y ayudaban como podían empeñados en la tarea.

El milagro ocurrió muy pasada la mañana. Los dos seguían avizores en la roca más alta, más abajo Sierra Nevada, más aún la vega y los pueblos blancos como nieve esparcidos.

-¡¡Él!!- gritó a dúo la pareja, saliendo al encuentro y escoltándolo hasta el nido.

Escoltados, quisimos decir, pues que el cielo se cubrió de una sinfonía de aleteos y trinos, la colonia entera celebraba la vuelta del pequeño rapaz, que a las preguntas de todos, contaba su aventura:

-...quise saber qué hay detrás de Sierra Nevada, había escuchado que hay árboles grandes, que dos ríos van por la ciudad como dos amigos, que los pájaros podemos entrar y salir en libertad, que el aire y el agua cantan imitando a los jilgueros, que todo es distinto de aquí arriba y que también abajo hay flores...

-¡¡Y hombres!!- dijeron sombríos los oyentes.

-Sí, los hombres- repuso la pequeña rapaz -los he conocido y me gustan...

-¡¡Oh...!!- se asombraron y lo miraron con desprecio.

Los padres quisieron ayudar al hijo y borrar la mala impresión que causaron las últimas palabras de su relato: -Es inexperto, no conoce la maldad de ese mundo...

-...es que al cruzar la sierra, me encontré que todo era bonito y entusiasmado me acerqué a los nidos de los hombres, que ellos llaman casas, dentro había máquinas moviendo el aire, de esos nidos salían muchos ruidos, y unos bultos muy grandes andaban solos con hombres dentro, y no tienen alas ni pies, ellos le llaman coches y no les importa que apesten tanto; sí, había flores pero no olían como las de aquí arriba, había sol y sin embargo todo era oscuro, fue entonces cuando me enganché en un árbol, en un pobre árbol como todos los que vi, con las hojas sucias, no sabía como desprenderme y entonces esta pata se me engancho y con esta otra no pude ayudarme..., se me rompieron las mejores plumas..., con muchos trabajos pude saltar al suelo pero no podía volar y el viento me fue empujando hasta que me dejó arrinconado entre la acera y el escalón de una casa...

Los pájaros emitieron un sonido que sería de extrañeza, por lo que el orador aclaró:

-... eso decían Pablo y su madre cuando hablaban de como me encontraron ..., ellos y toda la familia me curaron, me dieron de comer y de beber, me rozaban el manto acariciándome, me hablaban y Pablo me ayudó a volar..., se quedaron tristes...

El asombro del auditorio subió de punto cuando se terminó la narración, muchas cabezas bajaron hasta cerca de los buches, en actitud claramente pensativa.

-Hay que ir al Picacho para contárselo al Jefe.

-El Jefe no hizo nada por buscar al pequeño Grandón.

-Y tampoco ha venido a visitar a los Grandones.

Grandón padre, siempre comprensivo, dijo: -Garras largas, el Jefe, está, muy viejo y desde que se quedó sin pareja, no parece el mismo, pero la jerarquía es la jerarquía y tenemos obligación de enterarle de todo lo que pase- y después agregó patriarcal: -Las ausencias siempre tienen una causa.

Alasdefuego, un águila robusto, disculpó a su pareja: -Aletadefuego, se quedó en el nido incubando y preocupada... Ya está sintiendo que el

nuevo polluelo nos salga gamberro y caiga muerto de un tiro de escopeta...

Un aleteo tembloroso alteró el viento.

-¡Los hombres...! ¡¡Los hombres...!!

El pequeño Grandón gritó roncamente: -¡Los hay buenos!

Piquitodoro, un ruiseñor que asomó montado en el manto de Grandona trinoó dulcemente: -Los hay buenos, aunque nos encierren en jaulas..., los hay buenos porque nos dan de beber y de comer y nos emparejan...

Al Picacho, donde Garraslargas tenía su hogar, triste desde que su pareja quedó abatida por una maldita bala, fueron en comisión el pequeño Grandón con sus padres, el buitre Cuellodura y su pareja, Piquitodoro con la suya y un pobre gorrioncillo que volaba por el territorio buscando una gorriona para hacer el nido en un árbol. Era norma impuesta, desde el principio de los tiempos, de no formar "des-niveles sociales".

Garraslargas esperaba a los comisionados, porque ya sabía parte del suceso, se disculpó ante los Grandones de no haberlos acompañado cuando tanta necesidad tuvieron de ayuda pero desde que su Garritaslargas salió aquel horrendo día y no volvió, no tenía él fuerzas para nada, ni comía, ni bebía, sólo pensaba en ella, en su imprudente audacia.

-Garritaslargas- le avisé -Hay cazadores y perros en el campo ¿no oyes los tiros?.

-Sí- me dijo -pero yo vuelo muy alto y no me alcanzan.

Y es que no quería darse cuenta de que ya le iban faltando las fuerzas... ¡no volvió!

Pero Garraslargas sabía que un Jefe no puede mostrarse ni abatido, ni derrotado, y haciendo un esfuerzo, subió a la cumbre del Picacho, primero los escuchó, luego guardó silencio y hasta el aire dejó de soplar, por fin ordenó:

-Hay que ser agradecidos. Hay que reunirse y bajar a esa casa donde vive la familia que cuidó del pequeño Grandón. Que no queden aquí más que los enfermos y las que estén incubando. que Alasdefuego avise y bajaremos todos dirigidos por el pequeño Grandón. No molestaremos a esa bendita familia, ¡jea! sin alborotar vamos allá y mucho cuidado con el comportamiento, ni cantar, ni piar, todos en silencio con el pico cerrado.

Alasdefuego cumplió su misión, y al volver del Picacho al punto de reunión y partida sobrevoló y en el colmo del entusiasmo pregonó:

-Si la cría que esperamos es hembra la llamaremos Pilar y si es macho, Pablo.

-Yo, también...

-Yo, también...

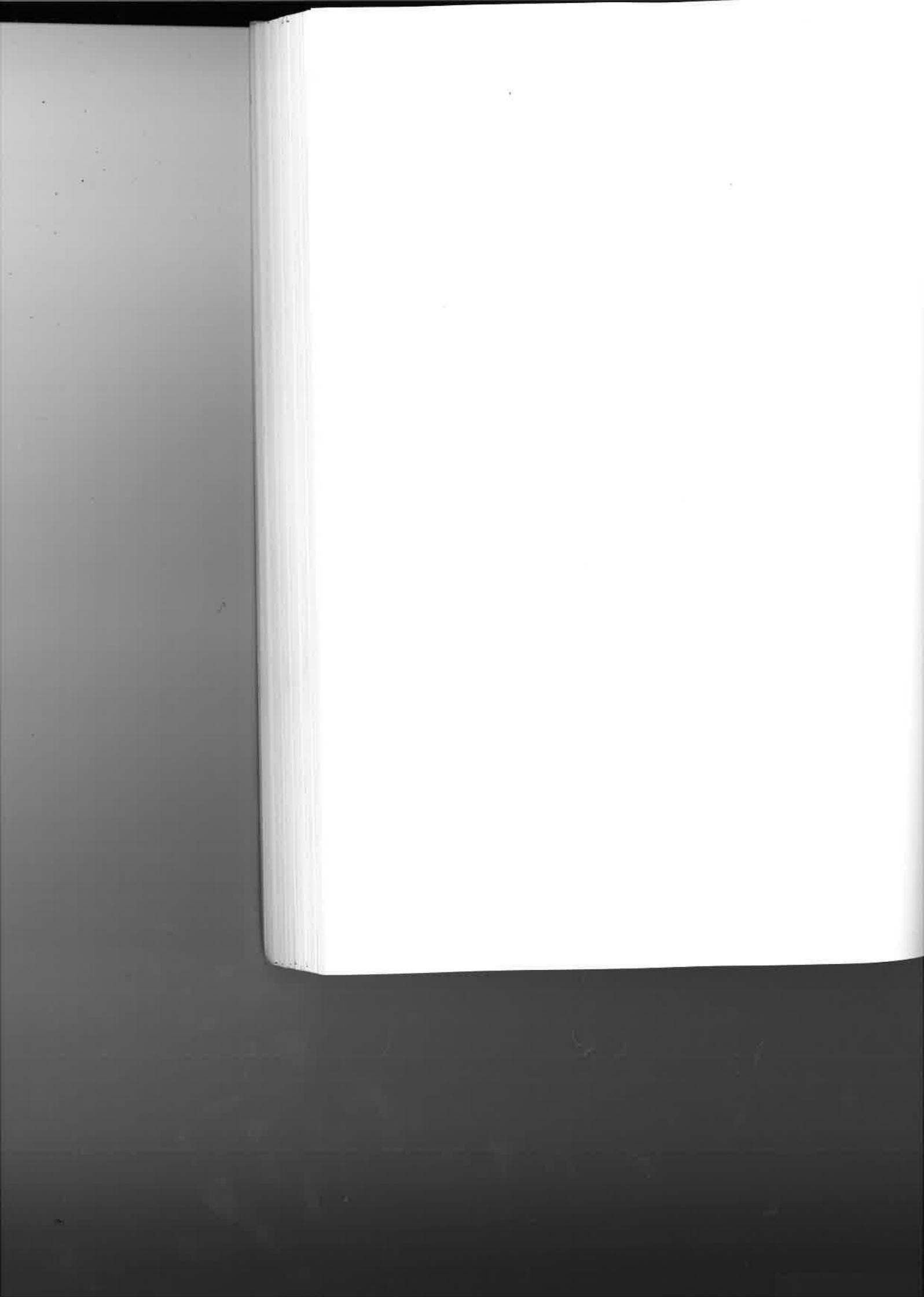
El eco repetía sin descanso: Pilar, Pablo...

Pilar y Pablo entre ellos, símbolos de bondad.

Puerto Real, junio de 1.994.

LA VAQUERA

*A José Antonio Menacho Alvarez
mi amigo de Grazalema.*



La Vaquera era una perra que llamaba su atención por su buen tamaño y la cortedad de su rabo, que se debía a ser hija de pastor alemán y de perra de aguas; el resultado era estético porque su color marrón y ocre, el lunar blanco en una pata y los zapatitos blancos, ofrecían una linda estampa.

La historia de Vaquera fue corta y ejemplar; su pareja fue siempre un pastor alemán, por los que sus retoños fueron valiosísimos para la caza.

Nueve veces parió y nunca le dejaron de compañía ningún hijo; todos fueron vendidos o regalados.

La Vaquera tenía el instinto maternal muy desarrollado; de poder hablar nos diría lo que sus ojos querían gritar:

« Fueron ocho cachorrillos la primera vez; yo era muy jovencita, pero supe al sentir el primer dolor que mis hijos querían salir al mundo; me busqué un rinconcito en la estancia de los corderos; era una habitación de suelo blando; a mi rincón llegaba una suave luz que a la noche se volvía débil si faltaba la Luna en el cielo; aquella vez la Luna estaba grande, redonda y limpia de nubes; no me hubiera hecho falta la

luz, porque mis ojos estaban habituados a la oscuridad; cuando salió de mí cuerpo el primer hijo le ayudé con mi boca a entrar en la vida; se deslizó suave como un envoltorio de seda y comenzó a moverse nervioso y torpe y yo le pasaba mi lengua por todo su cuerpo mientras salía el hermano con el que hice lo mismo; ocho veces tuve la sensación de partirme en dos por el esfuerzo tan grande; ocho tripitas corté y arreglé para hacerlos independientes de mi cuerpo; ocho seres de mi carne gemían entre mis patas y a los ocho los amparé en mi regazo; los ocho chuparon de mis tetitas y a cada chupada, algunas torpes porque no las veían y hurgaban con sus hociquitos, blandos y húmedos hasta tropezar con el pezoncito que esperaba terso henchido; a cada chupada me estremecía de placer olvidándome de los dolores sufridos; solo tenía el disgusto de no haber podido prepararles una mullida cama con pajas y hojas secas.

La Luna se asomó por el ventanuco y estuvo allí quieta un rato, como asombrada, tocando todo con sus rayos blancos y lo que yo adiviné en la oscuridad me pareció claro y fácil; eran mis hijos, mis cachorros de cabezota gorda y capa negra y ninguno se adornaba con lunares o bolitas blancas, porque eran puros como lo era el padre; el orgullo me hinchó el pecho.

Fuimos felices unos cuantos días en los cuales no quedó ni uno sin recibir visitas; yo era madre por primera vez y que alabaran mi camada me proporcionaba un goce que nunca había sentido; que dijeran con entusiasmo señalando a uno más pequeño, me hacía suspirar, que era como si les diera las gracias.

- Aquel es el que me gusta a mí porque es el más despierto, el que se mueve más...

Pero si se movían todos y jugaban entre ellos con mi panza, siempre tan turgente; me daban bien de comer y decían los humanos que era para que los cachorros se criasen fuertes y los pudieran destetar.

Supe lo que era destetar; dejar que sus boquitas no agarrasen mis pechos, dejar de mamar, dejar de que ellos me hicieran feliz, porque yo, a cada chupada sentía que eran besos en mi panza y el corazón se movía como si en él recibiera los lametones.

- Pues a mí me gusta más la perrita porque su cabeza es más chiquita y además parece tranquila...

- ¡Pero donde se ponga un macho...!

Yo escuchaba atontada sin darme cuenta de lo que aquellas gentes pensaban hacer, hasta que llegó el mal día. Había salido a estirar las patas pues los críos lo que hacían era chupetear, así que, los dejé solos y pensando que poquito a poco saldría con ellos a la calle donde disfrutarían más que en la estancia porque darían las carreras más largas.

A la vuelta tuve una sorpresa: el más fuerte, el que mamaba a chupetones, no estaba con los hermanos; estos parecían asustados; la niña, la de la cabecita más pequeña que además parecía la más formalita de la camada, cosa que no era cierta porque era un diablillo travieso cuando no había personas que nos mirasen; pues ella, mi niña, estaba acurrucada temblando lejos de nuestra habitación, en el rincón más oscuro de la estancia.

- ¿Qué le habéis hecho a mi cachorrita?

Todos a la vez, dijeron que no sabían por qué estaba disgustada, pero la otra cachorra, (dos hembras me nacieron y seis machotes) que es muy lista y muy observadora, (en eso se parece al padre), me dijo:

- Tiene miedo.

No le di importancia a su comportamiento creyendo que era un juego más y seguí preguntando por el hermano; lo llamaba y lo buscaba entre la piara de corderos que todavía estaban recogidos; subí a un pesebre por si acaso estaba dentro y no podía salir de él; fui al patio; busqué por toda la casa y escuché que Roque, el amo, decía señalándome:

- Está buscando a Ton.

Ton era el nombre que decían cuando iban a vernos las personas; entonces me acerqué a Roque y me quedé mirándolo fijamente queriéndole decir: - ¡Por favor, dime donde puedo encontrar a Ton, que es muy

pequeño y no sabe todavía de los peligros que nos acechan porque nunca ha salido de la casa...

Roque miró a otro lado e hizo como que no me veía y fue entonces cuando alargué mi pata y se la puse encima de la rodilla sin dejar de mirarle a los ojos, diciéndole con los míos: - Dime donde está Ton...

Dulce María, la niña de Roque, se acercó también a él y suplicó:

- Papá, háblale a la Vaquera, que te lo está pidiendo...

- Está bien, está bien - dijo levantándose.

Instantáneamente me alegré y comencé a darle las gracias moviendo el rabo, pero enseguida lo metí entre las patas para aguantar el dolor que me producían sus palabras, que quiso en vano falsearlas con el tono de voz:

- Ton ya no está con nosotros... Ton tiene amo... a Ton le darán un biberón y lo acostarán en un cestito abrigado con telas...

Y como seguía mirándolo fijamente con mucha tristeza, porque comprendí que me habían robado mi cachorro, fingió enfadado y con malos modos me echó para la estancia.

Dulce María decía:

- ¡Qué pena, papá, que pena lleva la Vaquera!

Tanta era mi pena que me quedé a la puerta de la estancia para que mis niños no se dieran cuenta de que yo estaba como los humanos cuando tienen una desgracia, a punto de desmayarme; me rehice y fui hasta el rincón donde esperaban apelotonados mis siete hijos; no había Luna pero yo sé que mi cachorrita, la de la cabeza pequeña, buscaba con sus ojos los míos; tuve que sosegarlos a todos fingiendo tranquilidad.

- Ton está durmiendo en una camita, muy abrigado con ropas viejas y le van a dar una tetita que llaman biberón... Le dicen Ton ¿lo sabíais?

Habló mi cachorríta:

- A mí me llaman Diza.

- A mí León.

- A mí Negrita.

- A mí Rayo.

- A mí Tuno

- A mí Tigre.

¿Cómo no me había dado cuenta de aquello? ¿Es que a todos se los iban a llevar a tomar biberones y a dormir en cestitas calientes? Me tendí en el rincón y coloqué mi panza para que ellos la gozaran; no quería hablar, ni que ellos me hablasen en su inocencia, de la desgracia que se nos venía encima.

Desde entonces no quise separarme de ellos, pero tuve que hacerlo para buscar comida, pues en la casa a las horas de comer cerraban la puerta de la estancia y no podía salir y luego, cuando la abrían, no encontraba por ningún sitio ni un mendruguito de pan, ni sobras, ni huesos; pensé que tendría que robar porque sin comer no tenía leche en las tetitas; procuré salir y volver en seguida y lo que temía: me faltaba otro; esta vez mi cachorrilla Diza, la alegría de la camada, la juguetona... ¿para qué iba a buscarla? Me dirían lo que me dijeron cuando Ton; me tracé un plan: saldría antes de que el sol quisiera asomar por las montañas; estarían todos durmiendo; saltaría la tapia del corral y comería lo que encontrase en las bolsas de basura que estaban a las puertas de las casas.

No me separaba de ellos, pero... No tenía ni un momento de tranquilidad porque empezaron las visitas a diario para vernos; yo ladraba amenazadora y enseñaba los dientes y ellos decían;

- En un descuido...

¿En qué descuido fue? Que me pareció que no había nadie extraño en la casa y salí un momento para buscar una esquina y desaho-

garme... ¡Dos me quitaron! ¡León y Negrita...! Aquella noche vino Roque con un látigo porque yo no cesaba de aullar. Y callé. Ya siempre callé; por eso se atrevían a acercarse con malas intenciones, aunque yo les enseñara los dientes.

Me quedé, al cabo de los días, solo con Tuno y los dos salíamos a pasear, ya tranquila porque nos habían dejado en paz; hasta que un día, cuando volvíamos los dos de dar vueltas alrededor de la casa y entramos para beber agua fresca, nos esperaba dentro Roque y otro hombre con apariencia de cazador.

Roque tomó a Tuno en sus brazos, le pasó la mano por el lomo y le cogió el hocico; Tuno agradecido, le correspondía con bocaditos en los dedos y era como si se estuviera riendo; pero yo no me reía porque no me fiaba de mi amo que estaba diciendo:

- Tuno es de pura raza y va a ser el mejor cazador de la sierra de Grazalema... Obedecerá siempre; te servirá toda su vida...

Cuando Roque puso en las manos de aquel hombre a mi Tuno, terminó diciendo:

- Te regalo el perro.

Y yo ni me moví, ni enseñé los dientes, ni siquiera un movimiento de pena, porque Roque era mi amo y yo aceptaba de él lo bueno y lo malo porque lo quería mucho.

Aquella noche no fui a la estancia; me quedé guardando la casa, cumpliendo mi obligación; dormí sobresaltada pero me conformaba a mí misma diciéndome que mis cachorros tenían amo y casa y podrían ser felices.

La Vaquera parió cuatro veces más y de cada vez sufría el mismo despojo.

Amaba profundamente a Roque y acabó por no oponer resistencia al parirlos ya que estaba convencida que de nunca serían suyos los cachorros; se dejaba robar sin dejar de sentir las mismas angustias ya presentidas, en cada preñez.

Para Vaquera, los años, que iban pasando adormeciendo impaciencias y celos, no calmaban su instinto maternal y se entusiasmaba con las crías ajenas como si fueran propias y se acercaba a ellas con mucho cariño, porque ni los arrumacos de Dulce María, ni los plácemes de Roque saciaban sus ansias de cuidar seres indefensos.

Ya había cumplido los nueve años cuando pudo satisfacer los placeres de la maternidad, por ella intuidos.

Fue así:

La estancia albergaba cada vez menos corderos; un día se vendieron todos menos una que estaba preñada. Todos los días la sacaban al campo, hasta el mismo día en que parió un corderito que trajo en brazos el zagal que la cuidaba, al volver a casa; era precioso, de capa blanca y las patas y el rabo eran negros y marrón; la entrada del zagal con la nueva criatura fue muy celebrada.

La Vaquera, atenta al acontecimiento, no dejaba de hacer sus entradas en la estancia y pasaba ratos acostada en el rincón, que fue su alcoba, observando el rabo del corderillo que no dejaba de moverse mientras mamaba y que quedaba quieto al dejar de chuparle a la madre; y vuelta a mamar y vuelta a mover el rabito...; a la Vaquera le gustaba el espectáculo y la compañía de los dos animales; los tres eran amigos; al campo, juntos; en la estancia, juntos; formaban un familia plácida y feliz.

Pero un día...

El corderito quedó solo y balaba triste; la Vaquera se sintió protectora: - Aquí no se llora; si te quedas sin madre yo haré sus veces y ya verás como sabré cuidarte...

El corderito cumplió dos meses; seguía precioso, juguetón y temerario; quería triscar y, como las chivitas, subir a los peñascos aunque era asustadizo, cobarde y no sabía defenderse, porque además, la Vaquera no le dió ocasión de hacerlo, ya que ella estaba siempre alerta al peligro. El corderito era el hijo que nunca pudo conservar y por eso volcaba en él todo el caudal del amor maternal que conservaba intacto.

Aquella tarde, bajo las moreras, estaban los dos custodiados por el joven amo José Antonio, un muchacho despierto y ágil, que se había detenido en aquel paraje de ensueño, solo alterado por la proximidad de la carretera. José Antonio estaba distraído hablando con una señora forastera que le preguntaba por las costumbres de aquellos animales.

- Duermen juntos; siempre están juntos y la perra es como una madre para el cordero.

En aquel momento, pasando rápido un coche, intentó el corderito atravesar la carretera y la Vaquera dió un salto plantándose delante y le ordenó replegarse; el peligro, gracias a la rapidez de la perra, había pasado, pero se presentaba otro y más difícil de salvar, porque la Vaquera, dada su edad, tenía ya muy mermadas sus facultades físicas y al perrazo que bajaba por aquella pendiente con el deseo impreso en su actitud de atacar al inocente corderito no era fácil hacerle cambiar de idea.

Abiertas las manos, apretados sus dientes y saltando como loca, parecía decirle al enemigo:

- Como le toques a mi niño te despedazo...

El perrazo, ante la actitud de Vaquera, cambió de intención y dando media vuelta tomó otro camino. No se le notaba el rabo.

Ella ladró con suavidad y se ovilló bajo la morera sin dejar de observar al corderillo juguetón.

- Juega tranquilo que tu madre vigila - habló la perra.

- Estoy muy contento - dijo él.

Ella había dicho: - ¡Guau...!

Y él: - ¡Beee...!

Paula Contreras
Grazalema 95

LA CODORNIZ

*Para Francisco José Caballero
recordando nuestro feliz encuentro.*

Pues, señor, érase una vez, que un niño y una anciana se conocieron en un pueblecito de la sierra Cádiz a donde ambos fueron a disfrutar de unos días de descanso, hospedándose en la misma fonda. El niño con su familia y la anciana sola.

Era ella como todas las ancianas: pelo blanco, hombros encogidos, arrugas descaradas, ojos opacos y andares lentos encubriendo torpezas; se pasaba las tardes sentada, junto a la chimenea, indiferente a cuantos residentes en la casa entraban o salían del salón, y llegada su habitual hora de descanso, se levantaba, recogía sus cosas - libros y periódicos - y se despedía cortésmente.

Pero aquella noche...

Cuando estaba a punto de salir del salón, se volvió rápida porque había sentido como si alguien la llamara; era una llamada poderosa e invisible; vió destacado en un grupo familiar a un niño que le sonreía con sonrisa de antiguos amigos. ¿Quién era el niño? Se acercó y le preguntó:

- Te llamas Alvaro ¿verdad? - no supo nunca porqué dijo ese nombre.

- No. Me llamo Francisco...

- Tenemos el mismo nombre, yo me llamo Francisca.

El había continuado;

- ... José Caballero, Francisco José Caballero Ancha

- ¡Qué bonito nombre!

Y no cruzaron más palabras. El niño quedó en el salón y ella se fue a su cuarto para dormir y descansar; esto último sí lo hizo, pero dormir...; aunque cerraba los ojos con la esperanza de abrirlos al amanecer, los abría enseguida como si una luz fortísima y extraña irrumpiera en la habitación; la luz que regularmente entraba en el cuarto procedía de una farola de la calle y su claridad dejaba ver las estrellas; a ella le gustaba mirarlas y disfrutaba sobre todo cuando la Luna se empinaba sobre los picachos de la sierra y plateaba las fachadas de las casas; también le gustaba escuchar a los perros que pasaban la noche en los llamados corrales y molestaban a los huéspedes; a ella se le figuraba escuchar a su perra-loba, que siempre durmió junto a su cama y por la mañana la sacaba a pasear a un bosque de pinos que llaman Las Canteras y disfrutaban las dos. Esa noche le costaba trabajo dormir porque al cerrar los ojos, los abría rápida porque le parecía como si un relámpago iluminase la habitación y le calentara los párpados; pero todo seguía igual: la luz de la farola, el ruido de un coche que subía la calle y después, silencio otra vez; alarmada salió de la cama para mirar por la ventana; tras los cristales las hileras de casas amontonadas, unas encima de las otras, destacadas sus chimeneas, hasta llegar a los llamados corrales; luego la arboleda; después la sierra recortándose como un grueso cartón sobre el cielo, tamponando las estrellas, y las que quedaban libres se destacaban, espléndidas por el azul, en un juego de deliciosos guiños.

Y Francisca comprendió: aquel juego de las estrellas era el mismo que el de los ojos de Francisco José Caballero, el lazo invisible que los había unidos salido de un chispazo. La anciana y el niño tenían algo en común y pensando esto pudo al fin dormir y soñar.

Hasta la noche del día siguiente no pudieron encontrarse de nuevo.

Ardían los leños en la chimenea y como eran viejos - cinco años llevaban en la leñera aguardando el momento de poder consumirse, porque la vida separados de aquellos árboles que le dieron el sustento de su savia, que le proporcionaron el fruto y el ramaje donde anidaron pajarillos, se posaron mariposas, se alimentaron insectos, los besaba el rocío y el sol cada mañana, los bañaba la lluvia...- Era entonces su vivir un servicio y una dicha; la dicha la truncó el hacha del hombre y el servicio esperaba la leñera; cinco años amontonados notando que poco a poco la savia se iba fundiendo con la dureza del cuerpo de madera; cinco años esperando ser fundidos por el fuego en servicio de los humanos: la vejez, con la escolta de su sequedad proporciona una muerte rápida.

- Ya no calienta la chimenea; se ha consumido la leña - reparaban los huéspedes que llegaban de la calle ateridos de frío.

Y otros: - Pues hace muy poco echaron más leña.

- Son muy viejos los palos.

Y uno de la casa: - Mi padre compró esta leña hace cinco años.

La anciana había escuchado este diálogo muchas veces porque los huéspedes se renovaban casi a diario; aquel niño era uno de los más recientes.

Estaba ella atizando la candela, porque según decía le encantaba el baile de las llamas, se acordaba del gaditano Manuel de Falla y allá muy adentro de su cerebro escuchaba la Danza ritual del Fuego.

Se miraron los dos a los ojos; en los del niño había llamaradas de luz y temblor de estrellas. Y sintió que se estremecía su corazón; aquel niño...

- Abuelita - había exclamado abrazándola con cariño y dándole sonoros besos en la frente y las mejillas - tú eres mi abuelita.

Ella pensó que al niño le faltaban sus abuelas, pero se enteró, por los padres, que gracias a Dios las conservaba.

- Yo tengo muchos nietos, pero me gusta mucho que me digas abuelita.

- Cuéntame un cuento.

Y ella le contó un imaginado mundo maravilloso y él escuchándola y atendiendo a la vez a un concurso de la tele. Así pasaron la velada y fue muy difícil la separación porque Francisco quería dormir en el cuarto de ella para seguir juntos; no le dejaba marchar hasta muy vencida la velada y tras otra rociada de besos por la cara, manos y ropa.

Esa noche había en su cuarto una luz, la de los ojos de Francisco que parecía llevarlos dentro de ella misma alegrando su vida porque la amistad y entrega del niño había envuelto con un unto maravilloso cual savia de ilusión que refrescaba su vida. Francisca sabía que la felicidad la lleva y regala la inocencia y el amor.

Y también sabía que la felicidad es fugaz.

A la mañana siguiente se enteró que el niño se marchaba y fue como todas las despedidas muy triste. Francisco no quería irse; él se quedaría con su abuelita porque la quería mucho...; y vuelta a los abrazos, a los besos y a cogerla por la cintura; ni súplicas, ni órdenes conseguían convencerlo de que debía partir para un campo de Jerez, ni siquiera cuando le recordaron que allí tenía de regalo una codorniz...

- Si tu subes ya al coche te escribiré un cuento que yo sé de una codorniz...

Y cuando por fin pudo arrancar el coche con él dentro no dejaba de mirarlo, y de enviarle besos tras los cristales.

LA CODORNIZ PÍPI

Me llamo Pípi que quiere decir canto de amor. Llegué de África en primavera y aunque era flaca estaba en plena juventud y preciosa con mi pico de color oscuro y mis plumas de color pardo; pero atravesar el Estrecho es muy difícil; ya estaba tan cansada que no podía seguir volando y me acurruqué en el suelo sin saber qué podría hacer

para continuar el viaje y no morirme de hambre en el camino; al paso me recogió Eolo diciéndome;

- ¡Uf, uf, uf...! ¿Vas para España?

- ¡Pípipípi! - contesté yo.

- ¡Uf, uf, uf! Levántate, abre las alas, métete en mi manga y yo te llevaré, pero que sepas que allí esperan hombres con escopetas que os matarán...

- ¡Pípipípi! - así le contesté agradeciéndole el favor.

Me salvé con otras que me contaron cosas terribles: que éramos cazadas para matarnos y comernos; que a los polluelos los llevaban a granjas para engordarlos y venderlos para alimento; que había fábricas donde una vez matadas nos guisaban, nos metían en latas y nos vendían para ser comidas en cualquier momento; que a otras las enjaulaban para después servir de reclamo a la pareja... ¡qué horror!

Yo tuve suerte; quedé en un campo muy llano y enseguida busqué sitio para el nido y canté llamando a un macho porque había que preparar con tiempo el hogar para la llegada de los polluelos.

Pronto me contestó: - ¡Pípipípi, viviremos juntos!

Y dando unos vuelos cortos se acercó a mí; era precioso, tenía el cuello más grueso que el mío y una especie de collar de plumas negras y tres bandas largas que comenzando en el nacimiento del pico se extendían sobre la cabeza hasta el fin del pescuezo, las demás plumas eran como las mías de color pardo. Entre los dos empezamos hacer el nido, tierno, oloroso y discreto, los dos juntos descansábamos del trabajo que nos ocasionaba la búsqueda de la comida y cada día que pasaba se nos notaba en las pechugas y en las patitas; los dos muy juntos, mi pico descansando en su cuello tan ancho y plumoso, decíamos:

- Pípipípi, nos cuesta trabajo alzar el vuelo porque ya nos pesan las carnes...

¡Éramos tan felices! ¡Jugábamos tanto correteando por los sembrados! A veces, al sentir el peligro de la cercanía de humanos y perros, cada uno nos íbamos por un lado y nos aplastábamos sobre la tierra escondiendo la cabeza; pasado el peligro volvíamos a nuestro lugar y continuaban gloriosas nuestras caricias y la suavísima melodía de nuestro cantos... Aquella felicidad duró tan poco tiempo que no dió ocasión a formarse en mí la iniciación de otras vidas...; fui cazada en pleno goce de lícitos amores... Había quedado agazapada formando parte de la tierra, apretadas las alas al lomo y escondida la cabeza; hablaban hombres y gañían perros: arrebujada y temerosa no podía impedir el temblor de mi corazón que hacía moverse mi pequeño cuerpo como si Eolo estuviese levantando mis plumas.

Sentí que me tomaban y sostenían en alto; el aire entonces y el aliento del hombre que me había atrapado fueron como bocanadas de fuego que me pareció derretirme y que iba a desaparecer.

- ¡¡Una codorniz!! ¡He cogido una codorniz! - gritaba triunfante.

Yo había cerrado los ojos y dejé de temblar en la creencia de que ya estaba muerta y que pronto me desplumarían porque sabía todos los horrores que los hombres hacen con nosotras.

Cuando reaccioné me di cuenta que me acariciaban los lomos y la pechuguita; la puntita de mi cola recordó las caricias de mi pareja; abrí los ojos queriéndolo ver en vano: él no estaba allí; ¿Qué había sido de él? ¿Y qué iba a ser de él sin mí? ¿Qué pasaría con sus planes de padre que tan feliz le hacían? Aquellas conversaciones tan venturosas en la esperanza de que entre los dos llenarían el nido de huevos, quince o veinte, blanquitos y pequeñitos que incubarían también entre los dos...

- Tráete la jaula dorada - ordenó el hombre sin dejar de pasarme la mano por el cuerpo con suavidad - y llamad al niño Francisco José para que vea el regalo que le voy hacer.

En la casa de campo había mucha algarabía; hablaban todos a la vez y reían gozosos; cuando llegó el niño ya me habían metido en la jaula y me entregaron en sus manos; mi pena era tan grande que no me atreví a mirarlo cuando me colocó en el alféizar de una ventana por la que asomaban flores, árboles y un extenso y prometedor campo de

trigo; con agilidad de pájaro había subido a la ventana un enorme gato que me miraba codicioso y que intentaba meter sus garras entre los alambres de mi cárcel; quise volar para defenderme y mi cabeza chocó con el techo de la jaula y al golpe caí desmadejada y temblorosa.

Ahuyentaron al gato. El niño dijo:

- Pípi, no tengas miedo que no te van a comer - y añadió con mucha firmeza: - Nadie te va a comer.

Las palabras de Francisco José con ser tan rotundas no fueron tan eficaces como su voz, y esa voz, al notar que colgaban en la pared la jaula tan alta que el gato no podía darme alcance, me tranquilizó aunque seguía atormentándome el destino de mi pareja ¿Cuándo volveríamos a juntarnos en el nido o en la jaula? En la jaula había sitio para los dos y para incubar los huevecitos tan chiquititos...

No lo he vuelto a ver pero sí a oír porque seguramente anda y vuela buscándome porque le oigo llamar: - ¡Pípipípi...! Y a veces le contesto y me callo enseguida porque me irrita que las personas exclamen con alegría:

- ¡La codorniz está contenta...! ¡Le gustará saberlo a Francisco...!

El niño había marchado con sus padres a Grazalema. Tal vez él pudiera entender mi voz y sabía que no puedo estar contenta porque me falta la libertad y el amor de mi macho. Tengo aire para respirar, cielo para ver, campo para envidiar y cárcel para llorar.

Llorar, observar y aprender. Los hombres se ufanan de sus artes para cazarnos y las mujeres de las suya para condimentarnos; unos y otras rivalizan en ardides y sutilezas; no nos valoran por ser unas bellas criaturas del poder divino, un adorno de la naturaleza que cantamos al Amor.

Podría sentirme segura y a gusto, solo que Eolo, sin querer, me ha hecho daño haciéndome oír lo que hablaban bajo el emparrado; los seres humanos que llaman mujeres; ellas hablan mucho y presumen mucho; aunque hablaban bajito, estaba aquel día Eolo un poquito fuerte y supe que hablaban de mí porque además no dejaban de mirarme...;

ojalá no hubiese escuchado porque aquello fue tan terrible que me cortó la respiración, se abatieron mis alas hasta tocar el suelo de mi prisión y mi colita quería esconderse entre mis patitas; aquellos seres despiadados se entusiasmaron apostando quién de ellas aderezaba mejor las codornices... ¡qué horror! ¡suerte tenía mi pareja de no saber qué destino era el nuestro!

« - ... hay que comerlas lo más rápidamente después de cazarlas.

- Como están mejor es asadas.

- ¡Pues anda, que en nido de patatas paja...!

- Pues, y en cacerola...

- ¿Y en pimientos?

- ¿Y en salsa?

- ¿Y guisadas? »

¡Dios mío, Eolo, agáchate y no soples que no puedo sentir este martirio! Pero Eolo había tomado tal fuerza que le fue imposible amainar y tuve que seguir oyendo:

« - ... se despluman, se flamean con alcohol para quitarle la pelusa, se vacían y se salan... »

No sé lo que pasó después; me había acurrucado queriéndome fundir con la jaula y cuando quise darme cuenta de lo que pasaba tenía los bebedores taponados con los cuerpos de las avispas.

Una mujer gritó: - ¡Como las avispas se lían a picotazos con la codorniz la van a matar y nos la tendremos que comer sin haberla engordado antes!

Entonces comprendí que no por bondad cuidaban de mí sino por un interés malsano: por el placer de gula que tantos males acarrea; y me propuse dejar de comer para no engordar; pero sin comer moriría y yo no quiero morir porque la vida, aunque sea encerrada sin poder correr

por los campos, cambiar de sitio buscando comida, agua y compañía y poder cantar llamando al macho o a los pollos, si ya los hubiera, la vida es bonita y está adornada de ilusiones y esperanzas; me gusta vivir.

Hablaban ellas:

- Este pájaro está triste y apenas come.

- Y no canta.

- Pues tenemos que tener cuidado no se nos vaya a desgraciar antes de volver el niño.

Vendrá el niño y ¿qué hará conmigo? ¿querrá amaestrarme como dicen que hacen en las granjas? ¿me sacará de la cárcel? ¿podré volver a Africa libre y sana? ¿me ayudaría otra vez Eolo a pasar el Estrecho? ¿o me veré en el peligro de tener que descansar a trechos sobre las aguas y alzar una de mis alitas que sirva de vela? que eso es muy difícil porque mis plumitas no están preparadas para el agua y me ahogaría... ¿qué será de mí?

Cuando más preocupada estaba en esto pensamientos, algo ocurría en la casa; no había oído el ruido del coche, así fue una sorpresa, oír la voz preciosa, porque es alegre y dulce a la par, cuando dijo...

- ¡Es mi codorniz! ¡Yo la cuidaré!

Y los mayores me alcanzaron y me colocaron encima de una mesa a la cómoda altura del niño y yo en vez de encogerme hasta hacerme una bola, estiré las patitas, aleteé con suavidad, levanté el pico y ... ¡ay los ojos del niño! me pareció ver en ellos brillos de rocío y rayitos de sol; le dije: - Pípipípi...

Se alborotaron los mayores y decían que era la primera vez que yo cantaba y eso que no entendían lo que yo le dije al niño: - Me gusta; porque tus ojos son de niño bueno...

Y de verdad que era bueno el niño; cuidaba de mi y pasaba muchos ratos mirándome. El niño podría darme la libertad perdida; lo estaba proponiendo.

- Si la sacamos de la jaula se irá y puede ocurrir que algún cazador la mate.

- No, no, no...; entonces no - suplicaba el niño.

Y yo le dije: - Pípipípi... - y no supo que yo le suplicaba: - Déjame buscar a mi pareja y que nos maten a los dos...

Quedé en la jaula esperando no sabía qué; pasaría el tiempo envidiando a todos los pájaros; llegaría el frío y el viaje de vuelta que no podría hacer; cantaría de vez en cuando para saber que estaba viva.

El niño volvió a su casa de Jerez y el campo me pareció entonces sombrío; no volví a cantar; Eolo no me olvida y me trae noticias de mi familia.

- Ya han levantado el vuelo muchísimas para Africa...; van gordas, pesadas y lentas y las tengo que ayudar...; muchas quedaran en el camino acechadas por las escopetas de los cazadores, otras morirán ahogadas...; tú estás aquí segura y al niño lo tienes muy ilusionado y te quiere...

Me ha hecho comprender que la conformidad es un bien generoso; sin libertad y sin mi pareja he de vivir desde ahora, pero a cambio poseo otra dicha; la amistad y cuidados de un niño bueno que tiene en los ojos luz de estrellas y rayitos de oro.

Paula Contreras
Puerto Real 26-6-95

GRANJA DE SAN FRANCISCA

*A la familia G^a Naranjo
con mi admiración.*



La granja se distingue perfectamente desde el Asomadero.

El Asomadero es un enorme balcón sobre un tajo y en él se disfruta de un paisaje de ensueño y se aprecia la capacidad de una parcela cercana a la carretera, que nos llevaría a Ronda o a Villaluenga y Ubrique, con algunos árboles, un pozo y estancias con techos de uralita para cobijar el ganado, que era vario y abundante. Había yeguas, mulos, caballos, vacas, cabras, conejos, gallinas, pavos, perro y gatos.

Estaba la granja a un kilómetro de Grazalema y sus felices moradores formaban una idílica república, viviendo en paz y fraternidad, cosa que parecía imposible, ¿cómo dos fieros gatos, Abdull y Yayá, se iban a erigir en defensores del último huésped llegado? un perrillo de pocos meses que temblaba de miedo; lo tomaron bajo su protección para enseñarlo a vivir.

Jacinto, el dueño de la singular república, había perdido a Atila, un hermoso gato atigrado que salió de la cerca una fría noche, buscando sin duda una gatita con la que pudiera platicar de amores. La cerca era alta, pero salió por debajo de la cancela arrastrando la panza, cosa que le producía placer y le incitaba con fuerza a dar cumpli-

miento a sus inquietos deseos; cruzó los campos; merodeó por las casas aisladas de las afueras del pueblo, espía desde los tejados...; por fin en uno esperaba una linda gatita que le dijo con dulzura:

- ¡ Miau... !

Y él, tiernamente contestó: - ¡ Miau... !

Una Luna grande, redonda, descarada y curiosona, acompañó el idilio y nunca más se supo de Atila.

A Jacinto, el dueño de aquél paraíso, la desaparición de Atila, que había sido su orgullo de amo, le disgustó mucho y no descansó hasta encontrar sustitutos, porque fueron dos los gatos que ingresaron en la granja, bautizados con nombres árabes: el gato negro, Abdull y el blanco con manchas oscuras, Yayá, quienes a su llegada se impusieron como sultanes; hablaron y pactaron.

- Tú y yo; yo y tú.

Su intuición y sabiduría innata estaba clara; ellos serían los dominadores, porque las vacas tan grandes y fuertes por sus cuernos, tenían los andares parsimoniosos y las miradas asustadizas; los becerros eran tontos y quejumbrosos; los caballos eran altivos y presumidos; las cabras locas y orgullosas; las yeguas se creían las diosas del lugar por ser altas, macizas y tener la piel de lujo, y era verdad que resplandecían, pero ni Yayá ni Abdull sentíanse inferiores; ellos no hubieran consentido nunca ser amarrados por el cuello, ni montados por los «jacintos»; «jacintos» eran aquellos seres poderosos que dominaban a todos, que traían la comida, que amenazaban, que no eran capaces de maullar, ni relinchar, ni nada de nada, pero eran poderosos y cuando abrían la boca daban gritos. En el mundo había muchos «jacintos» que se creían superiores y que, sin embargo, dependían de ellos, de todos los animales, hasta de aquellos pequeñajos que llamaban gallinas, pavos, palomos, conejos, corderitos...

- Vamos a estar bien aquí aunque no hay gata a la vista.

- Ya nos apañaremos cuando llegue la necesidad.

- Es que las cosas hay que prevenirlas y no imitar a los «jacin-
tos» que se confían a la suerte. Vamos a dar una vuelta para que nos
conozcan en este cotarro y se den cuenta de quienes somos...

Sigilosamente entraron en el chivetín. Allí estaban mezclados
chivos y corderos, pacíficos y tranquilos en un mundo de silencio y de
ocio; una masa informe componían los corderos hacinados sin que se
pudieran saber a qué cuerpos pertenecían aquellas cabezas.

Por la viga que atravesaba el recinto de pared a pared, se desli-
zaban Abdull y Yayá como si un paño de terciopelo fuera pasando
guiado por manos invisibles; llegaron al rincón donde se agrupaban los
chivos; algunas movían la cabeza y se rascaban frotándola en el lomo
del más cercano. El negro, con malicia antigua, guiñó y dijo:

- Ahora, hermano...

Ambos estiraron las patas, se columpiaron en una sogá que pen-
día en el rincón y saltaron de nuevo a la viga.

Los chivos, enloquecidos de miedo, buscaron la puerta de salida
que no encontraban, taponada ya por la masa corderil, cuyos rabitos se
habían encogido hasta casi desaparecer.

Los felinos se montaron sobre la puerta cerrada en la abertura
que esta tenía cerca del techo; volvieron los infelices perseguidos, una
y otra vez, al rincón, lamentando con voces tristísimas su desamparo y
orfandad tan manifiesta.

Los felinos, llameantes los ojos, se atusaban los bigotes y se
felicitaban por la hazaña.

- Tú y yo.

- Yo y tú.

Un par de gallinas alborotaban como si hubiera un regimiento en
el gallinero; Abdull y Yayá conocían a esas aves y sabían lo dadas que
son a la publicidad del acto de aovar, como si fueran las únicas en el
mundo que tuvieran ese poder; y no debían tener tanto orgullo por

hacer un acto tan vulgar y corriente y pensar más en que de cada huevo podría salir un pollito que se encontraría sin madre sí, ...

- Yayá, dices cosas raras; de los huevos que se llevan los «jacintos» jamás saldrán pollos.

- Será como dices Abdull porque tú sabes más que yo.

Entraron en el apartado llamado gallinero y se subieron a unos palos; las dos gallinas, horrorizadas, abandonaron los nidales cacareando pidiendo auxilio al gallo, el cual, se limitó a alzar la cabeza hacia ellos, lanzando un quiquiriquí amenazador; ante eso, Yayá bajó del palo y persiguió al gallo que corría sin saber donde meterse; las gallinas a coro comenzaron a gritar y acudió un «jacinto» enarbolando una vara; corrido y triste, Yayá volvió al gallinero y subió al palo donde lo esperaba Abdull.

El «jacinto» blandiendo la vara dijo:

- Como os metáis con los demás que viven aquí, os deslomo a los dos - y se retiró sabiendo que los gatos aprenderían la lección.

Los dos hermanos simulaban dormir esperando que cesase la algarabía, pues a los cacareos y los quiquiriquies se habían unido los ladridos del perrillo, los balidos, los relinchos y hasta los chillidos de los conejos.

- ¿Qué pintan en este barullo esos cobardes? - se admiraba Abdull muy molesto con los conejos y luego amonestó a su hermano y le aconsejó; - Escucha, Yayá, antes de dar un paso, observa a tu alrededor; copia la astucia de los humanos... Nos haremos amigos de todos estos animales empezando por el perro...

- ¿El perro...?

- El perro...; es un infeliz que adora y obedece a todos los «jacintos» que andan por el mundo. Luego bajamos a buscarlo.

Lo hicieron así, cuando Jacinto y su hijo, terminados los trabajos diarios, recogieron las cosas y marcharon en el coche hacia Grazalema; ya el Sol iba trasponiendo detrás del Mahón y se hizo una luz blanca antes de que aparecieran las primeras estrellas; el aire era suave y

embalsamado; los pájaros daban sus últimas cabriolas; la tierra respiraba con fuerza.

El perro se había tendido al filo de la cancela porque sabía su obligación de guardián y cuando notó las suavísimas pisadas de los felinos, izó las orejas y esperó dispuesto a no dejarse atacar; era valiente, pero ¡dos gatos!. Toda su energía la empleó en que ellos no pudieran notar que su corazón parecía un tambor y esperó... Ellos le hablaron a distancia suficiente para ser oídos.

- Yo soy Abdull.

- Yo me llamo Yayá.

Y el perro contestó simulando tranquilidad:

- A mí me dicen Trompo...

- Queremos ser tus amigos.

- Por mí... - contestó Trompo completamente tranquilizado.

- Y queremos ayudarte en tu trabajo de cuidar de estas gentes - ofreció Abdull.

- Sí, - prosiguió Yayá - porque esto es muy grande y estas gentes no se dan cuenta de que por las noches pueden entrar aquí malos «jacintos».

- ¿Malos jacintos? - se extrañó Trompo: - Mis amos se llaman los dos Jacintos, mí ama Francisca y mis amitas Caty, Reme y Maricarmen y todos son buenos.

- Es que nosotros - aclaró el negro - llamamos «jacintos» a todos los humanos y tú sabes que algunos no son como los nuestros.

- Eso es verdad - contestó Trompo convencido.

- Por eso te han traído para que cuides de que no entre los malos en la Granja San Francisca y como es muy grande hemos pensado Yayá y yo que podremos ser amigos y ayudarte.

- Siendo así... - y Trompo movió el rabo con aire alegre - A mí lo que más me gusta es la amistad.

- Amigos para siempre y dormiremos juntos.

Los tres quedaron en montón palpitante junto a la cancela; los ojos de Trompo despedían una luz cálida; en los de ellos, la luz era tan brillante que punzaba.

La noche en el recinto, llena de paz; afuera se escuchaba el concierto del viento con la arboleda y las voces de los animales nocturnos.

Trompo respiraba confiado; el negro, cuchicheaba al hermano: - Mañana el primero que se asombrará al vernos juntos a los tres, será Jacinto.

Y efectivamente para Jacinto fue una agradable sorpresa encontrarlos juntos; acarició la cabeza de Trompo y miró con curiosidad a los gatos que ya se habían apartado a un lado con suma prudencia.

Más agradable y sorprendente fue para Jacinto y su hijo notar la armonía que al pasar los días, se notaba en la Granja San Francisca; por lo pronto, los conejos, que siempre corrían asustados a sus madrigueras al sentir pasos de hombres, andaban de un lado para otro como si el recinto aquel fuera de su exclusiva pertenencia; las gallinas y los pavos picoteaban por doquier; el gallo se paseaba altanero sin importarle pasar entre las patas de la yegua y de las vacas; las cabras compartían sus bebederos con todos; igualmente los mulos comían en pesebres distintos del suyo; los palomos no robaban, con solo bajar del palomar al suelo podían hinchar sus buches... ¡qué felicidad! ¡qué convivencia más democrata!

Pero Abdull y Yayá sabían que en aquel paraíso no se daba nada gratis y que los «jacintos» se cobraban con creces sus cuidados. A cambio de casa y alimentos, ellos, los animales aportaban leche, huevos, sus propias carnes y sus trabajos; allí estaban los mulos, prestando su fuerza; los conejos, su fina piel y sus apetitosas carnes; los corderos con sus valiosas lanas.; de todos se aprovechaban los «jacintos» menos de ellos dos, que vivían sin dar golpe, agasajados y queridos por todos

los de la granja...; bueno, las cabras se daban tono y querían rivalizar con ellos a fuerza de dar topadas al aire y de loquear; Abdull se subía al árbol y parecía un vigilante; a Yayá le gustaba descansar junto al pozo y sus alrededores, que también era el sitio preferido de las cabras, con la intención de amistar con ellas; Abdull había dicho:

- La cabra rubia está loca de atar.

Y era verdad que la cabra rubia estaba algo chiflada e inquieta más de lo acostumbrado; las otras también pero no al extremo de la rubia que además no cesaba de balar.

Abdull la evitaba y se reunía más con las gallinas a escondidas del gallo que parecía muy celoso; una vez, se acercó al nidal mientras una aovaba y le comentó después a Yayá que los huevos eran tan bonitos que le dió ganas de jugar, porque parecían ovillitos de lana como aquellos que su antigua ama les daba para entretenerlos y cuando le echó la garra dió la gallina tantos gritos que acudieron las otras, el gallo y hasta Trompo para defenderlas; claro que antes que ellos llegaran, él se había quitado de enmedio. Con las pavas apenas tenían relaciones pues parecía que no se enteraban de nada.

Al cabo de los días, la amistad con los conejos era bien visible porque hasta fueron invitados a entrar en las conejeras para conocer los nuevos gazapitos.

Los dos envidiaban a los palomos porque eran rápidos para alzar-se del suelo.

- ¡Claro ...! - observó Yayá - no tienen que levantar más que las patas.

- No es por eso, hermano, es porque en lugar de manos tienen alas.

Los palomos recelaban de los gatos y nunca dejaban el palomar solo, desde el día en que entusiasmados con la pitanza, bajaron todos ávidos y codiciosos paseando sus abultados buches en saltitos coquetones; cuando los más viejos subieron a reposar la abundante ración, se alarmaron al ver dentro a los dos gatazos; estos dijeron, melifluos:

- Estamos aquí de visita y hemos pensado...

Y como al parecer Yayá titubeaba, intervino el diplomático Abdull:

- Cuando nos acercamos para entablar conversación y quedar como amigos, siempre os vais a volar con un orgullo que no comprendemos, ya que tenemos el mismo amo y vivimos juntos...

Los dos viejos palomos escuchaban al filo de la puerta dispuestos a levantar el vuelo al menor movimiento sospechoso de los cortesés visitantes. Otra vez habló Yayá:

- Nosotros somos amigos hasta de los conejos que nos dejan visitar sus casas, y dormimos acurrucados con Trompo porque los tres somos guardianes de los demás...

- Y yo - continuó Abdull - me paseo montado en el lomo de la yegua...

- ¿Y no me habéis visto a mí jugar con los cuernos de la cabra rubia?

- Porque somos amigos y por eso queremos estar en el palomar para saber cómo es la vida aquí dentro...

Los dos palomos hablaron con los que abajo estaban formando un grupo esperando qué podría pasar; el mensaje fue atendido y mientras algunas palomas subieron a curiosear, otras, ya tranquilizadas, continuaron llenando sus bucheros hasta el rebose.

Abdull y Yayá hicieron buena labor para fomentar la unión entre los animales de la Granja San Francisca.

- Mucho mérito tenemos - comentaban subidos en lo más alto de la leñera, junto a las pacas de paja que llegaban en pila hasta tocar el techo - mucho mérito hermano, ¡tan abandonados los palominos! ¡qué buen atracón hemos desperdiciado!

- ¡Tuvimos que aguantarnos mucho...!

- ¡Qué mérito tenemos!

- Todo sacrificio es poco para mantener una amistad.

Se acomodaron encima de los leños y cerraron los ojos; parecían estar dormidos, pero un suspiro de Yayá, sobresaltó al negro.

- ¿Qué te pasa?

- Que tanto sacrificio bien merece un premio.

- Comemos a diario sin tener que buscarnos la vida ¿qué más quieres?

- ¡Ay Abdull, cuánto tiempo sin la golosina de un ratón...!

Abdull no contestó porque algo raro estaba pasando en la granja; de un solo salto se lanzaron al suelo y salieron al corral. A la puerta de la cuadra estaba el amo Jacinto y tres «jacintos» más que hablaban mucho y rodeaban a la cabra rubia que parecía asombrada de lo que estaba oyendo; ellos aplicaron las orejas y prestaron atención.

- ¿Dónde está el macho?

- En la furgoneta lo trae mi sobrino...

- ¿Querrán las cabras?

- Cuando lo vean se van a derretir de gusto; tú verás como no falla.

Al ratito, el ruido de un motor y la llegada de una furgoneta a la cancela.

Trompo se puso en guardia y los gatos también.

De la furgoneta bajaban un monstruo con unos difíciles cuernos que enseguida que vió a la cabra arremetió contra ella intentando montarse sobre su lomo con intenciones posesivas.

Y fue entonces cuando Trompo ladró desahogado pidiendo auxilio y los gatos se abalanzaron al lomo del macho cabrío, que ese era el monstruo, llevado a la granja con la misión de agrandar el censo. El macho no hizo caso de la acometida de los dos hermanos, aunque ellos le clavaban las uñas; los palomos no sabían qué estaba ocurriendo, pero ayudaban a sus nuevos amigos alborotando también con unas voces discordantes y broncas; el ruido estentóreo de las gallinas cuando se dieron cuenta de que aquello no iba con ellas y corrieron acobardadas a sus gallineros para quitarse del peligro escondiéndose; acobardado también, pero queriendo salvar su dignidad, quedó el gallo, y no muy visible, a la entrada del gallinero; igual hicieron los pavos; los conejos chillaban y corrían, tropezándose entre ellos, a esconderse; los patos se inmovilizaron; los corderos y los chivos, como las demás cabras, balaban todos a la vez, formando una banda sonora que insultaba los oídos de los «jacintos» y los de los mulos que pateaban como si le les acometiera un enjambre de tábanos; las vacas salieron al centro del campo, mirando sin comprender, o tal vez, recordando trances de un toro. Ni Trompo ni los gatos podían disuadir al macho cabrío de sus intenciones, ni ellos a su vez hacían caso de los «jacintos» que intentaban apartarlos para que la misión fuese cumplida, ¡ah! pero la yegua se interesó y acudió poderosa y terriblemente persuasiva.

- ¿Qué quiere ese malvado y feo bicho hacerle a mi inocente cabrita, que la va a aplastar...? ¡Fuera de aquí...! - parecía decir noblemente enfurecida.

Sus coces y bocados, amén de los arañazos de los felinos, los mordiscos de Trompo y los cuernos de las vacas que se animaron a luchar, puso la situación al rojo vivo.

Con la furia de la yegua y todo el cortejo revolucionado, no podría continuar el macho cabrío en la granja, so pena de perder su fortaleza y hasta su vida, pues las patadas podían dañarlo seriamente, así que Jacinto y el dueño del macho, pensaron que terminara el asunto y que llevarían las cabras a la sede del derrotado animal donde todo saldría bien.

Cuando pudieron los «jacintos» rescatar a la cabra y sacar al macho de la granja para trasladarlo en la furgoneta a su campo pareció que entraba el sosiego y que se podía respirar tranquilo.

La yegua y los mulos se retiraron; los palomos bajaron voraces a seguir picoteando; los patos se zambullían en sus bañeras, las cabras ramoneaban, los corderos asomaron en tropel a curiosear, los conejos sacaron sus cabecitas pero no se atrevieron a más, en cambio la pavada salió a pasear, y las gallinas iniciaron unos paseitos cortos alrededor de su jefe, quien subido en una hermosa piedra dijo, victorioso: - ¡Quiquiriquí...!

Trompo saltaba zalamero a sus amos.

A Yayá y a Abdull les dió por atusarse los bigotes después de presumir entre ellos, como siempre:

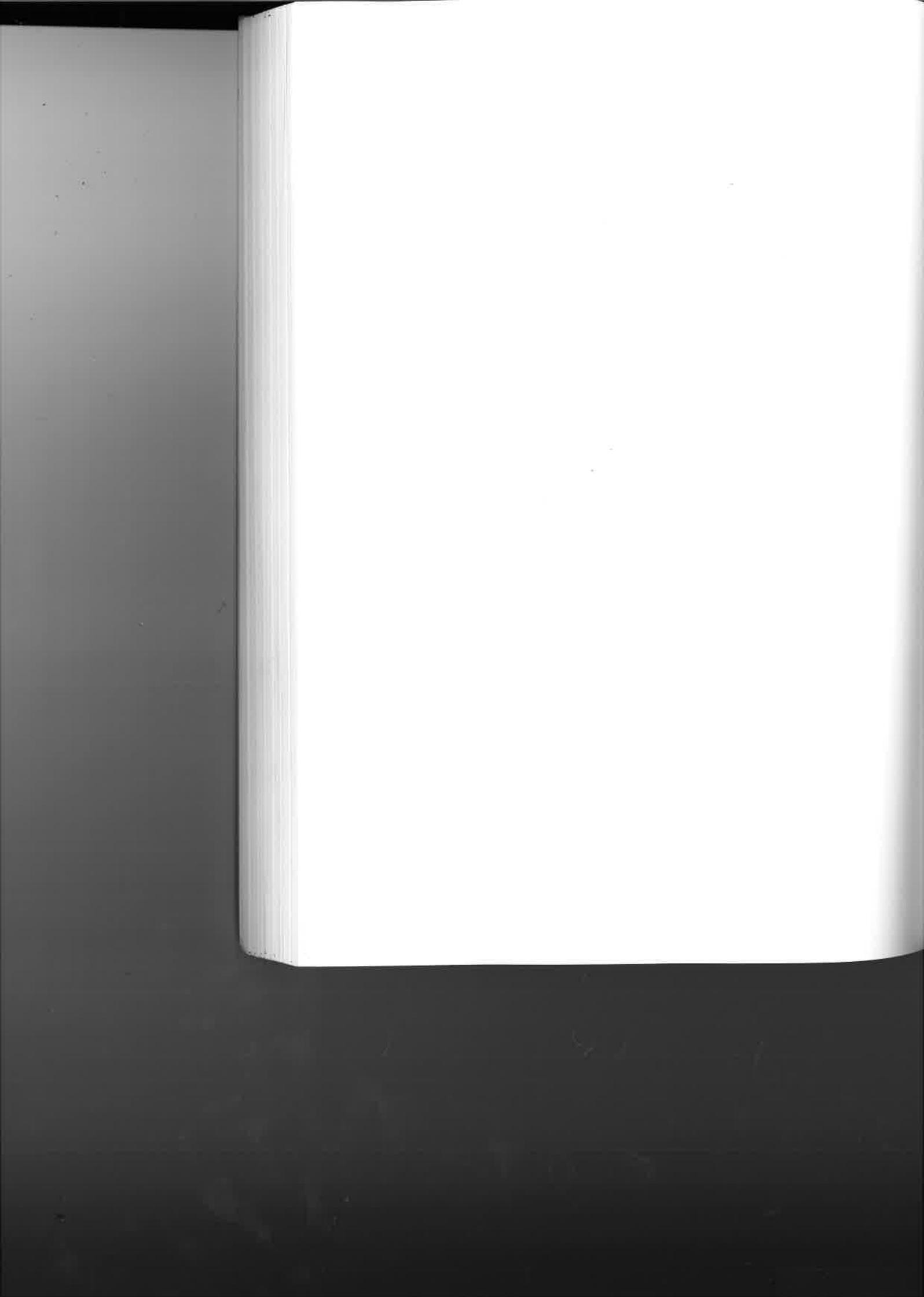
- Tú y yo.

- Yo y tú.

Miraban a su alrededor y se complacían por el triunfo: la amistad había triunfado.

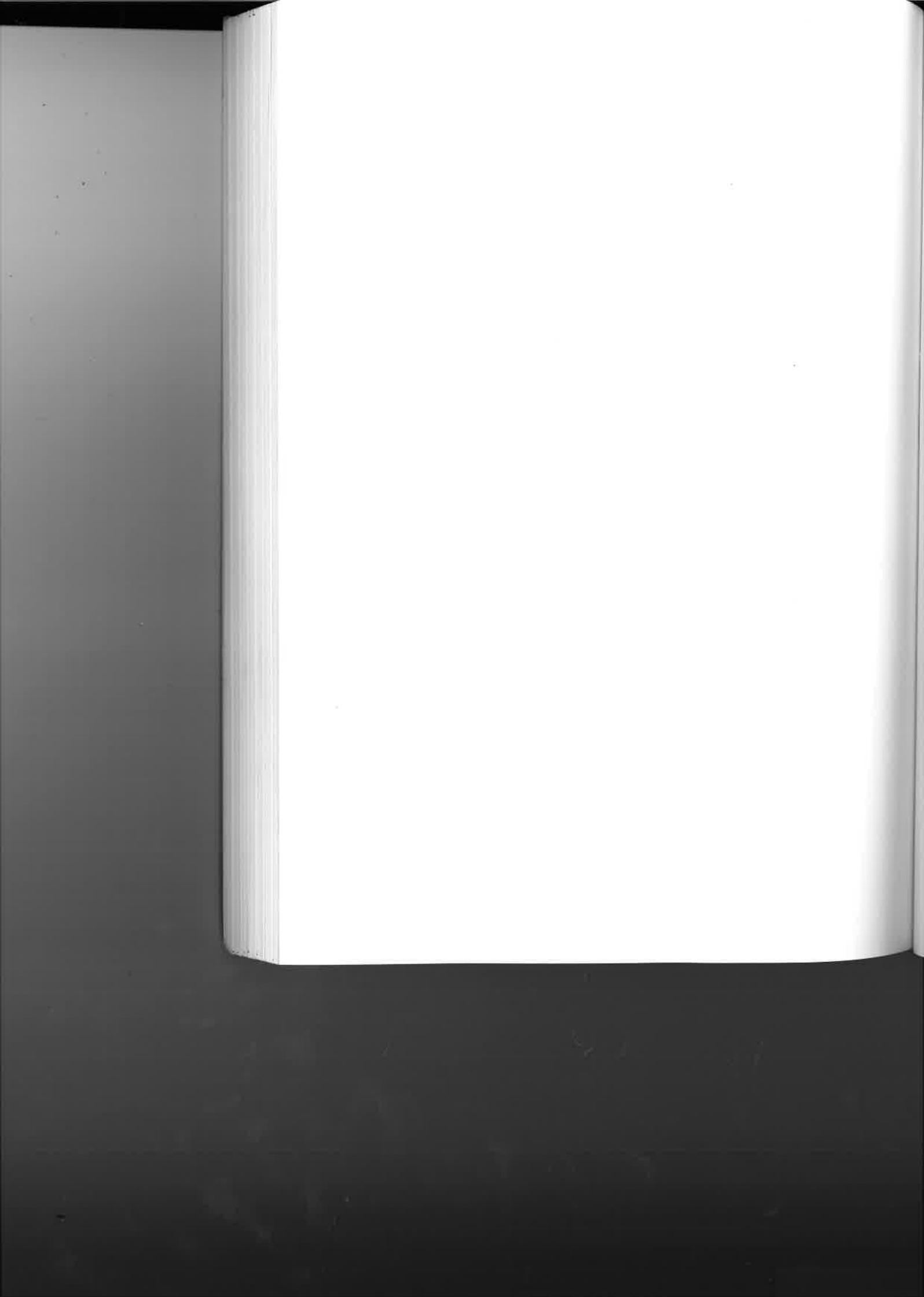
- ¿Sabes, Yayá? Ahora nos vendría de perlas un ratón aunque fuera chiquito...

Paula Contreras
Grazalema 95



LA AMIGA

A mi nieto Carlos de Granada.



Era una zona residencial poblada de bonitos chalés envueltos en arboleda y arbustos ricos en flores, colocados en un paraje donde todo es grandioso: Sierra Nevada enfrente con su corte montañosa de cimas redondeadas y de noche, en la lejanía, el enjambre luminoso de Granada.

A la puerta de un chalé, ya abierta la cancela y desatados de sus cadenas, platicaban una vieja perra y un pinturero cachorro, descansando al atardecer.

-Ya viene cerca, lo oigo y lo huelo; vámonos y lo esperamos en su puerta -dijo ella, mientras enderezaba sus orejas.

-Me gustaría que nos dejase entrar en su casa -dijo él contrariado.

-No nos deja porque está seguro de que le estropearías las plantas.

Atravesaron la calle y anduvieron presurosos por la otra acera, llegando a la par que un coche se detenía ante la cancela de otro chalé y se detuvieron hasta que un hombre, (que desde ahora llamaremos así:

Hombre) se bajaba del coche y antes de abrir la verja se acercaba a los animales hablándoles.

-Me esperabais ¿verdad, Amiga? -y acariciaba la cabeza de la perra.

La había llamado Amiga y la vieja perra lo miraba embelesada mientras movía rítmicamente el rabo.

-Y tú, Negro, ¿no me saludas?

El cachorrillo lo desdeñó; le interesaba más el vuelo de un pajarillo que atravesaba la reja para posarse en un rama del hermoso chopo que, cual centinela, alzaba su frondoso cuerpo justo a la izquierda de la verja.

El Negro, así lo llamaremos, como lo llamaba el Hombre, hizo intención de entrar, la Amiga fue corriendo hacia él, diciéndole:

-¿No ves que todavía está cerrada la cancela? Y aunque estuviera abierta ¿no sabes que por tu manera de comportarte no nos dejarán entrar?

El Hombre había ya entrado en el chalé, dejando el coche en la calle y aunque dejó la verja abierta los animales quedaron junto al coche vigilantes; lo guardaba la Amiga porque el Negro saltaba de un lado a otro ladrándole a los ciclistas, persiguiéndoles hasta el final de la calle.

Ella esperaba pacientemente, ¿qué haría el Hombre allí dentro?; muchas veces sintió la tentación de entrar pero solamente para disfrutar de su compañía y saborear sus palabras: «¡Hola, Amiga! ¿te gusta mi casa? Mira, esta es la cocina donde hacemos la comida, esta es la escalera para subir a los dormitorios...» -«Yo podría dormir en el pasillo...» -«Esta es la piscina donde te bañarías con nosotros; estos árboles dan sombra en el verano; estos rosales adornan todo el año...» -«Yo te guardaría todo esto y te esperaría aquí dentro...»

Hablarían más cosas y acabarían por entenderse, porque si el Hombre no la invitaba a entrar era por su compañero que sólo pensaba en dar saltos y ladrar; desde que él llegó a la casa de su amo, había

empezado para ella una retahíla de sinsabores; apenas la tenían en cuenta, nunca la acariciaban, ya ni se preocupaban de su tristeza, porque estaba triste, muy triste desde que llegó el cachorro ¡qué contentos parecían todos!; más que ninguno el amo, que pregonaba: -«La perra ya está muy vieja y pronto no podremos contar con ella, por eso he traído a este pastor alemán, de pura raza y no como ella que siempre fue un chucho inclusero...»

No sé lo que es un inclusero, pero sí lo que es una chucha, la hembra del chucho, una perra de poca valía; sentí tanta pena que me fui al jardín para esconderme en mi caseta... ¿mi caseta?, ya es de los dos y no puedo extenderme a mis anchas; desde entonces apenas reparan en mí, ni se dan cuenta de que todavía sirvo para guardar la casa y todos los mimos son para él.; pero no le tengo envidia, porque eso sólo lo sienten los humanos; lo quiero mucho y le lamo las orejas y dejo que él me dé bocaditos en las mías aunque algunas veces aprieta tanto que tengo que echarlo de mi lado; él es feliz; yo también lo era cuando me tomaban por juguete los niños de mi amo... ¿y cuando el más pequeño se perdió y apareció dormido en mi caseta? -«Bien guardado estaba», dijeron acariciándome el lomo; luego tuvieron mucho cuidado de que no se perdiera más el niño porque decían que en la caseta podría coger pulgas y demás sabían todos que yo tenía y tengo la piel muy limpia desde que vivo en la caseta; antes de que la hicieran dormía en el jardín sobre un montón de broza y me picaban los bichos; en mi caseta no entra ninguno porque todos los días la baldean y me duele oírle decir a la Pepa, la mujer de la cocina: -«¡Ea, a limpiar para que el cachorrillo esté lindo como un pimpollo!»; no tiene en cuenta que en la caseta también duermo yo. Me entristece pero la perdono porque me da la comida aparte y dice que el pimpollo la derrama toda con sus juegos, que ensucia el suelo y que se come lo mejor y nos separa para comer y siempre dice: -«Mira que educación tiene la perra, ni una mijita cae al suelo, en cambio el perrunco ¡cómo se nota que es un macho! -Pepa siempre está hablando sola o cantando; yo la oigo desde mi rincón hablando con las cosas de comer y con los cacharros, como si todos fuesen personas; las niñas se ríen cuando la oyen.

-¿Pepa, con quién hablas?

-Con esta zanahoria que no se deja raspar, ¿con quién voy a hablar, si estoy sola todo el día en la cocina?

-Sola no, que en el escalón del jardín está la perra.

-¿La perra? Con ella no puedo hablar porque ni se entera, ni me contestaría.

Aquella vez de la zanahoria intervine ladrando y mirándola fijamente.

-Mira, Pepa, parece que se entera...

Claro que me entero de todo, por eso tengo esta tristeza que no se me quita hasta que siento llegar al Hombre, porque yo, como toda mi familia, puedo pasar sin comer, sin beber, sin techo, apaleada y tratada a puntapiés, pero sin amo y sin cariño no podemos vivir.

Y noto que el cariño me va faltando porque soy vieja, porque mi voz ya no es lo que fue, porque apenas corro, porque soy muy pacífica y me altero muy poco.; porque a veces deseo que me ocurra lo mismo que al Vagabundo...

Era él más viejo que yo, estaba sarnoso y cojeaba; se quedaba a la puerta del chalé de mi amo y me pedía comida o que le permitiera entrar para él robar en la cocina; no podía darle nada pero una vez solamente quise llevarle hasta la puerta un pedazo de pan que tomé en un descuido de Pepa; iba ya por el caminito cuando sonó la bocina del coche de mi amo que llegaba antes de lo acostumbrado; me asusté y al abrir la boca para darle la bienvenida se me cayó el pan y él se enfadó.

-¿Cómo es que la perra anda rociando el pan por el suelo? ¿Acaso tienes la intención de alimentar a las hormigas? -me dijo a mí.

Recogieron el pan y me insultaron:

-¡Mala perra, desperdiciando la comida cuando tantas personas y hasta animales pasan hambre! ¡Mala perra!

¿Qué podía yo hacer? Al día siguiente se lo expliqué al Vagabundo, que me tranquilizó diciéndome:

-Pude entrar en una casa por allí lejos y todavía no habían tirado las sobras, ¡me hinché!

Después me estuvo contando su vida: que fue feliz de pequeño; que jugaba mucho; que cuando creció lo metieron en un coche y lo dejaron abandonado en una carretera; que se llenó de pulgas y de otros bichos que le chupaban la sangre; que al atravesar una calle lo atropelló un coche y quedó cojo; que casi siempre tenía cagaderas porque bebía en cualquier sitio; que ninguna perra quería conversación con él porque decían que les daba asco y que la sarna pica más que las pulgas; y que él lo que echaba de menos era un amo aunque le tuviera que aguantar palos y hambre; que necesitaba cariño...

-...ya ves, porque me escuchas, sólo por eso, tengo ganas de mover el rabo de contento...

Volvía el Vagabundo de vez en cuando por aquella zona y cada vez más flaco y despeluzado, y yo pensaba: -«¿Me echará mi amo de la casa ahora que soy vieja y tiene aquí al Pimpollo, como lo llama la Pepa?»

Nunca le conté al cachorrillo mis cosas para que no se inquietara, solamente que una tarde, cuando los dos salíamos a callejear, como cada día, no sin antes escuchar a Pepa:

-Que tengas cuidado con el Pimpollo, no lo vaya a atropellar un coche, que algunos pasan como si en vez de ruedas tuvieran alas...

No necesitaba yo esa advertencia porque cuidaba del cachorrillo como antes cuidé de los hijitos que me dejaban criar; casi siempre uno, los otros me los quitaban apenas nacidos y no sé que harían con ellos; también me quitaban el otro cuando ya era cachorrillo; igual habrán hecho con la madre de Pimpollo, por eso lo cuido como si lo hubiera parido, pero... no pude evitarle el dolor que sintió cuando al salir los dos a pasear sentimos un ruido chirriante y el ladrido estremecedor de Vagabundo y luego ver su cuerpo atravesado en la carretera mojado en sangre; estaba destrozado; le dije a Pimpollo:

-Vámonos que está llegando nuestro amigo...

-Pero ese también era tu amigo...

-Sí, un perro viejo y desgraciado...

Íbamos andando despacio; él por la impresión; no supo hasta entonces de la Muerte; yo, yo, yo..., no sé por qué me hubiera gustado ser humano y llorar con lágrimas... Ya se veía llegar el coche del Hombre, cuando oí el ruido que al hablar en voz alta hacían unos hombres en la calle, volví la cabeza y pude ver que el cuerpo del desdichado Vagabundo lo echaban dentro de un saco que arrimaron a los cubos de las basuras y que con unos palos arrastraban tierra y taparon su sangre...

Sólo que la sola presencia del Hombre, mi amigo, cambió y levantó el aplastamiento de mi corazón al pasar su mano por mi lomo y le correspondí con un lametón en su tobillo; me dijo:

-¡Hola, Amiga, tenía ganas de verte, por eso he venido, porque hoy no me toca regar, pero quería verte...

Se agachó y me acarició la cabeza y el rabo con la misma suavidad que yo lamía a mis cachorrillos antes y como acaricio a Pimpollo; mi amigo lo miró diciéndole enseguida:

-¡Hola, Negro, tú también me gustas..!

Siempre lo llamaba Negro a él, y a mí, Amiga; siempre me acariciaba primero que a él porque el cachorrillo tenía ganas de saltar y correr, entreteniéndose con cualquier cosa, un palitroque, una piedra, una flor o un escarabajo que se encontraba por allí...

Pero ese día, la tarde en que terminó su vida el Vagabundo, el Negro no quería jugar, y se pegó a mí y parecía no gustarle que el Amigo y yo nos acariciásemos tanto; el Negro se interpuso y lanzó no un ladrido si no un desconocido sonido de su garganta.

-Conque celos ¿eh? -le dijo riendo el Hombre amigo.

¡Claro! Eran celos, como llaman los humanos a esos sentimientos de propiedad egoísta; que el Negro se sentía humillado por no recibir tantas caricias como yo...

Cuando el Hombre entró en su chalé le dije al Negro en qué consiste el afecto, el cariño, el amor: dar sin esperar recibir. El Hombre amigo me quería porque sí, pues no esperaba de mí ningún favor, en cambio el cachorrillo me quería porque me necesitaba. Algún día se daría cuenta de lo que significa la palabra interés, servicio, utilidad; lo sabría por él mismo y seguiría queriendo a todos aunque ellos dejen de quererle; pensará en lo que le dije, que sin amor no se puede vivir y comprenderá mi pensamiento de que antes de verme abandonada u olvidada prefiero dejar de vivir aunque mi muerte fuera como la del Vagabundo.

Pero la vida es bonita para el Negro que pasa ratos en la falda del ama; y los dos gozamos de alguna libertad, de techo, comida, agua y un amo.

Un amo impuesto y un amigo escogido; cada tarde estaremos los dos a la escucha del coche y luego, al llegar y saludarlo, escuchar sus palabras, recibir sus caricias y a escuchar los falsos gemidos de celos.

La vida es bonita.

El Hombre, de cada vez, colmará su ilusión al saber que lo esperan impacientes.

Y seguro que el Hombre, cuando se disponga a ir al chalé, dirá con risa pícara en los ojos:

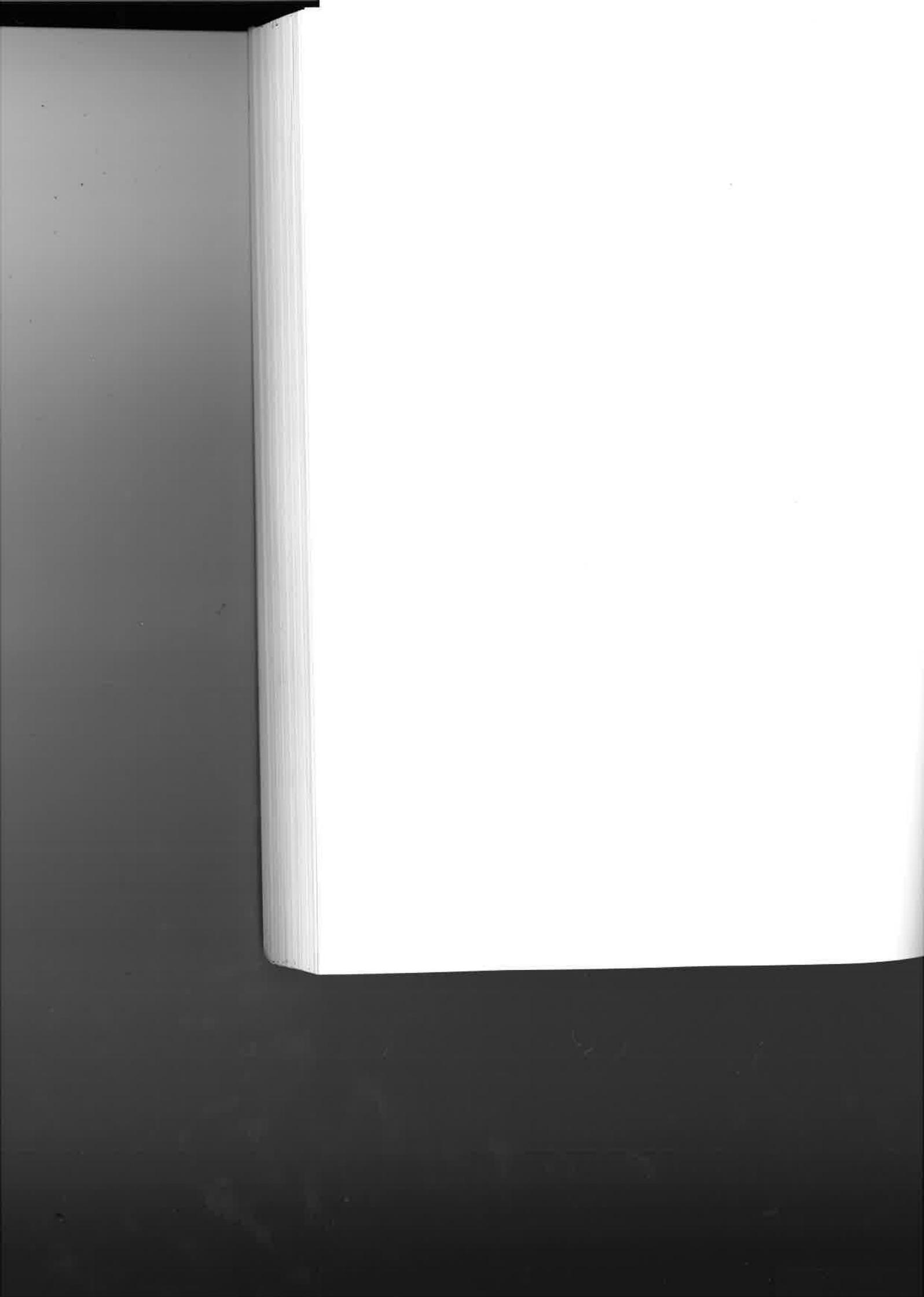
-Voy a ver a mi Amiga.

Puerto Real, enero de 1996.



LA MASCOTA

A Ana Rocío Martínez



Ya iba mediado el curso y casi se respiraba aire de exámenes en el Colegio Mayor.

Pero Ana no estaba preocupada porque estrenaba el regalo que sus padres le hicieron por su cumpleaños, que, por entonces, colmaba sus deseos: una tortuguita dentro de una casita de cristal decorada con una palmerita y piedrecitas que sujetaban su tronco. La alegría de Ana contagió a las compañeras y todas aceptaron el nombre que una le puso al animal: Gretel.

Gretel fue la reina absoluta del Colegio, aunque parecía ajena a tantos piropos, a tantas advertencias y consejos que se prodigaban a su alrededor por las mayores; sin duda alguna estaba asustada y apenas sacaba la cabeza y escondía sus patas; no le gustaba pasar de mano en mano como una pelota, y rebelde se vengó una de las veces, clavando sus uñas en la mano de la jovencita que se atrevió a sostenerla en su palma paseándola como un trofeo informe y duro.

-¡Ay..! -gritó la atrevida.

-¡No la tires, por favor! -gritó a su vez Ana.

Gretel, desvalida sobre su respaldar, pataleaba encima de la mesa donde había caído.

Ana la colocó amorosamente dentro de su casita de cristal; pensaba que había que buscarle otro sitio fuera de su cuarto y del amplio pasillo para que las visitas no se prodigasen tanto, pero ¿dónde?

Sentada Ana en el suelo observó unos pequeños ojillos redondos que la miraban aterrorizados; quiso ella comunicarle su afecto hablándole como si de una niña se tratara, de igual a igual, y al fin pudo conseguir que Gretel estirara un poco el cuello pellejudo y asomara un poquito la pelada cabezuela; entonces le alargó un pequeñito ramito de arrayán que arrancó del jardín por la mañana, pero Gretel no deseaba golosinas.

-Está bien, está bien; mañana será otro día -le dijo preocupada.

Aquella noche Ana no durmió a gusto porque tuvo pesadillas; ¡los dichosos exámenes!

El sol entró violentamente en el dormitorio y Ana se alegró de que aquel terrible examen sólo existió en el sueño.

Gretel seguía encerrada en su caparazón y las hojillas de mirlo languidecían junto a ella.

—O—

Pasaron algunos días sin que Gretel pareciera tomarle gusto a la vida y a los «dientes de león» que las colegiales se procuraban por los jardines.

Ana y Marta tendían al sol, en la terraza de la cuarta planta del colegio, las ropas que ellas mismas se habían lavado.

Se detenían para mirar a lo lejos la Alhambra porque siempre les sorprendía como espectáculo el decorado fantástico de luces cambiantes.

Más espectáculo y además cercano, justo en la casa lindante, era ver como se iba realizando una obra con obreros, grúas, escaleras, viguetas, sacos de cemento etc. y sin temor a la algarabía y estruendo

una manada de gatos de variados pelajes, tomando el sol esperando participar en la comida de los operarios deslizándose suaves y tímidos o en caso difícil, dispuestos a cualquier distracción o descuido de los trabajadores, que parecían no reparar en ellos.

El día invitaba al ocio; los pajarillos, ebrios de luz trinaban con júbilo; las voces de los obreros y el canto de alguno.

Se asomaron las jóvenes curiosas y avistaron torsos desnudos relucientes de sudor que se movían allá en el fondo, como un colosal hormiguero; un gato aislado sobre una viga del rincón se limpiaba los bigotes ajeno al trajín.

Dijo Ana: -¿Vamos por Gretel? Aquí estaría más tranquila sin visitas.

-Vamos -se ofreció Marta.

—O—

Cuando Gretel quedó sola en su nuevo territorio ya iba destilándose el día por entre las nubes, rosadas y moradas, que paseaban por el cielo; no se atrevía a sacar la cabeza temiendo un peligro en el suave sonido del vuelo de las aves, inédito para ella, como también sus trinos y el tremendo crí, crí, crí, de un pequeño grupo de grillos que llegaba de las otras terrazas; tampoco le era conocido el maullar de los gatos reunidos en la obra peleando por la comida o por súbitas exigencias amorosas.

De pronto creyó encontrarse en el cuarto de su ama porque una luz cubrió los cristales de su casita y tuvo valor para extender sus patas fuera de la concha, estiró el cuello cuanto daba de sí apoyada en el suelo, parpadearon sus ojillos y no supo que una Luna creciente iba saliendo detrás de la Alhambra, y tampoco supo que estaba contemplando una visión única espléndida de belleza y de misterio.

Su ama no estaba con ella, pero en la soledad de la terraza, Gretel saboreó un aire cálido, fino y perfumado con un puñadito de «dientes de león» y de arrayán.

Como una preferida odalisca de un serrallo insólito, Gretel se meció en aromas, echó de su cuerpecito el miedo variando los fuelles

de su piel, satisfecha, tranquila ya, se entró en su caparazón y posiblemente, si eso es posible, soñaría con una corte de tortuguitas que saboreaban la comidita tan rica que su ama le había dejado: lechuga, arrayán y mijitas de pan mojándose en leche.

Al día siguiente, Ana pudo observar que Gretel se había felizmente ambientado mezclándose con las piedrecitas que coronaban el pie de la palmera, como una más, que se estremeció al sentir:

-Gretel, ¿estás contenta?.

Tal vez diría que «sí», cuando emitió un sonido extraño de su boca abierta como principio de saludo.

Para Ana y Marta, la felicidad de Gretel fue un júbilo que manifestaban en profusas visitas, comprobando que se iba afianzando una tranquilidad ya que apenas si la encontraban dentro de su casita de cristal, que consumía las sopitas de leche, que aparecía cada vez en sitios diferentes, hasta que un día.... Gretel no aparecía por ninguno de los sitios acostumbrados.

Ana y Marta se miraron desoladas y dijeron horrorizadas:

-¡Los gatos..!

-¡Se la han comido..!

Se reprochaba Ana: -Debí dejarla en mi habitación...

-¡Mira..! -gritó Marta señalando a un gato que saltaba con agilidad el pretil desapareciendo.

Las jóvenes dando por cierta su sospecha se acercaron al sitio de donde había salido el felino.

-¡Está viva! ¡Está viva! -celebraron ambas.

¡Y tan viva! Con la cabezota fuera, estirado el cuello y los fuelles de su piel apagados, la acorazada dueña de la casita de cristal, inició un lento movimiento posando sus patas delanteras, al aire las uñas, sobre una despedazada hoja de lechuga.

El gato había vuelto y sobre el pretil observaba atentamente a la par que era observado.

-Ese gatito se comía las sopitas de leche... Está en los huesos y tiene hambre.

-¿Se comerá a la tortuga? Mejor me la llevo mi cuarto...

-Si el gato hubiera intentado comérsela, ella no habría salido de su casita, ni de su concha...; el gato viene a comer lo que pueda...

-Eso es verdad...

-Está tranquila.

-Vamos a mirar desde allí...

Y se escondieron detrás de la puerta viendo a los dos animales; pasaron un par de minutos; el gato descendió de su particular otero y se acercó a Gretel, que continuó en su confiada pasividad, husmeando la comida: «dientes de león», mirlo y las miguitas de pan empapadas en leche que desaparecieron rápidamente en su estómago sin la oposición de su destinataria que parecía muy complacida con el acto y más que complacida cuando sintió la lengua del minino lamiéndole el respaldar.

Ni Marta ni Ana hablaron mientras bajaban a la cocina con la idea de coleccionar comida para Hannsel, bautizado en aquellos momentos.

Ambas sentían que el amor, la amistad y la solidaridad son fáciles cuando dos seres llegan a entenderse; un sentimiento muy tierno germinaba en ellas, considerando la enorme diferencia que existía entre aquellos animales; mayor hubiera sido su admiración si hubiesen podido saber cómo se inició y desarrolló el lazo misterioso que los unía.

Fue en un atardecer, cuando desaparecían los últimos rayos del sol y llegaba despacito, humilde y temerosa la brisa precursora de una noche fresquita; los pájaros alborotaban con el júbilo de siempre en busca de sus nidos; los jardines, patios, balcones y terrazas se desprendían de su sosegada y larga siesta destapando sus esencias como obligado regalo al aire embalsamándolo ¡qué bien olía la azotea a la que no llegaban ni los efluvios, ni los gases de motores!.

Hansel —ya lo llamaremos así— llegó, vagabundeando por terrazas y tejados; desde el pretil, su atalaya, pudo ver una cosa que brillaba a la luz de las recién llegadas estrellas; su fino olfato descubrió comida y se acercó sigilosamente, sin aclararse qué era aquel ruidito extraño que estaba saliendo del bulto escondido dentro de la casita; era producido por los fuelles de la piel de Gretel que se hinchaban y vaciaban como un latido de terror; Hansel comprendió esto y mientras miraba con codicia la comida esparcida por el suelo, pudo decir:

-Tengo hambre y si me dejas comer no te haré daño.

Se tranquilizó ella y se atrevió a alargar el cuello:

-¿Quién eres?

-Soy gato, de la ilustre familia de los leones, tigres, panteras... ¿y tú?

-Yo no sé quien soy..; un día con las uñas de mis patas y otra que tenía encima de la cabeza rompí yo solita el huevo donde estaba metida; me cogieron los humanos y me encerraron aquí..; no me falta comida pero me gustaría ser libre como tú...

-La libertad es muy linda, pero no vale cuando los mismos hermanos nos peleamos a muerte por comida, por cazar ratones o pajariillos...

Tal vez se dijeran otras endechas pero al final no quedaba ni una gotita de la leche que empapara las mijitas de pan.

Gretel se recogió en su concha dentro de su linda casita y Hansel hizo de guardián enroscando su cuerpo junto a aquel palacio de cristal que la Luna revestía de plata.

Ana y Marta se alegraban al notar como Hansel iba engordando y su capa parda adquiría reflejos cobrizos, porque la pareja era feliz; a veces se los encontraban cambiando caricias en cualquier sitio de la terraza, al lado de la casita, de las macetas o en medio de ella, Hansel besuqueaba a Gretel la cabeza escamosa y arrugada y el largo cuello pellejudo; a veces lo sorprendían, estirado panza arriba sosteniendo

gozoso el cuerpo de ella y parecía que estaba aplastado por el peso de una piedra.

Sólo faltaba para la felicidad de ambos que la terraza tuviera una capa de buena arena para ellas, y algún que otro nido de ratones para él...

Fueron muchos días de felicidad.

Pero la felicidad es tan escurridiza y tan voluble...

Las colegialas, terminados los exámenes, festejaban la vuelta a casa y Ana tuvo su ración de felicidad pensando en su casa, el campo, la sierra, la playa...

-Esta tarde mis padres vienen y me iré con ellos.

Y llegó la tarde con su corte de música y aromas; todas se marchaban ¡qué bien!

-Espérame que voy a recoger a Gretel...

Ana subió a la terraza y quedó parada contemplando a los dos animalitos: ella, dentro de la casita a medio salida la cabezota, las patas recogidas; él, tendido delante con una mano dentro tocando las piedrecitas de la palmera,

...quedó parada contemplándolos y súbitamente apartó al gato, tomó la casita y desapareció, aunque dentro de ella sentía mezclándose las músicas bullangeras de unas vacaciones y otras tristes porque una misteriosa vocecita le susurraba como un gemido: -Hansel se queda solo... se queda solo...

Felicidad hecha trizas.

Otra vez solo y hambriento...

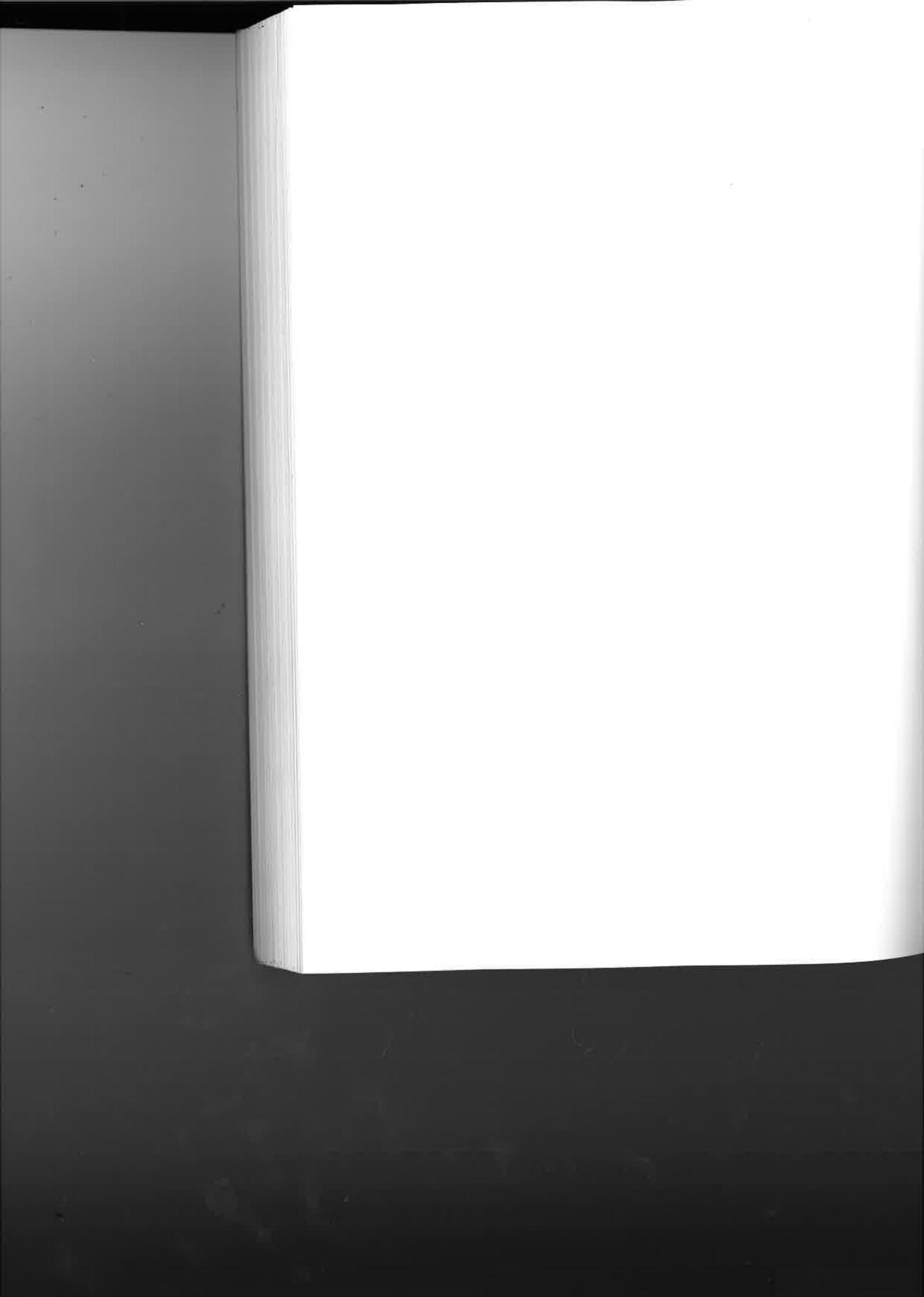
Hansel no comprendía su desgracia.

Puerto Real, enero de 1996.



LOS REMORDIMIENTOS DE DON RENATO

A mi nieto Fermín



Don Renato ejercía su profesión de Farmacéutico en Algarobal del Monte. Era probo, meticoloso, amable y de aspecto agradable, demasiado según su esposa alerta ante las descaradas insinuaciones de algunas clientes.

Don Renato amaba a su esposa.

Don Renato tenía una conciencia extremadamente angosta.

Don Renato guardaba un secreto que, ni doña Madrona (santa del 15 de Marzo) podía adivinar, aunque solía decir: -«Lo conozco como si lo hubiera parido». Cinco veces parió doña Madrona; cinco criaturas bien adornadas de belleza corporal y rebosando inteligencia que hicieron la felicidad del matrimonio.

¿Y el secreto de don Renato?

Doña Madrona, que «lo conocía como si lo hubiera parido», lo ignoró siempre; no lo supo adivinar ni siquiera aquel día cuando le notó empañados los ojos ante la muerte ignominiosa, según él, de un miserable ratón.

-¿Qué te pasa en los ojos, Renato?

-No sé... —disimuló— me lagrimean y tendré que ir al oculista...

-No te descuides la vista, no vayas a terminar ciego como el tío Anselmo.

¡Animosa era doña Madrona!

Sonrió dulcemente el Farmacéutico y determinó dictador:

-Voy a tirar esta trampa a la basura porque me da grima ver al animal agonizando..; esta muerte es cruel; ¿cuántas horas lleva el ratón sufriendo inútilmente, Madrona?

Ella sólo dijo: -Yo no lo miro porque me da asco.

Y él: -A mí, compasión.

Pero no lo dijo en voz alta porque ese era el secreto que guardaba celosamente desde su infancia, cuando lloró desconsolado viendo a otros niños martirizando con palos y piedras a un escuálido y roñoso perro, y que acabaron con la vida del animal; los niños se reían de él porque no quiso tomar parte en la salvajada y lo motejaron con palabras que le avergonzaron; cuando llegó a su casa:

-¡Hijo de mi alma ¿Por qué lloras así? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho?

Entre lágrimas contó lo ocurrido.

La madre no lo comprendió; le secó los ojos y sentenció:

-¡Hijo, hay que ser fuerte! ¡Y que sepas que un hombre nunca llora!

Desde niño se tragaba las lágrimas y ocultaba disimulando sus sentimientos compasivos.

Ni doña Madrona se dio cuenta:

-¡Ay, Renato de mi alma, que duro tienes el corazón, que parece que no te importan los sufrimientos ajenos!

Don Renato guardaba celosamente la blandura de sus sentimientos.

Su vida transcurría normal y en el cometido de su profesión se desenvolvía con rectitud y elegancia.

Lo que ocurría y le amargaba la vida era que, de vez en cuando, muy de vez en cuando, aparecían ratones por la rebotica y por los cuartos donde almacenaba harinas, leches en polvo y medicamentos específicos, estropeando envases y ensuciándolo todo.

-Hay que esparcir veneno para que lo coman y mueran.

Así lo hicieron pero ¡qué asco de cadáveres por toda la rebotica! A doña Madrona el verlos les producían más náuseas que cuando el embarazo de Renatito, el primer hijo.

Don Renato, para no ver los cadáveres hinchados como bolas, cerraba los ojos y se enternecía:

-¡Y pensar que el animalito comía con tanto gusto sin saber lo que le esperaba!

-No te pongas sentimental, Renato, y piensa en los daños que hacen.

Eran barridos del suelo y llevados en un recogedor al excusado; al tirar de la cadena los absorbía el agua, y se perdían en los recónditos subterráneos.

No siempre eran visibles los cadáveres; a veces, el hedor que salía por los bajos de las estanterías o encima de los anaqueles los denunciaban.

Ni venenos ni trampas acababan con los ratones; ni cuando los albañiles tapaban los agujeros; al poco tiempo aparecían otros nidos; los ratones seguían paseando por la rebotica, el almacén, el cuarto

llamado de las yerbas, el patio central, el patinillo... ¡eran fantasmas que se deslizaban de las azoteas y entraban por la puerta de la calle con la frescura y la inconsciencia de la ignorancia; eran una plaga.

A don Renato le repugnaba, igual que a doña Madrona y a su clientela, el hedor de los cadáveres; y su conciencia se oprimía cuando los veía agonizar en la trampa. «Que no sufran..., que tengan una muerte digna..., que mueran dulcemente ahitos de queso o de pan tostado con aceite...»

¿Gatos? ¿Cuántas veces los hubo en la casa?, pero bien alimentados no se preocupaban de la cacería, los ratones sabían mucho y les buscaban las vueltas.

Llamó don Renato a un carpintero y le explicó su idea: una caja de tamaño de las de zapatos, de madera, cristal y alambre; la puerta de entrada recordaba la guillotina; al fondo de la caja el cebo enganchado en un alambre, que penetre por el llamado techo agujereado como respiradero, y como paso del alambre que a la vez sostiene la puerta cuando está abierta y que se cierra cuando el animalito se cuelga del apetitoso manjar.

-¡Qué gran invento! -se decía a sí mismo cuando tuvo delante el macabro artefacto. Pasarán sus últimas horas regalándose el estómago; se dormirán enseguida que yo le administre el cloroformo con una jeringa desde el exterior y rápidamente lo quito de en medio y Madrona no lo verá, nadie lo verá porque lo haré antes de abrir la botica, y como dice el vulgo: «muera Marta, muera harta...»

Todas las noches caía un ratón y a veces dos; seguro que ya el Churri no le volvería a decir, como aquella noche en que a tiempo de cerrar la botica entró a consultarle sobre un medicamento, a la par que invadía la rebotica un tropel de ratones que empezaron a subir y bajar por las estanterías; el Churri dijo:

-Don Renato, aquí hace falta una buena escopeta; cójala usted y pim pam en dos noches no queda ni un ratón...

Poco a poco iba don Renato notando que los envases de cartón no eran roídos y que apenas encontraban en el suelo ni en los estantes, los pequeños excrementos que dejaban a su paso.

Y su tarea de cada noche: la preparación de la caja de la muerte.
«Pero yo no los mato..., yo los duermo..., yo no les hago sufrir...»

Y una vocecita muy honda se le alzaba allá en el fondo de su conciencia: «No quieras encubrirte Renato, tú los ahogas y eso es matar con recochineo...»

Cuando por las mañanas aparecía la caja vacía, suspiraba:

-¡Se acabaron! ¡Qué bien..!

Pero seguían cayendo casi a diario.

Aquella noche le tocaba de guardia y daba la casualidad que en el pueblo había una «epidemia de salud» por lo que el matrimonio se recogió pronto en la alcoba.

Los niños dormían tranquilos y el timbre de aviso permanecía en silencio.

Al cabo de un buen rato:

-¿Te duermes, Madrona?

-Me duermo; estoy cansada...

-Bueno, descansaremos...

Pasaron unos minutos y ya se insinuaban leves ronquidos emitidos por doña Madrona, cuando dijo él, tocándola suavemente:

-¿Duermes, Madrona?

-Me duermo a chorros, ¿y tú?

-Yo no tengo sueño, quizá porque no estoy acostumbrado a acostarme tan temprano...

-Pues cuenta ovejitas y déjame tranquila, o mejor, cuenta ratones...

¿Cómo se le ocurrió a doña Madrona nombrarlos? Don Renato había encendido la luz y se incorporaba a medias en el lecho; ella se sentó y le espetó:

-¿Se puede saber qué te pasa?

Y él, más cariñoso que nunca, reclinando su cuerpo en el de ella mientras le acariciaba el cuello, contestó:

-Que no tengo sueño, ya tú sabes que a veces me ocurre esto.

-Pues baja y toma algún potingue y déjame ya tranquila.

-Pero, Madrona, siempre después de nuestros juegos me duermo como un bendito menos esta noche..; esta noche estoy raro..; anda, tíndete un poquito y hablemos de algo...

-Me asustas, Renato.. -mientras se estiraba en el lecho y buscaba su brazo el cuerpo de él.

-De verdad que estoy bien, sólo que no me puedo quitar del pensamiento a los ratones, y los estropicios que ocasionan —entretanto se acomodaba a las curvas de su mujer— ¿Te acuerdas cuando llegamos a este pueblo para hacernos cargo de la botica?

-¿No me voy a acordar que traíamos a Renatito de año y medio y a otro dentro de mí? ¿No me voy a acordar de que acostamos a Renatito entre dos hermosas butacas y nosotros en un colchón en el suelo porque en la casa no había ni una cama y nuestros muebles no llegaron a tiempo?

-¿Y que en el cuarto había un piano que dejaron para llevárselo en otra ocasión los otros inquilinos y que...

-...los ratones nos dieron un concierto jugando entre las cuerdas.

Se reían los dos y siguieron recordando:

-...¿y cuando bebían la leche del vaso que poníamos en la mesa de noche..?

-...desde entonces aborrecí la leche y sólo la tomo mezclada con café...

-¿y cuando la cunita del niño amanecía llena de cagaditas de los ratones..? ¡qué desesperación! Y menos mal que al cabo del tiempo no aparecen por el piso...

-Sí, pero me han minado la rebotica.

-Parece que apenas quedan ya... ¿Te acuerdas cuando parió, dentro de la ratonera, un ratón hembra, diez ratoncitos? Parece que apenas quedan ya...

-Anoche cayó uno...

Y doña Madrona, recordando aquellos tiempos de la invasión ratonil, no pudo seguir escuchando a su esposo y quedó dormida.

Don Renato se lamentaba de su actitud depredadora ¡pobres animales! Se acusó del saqueo de guaridas, de diezmos de familias, de asesinar con premeditación y alevosía a unos seres indefensos que sólo querían sobrevivir y a los que había que agradecerles que aquella primera noche, al deslizarse por las cuerdas del piano, los ofrecieran más que un concierto de bienvenida, una nana arrulladora...

—O—

No sé cómo he caído aquí; siempre me he dado cuenta del peligro y nunca me he adelantado a probar nada que los humanos me ofrecieran como en un descuido; hay que roer los paquetes para encontrar comida sana y buena. No sé por qué vivimos en esta casa de tantos peligros; mis mayores dicen que nos echaron de una vivienda a escobazos y azuzados por dos gatos morrocotudos; cuentan que aquellas huída fue descabellada y que poquísimos pudieron salvar la vida; yo nací aquí; parte de nuestros parientes desaparecieron y otras familias se unieron a la nuestra ¡qué bien! Así pudimos amigar Ton y yo... ¡mi Ton! El ratón más garboso y listo de la tierra. ¡Cómo nos hemos querido!; al principio nos veíamos a la puerta de nuestros agujeros y nos hablábamos a voces:

-¡Hola Dona! -me decía- ¿sales a roer?

-Sí; cuando se acuesten los humanos ¿y tú?

-Yo ahora me voy a entretener en roer un papel lleno de grasa.

-Son muy ricos esos papeles de envolver.; a mí me gustan mucho los que tienen cortezas de queso.

¡Cómo me quería mi Ton! Exponía su vida recorriendo la cocina y el comedor para traerme alguna golosina; una vez, entre los dos roímos una tira de corteza de queso, cada uno por una punta y al terminar nuestros hocicos se encontraron; es lo que los humanos llaman un beso; nos besamos y nos hicimos cosquillas con los bigotes. Entre mi familia y la de él minamos el suelo hasta hacer una guarida grande para todos. Ton y yo éramos felices y empezamos a ocuparnos de nuestros niños; de haber vivido todos los que nacieron no tendríamos sitio para vivir juntos; eran unos niños muy traviesos, hasta salían fuera del hogar de día y, ¡claro!, un gato y el veneno colocado por los humanos que se lo comían.; de nada servían los consejos de los padres.

Un día vinieron otra vez unos hombres y taparon los boquetes de nuestros nidos. Yo me quedé sin aliento cuando intenté roer aquellos tapones tan duros. Pasaron las noches y los días encerrados sin poder salir y se iban muriendo los que intentaban abrir paso, perdían uñas y dientes, sangraban su hocicos y se les quebraban los bigotes; Ton resistía como un gigante, pero el hambre era muy fuerte.; todos moriríamos...

-¡Ay, Ton, no te alejes de mí y moriremos juntos..!

Ton se atusaba los bigotes y me mordisqueaba la pancita.

-Estos niños que están aquí dentro vivirán en una casa hermosa y seremos felices...

Nunca me quise quejar de la nueva preñez, pero en esta ocasión no es lo mejor, porque con mi panza tan abultada no soy útil y estorbo; Ton no quiere que yo haga esfuerzos de ninguna clase. Por fin, Ton saltando de contento porque había conseguido abrir un boquete que salía al patinillo, nos dio a todos esa gran alegría.

En el patinillo habíamos jugado todos después de hartarnos de roer y comer una noche, cuando éramos muchos; Ton y yo nos quedamos todo el tiempo dormidos en una maceta llena de flores.

Cuando Ton dio la noticia de su triunfo volvió a salir para traerme comida... Pasaron horas y horas... Ton no volvía. Me asomé al patinillo y me pareció sentirlo muy lejos; amaneció y seguía sintiéndolo sin saber donde estaba; me pareció que me llamaba; -¡Dona... Dona..!

Sería mi deseo de que fuese así. ¿Dónde estaba?

La casa de los humanos se había llenado de ruidos, risas y hasta cantares... don Renato, como siempre «fiel espada triunfadora... ¡Bella Tizona de fino acero!».

Llegó el silencio con la noche. «Voy a buscar a Ton». Lo busqué por rincones y estanterías sin resultado y rendida y hambrienta me vine derecha al olor de la golosina que salía de esta caja —pan tostado mojado en aceite—; no medité y entré decidida sin imaginar que esta caja donde estoy prisionera pudiera ser un artilugio de don Renato que la tiene tomada con mi familia; entré con facilidad ¿a qué huele además de la comida?. Huele a Ton, huele a Ton... ¿Dónde estás Ton..? Ya me iba a salir para seguir buscándolo, pero el hambre es tan grande que me quedé a roer; tuve que empinarme para alcanzar el rico manjar y se movieron mis niños dentro de mi panza; me dolió y me alarmé; no quería que salieran de mí sin que Ton estuviera presente para ayudarme como siempre... ¡pero qué hambre! Un esfuerquito más y ¡hala!...; el pan quedó en mis manos, pero a la vez la puerta de entrada sonó con estrépito horripilante al caer y cerrar; creí morirme de espanto; todavía creo que moriré de horror porque no podré salir, no veré más a Ton, nacerán mis niños...

...están naciendo y no tengo ningún asidero que me facilite el parto; empuja el primero; se me tuerce todo el cuerpo con dolor y angustia; me alzo sobre las patas y busco en vano donde sujetarme para echarlo fuera; la madera es lisa y dura y los cristales igualmente; me pongo en este rincón; aprieto, ya... ya sale; oigo voces de humanos que han llegado jubilosos hasta la mesa donde don Renato ha colocado la caja y por los cristales ven lo que me está ocurriendo.

-Don Renato ¿qué es esto? -preguntan todos.

Y él disfruta; se le cierran los ojillos y se le agranda la boca en una risa siniestra.

-Baja, Madrona —le dice a su esposa que se asoma al pasillo con los niños— baja y contempla el paritorio...

Y yo me retuerzo de dolor y de indignación; ya lleva uno en el mundo que patalea mientras lo separo de mí, y otro viene empujando ¡y qué pena nacer en prisión y sobre suelo duro cuando Ton ya tenía preparado un rinconcito con tierra blanda!...

-Don Renato ¿qué está ocurriendo? -pregunta un humano acercándose a la mesa.

-Mira, Victor, seguro que en toda tu vida de veterinario no has presenciado el parto de una ratona.

Ríen, ríen y hacen chistes; deseo con todas mis ganas morir ahora mismo.

-¿La vas a matar ya? -pregunta Victor.

-Yo no mato a los animales, yo los duermo —y trae en las manos un bote que enseña como si fuera una bandera— ¡Pobrecita! —dice el hipócrita— la voy a dormir con cloroformo para que no sufra más.

-No, no Renato —manda doña Madrona— déjala a ver cuantos ratoncillos nacen.

En medio de mi desgracia, aquella manera de nombrar a mis hijitos, me dolió más que los dolores del parto... ¡ratoncillos! ¡llamar ratoncillos a estas hermosísimas criaturas!, que parece que el suelo de la prisión se ha rociado de garbancitos rojos, como botones de flores...

-Ya está saliendo otro -vuelve a gritar con entusiasmo doña Madrona.

Salió el último y yo quise reunirlos a todos en mi regazo para que me chuparan las tetitas que milagrosamente las sentía llenas de lechecita...

Y doña Madrona: -¡¡Diez...!! ¡Han nacido diez! ¡Ay, Renato! ¡Qué bien! Vas a matar a once ratones de una vez. ¡Qué grande eres!

Don Renato ha puesto cara de verdugo, apretados los dientes, en alto el brazo...

—O—

-¿Qué te pasa, Renato? ¿Qué haces con el brazo levantado...? ¿Una pesadilla? ¿Por qué te pasan estas cosas? De verdad, Renato, que no lo entiendo; de verdad, Renato que eres muy raro...

Puerto Real, 26 de febrero de 1996.

ÍNDICE

Prólogo	5
LAS SABATINAS	7
LOS CERDITOS	49
ANTAÑO - HOGAÑO	77
LOS PÁJAROS	91
LAS VACACIONES DE AGOSTO	99
EL SILENCIO DE LOS PÁJAROS	113
LA VIUDA DEL CURRO	133
LOS CANARIOS, EL LONDRO Y EL GORRIÓN	157
LA RAPAZ	171
LA VAQUERA	185
LA CODORNIZ	195
GRANJA DE SAN FRANCISCA	207
LA AMIGA	221
LA MASCOTA	231
LOS REMÓRDIMIENTOS DE DON RENATO	241

